
LAS GEMELAS QUE MI
mi jefe
NO QUISO
KAREN SANTOS

LAS GEMELAS QUE MI *mi jefe* NO QUISO

KAREN SANTOS

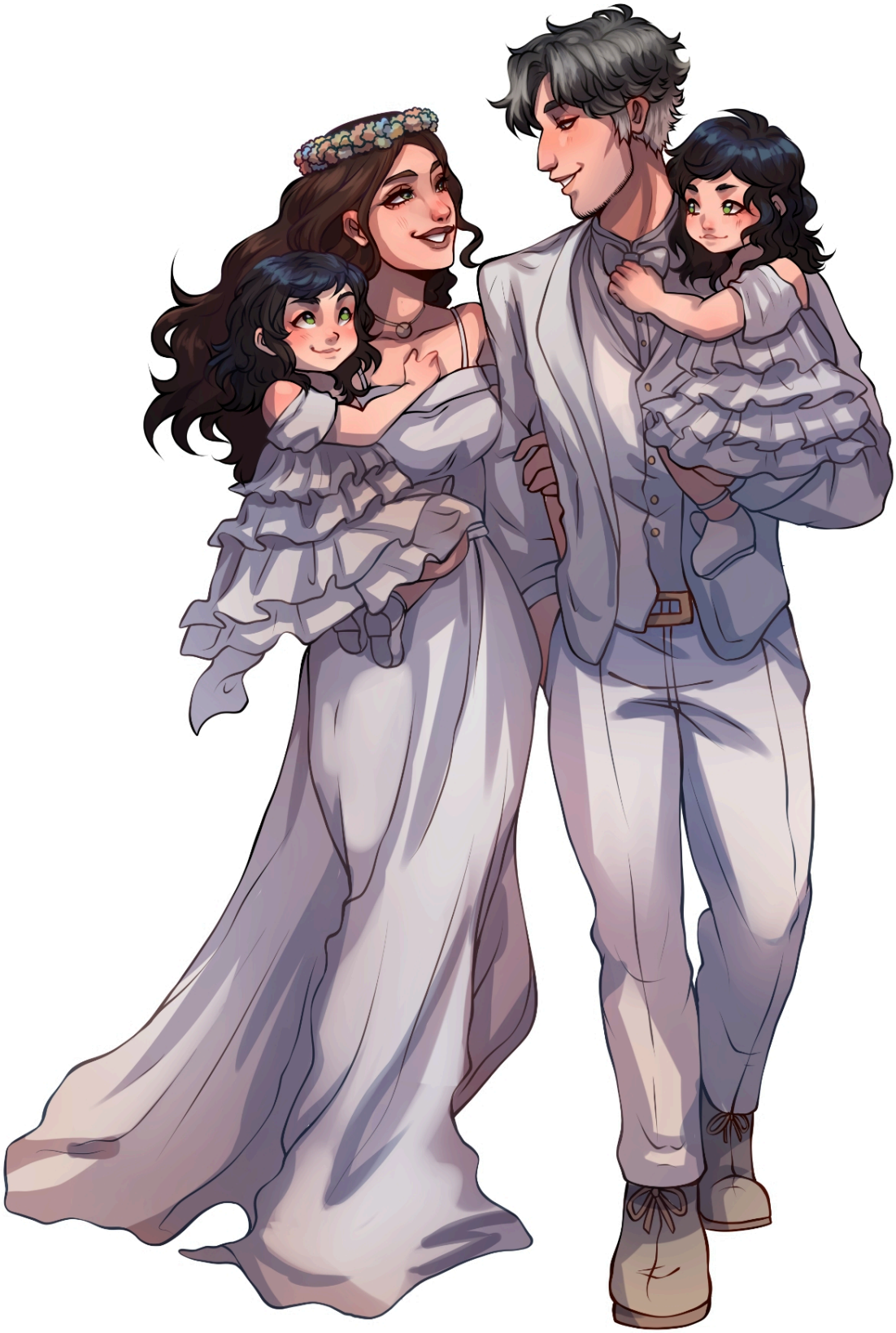
© 2026 "Las gemelas que mi jefe no quiso". Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de propiedad intelectual y derechos de autor, incluyendo, entre otras, el **Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual de España)** , así como por los Convenios Internacionales de los que España es signataria (como el Convenio de Berna y los Tratados de la OMPI).

Queda expresamente prohibida, sin la autorización por escrito de la autora, la reproducción, distribución, comunicación pública, transformación o cualquier otra forma de explotación, total o parcial, de esta obra, ya sea con fines gratuitos o comerciales, en cualquier medio o formato, existente o que pueda existir en el futuro.

La reproducción parcial no autorizada, incluso si es gratuita y sin el debido reconocimiento de la autora, constituye una infracción de los derechos de propiedad intelectual, quedando el infractor sujeto a las responsabilidades civiles y penales correspondientes.

"Las gemelas que mi jefe no quiso" es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, hechos o situaciones de la vida real es mera coincidencia.



Cuando Marina consigue el trabajo de sus sueños, piensa que lo más difícil será adaptarse a la nueva ciudad. Pero no contaba con Ricardo, su jefe arrogante y difícil, decidido a convertir su vida profesional en un verdadero infierno.

Todo cambia con una noche inesperada. Lo que comienza como una pasión ardiente y prohibida se transforma en un romance intenso que desafía todas las reglas. Pero la felicidad es efímera: un cruel malentendido rompe su mundo y Marina se ve sola, con el corazón destrozado y un embarazo inesperado.

Ahora, Ricardo tendrá que enfrentarse a sus errores y luchar por el perdón de Marina… y de sus hijas gemelas. ¿Podrá el amor superar la traición y el dolor?

Descubre esta historia de pasión, secretos y segundas oportunidades.

—Ya no confío en ti, Marina. Da igual la mentira que digas, quiero que te alejes de mí.

—Mi embarazo no es una mentira.

—No te quiero cerca. No juegues con asuntos serios, ni intentes escapar de las consecuencias de tus actos con un truco tan miserable.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—¡Vete, Marina! No me importas tú, ni el embarazo, ¡Eres una estafadora y una mentirosa sin escrúpulos!

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

CAPÍTULO 1

Ricardo

—¡No me puedo creer que haya venido a Londres para ver a Murilo emborracharse! —exclamé, mientras yo mismo me tomaba mi segunda, o tercera… o sexta pinta de cerveza.

—Cuando estamos con los locales, celebramos como los locales —respondió Murilo, con la voz pastosa por la bebida, mientras intentaba volver a la barra para pedir otra pinta, la jarra típica europea, dejándonos atrás a Héctor, Guillermo y a mí.

—Es el aniversario de la muerte de Lavínia, tómatelo con calma —me recordó Guillermo —. Incluso después de todo, es un tema delicado para él.

—Cinco años es mucho tiempo — comenté.

—No es que se haya estado reprimiendo desde que se quedó viudo. De hecho, en este preciso momento está intentando ligar con alguien —fue el turno de Héctor de señalar a nuestro amigo, que se inclinaba hacia una mujer pelirroja mientras esperaba su turno en la barra.

—Aun así, debería estar trabajando. Me fui en mitad de una negociación en Alemania porque me dijisteis que era un asunto de vida o muerte.

—Y lo es… Murilo está celebrando su vida —intentó Guillermo, en tono de broma—. Pero la verdad es que hacía tiempo que no nos veíamos y era la primera vez en meses que estábamos lo suficientemente cerca y con algo de tiempo libre.

—Yo no tengo ese tiempo libre —me quejé por enésima vez—. Hamtech acaba de enviar el contrato al departamento jurídico y

quieren una reunión mañana por la tarde. Soy demasiado mayor para aparecer con resaca.

—Todos lo sabemos, porque aún tenemos algunas acciones en ese proyecto vital retrasado que tú llamas empresa —dijo Héctor —. Podrías hacer tantas cosas además de tu trabajo, tío. ¡Pero tantas!

Allá vamos otra vez.

Los chicos y yo nos conocimos en la universidad. Guillermo, Héctor, Murilo y yo teníamos una empresa-escuela que se convirtió en un negocio, y a los veinticinco ya éramos socios de una empresa tecnológica millonaria. Con el tiempo, cada uno fue tras sus propios objetivos y sueños, y yo me quedé como socio mayoritario de DataLogic y tan ocupado como el primer día en que empezamos.

Para los tres, mi trabajo era cosa del pasado, una de las muchas fuentes de dividendos que tenían a final de mes. Para mí, en cambio, era todo lo que tenía, aunque ya no me entusiasmara tanto como antes. Y ellos se encargaban de recordármelo cada vez que me veían, lo que me hizo huir de mis amigos en los últimos meses, intentando esconderme en el trabajo incluso cuando tenía tiempo libre. Era una conversación que detestaba.

—¡Eh, nada de trabajo! —Murilo volvió intentando equilibrar dos jarras en las manos, quizá dispuesto a compartir con alguno de nosotros—. Hoy vamos a beber.

—¿Y para quién es esa pinta?

—Para mi amiga Safira —indicó con la cabeza, y la chica venía detrás de él, igual de borracha. Ya no era la pelirroja de hace unos minutos. Murilo era rápido—. Dijo que mi energía era muy bonita y que quería que le invitara a una cerveza.

—Creo que acabas de caer en un timo —refunfuñé, aprovechando la ventaja de ser cuatro tios en un país extranjero, pero la chica me miró de reojo.

Genial. Hablaba mi idioma.

—Eres de los que no creen en esas cosas, ¿verdad? —preguntó, mirándome de arriba abajo, como si pudiera analizar mi alma. La

energía, quizá.

—No te lo tomes a mal, Ricardo no cree en nada —intentó suavizar Héctor—. Solo le importa el trabajo y es un célibe que no sabe convivir con la gente. No sé cómo sigue siendo nuestro amigo.

Guillermo y Murilo se rieron de la broma, y yo hice lo más adulto que se me ocurrió: les enseñé el dedo medio. Todos teníamos casi cuarenta años, pero aún actuábamos como críos cuando estábamos juntos.

—Pues tengo algo que decirte —empezó ella, y me agarró la mano, como si intentara leerme la palma en la penumbra del bar. Intenté soltarme, pero apretó con fuerza, todavía observando con atención. Joder, ¿cómo me había metido en aquello?—. Eh… no hace falta que tengas miedo.

—No tengo miedo.

—Muy bien, pues escúchame: tu vida va a cambiar.

—Muy original.

—Y lo hará. Dentro de un año, todo estará patas arriba —suspiró de forma dramática—. Para todos vosotros, en realidad. Lo siento en el aura de cada uno: nada se quedará en su sitio, nada…

—Qué conversación más rara —murmuró Héctor hacia mí, y yo miré el reloj, intentando comprobar discretamente el correo en el Apple Watch. No tenía paciencia ni tiempo para ese tipo de gente.

—¿Necesitáis algo más? —continuó Safira, desafiante—. Veo niños, para cada uno de vosotros. ¿Contentos?

—Me parece que no —me reí—. Ningún niño para mí, muchas gracias.

—Si no quieres creer… —se encogió de hombros y miró a Murilo —. Necesito otra cerveza, ¿me acompañas?

Mi amigo la siguió hacia la barra, mientras Guillermo y Héctor esperaban a que la mujer se diera la vuelta para soltar una carcajada un poco más fuerte. Murilo tenía la habilidad de encontrar a una hippie brasileña que leía las manos en medio de un pub de Londres.

Era justo lo que me faltaba.

—Entonces, papá, ¿listo para encontrar a una mamá en este pub? —provocó Guillermo.

—Necesito de verdad una noche de sueño. Han sido catorce horas de negociación.

—¿Por qué sigues haciendo ese tipo de cosas? No hay más adónde pueda crecer la empresa, lo sabes y has visto las proyecciones. Nosotros seguimos ahí por respeto a ti y porque aún da algún beneficio —insistió Héctor, ya que Murilo estaba lejos y no intentaría callarnos—. Aprovecharías mejor en otro lugar. Cualquier empresa tendría suerte de tenerte… Y tú no te quedarías atascado en lo mismo, una y otra vez, por mucho que seas bueno en ello.

Tenía cierta razón.

Me gustaba trabajar solo, sobre todo después de responder a una demanda por acoso. Vera fue la primera asistente que acepté en un intento de expandir la empresa, pero en lugar de ayudarme, quería un marido rico. Cuando se dio cuenta de que ninguna de sus insinuaciones iba a dar resultado, nos demandó.

Fue bueno tener todo registrado para impugnar sus declaraciones, pero me volvió desconfiado a la hora de compartir el área de prospección de nuevos clientes, sobre todo por lo crucial que era para la empresa, ya que de ahí salían los posibles nuevos negocios que generarían dinero para nosotros.

Teníamos un puñado de contratos puntuales y solo cuatro clientes con equipos dedicados. El contrato con Hamtech era importante para conseguir tecnología y proponer proyectos a grandes empresas sin necesidad de asignar muchos empleados. Tenía el punto de mira puesto en una empresa petrolera que ayudaría —y mucho— a nuestros beneficios.

—Ustedes saben que mis planes…

—Hamtech va a ayudar con software de seguridad en la cadena de suministro… —declaró Héctor con aburrimiento, como si lo estuviera leyendo de un folleto financiero—. Eso ya lo sabemos.

—Necesito que Vanda revise algunas cosas. Todavía es horario laboral en Brasil.

—Ricardo, por el amor de Dios, relájate y tómate tu cerveza —intervino Guillermo—. Vas a acabar con un burnout.

—Los jefes no tienen burnout.

—Cuando trabajas solo, no eres jefe de nadie —replicó.

Bueno, eso era verdad. Después de la desastrosa situación con Vera, me di cuenta de que mi verdadera vocación eran las salas de reuniones. Sabía negociar como nadie.

—Todos tenemos compromisos de trabajo, pero estamos aquí para pasar un rato con el idiota de Murilo —remarcó Héctor.

—Que ahora mismo está intentando tragarse las amígdalas de Cristal allí en el rincón —señalé, observando a los dos hablar demasiado cerca en una de las esquinas del bar.

—Safira —corrigió Héctor.

—Mirad… Sé que es una fecha importante, pero el departamento jurídico necesita el contrato. Quiero dejarlo todo resuelto antes del evento de Hamtech en Río, para que no cierren con nadie más —continué, y escuché a los dos soltar suspiros exasperados—. El problema no es que yo quiera trabajar, es que vosotros queréis comportaros como si un pub de Londres fuera una juerga universitaria.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con alguien? —provocó Guillermo, y tuve que rebuscar en la memoria. ¿Seis meses? Quizá más. Una mujer que conocí en el gimnasio y a la que no volví a ver. ¿Casi un año? Dios mío —. ¿Ves? Ni tú mismo te acuerdas.

—La separación les frió el cerebro a los dos y estáis viviendo una crisis de los cuarenta. Es la única explicación. Vine a Alemania para cerrar un contrato, no para acostarme con nadie.

—Ricardo, eres un pesado —respondió Guillermo con una sonrisa provocadora—. Y necesitas urgentemente un equipo, porque eres incapaz de no responder a un correo cada cinco minutos.

—Tengo a Vanda.

—Vanda no cuenta —sentenció Héctor.

—Soy el jefe de Vanda.

—No ves a Vanda desde hace cinco años o más. Es solo por eso por lo que te aguanta —continuó.

No era mentira.

Vanda era mi secretaria y controlaba con mano de hierro todos mis innumerables compromisos, gestionando las agendas de otros ejecutivos y manteniéndome al tanto de cuándo y dónde debía estar, incluso después de hacerle peticiones imposibles. Era mi relación más duradera en DataLogic.

Apareció justo cuando empezamos, hace más de quince años. No teníamos capital y ella necesitaba un trabajo. Vanda era una mujer con problemas de movilidad, utilizaba un andador para desplazarse, rondaba los cincuenta años y prefería trabajar desde casa antes que acudir todos los días a la empresa.

Como el teletrabajo aún no era una realidad, tenía pocas oportunidades. Para mí, que nunca fui especialmente bueno delegando, fue como anillo al dedo: nos comunicábamos por correo, mensajes y llamadas telefónicas durante todo el día, pero sin la ansiedad de tener a alguien pegado a mí siguiendo cada uno de mis movimientos. Cada vez que intentábamos sacar a Vanda de casa, rechazaba la invitación, aunque le ofreciéramos toda la infraestructura necesaria.

Yo nunca fui una persona muy paciente, y el mal humor de Vanda encajaba con mi personalidad como un plato de arroz con frijoles.

El correo que apareció en la pantalla llamó mi atención. Cibele, la hija de uno de los socios y responsable de la gestión de personas, había contratado a una nueva analista de proyectos para trabajar conmigo, a pesar de que yo había dejado claro en numerosas ocasiones que no quería a nadie más.

—Hablando de trabajo, tengo que hacer una llamada.

—¿Tú y Vanda estáis conspirando para escapar de nosotros? —preguntó Héctor—. Quedamos en que pasaríamos la noche juntos,

tío. Es importante para Murilo.

—Iré, lo juro —respondí, sabiendo que, pese a la ansiedad por el contrato, no cambiaría ese momento con los chicos por nada—. Pero al parecer Cibele ha contratado a alguien, una nueva asistente para mí.

—¿Ha despedido a Vanda? —preguntó Guillermo, sorprendido.

—¿¡Qué!? No, nadie toca a Vanda… —respondí—. Pero Cibele aprovechó mi ausencia para contratar a una asistente de proyectos que se encargue del proyecto de la petrolera.

—Eso es bueno, ¿no?

—Ya veremos —refunfuñé.

Confiaba en el trabajo de Cibele, aunque se hubiera pasado de la raya con esa decisión. Es hija de Ítalo Magalhães, la única persona que confió en nosotros cuando aún estábamos en la universidad y decidió invertir dinero en DataLogic.

Cualquiera que monta una startup tiene que ser confiado, pero aunque yo fuera ambicioso, no podía apostar el poco dinero que tenía. Aunque mi madre y yo tuviéramos una situación estable, seguía siendo hijo de una madre soltera que trabajó toda su vida en una joyería y estudié con una beca en la PUC. Tanto fue así que solo dejó de trabajar cuando conoció a su nuevo marido en un evento de mi empresa, y ahora vivía en Inglaterra.

A quien no iba a visitar por falta de tiempo.

Más valía que no se enterara de que estaba en territorio inglés sin verla, o se enfadaría muchísimo.

Guillermo era el chico con dinero, dinero de verdad, pero su padre nunca creyó en el proyecto. El padrastro de Héctor quería que trabajara con la familia y no apoyaba nada que no fuera la empresa del sector sanitario, igual que Murilo, que vivía enfrentado con su madre por el negocio familiar.

Estábamos en el séptimo semestre cuando empezamos a percibir la necesidad de trabajar con móviles. Mientras el Nokia ladrillo tenía el juego de la serpiente y el V3 molaba por ser un móvil plegable,

sabíamos que solo era cuestión de tiempo hasta que surgiera la necesidad de una interfaz segura: una pantalla capaz de mostrar los comandos necesarios con la garantía de no ser invadida ni robada. Todo el sistema bancario del país se había construido con tecnología nacional debido al proteccionismo de la época, y no volveríamos a tener un escenario similar. Necesitábamos correr para seguir el ritmo de quienes tenían más conocimiento y más dinero.

En diez años nos convertimos en millonarios, y Guillermo, Héctor y Murilo decidieron seguir caminos distintos porque creían que DataLogic ya no tenía adónde crecer.

Y todo eso ocurrió gracias al dinero invertido por Ítalo.

Así que, cuando pidió un empleo para su hija recién licenciada en Administración, aceptamos contratar a Cibele para el área de gestión de personas.

Salí del bar, arreglándome la chaqueta mientras buscaba el número de Cibele en la agenda del móvil. Confiaba en su trabajo y esperaba respeto por el mío. Contratar a alguien mientras yo estaba fuera iba mucho más allá de las atribuciones que habíamos acordado.

A cambio de mi tranquilidad en las prospecciones, ella fue asumiendo cada vez más responsabilidades, hasta absorber casi todos los equipos de los contratos permanentes. Yo estaba centrado en conseguir nuevos acuerdos.

Sabía lo que se decía de mí en la empresa: un jefe déspota, que trabajaba demasiadas horas y despedía a la gente como quien se cambia de traje. Escuché todos los rumores cuando pasaba por la oficina. Y yo, que ni siquiera tenía relación con los empleados aparte de Vanda, me vi confinado en el despacho, saltando de prospección en prospección mientras Cibele se volvía mucho más popular que yo.

Por eso detestaba hablar de todo aquello con los chicos. Como el propio Héctor había dicho, quizá ya no hubiera mucho espacio para mí allí. Apenas encajaba, haciendo lo mismo año tras año, sin siquiera conocer a los empleados que estaban por debajo de mí.

—Cibele, ¿qué coño fue ese correo? —pregunté sin saludar en cuanto respondió la llamada.

Debería controlar mi boca y mi carácter, pero la paciencia se agota.

—Ah, Ricardo. Es el final del día, ya pasan de las diez ahí en Alemania. ¿Podemos hablar con calma mañana?

—Mira, siempre dejé claro que confío en tu trabajo, pero acabo de descubrir que contrataste a alguien para mí. Quedamos en que no trabajaría con nadie más, ese fue el trato.

—Lo consideré necesario. Soy responsable de la gestión y puedo tomar este tipo de decisiones, lo sabes —respondió con una voz carente de emoción.

—Congela esa contratación. No es el momento.

—Demasiado tarde. Marina está muy ilusionada por empezar —comentó—. La dirección lleva años presionándote y el contrato con la petrolera es una oportunidad de oro. Al menos inténtalo durante unas semanas.

—Aquí no me dejas opciones.

—Lo sé. Por eso esperé a que viajaras. Será bueno, ya lo verás —continuó con un tono de maestra de infantil, como si intentara convencerme de que su juguete era más divertido que el del compañero.

Joder.

Colgué, dándome cuenta de que estaba entre la espada y la pared.

La tal Marina eligió ese momento para enviarme un mensaje, distrayéndome de la rabia por haber sido puesto en esa situación. En el correo explicaba que había sido contratada para gestionar el cronograma del proyecto y que esperaba recibir más tareas para continuar con el trabajo. Aún me quedaba un día más en Hamburgo antes de volar a Múnich y, solo después, regresar a Brasil a finales de la semana siguiente. Todo eso sin contar esa escapada absurda a Londres, que duraría apenas una noche.

Marina podria esperar sentada.

Me apreté el puente de la nariz, sintiendo que el dolor de cabeza se acercaba. El estrés y el exceso de trabajo solían pasar factura, como demostraba la cantidad de ibuprofeno que ingería. Este llevaría el nombre de Cibele y Marina.

—¿Listo para volver? No te voy a dejar escapar —preguntó Guillermo desde la puerta del bar, sacándome de mis pensamientos —. Murilo está listo para pedir más cervezas.

—¿Por qué estamos aquí otra vez? —murmuré, sujetándome la cabeza dolorida mientras me arrastraba hacia dentro. Tenía treinta y ocho años, era demasiado mayor para ese tipo de plan.

—Los aniversarios de la muerte de Lavínia lo ponen un poco irritable. Y borracho.

—Uhh… Hay algo más, ¿verdad? —pregunté, mirándolo fijamente. Algo estaba molestando a mi amigo. Aunque provocador, parecía tan estresado y cansado como yo.

—Quizá… Pero ellos no lo saben —indicó con la cabeza hacia el interior del pub—. Mi padre quiere que me case.

—Y hay alguien que…

—No —me interrumpió—. Cosas de alta sociedad. Dice que ya tuve mi oportunidad y elegí mal —continuó, haciendo un ruido irritante con la nariz y negando con la cabeza—. Pero déjalo.

—Eso no se deja.

—Así es. Quiere encontrar una buena familia para "estrechar lazos a través del matrimonio" —recitó Guillermo, imitando a su padre.

Guillermo era alto, rubio, de ojos claros, el prototipo de príncipe azul que volvía locas a todas las chicas de la universidad. De algún modo terminó casándose con una mujer que valoraba más su dinero, y todo acabó en un divorcio complicado, resuelto a base de contactos familiares.

—¿Y vas a esperar a que él decida?

—No se puede luchar contra el señor Góis Aguiar —se encogió de hombros con un suspiro breve, dando el tema por zanjado mientras

me acompañaba hacia dentro—. ¿Y la nueva empleada?

—Ya ha empezado a trabajar. Parece que tendré una nueva distracción cuando vuelva a Brasil.

—¿Atormentar a la pobre chica? Ella no tiene la culpa de que seas insoportable y vivas para el trabajo.

—Considero mi trabajo importante.

—Pero ya no te excita. No lo vas a admitir porque nunca quieres aceptar una derrota.

—Definitivamente necesito una cerveza para huir de tu sesión de terapia barata. Tú no quieres hablar de tu padre… y yo no quiero hablar de DataLogic.

—Vamos, promete que no le harás nada a la chica —provocó cuando nos acercábamos a la mesa donde estaban Murilo y Héctor.

—No haré nada. Nada en absoluto, lo juro —continué—. Se va a aburrir tanto que pensará en dimitir, ya lo verás —añadí, mirando a mis tres amigos—. Ahora… necesito estar lo bastante sobrio como para revisar material del departamento jurídico en el vuelo de mañana y enviar un borrador minutos antes de que termine el día en Río. Así que elegid bien esa pinta.

Murilo asintió entusiasmado y volvió a la barra por décima vez, ahora sin la chica a su lado. Tal vez mi vida realmente fuera a cambiar. Tal vez esa contratación fuera el clavo final en el ataúd de DataLogic. Tenía dinero suficiente para hacer lo mismo que mis amigos y simplemente vender mis acciones e irme. Pero Guillermo tenía razón: no quería dar el brazo a torcer.

* * *

Ya no estaba tan seguro de que Marina fuera a rendirse por aburrimiento; quizá realmente necesitaba dejarle claro que no la quería en la empresa.

La pobre chica tenía buenas intenciones y, cada vez que revisaba mi correo con el paso de los días, allí estaba ella: una docena de

mensajes, asuntos interminables, porque —al parecer— al cumplir con el puesto para el que había sido contratada, se había tomado muy en serio la tarea de organizar el contrato con PetroBrasil y todas las partes implicadas. Ignoré todos esos correos, dejando que la protegida de Cibele se entretuviera; al fin y al cabo, sabía que no la habían contratado sin un acuerdo de confidencialidad.

Que la tal Marina intentara entender todo lo que quisiera. Yo no estaba en absoluto dispuesto a ayudarla, sobre todo porque no pensaba que fuera a durar más de unos días.

Al tercer día empezaron a llegar mensajes de gente de la empresa preguntando por la posición de Marina. Después de todo, yo no trabajaba con nadie. No eran quejas propiamente dichas, pero el malestar estaba ahí, discreto y persistente: una desconocida actuando en mi nombre.

La semana con Hamtech se convirtió en dos, y mis idas y venidas con los abogados de Brasil y Alemania hicieron que apenas pensara en la chica. El contrato se firmó cuando Matthias Schweiger, propietario de la empresa, finalmente quedó satisfecho con nuestra propuesta. Si hubiera existido algún proveedor brasileño, habría renunciado encantado a toda aquella burocracia. En su lugar, estaba cerrando un contrato de diez años cargado de minucias.

Incluso incluyeron una maldita cláusula de moralidad. DataLogic no podía verse envuelta en escándalos; de lo contrario, Hamtech tendría una vía de escape.

Como si supiera que por fin tendría unos minutos para ella tras tanto silencio, Marina decidió llamarme justo cuando salía de la sala de reuniones, después de estrecharle la mano a Matthias. Yo solo deseaba unas horas de sueño en el hotel tras tres días intensos revisando actas contractuales hasta la extenuación.

—¿Señor Varela? Soy Marina… Necesito hablar con usted. No sé si ha visto mis correos…

—No tengo tiempo para esto —respondí, y colgué sin darle opción a continuar.

El suspiro de irritación se me escapó de los labios. Correos, llamadas, mensajes de otros empleados… tarde o temprano tendría que averiguar qué estaban haciendo Marina y Cibele en mi ausencia. Al menos, para encontrar un buen motivo para despedirla en cuanto pusiera un pie en la oficina.

Marina Cárdenas estaba molestando a la gente, realizando tareas en mi nombre e incluso llamándome directamente, pese a saber que Vanda debía ser quien estuviera al otro lado, probablemente irritada por haber escapado a su control habitual sobre mis llamadas de trabajo.

Me tomé dos días completos antes de ocuparme del asunto de la analista de proyectos, tras recuperarme en la habitación del hotel y volver a otra reunión con el equipo tecnológico de Hamtech. Entonces entendí por qué Gerardo Fioni, mi director de tecnología, parecía casi desesperado con cada nuevo mensaje: ochenta y dos correos en dos semanas, entre documentos y convocatorias de reuniones. ¿Qué demonios pretendía esa chica?

—¿Qué cree que está haciendo? —pregunté en cuanto Marina atendió.

—Hola, señor Varela. ¿Ha visto mis correos? —respondió con un tono tranquilo, en marcado contraste con mi urgencia.

—i¿Qué está haciendo?! ¡No he autorizado ninguna de esas acciones en mi nombre!

—Mire… —empezó, con un tono aún más calmado, casi didáctico. Puse los ojos en blanco; conocía bien ese registro. Me estaba tratando como a alguien "difícil". Y, joder, sabía que lo era—. Fui contratada para llevar el proyecto y el cronograma está ajustado. Si revisa lo que dejé en la nube, podrá comprobar que…

—No —la interrumpí—. Cibele forzó su contratación, pero yo no tengo nada que ver con eso. Detenga lo que está haciendo. Cuando vuelva, hablaremos. No se acostumbre a su puesto.

—Me parece muy grosero hablar de ese modo.

—Y a mí me parece grosero asumir responsabilidades que no le corresponden. Estoy en Alemania negociando la infraestructura de un proyecto y, aun así, tengo que enterarme de que alguien está distrayendo a mis empleados en lugar de dejarlos trabajar.

—¿Ha hablado con alguno de ellos? ¿Ha habido alguna queja?

—Ochenta y dos correos —gruñí—. La gente tiene prioridades.

—Correos que llevo enviando dos semanas. Como no respondió, asumí que me dejaba trabajar.

—Mire, Marina —dije, sintiendo cómo el cansancio empezaba a vencerme—. Lo resolveremos cuando vuelva. Ni un movimiento más hasta que yo lo diga. ¿Queda claro?

—Claro, jefe —respondió con un tono mucho menos seguro, y esperó a que yo colgara. La palabra "jefe" sonó casi como una provocación. Sabía que no tenía intención de mantenerla allí.

Era tarde, pero me resultaba imposible desconectar de la empresa. La voz firme —y visiblemente irritada— de Marina era algo poco habitual en DataLogic. O la gente me ignoraba, o me tenía miedo. Resultaba casi estimulante que alguien se atreviera a discutir.

Revisé los malditos ochenta y dos correos.

Uno a uno, Marina me había copiado en cada paso desde su primer día en la empresa, dirigiéndose a mí como su superior directo y explicando su función como product owner y analista de proyecto exclusiva para la licitación de PetroBrasil. Un exceso de celo, claramente pensado para que yo supiera exactamente lo que estaba haciendo.

Cuanto más avanzaba, más me sorprendía. Me había enviado informes constantes a pesar de que la ignoré desde el principio. Habría sabido perfectamente en qué estaba trabajando si me hubiera molestado en leer.

Al final de aquella epopeya de correos, muchos minutos después, y tras guardar algunos archivos para analizarlos con la cabeza más despejada, tuve que admitir que, además de irritante, la señorita Marina Cárdenas tenía razón.

Intentar llevar la prospección yo solo, contando únicamente con la ayuda de Vanda —que rara vez interactuaba con otras áreas más allá de organizar las reuniones que yo solicitaba— había hecho que descuidara por completo el cronograma.

Había tantas tareas triviales atrasadas en las hojas de cálculo que ella había preparado que, por primera vez, me pregunté qué tipo de trabajo se estaba haciendo a mis espaldas para cumplir mis exigencias a tiempo. Quizá por eso gente como Gerardo estaba tan molesta con que alguien externo se entrometiera en sus procesos.

—Bueno, Marina… Puede que al final dure unas semanas más —murmuré para mí mismo frente a la pantalla del ordenador, mientras empezaba a responder los correos y le autorizaba a continuar con su trabajo, contradiciendo lo que yo mismo había ordenado minutos antes.

CAPÍTULO 2

Marina

—¿Y si no le caigo bien? —susurré por enésima vez a Vanessa, una analista de DataLogic con la que había entablado amistad el primer día de trabajo.

—Deja de tonterías. ¡Haces un trabajo genial!

—Pero ya ha pasado un mes, y si vieras sus correos… —dudé—. Cuando por fin empezó a responderme… —refunfuñé, todavía más nerviosa—. No pueden despedirme. Di tres meses de adelanto por la habitación donde vivo. Y dudo mucho que Suzana me devuelva ese dinero.

—No es que debas preocuparte… pero sí, debería devolvértelo. Quizá deberías hablar con un abogado. Podría convertirse en una situación… complicada.

—Eso no me ayuda demasiado —respondí. Vanessa me dedicó una sonrisa tensa y, esta vez, no dijo nada más. Las dos sabíamos que mi preocupación era muy, muy válida.

Me alisé la coleta una vez más frente al espejo del ascensor antes de que se abrieran las puertas; quería controlar cualquier mechón castaño fuera de lugar. A pesar del maquillaje ligero que resaltaba mis ojos verdes almendrados, tenía el labio superior húmedo por el calor de Río de Janeiro a las ocho de la mañana. Tampoco ayudaba que mi conjunto formal fuera cien por cien poliéster: prácticamente un horno portátil.

Parecía pequeña dentro del ascensor del trabajo, más de lo que mi metro sesenta solía aparentar, como si la presión por el inminente regreso de mi jefe —insoportable y de carácter volátil— se me hubiera instalado sobre los hombros.

Mi nuevo jefe podía perfectamente no soportarme. Al fin y al cabo, aún no nos conocíamos. Aquel era su primer día de vuelta en la oficina tras un viaje de negocios, y yo estaba tensa por lo que pudiera ocurrir entre nosotros, aunque, de alguna forma, se hubiera construido cierta confianza a base de intercambios escasos —y fríos — de correos electrónicos.

El primer día, Ricardo Varela probablemente me despediría. El segundo o el tercero, también. Si era sincera, quizá incluso durante la segunda semana. Sin embargo, acabamos alcanzando una especie de tregua cuando, por fin, revisó mi trabajo y me concedió un voto de confianza, aunque fuera a distancia.

Eso fue importante para mí.

Llevaba tiempo buscando empleo, pero no era fácil viviendo fuera de Río de Janeiro. Había sido becaria en la gerencia de proyectos de una gran empresa y trabajé algo más de un año en un proyecto específico de una compañía estatal.

El resto del tiempo lo pasaba sirviendo mesas en el negocio de mis padres en Rio das Ostras, en la Región de los Lagos. Tenían un restaurante en el centro de la ciudad, una zona turística y concurrida, y cuando podía me dedicaba a la repostería, una de mis grandes pasiones.

Mis padres no querían una hija pastelera y eligieron ingeniería por mí.

A los dieciocho años empecé a estudiar casi a regañadientes, pero terminé enamorándome del área como de una buena receta: me gustaba la organización, medir ingredientes, observar cómo las cosas tomaban forma, como una masa bien hecha. Encontré satisfacción en ello, aunque no fuera mi sueño, porque mis padres tenían razón: pagaba mejor y ofrecía una seguridad que hacer dulces por encargo no garantizaba. Era la carrera ideal para pagar mis cuentas y tener una buena vida, palabras de mi padre, no mías.

Macaé, la ciudad más cercana, olía a petróleo por todas partes, y no fue difícil conseguir un empleo bien remunerado, aunque nunca al nivel de los sueldos de Río de Janeiro. Mis padres habían salido de

la Baixada Fluminense, una región periférica del estado, huyendo de la violencia.

Rio das Ostras fue tranquila, casi idílica, durante mi infancia. Cuando me despidieron por recortes y estuve más de seis meses desempleada, entendí que debía mudarme y buscar algo más allá del "aburrimiento" que a veces sentía al ver siempre las mismas caras y los mismos lugares de la costa.

Me inscribí en todos los portales de empleo, escribí largos textos en LinkedIn y pedí ayuda a profesores. Durante meses envié currículos y me postulé a vacantes sin obtener respuesta. Conté cada céntimo del subsidio de desempleo, volví a ayudar en el restaurante y retomé la repostería. Cuando DataLogic me contactó, estaba a punto de dejarlo todo para dedicarme exclusivamente a los dulces.

Interpreté el desempleo como una señal divina para, por fin, seguir mi verdadera pasión. Mi padre se rió y me dijo que la entrevista con DataLogic era, en realidad, la señal para quedarme en mi profesión y seguir siendo ingeniera.

Tras dos entrevistas por Zoom, fui contratada por DataLogic. Buscaban un analista de proyectos con experiencia en petróleo y gas, y yo encajaba perfectamente. Alguien que se encargara del cliente y ayudara con la viabilidad del contrato.

La empresa trabajaba con tecnología —blockchain, seguridad digital—, pero estaba más acostumbrada a tratar con startups pequeñas que con corporaciones enormes, llenas de burocracia y reglamentos.

Ellos mismos eran uno de esos casos.

Era perfecto para mí… salvo por un detalle: mi jefe directo estaba en Alemania.

—¿Entonces no voy a conocerlo? —pregunté a Cibele, otra gerente que llevó la entrevista y se presentó como socia, después de anunciar que el puesto era mío.

—¡A Ricardo le encantarás! Le gusta la gente centrada y tú eres muy detallista. ¡La combinación perfecta! —zanjó, mientras Gabriele, la responsable de RR. HH. que me entrevistó primero, asentía con entusiasmo—. Y necesitamos que empieces cuanto antes. ¿Crees que podrías estar en Río la semana que viene?

—Claro… —asentí. No pensaba perder aquella oportunidad, ni siquiera si tenía que quedarme en casa de algún pariente lejano de la Baixada al que apenas conocía—. Pero… ¿el señor Varela realmente no quiere hablar conmigo?

Me intrigaba. En la primera entrevista, todo lo relacionado con el puesto giraba en torno a Ricardo Varela. Resultaba extraño ser contratada sin conocer siquiera a mi jefe directo. Alguien que no eligió a su propio empleado podía hacerle la vida imposible a cualquiera.

—Él dio carta blanca para esta contratación. Ya tendrán tiempo —continuó Cibele, con el mismo entusiasmo impostado, como si estuviera entrenada para esquivar preguntas incómodas—. El viaje a Alemania es muy importante y está muy ocupado.

Como necesitaba el trabajo, acepté, aunque mi instinto gritara que algo no terminaba de encajar.

Busqué a Ricardo Varela en Google y, además de un currículum empresarial impecable, descubrí que era guapo. Muy guapo. Blanco, de pelo y ojos oscuros, siempre perfectamente arreglado, sin un solo cabello fuera de lugar. Como esos actores de traje impecable que desfilan por alfombras rojas.

A sus treinta y ocho años tenía una carrera extensa en administración, era un adicto al trabajo con pocas pasiones fuera de la empresa que ayudó a fundar. No encontré ningún Instagram personal para comprobar si vestía algo distinto a camisas formales: todas las imágenes eran variaciones de traje y corbata, incluso bajo el calor de Río de Janeiro. Sí, estaba stalkeando a mi nuevo jefe.

Cuando colgué la llamada con la confirmación del puesto, recorrí la casa dando saltos hasta el restaurante. Al contarles a mis padres que tendría que mudarme cuanto antes, vi en sus rostros una

mezcla de orgullo y decepción por mi partida repentina, después de haber vivido con ellos toda mi vida, incluso durante la universidad.

Dos días después viajé a Río con Nanda, mi prima. Me alojé en un Airbnb y empecé a responder anuncios de habitaciones.

El problema era que todo parecía una celda: pequeño, caro y sofocante.

Estaba a punto de aceptar cualquier cosa hasta que encontré un piso razonablemente barato en Botafogo para compartir con una estudiante de doctorado en Sociología llamada Suzana. Era conocida de una conocida de Nanda, que había visto el anuncio en las stories de Instagram. El piso era igual de viejo, minúsculo y de colores cuestionables, pero tenía una habitación con baño privado, lo que me garantizaba un mínimo de privacidad. Además, estaba cerca de todo, lo que me permitiría hacer cosas que hasta entonces solo veía en perfiles turísticos: museos, restaurantes y cine.

Pagué tres meses de alquiler como fianza y el cambio brusco acabó con todos mis ahorros. Todas mis pertenencias estaban financiadas a un año o más, pero al menos la habitación tenía el mobiliario básico, lo que hizo la mudanza algo menos traumática.

Aquello pareció una señal de buena suerte… hasta dos días después, cuando descubrí que la tranquila estudiante en realidad pasaba las noches con amigos, fumando, bebiendo, escuchando MPB y tocando instrumentos. Durante la primera semana, el portero me advirtió sobre el uso de un bongó de madrugada, un instrumento que ni siquiera había escuchado antes de decidir comprar tapones para los oídos, después de pedirles cinco veces que dejaran de tocar la guitarra porque al día siguiente sería mi primer día de trabajo.

La entrega rápida salvó mis oídos, pero no me libró de la reprimenda del portero.

El día acordado llegué a DataLogic. Me desperté dos horas antes para asegurarme de no llegar tarde a la sede de la empresa en Ipanema y, aun así, llegué sudada y apresurada tras una noche horrible por culpa de Suzana y con la ansiedad añadida de la ausencia de Ricardo.

—¡Marina, qué bien que hayas llegado! —Gabriele, la responsable de RR. HH. que había llevado mi entrevista, vino a buscarme a la recepción del edificio. Me hizo un recorrido rápido por los tres pisos de la empresa y luego me entregó el portátil y la tarjeta de acceso.

Durante la siguiente hora me orientaron para configurar el ordenador y completar la inducción del área de Recursos Humanos, con información sobre el puesto. Por suerte, tenía una lista de tareas que Cibele me había enviado; de lo contrario, no habría tenido absolutamente nada que hacer después. Abrí el correo con información sobre el proyecto en el que estaría involucrada, para el cual había firmado, junto con el contrato, un acuerdo de confidencialidad, con historial del cliente, etapas en curso, contactos y fechas estipuladas.

Me asignaron una mesa en una de las esquinas de la oficina, casi frente a una sala que, según los rumores de pasillo, pertenecía a Ricardo Varela. Había al menos otras diez personas en la planta, pero todas parecían divididas en pequeños grupos, como si trabajaran en proyectos distintos, aisladas en sus propios equipos.

Como yo era un equipo unipersonal, ni siquiera tuve una bienvenida propiamente dicha.

Después de los saludos de rigor —sonrisas tensas, preguntas sobre currículos y antiguas empresas—, me senté frente a mi ordenador, ellos frente a los suyos, y ni siquiera recibí una invitación para almorzar. Ya había dejado de ser interesante.

Vanessa, una chica bajita de pelo rizado, fue la única que habló conmigo más de diez minutos. Ella también estaba empezando, aunque formaba parte de un equipo de más de cinco personas a unas mesas de distancia.

Concentré toda mi atención en elaborar un plan de acción y una lista de personas con las que necesitaba hablar para definir las etapas del proyecto.

Si Ricardo me lo permitía, claro.

Cibele había sido clara en su correo: él era mi jefe y la única otra persona responsable del proyecto. Así fue como entendí que las

cosas no serían tan tranquilas como ella había querido hacer parecer.

Envié tres correos.

Uno para presentarme, otro explicando en qué estaba trabajando y un tercero detallando lo que necesitaba. No respondió a ninguno.

—Cibele, perdona… —la interrumpí cuando la vi cerca del dispensador de agua, en el quinto día sin respuestas. Ya no tenía nada que hacer; era viernes y Ricardo seguía ignorándome—. Necesito tu ayuda.

—Claro —murmuró, con su pelo rubio y corto y un blazer impecable, pareciendo una de esas mujeres adineradas de las series de televisión. Su ropa debía costar más que mi sueldo.

—Cumplí la lista que me enviaste, sugerí algunas acciones a Ricardo y no me responde. ¿Habría alguna forma de aprobarlas con otra persona o de conseguir algún contacto?

—Él es así —sonrió, como si fuera una broma. Aquello no resolvía nada—. Te enviaré su teléfono personal, pero está muy ocupado… y Vanda, su secretaria, es un auténtico perro guardián. No te dejará hablar con él.

—Ah… ¿y Vanda puede ayudarme?

—Yo lo resuelvo todo, querida. Es tu primera semana, no te estreses tanto.

—Pero necesito material para…

—Todo está bien —me cortó, sin intención de escuchar más, haciendo un gesto despreocupado con las manos—. Intentaré resolverlo. Puedes dejarlo. Él tiene algunos contratos prioritarios que cerrar, ¿sabes? Es un momento delicado.

Sus palabras quedaron flotando en el aire. Estaba claro que no debía molestarlo. Por lo que supe después, Vanda casi nunca aparecía por la empresa, así que primero tendría que averiguar cómo contactar con ella antes de pedir cualquier ayuda.

Estaba entre la espada y la pared: si nadie me respondía, pasaría los días viendo recetas en TikTok. Ya tenía un par apuntadas en la

agenda, pero no me sentía ni orgullosa ni profesional haciéndolo en horario laboral.

Asentí en silencio cuando Cibele se dio la vuelta y entró en su oficina. Al regresar a mi mesa, ya me había enviado el contacto de Ricardo. No tenía nada que perder. Eran las dos de la tarde y tenía las manos atadas.

—No tengo tiempo para eso.

Ese fue el mensaje seco que me hizo mirar el móvil con incredulidad, impactada por la grosería. Aun así, no iba a rendirme. Mis padres no estarían contentos conmigo, los recibos vencerían, y un despido en periodo de prueba no incluía ninguna indemnización decente.

Tampoco sería muy defendible que me echaran por haberme saltado a mi jefe y enviar correos sin su autorización, pero necesitaba hacer algo o acabaría perdiendo la cabeza.

Y decidí hacerlo.

En cuanto colgué, envié una serie de correos a las personas que había mapeado durante la semana, convocando reuniones con los equipos implicados: tecnología, administración, marketing, nuevos productos… Mi objetivo era hablar con todos y entender las etapas y pendientes antes del regreso de Ricardo, previsto para unas semanas después.

Mentí en los correos, dando a entender que mi jefe estaba al tanto del proceso. Él estaba copiado en todos los mensajes y, aun así, no respondió. Tal vez lo supiera. Tal vez no. Si quería enterarse de lo que hacía en la oficina, tendría que leer algo más que refunfuñar que no tenía tiempo.

Pasé la semana siguiente trabajando, reuniendo información y descubriendo un enorme cuello de botella en el área de TI que requería el desarrollo de pantallas no previstas y retrasaría todo el cronograma. Avisé al respecto y, solo después, me pregunté si no había sido demasiado audaz. Nunca lo sabría: lo único que tenía era el silencio de Ricardo.

Desde entonces, mis días se llenaron de tareas, almuerzos con Vanessa o pausas en la azotea del edificio, con vistas privilegiadas a Ipanema, mientras comía algún dulce comprado por la zona.

El viernes siguiente, cuando ya tenía cierta confianza en lo que hacía, mi teléfono sonó. Ricardo fue aún más grosero que la primera vez. Rugía como un león al otro lado de la llamada y yo estaba convencida de que me despediría.

Quizá por fin había descubierto lo que yo estaba haciendo.

Me dejé caer en la silla en cuanto colgó, sintiendo la irritación y la vergüenza calarme los huesos, imitándolo en voz baja con su tono furioso: "ni un movimiento más".

Qué hombre más idiota.

Necesitaba un dulce. Miré la pantalla del ordenador sin saber si lo mejor sería recoger mis cosas e irme, segura de que Ricardo Varela me despediría en cuanto pisara la oficina.

Opté por coger el bolso y bajar a una cafetería bonita en la esquina del edificio. Pedí un café y un pastel para ganar tiempo. No podía trabajar y él ni siquiera quería que lo hiciera.

Imbécil insufrible.

Cuarenta minutos después, observando el ir y venir de gente en bañador, perros falderos y ancianos millonarios, sin nada más que hacer, mi móvil empezó a vibrar sin parar. Me negué a abrir el correo del trabajo y seguí viendo una receta de bizcocho de chocolate blanco con relleno de mermelada de fresa y ralladura de limón… hasta que el aluvión de notificaciones llamó mi atención.

Al volver a la oficina, abrí el portátil y allí estaba, en todo su esplendor: Ricardo Varela respondiendo uno por uno a mis correos. Los ochenta y dos. Con comentarios mucho más detallados de lo que habría esperado después de su tono telefónico, aprobando o solicitando cambios en todo lo que había hecho durante su ausencia.

El último era un correo dirigido solo a mí: "continúa con lo que estás haciendo".

Era infinitamente mejor que "ningún movimiento".

Seguía siendo una forma imbécil de tratar a una empleada que trabajaba directamente con él.

Ricardo había usado la hora en la que yo me tomé un café y un pastel para decidir no despedirme, analizando documentos, reforzando solicitudes, agradeciendo mapeos y aparentando estar satisfecho con mi trabajo. Incluso me envió el contacto de la misteriosa Vanda, que me ayudaría a organizar reuniones o conseguir accesos.

El último mensaje no solo me autorizaba a continuar, sino que enumeraba siete puntos que debía revisar antes de su regreso. Mi trabajo estaba a salvo, al menos hasta la semana siguiente.

Lo celebré pidiendo una pizza solo para mí, que acabó siendo mi comida y mi cena del día siguiente. No se lo conté a mis padres en la videollamada; se entusiasmaron cuando les dije que me estaba gustando el trabajo.

Y era verdad.

Dejando a Ricardo aparte, me sentía productiva por primera vez desde que terminé la universidad. De niña soñaba con tener mi propia casa, ropa bonita y una vida como la de las series después de graduarme. A los veintitrés años comía mal, pero al menos ganaba un sueldo decente.

La positividad con la que salí de la oficina aquel viernes se fue diluyendo durante el fin de semana, llevándome de vuelta a ese momento con Vanessa en el ascensor, el lunes siguiente, cuando me pregunté si era posible que Ricardo Varela no me soportara.

Salí del ascensor nada satisfecha con el labio superior sudado y me arrastré hasta mi silla, donde solía dejar el portátil. Solo me lo llevaba a casa cuando necesitaba terminar algo. Estaba tecleando la contraseña cuando la puerta de la siempre cerrada oficina de Ricardo se abrió y él gritó, en toda su gloria:

—¡Marina, ven aquí!

Tenía el mismo tono irritado de la llamada telefónica y volvió a entrar en la sala, como si no contemplara otra respuesta que no

fuera seguirlo.

Buenos días para ti también, jefe.

Recibí el impacto de aquel hombre idiota en apenas unos segundos.

Ricardo era alto y resultaba aún más intimidante en persona que en las fotos. El pelo oscuro estaba milimétricamente peinado hacia atrás, la barba perfectamente arreglada y los ojos, demasiado salvajes para las ocho de la mañana. Llevaba una camisa blanca remangada hasta los codos y la mandíbula apretada, como si estuviera enfadado por defecto. Era tal y como lo había imaginado tras ver sus fotos en Google, aunque no tenía ni idea de la presencia que podía cargar su mal humor.

Cogí el portátil y una libreta, dejé el resto de mis cosas en el escritorio y lo seguí. Por lo visto, Ricardo era de los que llegaban absurdamente temprano a la oficina, hasta el punto de que casi nadie lo veía fuera de su despacho. Conocía bien a ese tipo exigente y sin paciencia.

—Buenos días para usted —dije, casi como un insulto. Recibí una mueca por respuesta antes de que se sentara y tamborileara los dedos sobre la mesa de madera.

—Primero, tengo que disculparme contigo —empezó, en un tono más moderado, claramente esforzándose por no ladrar órdenes—. Tu inicio en la empresa no fue bueno por mi culpa. Yo debería haber estado aquí y Cibele no respetó eso. No me gusta que interfieran en mi agenda, aunque insistiera en que necesitábamos a alguien de proyectos. Aprovechó mi viaje para traerte.

—Usted no lo sabía —concluí, y muchas piezas encajaron de golpe.

—No lo sabía —confirmó, diciendo más en el silencio de lo que parecía.

Asentí todavía de pie y él señaló una de las sillas frente a su escritorio. Guardó silencio unos segundos, como si no supiera muy bien qué decir. Yo esperaba más drama, pero quizá ya había

descargado su reacción visceral en otro sitio… como un saco de boxeo. Tenía demasiado músculo para vivir encerrado en una oficina.

—He leído tus correos y, aunque eres nueva, detectaste un problema grave que habría retrasado el proyecto al menos seis semanas —continuó, girándose hacia su ordenador—. El equipo de usabilidad trabajó todo el fin de semana. No sé si viste mis respuestas.

—Perdón por la cantidad. Me pareció más fácil organizarlo así. Eran muchos temas y no quería que se perdiera nada.

—Me di cuenta de que había dejado demasiadas cosas de lado —admitió, conciliador—. Pedí prioridad para las pantallas porque el cliente alemán solicitó una reunión para revisar las modificaciones. Fue un buen trabajo, gracias.

—De nada.

—Dicho esto —añadió, con el ceño más tenso—, no me gusta que se me salten, pero entiendo por qué lo hiciste. Ignoré tus correos por otras urgencias y no es buena idea centralizar todo cuando se tiene una agenda como la mía, sobre todo porque Vanda no hace excepciones con nadie más que conmigo. La próxima vez, llámame aquí, avísame. Estaremos cerca y necesitamos esa sinergia.

—Lo intenté… —murmuré, porque el regaño seguía pareciéndome injusto.

—Lo sé. Empecemos de cero —extendió la mano—. Bienvenida, Marina. Ahora… cuéntame quién eres.

Aparté el portátil, que había estado usando como un escudo, y estreché su mano, sintiendo el calor de sus dedos como una descarga eléctrica. Él pareció notarlo también y se incorporó ligeramente en la silla.

Estaba sudada por los nervios, con la cara caliente y el corazón acelerado.

Porque hacía calor, porque tenía miedo de ser despedida… y porque él era muy atractivo.

De cerca, aún más.

Rostro anguloso, algunos cabellos blancos rebeldes y unos ojos marrón café mucho más cálidos que en las fotos. Todo combinado con la piel bronceada y un perfume intenso y masculino.

Era como un cuadro… con una arruga permanente entre las cejas. Un peligro con mirada de quien podría leerme la mente. Y, por desgracia, yo era incapaz de no pensar alguna tontería, aunque supiera perfectamente que era mi jefe.

Bajé la vista hacia mis zapatos y abrí el portátil sobre la mesa, repasando partes de mi currículum en voz baja, intentando controlar el nerviosismo. Ricardo no pareció notar mi reacción: mitad miedo, mitad excitación. Una combinación muy inapropiada para sentir hacia mi jefe, a quien diez minutos antes consideraba un imbécil.

Aquella disculpa lo había suavizado todo.

—Muy bien —dijo cuando terminé—. Vamos a fijar reuniones de seguimiento y me comprometo a escucharte y a pedirte cosas, ¿de acuerdo? Sé comportarme, a pesar de lo que la gente cree.

—¿Cómo?

—Alguien debe haber dicho que soy un jefe de mierda. Ya he oído algunos susurros.

—En realidad, todos son bastante silenciosos. No he escuchado nada sobre usted. De hecho, no escuché nada de nadie. Me contrataron para trabajar con usted, pero para mí es un completo misterio.

—Deben estar apostando por cuándo te voy a despedir —sonrió de medio lado—. Pero me gustas, Marina. Eres de las pocas que no se asustan con mi reacción. Toda esta conversación ha sido muy… instructiva.

—Mi interferencia con las pantallas podría haber sido un error enorme. Solo seguí mi intuición.

—Y no te equivocaste. Demuestra lo talentosa que eres. Tengo una reunión en una hora con el equipo de TI —dijo, mirando su reloj —. Organiza tus cosas. Vienes conmigo.

—¿Voy? —pregunté, confundida, levantándome con el portátil contra el pecho—. Pero tengo que resolver otras cosas… Usted dejó una lista…

—A partir de ahora eres mi socia, Marina. La lista puede esperar. Nadie te obligó a ser tan eficiente en un proyecto que nos va a generar millones.

Se levantó, abrió la puerta y prácticamente me expulsó del despacho sin decir nada más. Apreté el portátil y regresé a mi mesa, mirando de reojo la puerta cerrada, intentando entender qué acababa de pasar.

A Ricardo Varela le caía bien.

O, al menos, le gustaba mi trabajo lo suficiente como para no despedirme.

Al menos… no aquel día.

CAPÍTULO 3

Marina

—Solo que consigan la información lo antes posible. Con el asunto de las pantallas del equipo de UX, nos ha quedado un cronograma realmente ajustado, sobre todo con la reunión con los alemanes para verificar el avance de la aplicación —expliqué.

—No estamos dedicados únicamente a esto. Tenemos que comprobar las horas necesarias de los demás proyectos —replicó Gerardo.

—Haz lo que sea necesario y yo lo resolveré con dirección —intervino Ricardo—. Tenemos una presentación la semana que viene y esto tiene que estar funcionando; de lo contrario, pueden cancelar el contrato. No habría sido necesario si la prueba hubiera detectado el error.

—Como ya expliqué, hicimos pruebas exhaustivas y si su asistente…

—Marina. Se llama Marina —lo corrigió Ricardo, apoyando las manos sobre la mesa con una mirada amenazante antes de continuar—. Y yo repetí las pruebas y obtuve el mismo resultado. Algo ocurrió entre la última prueba y la que hicimos, pero tendremos tiempo de averiguarlo después de presentar la aplicación a Hamtech.

—Muy bien —respondió el gerente de TI con un tono irritado, y salió con los otros dos hombres, cerrando la puerta tras de sí.

Ricardo se levantó y me miró fijamente, escrutando mi rostro mientras yo recogía mis cosas de la mesa.

—¿Van a ser un problema para ti? —preguntó. Permanecí en silencio, lo que hizo que insistiera—. Fueron un problema mientras estuve fuera, ¿verdad?

—No quieren cambiar su forma de trabajar. Lo entiendo —me encogí de hombros—. Ya he tratado antes con personas resistentes.

—Hum.

—Mi verdadera duda es si realmente lograremos cumplir esa entrega —añadí casi en un susurro, con miedo de decirlo en voz alta —. El cronograma que planteaste es ambicioso. Y con esta reunión… lo escuchaste. No están dedicados al proyecto.

—Van a tener que hacerlo funcionar. El bono que recibirán al finalizar la entrega es un incentivo. No les gusta perder la última palabra, y menos delante de una novata —dijo con una media sonrisa provocadora.

—¿Bono?

—Para ti también. Tenemos un compromiso con los socios y un plan estratégico de crecimiento. Si se alcanza el objetivo, todas las personas involucradas en los proyectos principales reciben —suspiró —. ¿Ya has almorzado?

—Iba a salir después de la reunión.

—Necesito repasar todo esto contigo y revisar la presentación para los socios. Aún no he podido explicarles lo acordado en el contrato de Alemania más allá del material jurídico. ¿Te gusta la comida china? —preguntó, cambiando completamente de tema mientras abría la puerta de cristal y, una vez más, echaba a andar como si esperara que lo siguiera.

Malditas piernas largas.

—Ah… sí.

—Perfecto, elige lo que quieras —dijo, tendiéndome el móvil con la lista de platos calientes mientras yo lo seguía, equilibrando la libreta y el portátil dentro del ascensor.

—¿Y el material de la reunión?

—Puedes hacerlo desde mi despacho —indicó con un gesto de cabeza.

Me vi obligada a seguirlo en silencio hasta la oficina, donde me senté en una de las mesas del rincón para abrir el portátil,

incómoda.

¿Cómo pasé de ser la enemiga de mi jefe atractivo a comer en su despacho en tan poco tiempo?

—¿De verdad no interrumpo?

—Ponte cómoda —respondió.

Él hizo lo mismo, sentándose en su escritorio y empezando a teclear con furia, interrumpido de vez en cuando por llamadas, pero con una capacidad de concentración impresionante. Era como si yo no existiera allí.

Aquello duró muchísimo tiempo; era incapaz de perder el enfoque.

—Señor —dijo un hombre muchos minutos después, llamando a la puerta de la oficina. Lo reconocí como el recepcionista—. No respondía al teléfono y he venido a traer la comida.

—Ah, claro. Estaba en una llamada y la línea estaba ocupada —explicó, mientras el hombre dejaba las bolsas frente a mí y cerraba la puerta. El olor era delicioso y mi estómago rugió.

—Vamos, toma.

Abrí una de las bolsas, buscando mi pollo con verduras salteadas, y llené mi vaso con una Coca-Cola fría, uno de mis vicios. Para mi sorpresa, Ricardo se levantó de su sitio y se sentó frente a mí con su ración de cerdo agridulce.

—Por tu edad, no pensaba que podrías asumir tanta responsabilidad —comentó, en algo parecido a un cumplido en clave.

—En mis prácticas y en el trabajo después de graduarme he gestionado proyectos de este tipo, con muchas partes implicadas. Es cuestión de experiencia y agilidad al hacerlo a diario. No hacen falta tantos años para adquirir esa práctica.

—Cuando el proyecto esté en marcha, quizá sea una rutina más tranquila. Quién sabe, tal vez puedas gestionar más de un proyecto…

—No sé si eso es un cumplido o si solo quieres que trabaje más —bromeé, arrancándole una sonrisa ladeada.

—Las dos cosas —sonrió—. Pero eres buena y te integraste en menos de un mes en la empresa. Suelo valorar a la gente así —dio un bocado antes de preguntar—. ¿Hablas inglés?

—Me contrataron para gestionar a este cliente, ¿no? Es una empresa brasileña, pero los proveedores no lo son.

—Excelente. Estarás en la reunión con Hamtech. No deberías tener que hacer nada, pero siempre es bueno escuchar —comentó, con la atención dividida entre el móvil, que reclamaba su mirada cada cinco segundos, y el almuerzo—. Vanda debería contactarte por correo —añadió, antes de cambiar de tema—. ¿Estás disponible los fines de semana?

—¿Este fin de semana? ¿Para qué?

—No este. Te confirmaré la fecha. Es un evento de Hamtech, nuestro proveedor de la tecnología del sistema de seguridad. Conviene sonreír y estrechar algunas manos para ayudar en la negociación de precios.

—Pero si ellos vienen a Brasil, ¿por qué fuiste a Alemania?

—Para tener el contrato cerrado y no tener que pelear con cualquier otra empresa cuando estuvieran aquí. Dio menos trabajo que sacar ofertas a concurso —respondió—. Entonces, ¿qué dices?

—Hum… Pensaba visitar a mis padres. Si puedes avisarme con antelación…

—¿No viven aquí?

—En Rio das Ostras. Me mudé por este trabajo; vivía allí hasta hace unas semanas.

—Vaya… No lo sabía.

—Sí, lo mencioné por encima en la entrevista.

—Empezamos con mal pie. No es que conozca la vida de los demás empleados —soltó una risa despectiva—, pero he sido un buen jefe, ¿no?

—Tienes plazos demenciales e ideas de última hora. Y a veces crees que vivo dentro de tu cabeza y que sigo tus pensamientos rápidos o, peor aún, que te leo la mente… pero ha funcionado.

—Marina, Marina… Eres la única que me dice estas cosas a la cara —rió esta vez con más ganas—. Entonces, ¿exigente, quizá?

—Por ahora solo desafiante. Y está bien. Las primeras llamadas fueron… intimidantes, pero no iba a rendirme tan fácilmente.

—Ah, por favor… Déjate de filosofía de coach. Hay cosas de las que sí merece la pena rendirse.

—¿Alguna vez has querido rendirte con algo?

—Soy un jefe impaciente, exigente y con poca relación con los empleados. Tú estás empezando ahora. Yo llevo demasiado tiempo en esto como para cambiar.

—No tiene nada que ver contigo —confesé—. Me gasté todo mi dinero en la fianza del piso que alquilé para vivir aquí, en Río. No puedo rendirme o acabaré en la lista de morosos.

—Tu sinceridad es impresionante —gruñó.

—Tú preguntaste —me encogí de hombros.

—Parece que vamos a llevarnos bien. Me desafías de la forma adecuada y te adelantas a algunas demandas. Ha sido un día muy prometedor —concluyó, terminando su almuerzo, casi despidiéndome.

—O sea, que me despides al primer error.

—¿Ves? No me tienes miedo —replicó—. Y dependiendo del error, sí, te despido.

Ricardo se levantó, recogió su plato y se encogió de hombros. Sabía que no era una amenaza vacía; era el jefe insoportable que había conocido durante semanas por correos y llamadas. Verlo en persona me hacía entender que, debajo de todo eso, había un humor torcido que se burlaba incluso de su propia imagen.

Si no cruzaba la línea con Ricardo, todo iría bien.

—Solo que consigan la información lo antes posible. Con el asunto de las pantallas del equipo de UX, nos ha quedado un cronograma realmente ajustado, sobre todo con la reunión con los alemanes para verificar el avance de la aplicación —expliqué.

—No estamos dedicados únicamente a esto. Tenemos que comprobar las horas necesarias de los demás proyectos —replicó Gerardo.

—Haz lo que sea necesario y yo lo resolveré con dirección —intervino Ricardo—. Tenemos una presentación la semana que viene y esto tiene que estar funcionando; de lo contrario, pueden cancelar el contrato. No habría sido necesario si la prueba hubiera detectado el error.

—Como ya expliqué, hicimos pruebas exhaustivas y si su asistente…

—Marina. Se llama Marina —lo corrigió Ricardo, apoyando las manos sobre la mesa con una mirada firme antes de continuar—. Yo repetí las pruebas y obtuve el mismo resultado. Algo ocurrió entre la última prueba y la que hicimos, pero tendremos tiempo de averiguarlo después de presentar la aplicación a Hamtech.

—Muy bien —respondió el gerente de TI con un tono irritado y salió con los otros dos hombres, cerrando la puerta tras de sí.

Ricardo se levantó y me miró fijamente, escrutando mi rostro mientras yo recogía mis cosas de la mesa.

—¿Van a ser un problema para ti? —preguntó. Permanecí en silencio, lo que hizo que insistiera—. Fueron un problema mientras estuve fuera, ¿verdad?

—No quieren cambiar su forma de trabajar. Lo entiendo —me encogí de hombros—. Ya he tratado antes con personas resistentes.

—Hum.

—Mi verdadera duda es si realmente lograremos cumplir esa entrega —añadí casi en un susurro, con miedo de decirlo en voz alta —. El cronograma que planteaste es ambicioso. Y con esta reunión… lo escuchaste. No están dedicados al proyecto.

—Van a tener que hacerlo funcionar. El bono que recibirán al finalizar la entrega es un incentivo. No les gusta perder la última palabra, y menos delante de una novata —dijo con una media sonrisa provocadora.

—¿Bono?

—Para ti también. Tenemos un compromiso con los socios y un plan estratégico de crecimiento. Si se alcanza el objetivo, todas las personas involucradas en los proyectos principales reciben —suspiró —. ¿Ya has almorzado?

—Iba a salir después de la reunión.

—Necesito repasar todo esto contigo y revisar la presentación para los socios. Aún no he podido explicarles lo acordado en el contrato de Alemania más allá del material jurídico. ¿Te gusta la comida china? —preguntó, cambiando de tema mientras abría la puerta de cristal y avanzaba como si esperara que lo siguiera.

Malditas piernas largas.

—Ah… sí.

—Perfecto, elige lo que quieras —dijo, tendiéndome el móvil con la lista de platos calientes mientras yo lo seguía, equilibrando la libreta y el portátil dentro del ascensor.

—¿Y el material de la reunión?

—Puedes hacerlo desde mi despacho —indicó con un gesto de cabeza.

Me vi obligada a seguirlo en silencio hasta la oficina, donde me senté en una de las mesas del rincón para abrir el portátil, incómoda.

¿Cómo pasé de ser la enemiga de mi jefe atractivo a comer en su despacho en tan poco tiempo?

—¿De verdad no interrumpo?

—Ponte cómoda —respondió.

Él hizo lo mismo, sentándose en su escritorio y tecleando con furia, interrumpido de vez en cuando por llamadas, pero con una

concentración impresionante. Era como si yo no existiera allí.

Aquello duró muchísimo tiempo; era incapaz de perder el enfoque.

—Señor —dijo un hombre muchos minutos después, llamando a la puerta. Lo reconocí como el recepcionista—. No respondía al teléfono y he venido a traer la comida.

—Ah, claro. Estaba en una llamada y la línea estaba ocupada —explicó, mientras el hombre dejaba las bolsas frente a mí y cerraba la puerta. El olor era delicioso y mi estómago rugió.

—Vamos, toma.

Abrí una de las bolsas, buscando mi pollo con verduras salteadas, y llené mi vaso con una Coca-Cola fría, uno de mis vicios. Para mi sorpresa, Ricardo se levantó de su sitio y se sentó frente a mí con su ración de cerdo agridulce.

—Por tu edad, no pensaba que podrías asumir tanta responsabilidad —comentó, en algo parecido a un cumplido en clave.

—En mis prácticas y en el trabajo después de graduarme he gestionado proyectos de este tipo, con muchas partes implicadas. Es cuestión de experiencia y agilidad al hacerlo a diario. No hacen falta tantos años para adquirir esa práctica.

—Cuando el proyecto esté en marcha, quizá sea una rutina más tranquila. Quién sabe, tal vez puedas gestionar más de un proyecto…

—No sé si eso es un cumplido o si solo quieres que trabaje más —bromeé, arrancándole una sonrisa ladeada.

—Las dos cosas —sonrió—. Pero eres buena y te integraste en menos de un mes en la empresa. Suelo valorar a la gente así —dio un bocado antes de preguntar—. ¿Hablas inglés?

—Me contrataron para gestionar a este cliente, ¿no? Es una empresa brasileña, pero los proveedores no lo son.

—Excelente. Estarás en la reunión con Hamtech. No deberías tener que hacer nada, pero siempre es bueno escuchar —comentó,

con la atención dividida entre el móvil y el almuerzo—. Vanda debería contactarte por correo —añadió—. ¿Estás disponible los fines de semana?

—¿Este fin de semana? ¿Para qué?

—No este. Te confirmaré la fecha. Es un evento de Hamtech, nuestro proveedor de la tecnología del sistema de seguridad. Conviene sonreír y estrechar algunas manos para ayudar en la negociación de precios.

—Pero si ellos vienen a Brasil, ¿por qué fuiste a Alemania?

—Para tener el contrato cerrado y no tener que pelear con otra empresa cuando estuvieran aquí. Dio menos trabajo que sacar ofertas a concurso —respondió—. Entonces, ¿qué dices?

—Hum… Pensaba visitar a mis padres. Si puedes avisarme con antelación…

—¿No viven aquí?

—En Rio das Ostras. Me mudé por este trabajo; vivía allí hasta hace unas semanas.

—Vaya… No lo sabía.

—Sí, lo mencioné por encima en la entrevista.

—Empezamos con mal pie. No es que conozca la vida de los demás empleados —soltó una risa despectiva—, pero he sido un buen jefe, ¿no?

—Tienes plazos demenciales e ideas de última hora. Y a veces crees que vivo dentro de tu cabeza y que sigo tus pensamientos rápidos o, peor aún, que te leo la mente… pero ha funcionado.

—Marina, Marina… Eres la única que me dice estas cosas a la cara —rió esta vez con más ganas—. Entonces, ¿exigente, quizá?

—Por ahora solo desafiante. Y está bien. Las primeras llamadas fueron… intimidantes, pero no iba a rendirme tan fácilmente.

—Ah, por favor… Déjate de filosofía de coach. Hay cosas de las que sí merece la pena rendirse.

—¿Alguna vez has querido rendirte con algo?

—Soy un jefe impaciente, exigente y con poca relación con los empleados. Tú estás empezando ahora. Yo llevo demasiado tiempo en esto como para cambiar.

—No tiene nada que ver contigo —confesé—. Me gasté todo mi dinero en la fianza del piso que alquilé para vivir aquí, en Río. No puedo rendirme o acabaré en la lista de morosos.

—Tu sinceridad es impresionante —gruñó.

—Tú preguntaste —me encogí de hombros.

—Parece que vamos a llevarnos bien. Me desafías de la forma adecuada y te adelantas a algunas demandas. Ha sido un día muy prometedor —concluyó, terminando su almuerzo, casi despidiéndome.

—O sea, que me despides al primer error.

—¿Ves? No me tienes miedo —replicó—. Y dependiendo del error, sí, te despido.

Ricardo se levantó, recogió su plato y se encogió de hombros. Sabía que no era una amenaza vacía; era el jefe insoportable que había conocido durante semanas por correos y llamadas. Verlo en persona me hacía entender que, debajo de todo eso, había un humor torcido que se burlaba incluso de su propia imagen.

Si no cruzaba la línea con Ricardo, todo iría bien.

CAPÍTULO 4

Ricardo

—Tío, ¿estás bien? —me preguntó Murilo cuando fallé el tiro una vez más.

—Tal vez sea la vista cansada —provocó Guillermo.

—¡Solo tengo un año más que vosotros, joder!

—Dicen que quien no se toma vacaciones envejece el doble. Tú y Héctor estáis compitiendo por ver quién consigue un bastón primero.

—Idiota —refunfuñé, dejando el taco sobre la mesa de fieltro verde y rindiéndome definitivamente al billar.

—Eh… Puedes seguir —dijo Guillermo—. Aún no hemos terminado.

—Para mí, sí.

Caminé hasta la barra en una esquina de la sala, me serví un whisky y me senté en el sofá, observando a Murilo y Guillermo continuar la partida. Héctor se sentó a mi lado, limitándose a mirar. Él y yo siempre habíamos sido los más callados del grupo. Murilo era el mujeriego y Guillermo el gracioso; entre ellos se equilibraban.

Éramos una gran familia feliz.

Estábamos en casa de Guillermo, una pequeña mansión en la zona sur de Río de Janeiro, heredada de algún pariente igual de rico. Era nuestro lugar oficial para fiestas cuando éramos más jóvenes y tenía una sala de juegos enorme, con una mesa de billar de fieltro verde que ocupaba casi toda la habitación.

Desde aquella conversación en Londres, los cuatro habíamos decidido vernos más allá del grupo de WhatsApp que manteníamos. Pasé meses sin ver a esos tres, que eran como hermanos para mí,

sobre todo teniendo en cuenta que el resto de mi familia vivía al otro lado del Atlántico.

—Tal vez el problema de Ricardo sea la empleada nueva —sentenció Héctor, observándome con atención.

—¿Tan mala es? He oído rumores de que te la llevas a todas partes. No puede ser para tanto —continuó Guillermo.

—Creo que es un problema, pero no del modo que pensábamos.

Maldito Héctor, que siempre era capaz de leer entre líneas.

Sí, mi problema era Marina Cárdenas, incluso allí, en una de mis escasas noches libres, jugando al billar con mis amigos. Era peligrosa. Ese era el problema.

Me llevé una sorpresa el primer día de regreso al descubrir que, además de irritante, mi nueva asistente era hermosa. Cuando por fin presté atención a su trabajo, comprobé que era competente, sobre todo después de aquel correo urgente con el informe de pruebas en el que identificaba el error de las pantallas añadidas por el equipo de Gerardo.

Ella no lo sabía, pero aquella tarde, cuando le dije que podía continuar, se había ganado mi voto de confianza.

Algunos lo llamarían instinto, otros locura, pero siempre he tenido una capacidad casi inmediata para leer el carácter de las personas y el "estilo" que me resulta tolerable. Por eso mantenía relaciones duraderas como las que tenía con Vanda, Murilo, Héctor y Guillermo, y por eso detestaba tratar con personas impuestas. Pensé que Marina pertenecía a ese segundo grupo, pero el trabajo a distancia me demostró que quizá merecía el beneficio de la duda… y algo de mi paciencia.

El error en los marcos habría comprometido el cronograma de aprobación con Hamtech y una modificación clave en la propuesta para PetroBrasil, algo que podría habernos sacado del juego antes incluso de cerrar el acuerdo.

Soy obsesivo con el control, y Vanda no se involucraba más allá de las tareas que le asignaba. Al intentar manejar el proyecto yo

solo, no realicé las pruebas y verificaciones necesarias, mientras que una novata, sin haber tenido contacto directo conmigo, resolvió el problema. Estaba dispuesto a reconocer el mérito de Marina e intentar encajarla en mi agenda caótica, aunque no se me diera bien ceder terreno.

Aquella mañana abrí la puerta de mi despacho y oí movimiento cerca de la entrada, justo donde debía estar el escritorio que Recursos Humanos había asignado a Marina.

Era peligrosa, incluso con la expresión asustada por haber sido sorprendida por mi llamada, enredada con el bolso e intentando abrir el portátil de la empresa.

Me quedé paralizado e improvisé una excusa cualquiera para llamarla a la sala, ganando unos segundos para intentar controlar mis pensamientos. Y mi cuerpo. Muy pocas veces en mi vida me había quedado sin palabras por alguien a primera vista, atrapado por un aura imposible de ignorar. ¿De verdad era normal reaccionar así?

Marina entró en mi despacho. El pelo recogido en una coleta y un maquillaje suave que acentuaba lo joven que era. Y lo mayor que me sentía yo, obsesionándome con una mujer a la que acababa de conocer.

Como una polilla atraída por la luz.

—¿Ricardo? Estás más callado de lo normal —dijo Guillermo, sacándome de mis pensamientos.

—Demasiado cansado para conversar.

—Es facilísimo ser amigo tuyo. No tengo que decir nada porque tú tampoco hablas —bromeó, sirviéndose otro whisky y sentándose a mi lado. Murilo se unió al sofá, olvidando el billar—. Estamos pensando en liquidar nuestras acciones de DataLogic.

—¿Esta es una reunión para hablar de eso?

—Eres el accionista mayoritario y nosotros apenas mantenemos uno o dos por ciento. Quizá sea hora de invertir en otras cosas —añadió Héctor, conciliador—. Es una charla entre amigos, porque sabemos lo importante que es la empresa para ti.

—Está bien. Yo mismo he pensado en tomar otros caminos.

—Eso sí que es sorprendente. ¿Es eso lo que te molesta? —preguntó Murilo, y los tres me miraron con expectación. Era la primera vez que hablaba abiertamente de dejar DataLogic, aunque la idea me rondara de vez en cuando.

Lo que realmente me molestaba era tener una empleada atractiva, competente y demasiado inocente, que me desafiaba sin miedo y me respondía sin titubeos. Era un problema para mí con ropa holgada y una sonrisa profesional. Lo sería aún más con un vestido ajustado.

Tenía una regla: no involucrarme con nadie de la empresa. Y Marina era la primera que me hacía cuestionarla.

Pero quizá también estaba preparado para admitir la decadencia de la empresa que habíamos creado tantos años atrás y que poco a poco dejaba de tener sentido para todos nosotros. Como si ya no quisiera vivirlo todo con la misma rigidez.

—Héctor tiene razón en no ceder ahora, pero quiero centrarme en el contrato con la petrolera, ya que tenemos la tecnología para asumirlo. Vosotros seguisteis vuestros caminos, pero yo me siento estancado en DataLogic desde el día que la fundamos, hace quince años.

—Estamos contigo en lo que decidas —dijo Guillermo—. Dios sabe que necesitas tiempo para tener vida. Murilo y yo nos casamos, luego yo me divorcié, y tú sigues aquí, catorce horas al día. Cuando digas que vendamos, lo haremos.

—Vosotros también. La diferencia es que tenéis equipos más grandes y podéis delegar.

—Creo que esto tiene que ver con la chica nueva —apuntó Héctor, mirándome fijamente antes de suavizar el tono—. Por primera vez, Ricardo sabe lo que es tener a alguien competente bajo su supervisión. Quizá incluso quiera casarse y divorciarse ahora que tiene tiempo.

—O quedarse viudo —añadió Murilo con amargura, sirviéndose más whisky.

A pesar de emborracharse cada aniversario de la muerte de Lavínia, ellos no estaban bien ni siquiera antes del accidente. Yo siempre la vi como alguien que olió el dinero de DataLogic. Murilo cayó en un amor destructivo que solo no se llevó todo su patrimonio porque ella murió antes. Un billete dorado sin acuerdo prenupcial, pese a los consejos de Guillermo, que entonces ya atravesaba su divorcio.

Ellos se separaron y yo seguía allí, soltero, aburrido hasta el punto de rendirme. El célibe, como bromeaba Guillermo. Llevaba seis meses sin sexo. Tal vez ese fuera el origen de mi obsesión con Marina.

—En fin… Deberías beber con moderación. Y, por increíble que parezca, me alegro por Marina. Cibele acertó con su contratación.

Héctor alzó una ceja ante mi elogio inesperado. Ninguno de nosotros había tragado del todo la contratación de Cibele, aunque ahora confiara en su trabajo.

—Hablando de eso… —empezó, pero sentí el móvil vibrar en el bolsillo.

Me aparté para atender la llamada y, para mi sorpresa, era una de las pocas personas ajenas a DataLogic: mi madre. Con ella fuera del país y pocos amigos, mi teléfono casi siempre sonaba por trabajo. Yo era el tiburón de la empresa. El jefe impaciente. Rutina de trabajo y gimnasio. Y así era feliz.

Bueno… hasta que apareció Marina y empecé a perder demasiado tiempo observando el contorno de su cuerpo o imaginando cómo sería su piel. No era profesional, y aun así me costaba controlarme con el paso de los días.

—¡Mamá, qué sorpresa!

—Si yo no te llamo, tú no lo harás, ¿verdad, Ricardo? —refunfuñó —. ¿Cómo estás?

—Bien… ocupado.

—¿Puedes dedicarle unos minutos a tu madre?

—Con mucho gusto —sonreí—. ¿Cómo van las cosas en Londres?

—Lluviosas, pero Albert y yo pensamos ir a Río. Él tiene una negociación en curso y creo que en unas semanas estaremos allí —suspiró—. Me enteré de que estuviste en Londres y no dijiste nada.

—Fue una visita breve. Volví a Alemania a la mañana siguiente. Sabes que te visitaría si tuviera tiempo.

—Lo sé —refunfuñó, como solo una madre sabe hacer.

—¿Quedamos para almorzar? —sugerí, cambiando de tema.

—Espero más mimos de mi hijo millonario.

—Tienes un marido millonario, estás acostumbrada a la buena vida —sonreí—. Avísame con tiempo. Siempre tengo urgencias y no quiero sorpresas.

—Deberías bajar el ritmo…

—Basta. Si yo no trabajo, ¿quién se ocupa de mi empresa?

—Tu trabajo no lo es todo, hijo.

—¿Es ahora cuando pides nuera y nietos?

—Nunca pedí explícitamente eso —replicó, y era cierto.

Desde muy temprano dejó claro que no imponía nada, ni siquiera cuando insinuó que yo no tenía novias porque tenía "miedo" de presentar novios. Fue un día duro para Cláudia Zimmerman cuando descubrió que, sencillamente, no tenía relaciones.

—Tengo que colgar. Estoy con los chicos jugando al billar. Tú misma dices que necesito tiempo libre.

—Está bien. Solo quiero que recuerdes que hay más en la vida que trabajo. Y no te estás haciendo más joven.

—Qué alentador.

—Mejor un golpe de realidad que una crisis de los cuarenta. Ser abuela con casi cien años es muy poco elegante —bromeó, haciéndome sonreír.

Suspiré, observando a los chicos reír a lo lejos, aún con la cabeza acelerada. Aquella mujer del pub seguía rondándome, diciendo que mi vida cambiaría. No quería buscar señales ni creer en una vidente medio borracha.

Pero aun así… ¿y si…?

Tal vez todo fuera una crisis de los cuarenta.

Un deseo prohibido por una empleada.

No dejaba de pensar en ella.

Y, por ahora, nada más grave estaba ocurriendo.

CAPÍTULO 5

Marina

—Ha sido un placer, hablaremos mucho en las próximas semanas —dijo Ricardo a Carlos Teles, uno de los ejecutivos de la empresa petrolera, a través de la pantalla de la reunión virtual.

Trabajamos como locos en las semanas posteriores a su regreso y, después de presentar las versiones de pantalla a la empresa alemana, por fin tuvimos la tecnología necesaria para iniciar el proyecto. Lo acordado era montar una versión piloto para entregarla al cliente y, después, conversar sobre posibles cambios. La respuesta llegó más rápido de lo previsto y, tres días después de la entrega, los ejecutivos de PetroBrasil ya estaban programando una reunión formal para la firma del contrato.

Para esa primera reunión, me senté en una de las cabeceras, a cinco asientos de distancia de Ricardo, lo suficiente para que todos los gestores implicados quedaran entre nosotros. En los últimos días, me había vuelto casi íntima de los responsables de TI, producto, comunicación y diseño, aunque de vez en cuando aún parecían incómodos al tratar con alguien mucho más joven que ellos.

Como en toda buena reunión protocolaria, repasamos el proyecto durante diez minutos antes de confirmar las fechas de prueba y dar por terminado el encuentro. Aunque sabía de antemano lo que se diría, llevaba conmigo una pila de documentos que habíamos revisado varias veces durante el último mes, además de los contratos de todo tipo de personal técnico que pudiera ayudarnos si surgía algún imprevisto. Vanda fue un encanto al ayudarme a preparar todo eso.

—Bueno, gracias a todos —dijo Ricardo en voz alta, girándose hacia los presentes en la sala de reuniones en cuanto Carlos colgó—.

Marina ya envió nuestro último cronograma con las responsabilidades para cumplir lo acordado. ¿Alguien tiene alguna preocupación que quiera comentar, ahora que estamos todos aquí?

Durante los diez minutos siguientes, algunos de los participantes expresaron dudas e inquietudes, la mayoría dirigidas a Gerardo, sobre la garantía de que podríamos poner el sistema en funcionamiento. El hombre seguía mostrándose reticente, e incluso Ricardo parecía preocupado por su actitud.

En cuanto todos salieron y yo me quedé apagando los equipos, noté a Ricardo detrás de mí.

Eso era extraño.

Desde el primer día, mi jefe tenía una política muy clara de distancia y cercanía. Me pedía muchas cosas y me enviaba correos constantemente, pero rara vez compartía el mismo espacio conmigo si no era estrictamente necesario. Eso, y las maratones por los pasillos, caminando deprisa mientras me arrastraba a otra reunión. Que en algunas ocasiones coincidiera conmigo a la hora de comer demostraba bien dónde tenía la cabeza: sentado en su escritorio, comiendo y tecleando al mismo tiempo, como si yo ni siquiera estuviera allí.

Era un milagro que no hubiera sufrido un derrame cerebral antes de los cuarenta.

Me gustaba observar a Ricardo, sobre todo porque había soltado las riendas de mis pensamientos libidinosos. Encerrada en mi habitación, no había mucho que hacer además de comer, ver televisión y usar mi vibrador. A quien me preguntara, juraría con la mano en el corazón que mi jefe no tenía nada que ver con esos momentos, pero me sorprendía una y otra vez imaginando cómo sería Ricardo Varela sin ropa mientras estaba tumbada en mi colchón.

Debería dejar de mirar fijamente a mi jefe.

Tal vez esa fuera la razón por la que me evitaba. Quizá simplemente no tenía mucha paciencia y, como me consideraba competente, ignoraba todo lo demás. Era demasiado difícil

concentrarme cuando un hombre alto, de mandíbula tensa y cabello oscuro, parecía estar siempre a pocos metros de mí.

Era una pervertida.

Una pervertida obsesionada con una historia de telenovela mexicana: jefe y empleada. Mi jefe, muy atractivo, en excelente forma a pesar de trabajar demasiadas horas y parecer siempre a punto de explotar con algo o con alguien, y que no se interesaba en absoluto por mí. Al primer error, me despediría. Y yo me resentiría por dejar de ver a ese hombre guapo todos los días.

—¿Necesitas algo? —le pregunté a Ricardo cuando permaneció a mi lado, esperando a que la puerta de la sala de reuniones se cerrara.

—Quizá él sea un problema —comentó, inclinando la cabeza hacia la puerta por la que el responsable de tecnología acababa de salir. Ricardo estaba… ¿desahogándose?

—¿Quién? ¿Gerardo? —pregunté, y él asintió—. Creo que está contrariado por tener que hacer las entregas respetando las normas de todas las áreas. Ha tenido que adaptarse a todos; nadie se ha adaptado a él.

—Pero nunca habíamos tenido un problema así; es el cuello de botella de casi todas las demandas —continuó—. Es nuestro primer contrato con una petrolera. Antes negociábamos con empresas más pequeñas y startups. Necesita hacer su puto trabajo.

—Por lo que sé, gracias al software alemán, Gerardo necesitó más gente y más carga de trabajo. Antes ya tenían un esquema muy bien engrasado. Quizá no se sienta seguro.

—Necesito que todos se sientan seguros en esta empresa; es lo mínimo que exijo.

—Y yo necesito el triple de mi sueldo, pero tenemos que lidiar con lo que hay —respondí. Ricardo hizo una mueca, con la sombra de una sonrisa asomando en sus labios por un comentario tan tonto como ese.

—Era más sencillo cuando me tenías miedo, toda nerviosa en tu primer día —refunfuñó, girándose hacia la puerta e indicándome una vez más que lo siguiera. Lo odiaba, porque caminaba demasiado rápido y me hacía doler las pantorrillas.

—Nunca te tuve miedo; solo temía perder el trabajo.

—No pensé que fueras tan graciosa cuando te vi por primera vez. Y admite que sí tenías miedo de perder el trabajo, venga.

—Lo tenía… Pero eres un buen jefe.

—Creo que exageras con lo de "buen jefe". Conozco mis defectos —replicó, poniéndose serio de repente, consciente de que estaba siendo mucho más amable de lo habitual con cualquiera en esta empresa—. Bueno… tenemos un cliente. La petrolera va a firmar.

—Y ahora empieza el verdadero trabajo con el sistema en funcionamiento.

—El tuyo, principalmente, porque ya no voy a estar todo el tiempo contigo. Pero primero pasaremos por este lanzamiento y luego podremos celebrarlo —dijo, y yo asentí, liándome con el portátil y los papeles. Dejé caer algunos al suelo, y Ricardo se agachó frente a mí para recogerlos.

Me incliné para cogerlos y rocé la mano de mi jefe, dando un salto hacia atrás cuando sentí el calor que emanaba de sus dedos. Parecía… electricidad. Era tan tonto y tan cliché: los dos allí, con nuestros ojos oscuros fijos el uno en el otro.

Lo miré sorprendida, golpeando los papeles contra el portátil, mientras Ricardo también me observaba de forma extraña. Se levantó y dio un paso atrás, como si no supiera muy bien qué decir. Otra vez eso, como el primer día.

—Bueno… ¿nos vamos? —preguntó, abriendo la puerta y esperándome por primera vez, dejándome pasar delante de él. Me detuve un segundo, extrañada de que me esperara en lugar de salir caminando como siempre, y atribuí el gesto a la confusión entre los dos.

—No tenemos más reuniones hoy —informé, solo para romper el silencio incómodo—. Las evité por la fiesta de confraternización de Hamtech.

—Ah, sí. Te veré allí, ¿no?

—Nunca me dijiste si necesitaba ir o no.

—Es obvio que tienes que ir, Marina. Ya hablamos de eso. Tuviste suerte de que el evento se reprogramara para un día entre semana; de lo contrario, tendría que cambiar alguna visita a tus padres —comentó, sorprendiéndome al recordar ese detalle—. Solo conoces a los alemanes por videollamada. Aunque ya tengamos el contrato, conviene hacer política de buena vecindad.

—Hum…

—¿Qué?

—Nada.

—Dilo de una vez, Marina.

—No sé si podré llegar a tiempo si salgo a la hora de siempre. ¿Puedo irme antes?

—Estás siendo realmente atrevida.

—Ah, vamos… Tú vas en traje, solo tienes que aparecer allí. Yo necesito cambiarme de ropa, maquillarme, arreglarme el pelo…

—Te ves muy bien —se apresuró a decir, mirándome discretamente de arriba abajo. Llevaba una de mis prendas formales de Shein, pagada en seis cuotas. No era adecuada para una fiesta, estaba segura.

—No lo estoy, pero gracias por el cumplido. Entonces, ¿jefe?

—Hoy has conseguido un contrato. Puedes irte a casa ya.

No quise preguntar si hablaba en serio o no, así que simplemente asentí, corriendo a mi escritorio para coger el bolso. No quería que se retractara de mi casi libertad. Tampoco quería quedarme bajo la mirada extraña de mi jefe, que empezaba a confundirme.

Tal vez sospechara todas las veces que terminaba caminando más despacio solo para mirar su espalda ancha, estirada por la camisa

formal, sabiendo que no lo alcanzaría de todos modos.

Una pervertida.

* * *

—Esto debe servir —me alisé por décima vez el mono negro de tirantes finos que había comprado por internet con un cupón de descuento, girando frente al espejo.

No apretaba en ninguna parte y me dejaba un trasero realmente bonito. No es que eso importara en ese momento, pero siempre es interesante tener un buen trasero.

Menos mal que había comprado esa prenda en lugar de esperar a que llegara algo de China, porque, si hubiera esperado el plazo de entrega, habría acabado con algún pantalón y una chaqueta de trabajo. Que Dios bendiga el envío exprés de las apps mientras yo no pierda el control. Tenía un carrito entero escondido en ellas, esperando a que sobrara algo de dinero a fin de mes o a que, por una vez, el Black Friday sirviera para algo.

Suzana no estaba en casa en ese momento porque, a las cuatro de la tarde de un martes, estaba en la universidad, pero el caos del fin de semana seguía desperdigado por todos los rincones del salón. Debería hablar con ella, aunque empezaba a darme cuenta de que quizá la única solución fuera mudarme cuanto antes. Ya habían pasado dos meses y ella seguía igual, a pesar de que le había pedido varias veces que bajara el ruido para poder descansar.

En el ascensor del edificio, revisé el maquillaje por quinta vez: era sencillo y profesional, igual que el moño en el pelo. Estaba tensa y no podía equivocarme en ese primer evento de la empresa. Aunque Ricardo aguantara mis bromas, sabía que solo me escuchaba porque era competente. Y necesitaba demostrar esa competencia a los demás empleados, que aún me miraban con desdén.

Después de pagar una cantidad ridículamente alta en Uber hasta Barra da Tijuca, llegué al evento a la hora exacta de inicio. Para mi sorpresa, ya había algunas personas esperando en la entrada para

decir su nombre en la lista. Al entrar en el salón, me di cuenta de que mi ropa era lo bastante adecuada como para mezclarme con los demás y respiré aliviada.

A lo lejos vi a Cibele y a Anna, su asistente, conversando con algunos ejecutivos. Ellas parecían mucho más relajadas que yo, que estaba de pie y sola, así que me dirigí al camarero para conseguir un vaso de zumo y un canapé.

El salón estaba bien organizado, con maquetas proyectadas del nuevo software de gran público de la empresa. No era el que habíamos negociado, pero resultaba igual de interesante por tratarse de una solución de gestión. Me quedé absorta mirando el pequeño vídeo de introducción cuando escuché una voz a mi lado:

—Marina —susurró Ricardo, y di un salto del susto.

Me giré hacia él y lo encontré con un traje sin corbata, como si ese fuera el concepto de "informal" de mi jefe. Yo sabía que él necesitaba mucho menos esfuerzo que yo.

—Hola, jefe —lo saludé, aunque ya estaba distraído con el móvil en la mano, como si hablar conmigo fuera menos importante que eso.

Ricardo había vuelto a ser su yo habitual después del extraño momento en la sala de reuniones. Ya me estaba acostumbrando a ese hombre que parecía vivir adelantándose a las exigencias y no preocuparse demasiado por quienes lo rodeaban… a menos que le sirvieran para algo. Era irritante y un poco sexy.

—¿Ya has hablado con alguien? —me preguntó.

—Acabo de llegar, en realidad. El tráfico estaba raro.

—Hum… entonces podemos empezar por el director regional de Hamtech. Es un contacto muy bueno que te conviene conocer —dijo, mirando más allá de mí para buscar al hombre, y frunció el ceño al verlo acompañado por Cibele—. Bueno, ahora está ocupado… Vamos con las coordinadoras. Además, creo que deberías hablar mucho más con ellas que con Vinicius Andrade.

Siguió en línea recta, atravesando a la gente para llegar hasta dos mujeres que estaban de pie en una esquina del salón, tan deprisa como siempre en la empresa. Ay, mis pantorrillas.

Una era negra, con el cabello afro recogido en un peinado bajo; la otra era blanca, de pelo corto y con ropa mucho más colorida que la nuestra.

—Buenas noches —saludó—. He venido a presentaros a Marina. Sé que habéis hablado por correo, pero siempre está bien saber quién es quién en persona. Ellas son Samara y Janice.

—¡Hola! —exclamaron ambas de forma efusiva, haciéndome sentir más acogida que por muchas personas de DataLogic.

—Es un placer… —empecé, pero vi a Ricardo llevarse el teléfono a la oreja y alejarse, cruzando el salón como si no hubiera iniciado la conversación. Miré a las mujeres con una expresión incómoda—. Perdonad eso… Vive rodeado de emergencias. Debe de ser algo importante.

—Seguro. Todo el mundo conoce su fama en el mercado. Un tiburón de los negocios que arrolla a quien se le ponga por delante —comentó Samara, y el tono peyorativo me molestó.

Ricardo trabajaba demasiado y exigía resultados, pero no arrollaba a la gente por capricho. Gerardo era un ejemplo de que él lo intentaba más de lo que muchos creían. Quizá mi jefe solo necesitara delegar más en lugar de ser el contacto principal de todas las prospecciones de DataLogic.

Sabía que iba de empresa en empresa vendiendo servicios puntuales porque necesitábamos equilibrar las cuentas para mantener a un equipo de sesenta empleados. Tal vez sus métodos no fueran los mejores, pero Ricardo daba resultados.

—Aunque no lo parezca, está siendo una experiencia muy agradable.

—No tienes que proteger a tu jefe, querida. Entendemos lo que son los jefes tóxicos; ya tenemos nuestra ración —dijo Janice con una sonrisa irónica, señalando con la cabeza al mismo hombre que

estaba con Cibele. Ricardo lo observaba fijamente, dejando claro que pensaba que yo mentía.

—No, de verdad. Acabo de empezar, pero está siendo una buena experiencia. Me da mucho espacio para trabajar y es muy centrado.

—¿Incluso con todo el asunto del acoso laboral? —preguntó Samara con curiosidad—. No sé si lo has oído, alguien dijo que hubo un acuerdo para hacer desaparecer los registros.

—No. Como he dicho, no tengo nada de lo que quejarme —respondí, y ambas sonrieron, intentando suavizar la conversación al ver que no iba a alimentar el chisme.

—Al menos es un gran cliente. Exigente, pero sabe lo que quiere. Tenemos muchos más problemas con los que no lo saben.

El tema se alargó unos minutos más en una charla amable, porque ni ellas ni yo queríamos profundizar después del comentario sobre Ricardo, pero necesitaba ser simpática. Cuando consideré que era suficiente, me excusé para ir al baño, atravesando el mar de gente del salón. La presentación del nuevo producto empezaría en cualquier momento y reconocí varias caras de DataLogic, aunque ninguna me saludó más allá de un leve gesto de cabeza.

Al salir del baño, me encontré con Vanessa retocándose el pintalabios. Me sonrió a través del espejo, igual de bien vestida. Llevaba el pelo rizado suelto y un vestido verde esmeralda de manga larga que me pareció precioso.

—¡Vanessa! No sabía que venías.

—Cibele decidió traer a toda la empresa a última hora. Nos avisó en una reunión después de que te fueras. Todos los miembros de proyectos tecnológicos fueron invitados. Al parecer, el objetivo es dejarnos ver ante los alemanes y mostrarles lo que DataLogic puede ofrecer. Todos los directores están aquí, pero no he visto a ningún socio. Eso sí, los amigos de tu jefe están muy bien para mirar.

—Qué raro… —fruncí el ceño—. Fue un contrato por el que Ricardo luchó muchísimo. No sé si él sabe que Cibele ha mandado a todo el mundo a hablar con los ejecutivos de Hamtech.

—Que los ricos se entiendan entre ellos. Yo solo sé lo que me dijeron y estoy aquí por los canapés. No estamos en horario laboral —se encogió de hombros—. Anna está con Cibele encargándose de esa parte aburrida. —Me miró de arriba abajo—. ¡Estás guapísima!

—¿Te gusta? —di una vuelta, haciéndola reír—. A mí también me arrastraron aquí sin muchas ganas, pero creo que Ricardo quiere que hable con la gente. He estado entrando y saliendo de reuniones con ellos desde que empezó el proyecto.

—¿Ves? No era tan imbécil como pensabas. Parece un jefe bastante decente si te deja participar en todo —se puso seria al verme asentir—. ¿O eso es señal de sobrecarga? Tuve una amiga con burnout y no se lo deseo a nadie.

—En realidad, es bastante generoso. Me gradué hace dos años; no pensé que haría tantas cosas en este proyecto. Mientras acierte, a él le vale.

—El problema es cuando te equivoques.

—No digas eso… He estado trabajando tanto que ni siquiera he podido ver tantos pisos como debería. Sigo viviendo con Suzana y sus locuras.

—Solo ten cuidado con Ricardo Varela, ¿vale? He oído cosas…

—¿Qué tipo de cosas?

—Es que… —bajó la voz, mirando alrededor—. Algunas personas piensan que estás "saliendo" con él. Pasáis mucho tiempo juntos, está siendo demasiado simpático… Ya sabes cómo es la gente: usan y tiran sin problema. Ten cuidado.

—¡Pero si nunca hemos tenido nada que no sea una relación laboral! ¿Cómo pueden decir algo así cuando me paso el día corriendo detrás de él porque es incapaz de adaptar su paso al tamaño de mis piernas? ¡Solo lo sigo por trabajo!

Estaba indignada. Que nadie me hablara, vale, ¿pero insinuar ahora que tenía un romance en el trabajo?

—Es la primera vez en años que pone a alguien bajo su tutela. Sabe gritarle a los demás, pero nunca ha trabajado codo con codo

con nadie. Y menos siendo "generoso" —repitió mis propias palabras —. Puede que haya descubierto que necesitaba a alguien, ¿no? Ricardo Varela lleva quince años con la empresa y es la primera vez que tiene a alguien más allá de una secretaria. Te ha dado poder…

—¿De verdad están diciendo todo eso? —pregunté, impactada—. ¡Dios mío! No soy la amante de mi jefe ni nada parecido. ¡Solo me deja hacer mi trabajo!

—Eso está bien —sonrió, tranquilizadora—. Ojos en el trabajo y llegarás lejos. No tienes nada que ocultar, ¿verdad? —insistió, y amplió la sonrisa al ver que yo seguía igual de irritada—. Ahora, ¿qué tal un canapé con champán?

Asentí y seguí a Vanessa, aún dándole vueltas a todo, sin ganas de alargar ese tema. ¿De verdad la gente pensaba que la única razón por la que Ricardo era amable conmigo era porque me estaba acostando con él? Qué disparate.

Éramos un buen equipo, pero seguía haciéndome correr por los pasillos como si fuera un dios sin tiempo para esperar, y me pedía cosas imposibles que, de no estar preparada o no saber exactamente a quién pedírselas, me habrían valido escuchar al jefe imbécil que todos esperaban que fuera.

¿Y esa historia del proceso por acoso?

Qué locura.

Tal vez… me sorprendí pensando que quizá la gente notaba cómo lo miraba yo. Aunque fuera platónico, el hombre era guapo y, a veces, no lograba controlar la mirada.

Malditos chismes de oficina.

CAPÍTULO 6

Marina

—¿Dónde estabas? —preguntó Ricardo con urgencia, recorriéndome de arriba abajo como si acabara de darse cuenta de cómo iba vestida.

Apareció de la nada, minutos después de que me encontrara con Vanessa y consiguiera una copa de champán.

—En el baño —señalé la puerta—. ¿Me necesitaban?

—Eh… no. —Se pasó la mano por el cuello—. ¿Pensabas hacer algo más?

—Vine porque lo pediste, Ricardo. ¿Está pasando algo? —pregunté, estudiando esa expresión confusa que ya empezaba a reconocer como su versión incómoda.

—Creo que mejor nos vamos. Ya hablé con el gerente, conociste a las coordinadoras… ahora empieza la presentación del producto y Cibele ya está por ahí conversando con todo el mundo.

Lo dijo como si aquello fuera una molestia personal. Desde el regreso de Ricardo, había oído poco sobre Cibele, pero quizá había más historia de lo que yo imaginaba.

—Me encontré con Vanessa, del equipo de la empresa de cosméticos. Hay varias personas de DataLogic hoy.

—Precisamente por eso no necesitamos quedarnos —resopló—. El trabajo está hecho.

—¿Pero no sería educado al menos esperar a la presentación?

—Cibele está aquí. Van a hablar de mi comportamiento de cualquier forma. —Se encogió de hombros, resignado—. No soy la

persona simpática de la empresa, ya lo habrás notado. Solo me buscan en salas de reunión.

—Hum… entonces está bien, me voy. —Asentí y di un paso atrás, un poco incómoda por lo fácil que me estaba despidiendo.

—Espera.

—¿Qué?

Ricardo me miró otra vez. Pero esta vez no tenía nada que ver con el trabajo.

Era una mirada distinta. Más lenta. Más consciente. Como si el salón se vaciara de repente y solo quedáramos nosotros dos, suspendidos en un silencio que decía demasiado.

Era oficial: no solo me parecía atractivo. Estaba atraída por mi jefe. Por más idiota que fuera.

Me estaba acostumbrando a su amabilidad brusca, al humor ácido, a la franqueza sin filtros. Casi empezaba a sospechar que simplemente era malinterpretado.

Y Ricardo… esa noche parecía atento.

Muy atento.

A mí.

Y a mi trasero, que se veía increíble en ese mono.

—¿N… necesitas que te lleve? —vaciló.

Era la primera vez que escuchaba a Ricardo dudar. Tragó saliva y esperó con una calma que rara vez tenía, como si ese momento también lo hubiera descolocado.

—No, gracias. Vuelvo en Uber. Vivo en Botafogo.

—De Barra hasta allí a esta hora hay tráfico —insistió—. Al menos una hora. Vamos… yo te llevo.

—Será lo mismo. Tú o el conductor de Uber —refunfuñé antes de poder frenarme—. Perdón. Pero es verdad.

—Entonces comamos algo y esperamos a que mejore el tráfico. Yo vivo en Ipanema, voy por el mismo camino. —Se encogió de

hombros—. ¿Qué prefieres? No pienso quedarme aquí y estos canapés no van a matar mi hambre.

—Ni la mía, pero…

No terminé la frase. Ricardo ya caminaba hacia la salida y yo lo seguí por puro reflejo. No me había dado opción. Otra vez.

El silencio se volvió espeso mientras esperábamos el coche.

—¿Te gusta la comida italiana? —preguntó al entregar la llave al aparcacoches.

—¿Italiana?

—Estás extrañamente monosilábica.

—No suelo cenar con mi jefe.

—Sí almuerzas conmigo —respondió, como si eso resolviera todo —. No es tan diferente. Tenemos hambre. ¿Es un problema?

El Audi plateado llegó. Muy caro. Demasiado caro para alguien que claramente no pensaba en cuotas.

Ganó puntos cuando abrió la puerta del pasajero.

Diez minutos después, estacionó frente a un restaurante elegante que yo solo conocía por Instagram.

Maldición.

Acepté ir solo por no saber decir que no, ¿verdad?

Mientras bajaba del coche, hice una plegaria silenciosa para que él pagara. Platos de 140 reales no formaban parte de mi presupuesto emocional ni financiero.

—No me respondiste —dijo en voz baja—. Si esto es demasiado raro…

—Está bien. Solo… tú no eres exactamente alguien con quien pueda conversar cinco minutos sin atender una llamada urgente. Y me contrataron hace poco. Es raro.

—Y escuchaste sobre la demanda —añadió, como si se preparara para un golpe.

—¿Demanda?

—Una de las razones por las que no quería contratarte fue la última asistente. Intentó ser algo más. —Hizo una pausa—. Hubo una demanda. Gané, tenía pruebas de todo, pero el rumor de acoso se extendió. Ya te dije, no soy el tipo más simpático del mercado.

—Me contaron algo, pero no conocía la historia —admití—. ¿Terminó bien?

—La despidieron. Volví a trabajar solo. Fue durante una ausencia médica de Vanda.

—Eso no es terminar bien… —murmuré—. ¿Vanda está bien?

—Problemas en las rodillas desde que nació. La edad no ayuda. Pero no quiero invadir su privacidad.

Lo miré con otros ojos.

—Eres más agradable de lo que la gente dice —dije—. Es triste que haya tantos comentarios sobre ti.

Ricardo me observó en silencio.

Y por primera vez, no parecía querer esconderse detrás de su reputación.

—No te dejes engañar, Marina. Necesitas ser un cabrón para mantener una empresa durante casi dos décadas. Las personas que pasaron por DataLogic no estarían de acuerdo contigo.

—Quizás ese sea el motivo de algunos comentarios… —dije—. Vanessa comentó que piensan que tenemos algo, porque me tratas mejor que a la mayoría.

—¿Debería gritarte? —sugirió, lanzándome una mirada divertida, esperando alguna respuesta. Era una broma. Ese era el extraño sentido del humor de Ricardo.

—No lo harás, porque soy competente —repliqué, siguiendo la broma.

Me miró con una sonrisa en los ojos y, una vez más, el silencio se instaló entre nosotros. Me incliné sobre la barra para mirar el precio de los cócteles cuando un camarero se detuvo a nuestro lado, llamando nuestra atención.

El camarero nos condujo a una mesa lateral con un mantel más suave que cualquier sábana en la que hubiera dormido. Debía de ser agradable vivir pudiendo permitirse ese tipo de lujos. Ricardo abrió la carta y yo miré la mía, dándome cuenta de que difícilmente tendría dinero para volver allí.

La carta era apetecible, pero los precios resultaban intimidantes.

—¿Todo bien? —preguntó Ricardo al verme ir y venir con la mirada por la carta durante unos segundos, haciendo cálculos mentales.

—No sé qué pedir.

—Pide lo que te apetezca.

—Ricardo… ser pobre es tener que tomar decisiones entre lo que quieres comer y lo que puedes pagar. Y en este sitio creo que solo puedo permitirme un vaso de agua —comenté. Él me dedicó otra de sus sonrisas ladeadas—. ¿Qué pasa?

—Se me olvida lo opresivos que pueden parecer estos sitios. Me he acostumbrado a ellos.

—¿Acostumbrarte? Pensé que convivías con esto incluso antes de la empresa.

—Clase media, ¿sabes? Crecí en Tijuca. No voy a negar que fui a buenos colegios y estaba acostumbrado a ciertas cosas, pero también pasé épocas complicadas. Tampoco podía pedir un plato así sin mirar el precio.

—Déjame adivinar: viviendo solo en la universidad y comiendo fideos instantáneos… —bromeé.

—No niego mis privilegios, pero al menos sé cómo funcionan las cosas —sonrió, más sincero de lo habitual—. Convivo con gente que no sabe pedir comida a domicilio porque siempre hay alguien que lo hace por ellos. La gente rica es rara.

—Tú eres rico —repliqué, llevándome la mano a la boca—. Perdón. Pero es verdad.

—No lo voy a negar. Y tampoco voy a negar que es agradable no mirar el precio de las cosas. —Suspiró antes de preguntar—: ¿Ya has

elegido?

Ricardo llamó al camarero. Yo pedí el plato más barato de la carta, dando pequeños sorbos al agua mientras él pedía lo suyo. Esperaba que fuera agua del grifo, porque una botella de agua «premium» costaba una fortuna.

Cuando el camarero se marchó, me di cuenta de que estaba sola con mi jefe y empecé a tamborilear los dedos sobre la mesa sin saber de qué hablar.

—La fiesta estuvo bien, ¿no?

—Relájate, Marina. No tenemos que hablar de trabajo. Ni siquiera tenemos que hablar. Estamos fuera de tu horario laboral; incluso puedes pasarte el tiempo jugando al Candy Crush. Ya lo dije: solo hemos salido a cenar para evitar el tráfico.

—Es un poco incómodo, ¿no? Comer en silencio después de que me invitaras a cenar.

—No he llegado a esta edad sin aceptar que nadie se hace amigo del jefe y que estas incomodidades existen —suspiró, buscando un tema más ligero—. ¿Qué tal el piso nuevo?

—No es realmente nuevo. En la zona sur rara vez hay pisos con menos de cincuenta años. Y comparto piso, así que el desorden llegó conmigo.

—Yo vivo en un edificio nuevo, lo construyeron hace poco. Me gusta el espacio y las vistas.

Sonreí con los labios apretados y Ricardo se rió, consciente de lo que estaba pensando.

—No por el precio de mi alquiler —murmuré.

El tema nos mantuvo ocupados durante la siguiente media hora, hablando de decoración y de la experiencia de vivir sola. Era algo superficial, pero lo consideré una victoria no quedarnos en silencio. Ricardo podía ser simpático cuando quería, y me estaba divirtiendo.

Cuando el camarero trajo la cuenta, bostecé levemente.

—¿Todo bien?

—Un poco cansada, pero mereció la pena.

—Sin hablar de trabajo —recordó.

—Vale. Quiero irme a casa, ducharme, ponerme el pijama y dormir doce horas con el aire acondicionado. ¿Así mejor?

—Mucho mejor —rió—. Vamos. Tú eliges la música. Quizás aún haya tráfico y haya que rellenar los silencios.

En el coche, Ricardo conectó mi móvil al Bluetooth y empezó a sonar Cuff It.

—¿Qué? —pregunté al notar su mirada.

—Me gusta Beyoncé.

—A todo el mundo le gusta Beyoncé.

—Me gusta esta canción.

Me miró unos segundos antes de volver la vista a la carretera. Sentí calor al darme cuenta de lo explícita que era la letra mientras yo iba sentada en el asiento del copiloto del coche de mi jefe.

Y lo peor era que… yo haría eso con él.

Ricardo Varela era insoportable.

Pero también tenía demasiadas cualidades como para dejar de ser el protagonista de mis pensamientos más prohibidos.

Y, como un buen vino, parecía mejorar con el tiempo.

Tenía que encontrar la forma de frenar aquello antes de que fuera demasiado lejos.

CAPÍTULO 7

Ricardo

Pasé las últimas semanas con el pene tan erecto que quizá podría haberme convertido en campeón mundial de masturbarse.

Al menos practicaba, y mucho.

Me despertaba muy temprano, hacía ejercicio, iba a la oficina y aguantaba todo el día desde que la conocí en persona. Valoraba el trabajo de Marina, pero también a ella en su totalidad. Me encantaban los días de vaqueros ajustados y aún más los de vestidos y faldas que dejaban ver cada centímetro de su piel.

Sobreviví dos largas semanas hasta el evento de Hamtech.

Estaba preciosa y sonriente, con un culo que atraía miradas, incluida la mía. Me sentía incómodo y, por primera vez, permitía que algo interfiriera en mis negocios. Ya no soportaba ver cabezas girándose a su paso y acabé cerrando un trato que habría exigido más de mí si tuviera la cabeza en los negocios y no en Marina Cárdenas.

Normalmente no me habría rendido con el gerente regional de Hamtech. Los alemanes acababan de aterrizar en el país y llevaban meses trabajando con su propio equipo. Cibele tomó la iniciativa, pero ellos sabían que quien mandaba allí era yo, sobre todo después del contrato. Esa conversación debería haber sido mía.

Y, sin embargo, le propuse a Marina dar un paseo y la llevé a cenar, torpemente inexperto en cualquier asunto que no tuviera que ver con DataLogic.

Marina entró en el edificio y me saludó con la mano mientras subía hacia la portería del viejo edificio de Botafogo. Arranqué el coche con la cabeza clavada en ella, en las reacciones que no podía

controlar y en lo jodidamente atraído que estaba por esa chica quince años más joven.

Joder.

Le sugerí que jugara al Candy Crush. Por el amor de Dios.

No sabía ligar. No podía ligar. Pero, qué demonios… no conseguía mantener la distancia. Me llevé la mano a la cara, avergonzado y frustrado, molesto conmigo mismo por no ser tan hábil en esto como lo era en el trabajo. Al parecer, había perdido cualquier destreza con las mujeres y funcionaba como una máquina oxidada.

Pasaban de las once cuando el tráfico fluyó tranquilo hasta Ipanema, con la misma canción que Marina había puesto en el coche sonando todavía. Beyoncé era, sin duda, música para follar.

Entré en mi apartamento encendiendo las luces y hundiendo los pies descalzos en la alfombra. Vivía en un piso de cuatro habitaciones con terraza y vistas a la playa; el concepto abierto unía el salón y la cocina. El edificio era de reciente construcción y me había costado una barbaridad de dinero, como Marina solía bromear.

Era mi espacio y, aunque lo compré como inversión, pronto lo convertí en un lugar cómodo para las pocas horas que pasaba allí. Vivía solo desde los dieciocho, pero ese fue el primer inmueble en el que me molesté en elegir cada detalle. Aunque, siendo sincero, pasaba más tiempo durmiendo que disfrutando de todo lo que había puesto en él.

Al menos había invertido una buena suma en el colchón.

Quería tirarme en el sofá y tratar de descansar, dejar de pensar en cada mierda que estaba haciendo desde que Marina apareció en mi vida. Había pasado de ser un empresario ocupado y seguro de sí mismo a alguien que tartamudeaba. Joder, yo nunca tartamudeaba.

Por muy tentadora que fuera la idea de un sexo salvaje que exorcizara el deseo que hervía dentro de mí, no podía hacer eso con Marina. Tampoco podía engañarme fingiendo que mi deseo no tenía nombre y apellido. Las relaciones eran complicadas, sobre todo en el trabajo. Lo había visto con Murilo, con Héctor, con Guillermo. Lo

había visto en casa, con mi padre marchándose y dejando a mi madre sola para criarme.

Necesitaba volver a centrarme y dejar de pensar en cualquier cosa que no fuera el trabajo. No me tomaba vacaciones desde hacía siete años; la última vez fue cuando mi madre se mudó a Inglaterra y pasé cuatro días con ella. Y allí estaba yo, más pendiente del culo de mi asistente que del contrato con Hamtech. Debería estar eufórico con eso: era la tecnología que nos permitiría pasar de pequeños servicios para startups a una enorme empresa petrolera que necesitaba nuestros sistemas.

El problema era que cada vez me sentía menos entusiasmado con DataLogic.

Me arrastré hasta la nevera y di un largo trago de agua fría cuando el móvil vibró en mi bolsillo. ¿Marina? Me tensé al llevarme el teléfono a la oreja; me resultaba extraño que mi analista de proyectos —y actual obsesión— me llamara tan tarde, sobre todo después de haberla dejado en casa.

—Hum…

—¿Marina? ¿Estás bien? —pregunté al escuchar el gemido.

¿Se habría accidentado? ¿Me habría marcado sin querer? ¿Estaría en el hospital? Joder, tenía que hacer algo.

—Ahh…

—¡¿Marina?! ¿Necesitas ayuda? ¿Eres tú? —insistí.

—Joder, Ricardo… —dijo, con una voz tan baja y lejana que aparté el móvil de la oreja y miré la pantalla, desconcertado.

Entonces lo vi.

Me tensé de inmediato, intentando comprender la imagen. La luz era tenue, pero distinguía los pies de Marina sobre una tela suave, una sábana arrugada y unas bragas tiradas a un lado. Era una maldita videollamada. ¿El colchón? Ella estaba… tocándose.

Me quedé helado.

Debería haber colgado.

Sabía que debía hacerlo.

Pero no pude.

No mientras escuchaba sus gemidos y veía cómo sus dedos se crispaban incluso con esa escasa luz, ni cuando mi nombre salía de su boca como si estuviera materializando mis deseos más ocultos. Aguanté unos segundos más, avergonzado de mí mismo, y dejé el móvil sobre la encimera de la cocina, con la pantalla aún encendida, sin saber qué hacer.

Marina volvió a gemir mi nombre y entonces sí entendí por qué.

Joder.

Se me hinchó la polla, presionando la bragueta hasta dolerme.

Ella respiraba con dificultad y yo también, sintiéndome como un adolescente excitado por todo lo prohibido de la situación. Me picaban los dedos por hacerme una paja sin siquiera ver nada más que la sombra de la sábana. Permanecí inmóvil, a unos pasos del móvil, hasta que Marina gritó con más fuerza entre gemidos, y di gracias a Dios por no estar viendo nada.

Era incorrecto. Prohibido. Una invasión. Me volvería aún más loco.

Tal como empezó, terminó.

La pantalla se apagó y me quedé solo frente al WhatsApp en negro, sin saber cómo reaccionar, con la botella olvidada en la mano. Bebí otro trago de agua e intenté pensar en una excusa por si Marina descubría que había estado varios minutos en aquella videollamada clandestina.

Joder… había gemido mi nombre.

Mandé a la mierda cualquier intento de contención y, en menos de cinco segundos, estaba quitándome la ropa, abriendo el grifo de la ducha caliente y dejando que el agua me empapara mientras fantaseaba con Marina allí conmigo. Fue demasiado rápido. La imaginé llamándome como en esa maldita llamada y me corrí en mis propias manos.

Había cruzado todas las líneas.

Sería muy, muy difícil sentarme frente a Marina a la mañana siguiente, sabiendo la obscena lista de cosas que deseaba hacerle.

* * *

—Tiene sentido que Héctor diga que te distraía —dijo Murilo en cuanto entró en mi despacho y cerró la puerta, señalando hacia fuera antes de sentarse frente a mi escritorio—. Tu analista de proyectos es realmente guapa. Acaba de llegar.

—Al menos podrías avisar antes de entrar. Podría estar ocupado.

—Siempre estás ocupado. Y nadie entra aquí de todas formas. Tienes demasiado tiempo concentrado —respondió con desdén, acomodándose frente a mí con una sonrisa radiante.

No bastaba con haber dormido mal por lo ocurrido la noche anterior; ahora tenía a mi amigo molestándome por Marina, y ni siquiera eran las nueve de la mañana. Debía haber llegado hacía un rato, pero no quise comprobarlo. Tal vez me faltaba valor para volver a oír esa voz que la noche anterior gemía y pronunciaba mi nombre.

Iba a ocurrir tarde o temprano, ya que el proceso de contratación con PetroBrasil debía cerrarse ese mismo día. Era el plazo final para la firma del contrato y Marina estaba muy implicada en ello. Pero, hasta que llegaran la llamada y el correo oficiales, me quedaría escondido en mi despacho, intentando recuperar el equilibrio que perdí en el momento en que DataLogic firmó aquel contrato.

—Es muy competente… —empecé, intentando enumerar, para él y para mí, las cualidades de Marina Cárdenas.

—Está buena —me cortó. Me puse rígido al instante, incorporándome con gesto serio ante ese comentario. La sonrisa de Murilo no hizo más que ensancharse—. Ah, amigo… A Héctor y Guillermo les va a encantar esto.

—Para ya. Por poco nos demandan por acoso. No es un buen momento para DataLogic —gruñí—. ¿Y a qué has venido?

—A hablar de la venta de mis acciones. He decidido montar una consultoría tecnológica para implementar sistemas de seguridad en la empresa de apps en la que soy inversor. Además del dinero, sería un conflicto de intereses, porque quiero estar al mando esta vez. Y el proyecto es interesante.

—¿Qué está pasando para que hayas decidido trabajar más horas?

—Siempre he trabajado mucho, idiota —replicó—. Pero ahora no será un simple portfolio de inversiones ni operaciones financieras. He pasado demasiados años aquí como para no conocer el negocio, y quería que lo supieras por mí. Prometí esperar, pero necesito empezar el proceso ahora para quedar libre en los próximos meses.

—¿Y me lo estás ofreciendo a mí?

—Si quieres. Es solo un dos por ciento, pero puede marcar la diferencia.

—Lo pensaré —respondí, sin saber muy bien qué decir. Era una buena oferta para seguir siendo el accionista mayoritario, aunque iba en contra de mi idea de vender mi parte.

—Perfecto. Es una visita rápida. Tengo una reunión de resultados con la constructora de la que soy accionista aquí, en Ipanema. —Se levantó y me miró fijamente mientras se ajustaba la chaqueta en los hombros. A pesar de rozar los cuarenta y ser adicto al crossfit, Murilo conservaba la expresión juvenil de cuando nos conocimos—. Y, Ricardo, quizá podrías hacer algo con lo de Marina.

—Ah, por el amor de Dios.

—Nunca he visto a una mujer quitarte la paz. Estás celoso de mis comentarios y no dejas de mirar la puerta. Creo que te interesa.

—Se me pasará. Solo es competente, inteligente y atractiva —cedí.

—Piénsalo. A tu madre le encantaría.

—¿Fuiste tú quien le contó que estaba en Londres?

—Lo vio en mi Instagram y preguntó —se encogió de hombros—. No era ningún secreto. Necesitas dejar de ser un bicho del monte;

todos están viviendo, a diferencia de ti.

—Ella se quejaba conmigo el día del billar.

—Pues tienes una candidata excelente ahí fuera.

—Deja las tonterías y vete, por favor. Estoy muy ocupado.

—¿Con qué exactamente? ¿Redactando más propuestas? ¿Intentando contactar con clientes "imposibles"? —Murilo puso una expresión provocadora mientras se levantaba—. ¿Sabes qué? Quizá tú y yo podríamos trabajar juntos en esa consultoría. Llevas mucho más tiempo en el sector que yo y eso solucionaría el problema de los clientes, Cibele y lo aburrido que estás con todo esto.

—No creo que sea el momento.

—¿Prometes que lo pensarás? —insistió—. O eso, o seguiré intentando llevarte a hacer crossfit. Guillermo y Héctor a veces me acompañan.

—Me gusta entrenar muy temprano, solo y con mi música. Lo sabes.

—Como el bicho del monte que eres —rió—. Te dejo con tu nueva obsesión. Y no olvides pensar en las acciones… Aún puedo ofrecer el doble del precio a la dirección.

Murilo se ajustó el traje, una prenda que debía de haber costado una fortuna. De los cuatro socios originales, yo era quien menos dinero había ganado, aunque tenía varios millones en el banco. Él siempre iba impecable: pelo oscuro bien cortado, zapatos y reloj caros. Desde pequeño, su madre lo había criado con mano de hierro, dejando claro que mantener la imagen de empresario de éxito era fundamental. De los cuatro, Murilo era quien adoraba dar entrevistas y siempre parecía animado, pasara lo que pasara.

Suspiré, frustrado, pensando en todo lo que había ocurrido en las últimas semanas. En cuanto cerró la puerta, me cubrí la cara con las manos.

Marina. La empresa. Mi soledad.

Aquello tenía que ser algún tipo de crisis de los cuarenta. No tenía sentido replantearme todos los aspectos de mi vida —incluida la

atracción por mi empleada quince años más joven—, pero lo estaba haciendo.

¿Qué demonios me había pasado?

CAPÍTULO 8

Marina

—¡Marina, ven aquí! —me llamó Ricardo todavía temprano por la mañana.

Ese día era crítico, pero yo tenía otra preocupación. Llegué del evento de Hamtech exhausta pero electrizada, un poco obsesionada con mi jefe y nuestra cena, inspirada por Beyoncé. Tras un baño relajante, me había masturbado en la cama, repitiendo su nombre en voz baja, dejándome llevar por el recuerdo de cada gesto, cada mirada.

Había tocado fondo en mis cortos veintitrés años. Y, para empeorar las cosas, mi móvil, de algún modo, había realizado una videollamada al "objetivo" de mi deseo. No sabía qué habría visto o escuchado Ricardo en esos minutos ni cuándo ocurrió. Podría haber sido mientras dormía, o cuando tiré el aparato sobre la cama. Lo que me aterraba era pensar que, de alguna manera, él había oído cuando usé mis dedos y mi vibrador para calmar el fuego que él despertaba en mí.

Ser pervertida era un fastidio.

Había salido con chicos en Rio das Ostras: noviazgos, rollos, orgasmos olvidables y momentos que ni siquiera llegaron a eso. Aun así, mi vibrador y el recuerdo de Ricardo concentrado en mí aquel día parecían un afrodisíaco potente para mi libido. Él, como siempre, fue un caballero: me dejó en la puerta del edificio y esperó a que entrara antes de irse.

En el trayecto de Barra a Botafogo, hablamos de cosas al azar y escuchamos música. Ricardo, previsible como era, disfrutaba del rock de los 2000 y anteriores, pero me sorprendió cuando admitió

que también le gustaba Beyoncé. Yo, fanática de la música pop y de las boy bands, conseguí que un tema de One Direction arrancara un gemido involuntario a mi jefe.

A medianoche, me levanté a beber agua y vi la llamada que había durado tres minutos y veintisiete segundos; WhatsApp confirmó que Ricardo había contestado. Eso hizo que mi sueño se desvaneciera y apareciera en la oficina con dos enormes ojeras, café en mi Stanley falsificado y un miedo latente a un despido, justo en un día tan importante como la firma con la petrolera.

—¿Está todo bien? ¿Devolvieron el contrato? —pregunté al entrar en la sala, con el ordenador contra el pecho, dejando a un lado un poco la profesionalidad habitual. El contrato era el centro de mi ansiedad; sabía que también lo era para Ricardo.

—¡Ven a verlo! —dijo, animado como pocas veces lo había visto en la empresa—. ¡Acaba de regresar! Cinco años, con renovación de cinco más.

—¡Ahhh! —solté el aire, con la adrenalina recorriéndome las venas. Me dejé caer en la silla frente a su escritorio y sonreí antes de preguntar: —¡Gracias a Dios! ¿Homologado y todo?

—Nuestro departamento legal y el suyo acaban de terminar la reunión. ¡Es oficial!

Ricardo sonrió mostrando todos los dientes y, maldita sea, eso lo hacía aún más guapo. Extendí la mano y tomé la suya en un arrebato de felicidad, sintiendo de nuevo esa electricidad entre nosotros, consciente de que cruzábamos límites que me había prometido mantener. No era la primera vez que sentía algo así.

Se puso serio, con los ojos fijos en los míos, como si no pudiera apartarlos. ¡Maldición! No era momento de pensar en cómo sabrían sus labios ni en cómo se vería sin camisa.

—Ah… perdón. Solo me alegré. Es el primer gran contrato en el que participo de verdad.

—Está bien —dijo, moviendo la cabeza y levantándose para mirar por la ventana, apartando los ojos y las manos de mí—. Es una

buena euforia. Este contrato se ha gestado durante dos años. Ayudaste mucho, Marina. De verdad.

—Fue un pl… placer. —Mierda. Tartamudeé. Sentí calor, como si no pudiera quedarme allí. ¿Por qué elegí "placer"? Necesitaba volver a hacer lo que estaba haciendo. Ni siquiera había revisado mis correos.

—Hoy es un día más tranquilo —comentó—. La implementación será el viernes, así que tendremos tiempo calmado. —Exhaló y me miró otra vez—. ¿Cena de equipo para celebrar?

—Hoy estoy ocupada. Y ayer ya gastaste más de lo debido. Podemos considerar una celebración anticipada —respondí, intentando huir de la posibilidad de quedarme a solas con él.

Con el contrato firmado, nuestro contacto sería más formal. Como product owner, mi responsabilidad sería supervisar cronogramas, mejoras y solicitudes del cliente, mientras todo funcionaba a la perfección.

—Tienes razón. Levanta los pendientes para la implementación. ¡Estamos oficialmente en marcha! —comentó—. Y si quieres salir temprano hoy, nadie te juzgará.

—¿De nuevo? ¿Vas a salir temprano tú? —levanté la ceja, y él me sonrió torpemente, confirmando que no seguiría su propio consejo —. Eso pensé. Hablamos después.

.

* * *

El resto de la semana transcurrió con tranquilidad. Al día siguiente, Ricardo anunció por correo que iría a São Paulo para presentar el proyecto de la petrolera a otra empresa y que quizá me necesitaría.

La distancia era buena y manejable. Con eso, volvimos a la misma dinámica de los días en que él estaba en Alemania.

Con la decisión de que la interfaz del proyecto debía entrar en funcionamiento esa misma semana para detectar cualquier problema de usabilidad antes de la entrega formal, pasé los dos días siguientes detrás del área de tecnología para asegurar que, al final del día, tuviéramos el producto deseado y no convertir el fin de semana en una búsqueda de correcciones.

—¿Garantizaron que a las seis de la tarde todo estará listo? —me preguntó Ricardo el viernes por la tarde, sin siquiera saludarme. Tenía el cabello mojado y vestía una versión menos formal de sí mismo: la camisa remangada y el pantalón de vestir.

Mi jefe tuvo su vuelo reprogramado y, en lugar de llegar por la mañana, solo pudo presentarse en la oficina a última hora de la tarde. Desde que aterrizó en Río de Janeiro y pasó por casa para dejar las maletas, Ricardo no dejó de enviar mensajes preguntando por el estado del proyecto. Al menos había logrado ducharse y arreglarse, porque quizá nos quedaríamos hasta tarde, mientras yo llevaba allí desde la mañana con apenas un chocolate en el estómago, ya que el equipo de Gerardo no dejaba de señalar problemas.

—Buenas tardes para ti también —repliqué, y escuché a las personas a nuestro alrededor contener la respiración ante mi respuesta impertinente. Olvidaba que, aunque actuara con naturalidad con Ricardo, la gente de la planta aún lo consideraba un jefe tirano que no aceptaba réplicas como la mía.

—Vamos, Marina, esto es urgente.

—La buena educación también lo es —suspiré, con las manos en la cintura. Sabía que aquello daría pie a chismes, aunque la mitad del piso ya se hubiera marchado—. Lo han garantizado, pero llevan desde primera hora lidiando con problemas en el servidor.

—Hum… —sacó el teléfono del bolsillo e hizo una llamada. No sabía si a Gerardo o al técnico, pero el equipo de tecnología sabía que Ricardo no se limitaría a esperar. Me murmuró mientras escuchaba a la otra persona al otro lado de la línea: —¿Has comido?

Negué con la cabeza y él sacó una bolsa del suelo que hasta entonces no había visto. No me dio vergüenza abrirla y encontrar varios sándwiches de un restaurante cerca del trabajo donde a veces almorzaba. De algún modo, Ricardo había notado que me gustaba comer allí y me los trajo, sabiendo perfectamente que no abandonaría mi escritorio mientras las cosas siguieran calientes.

Durante los minutos siguientes, comí y continué con el intercambio de correos, escuchando a Ricardo presionar a la persona al otro lado de la línea hasta recibir la confirmación de que el proyecto, por fin, había entrado en funcionamiento, aunque otros sistemas aún necesitaban responder antes de cantar victoria.

El día se alargaría aún más y, de repente, solo quedábamos nosotros dos allí, a causa de los problemas del sistema. No era un fallo grave ni un retraso real, pero la plataforma ya debería ser visible, y nos quedaríamos esperando hasta que lo fuera.

—¿Y entonces? —pregunté cuando Ricardo colgó, impaciente tras horas de errores mientras iba y venía de su despacho.

—Dímelo tú —señaló mis correos—. ¿Qué dijo el técnico? ¿Se actualizó la clave?

—En cualquier momento. Hay que replicarla y eso ya se hizo.

—Tenemos un plazo…

—Que es nuestro plazo interno —lo interrumpí—. El cliente espera la plataforma lista el lunes. Sé que pondrás a todos a hacer horas extra hasta que el sistema funcione, pero ahora solo queda… esperar.

—Odio que tengas razón… —murmuró, contrariando, antes de fijarse en mi pantalla y exclamar: —¡Ya aparece!

Mi teléfono sonó y, antes de que el profesional de TI dijera nada, contesté, sabiendo que todos respirábamos ansiedad por ese proyecto:

—Ya podemos verla. Pueden empezar las pruebas.

—¿Cuál es el plazo? —preguntó Ricardo de nuevo, intentando imponerse a la voz del analista, y yo solté una media sonrisa ante su

ansiedad—. ¿Qué? Tú te sabes todo esto de memoria, yo no.

—Van a empezar la prueba de estrés. Debería durar al menos una hora —suspiré con impaciencia, colgué y me levanté, notando cómo me dolían las piernas tras tantas horas sentada—. Voy a comer más de estos sándwiches con calma en la sala de reuniones.

—No, espera… Yo también pedí la cena. —¿Quieres mimarme, jefe?

—Pensé que tardaríamos más aquí. Pedí sushi; debería llegar en cualquier momento.

—¡Entonces voy a estirar las piernas, porque ha sido un día caótico! —exclamé, y fui al baño a echarme agua en la cara.

Una hora después, estaba sentada en la mesa de reuniones, dándome cuenta de que Ricardo había pedido comida como para un batallón.

Seguía en silencio, ocupado con lo suyo, pero con el paso de las semanas parecía cada vez más atento. Quizá estaba entendiendo cómo funcionaba el trabajo en equipo. Hubo muchas reuniones, correos y llamadas, y me sentía satisfecha con mi trabajo. Era gratificante tener la oportunidad de participar en todo aquello siendo tan joven.

Aunque solo estuviéramos los dos, Ricardo parecía preparado para el apocalipsis con esa cantidad de comida. O para pasar la noche discutiendo con el equipo de tecnología si la aplicación no funcionaba de forma satisfactoria para presentarla al cliente el lunes.

Con calma, me serví y preparé un pequeño plato con salsa de soja. Ricardo hizo lo mismo y se sentó a mi lado, colocando dos Coca-Colas frente a mí. Era tierno cómo sabía que era un vicio que compartíamos.

Comimos en silencio: Ricardo con las mangas de la camisa remangadas y el gesto tenso por el estrés del retraso; yo, con sueño, el cabello recogido en un moño alto y la sensación de que nunca saldríamos de esa oficina. Si pasábamos de medianoche,

incluso el metro cerraría, lo que significaría gastar en Uber y tocar mis ahorros para mudarme lejos de Suzana.

—¿Todo bien? —preguntó Ricardo—. Tienes cara de enfadada.

—Cansada y con ganas de irme a casa. Ha sido una semana muy intensa. Pensé que la implementación sería más tranquila. Ya pasan de las ocho y no hay señales de que la prueba vaya a terminar.

—Siempre es así. Al menos esta vez tengo compañía.

—¿Te quedas solo aquí?

—Normalmente, sí. El turno de los técnicos está en su planta, mientras yo solo espero a que las cosas funcionen. El acceso a la VPN no me deja verlo todo bien, y prefiero esto a estar en casa sin saber qué pasa.

—¿Vas a avisar en cuanto termine?

—Tengo un correo programado. Quiero ver cómo evolucionan las cosas durante la madrugada. Y no quiero que los clientes piensen que estamos obsesionados con trabajar un viernes por la noche.

—Pero lo estamos.

—Lo estamos —se rió ante mi afirmación—. Pero todo se calmará.

—Hasta que llegue un nuevo cliente.

—Hasta que llegue un nuevo cliente —repitió—. Pero veamos cómo funciona para ti. No quiero que te sobrecargues, sobre todo en las primeras semanas del sistema. Es normal que surjan problemas y que tengamos que correr con una lista de correcciones.

—¿Cómo fue el viaje?

—Prometedor. Quizá realmente te necesite. Pero vamos paso a paso, porque te contrataron para este proyecto en concreto y aún lo estamos cerrando.

Me levanté, separando los desechables en una de las bolsas mientras miraba la hora en el móvil. Estábamos cerca de terminar. Echaría de menos trabajar codo con codo con Ricardo si no aparecían más clientes para mí. A partir de ese momento, él sería un

coordinador al que tendría que rendir cuentas, y no un colega que trabajaba en los mismos proyectos que yo.

Me distraje con la bolsa, perdí el equilibrio y caí hacia atrás, aterrizando sobre el regazo de Ricardo con la fuerza suficiente para que la silla se balanceara.

—¿Estás bien? —preguntó, con las manos en mi cintura, sujetándome en su sitio. Cuando la silla dejó de moverse, intenté levantarme, pero no me soltó, mirándome desde demasiado cerca… como si no pudiera evitarlo.

—Estoy bien. Perdón…

Observé esos labios a pocos centímetros de los míos, con la respiración acelerándose. Mi mayor problema era Ricardo. Ojalá fuera el jefe insoportable de los primeros días, el que me irritaba con su actitud idiota. Pero no… era amable conmigo. Y tanta convivencia empezaba a afectar a mi lado personal, justo cuando el profesional comenzaba a despegar.

Y, maldita sea… en esa mirada, en ese regazo, en esa silla, sentía —de verdad— que Ricardo no era indiferente. Había codicia. Deseo. Él era magnético, y yo me sentía atraída como un imán cuando debería esforzarme por verlo solo como mi jefe. Una dulce tortura de más de tres meses desde que puse un pie en DataLogic. Mi punto débil en algunas noches en las que recurría a mi vibrador.

—Ricardo, puedes soltar…

—Lo estoy intentando, Marina. Desde hace mucho tiempo —murmuró, interrumpiéndome, muy bajo, como si tuviera miedo de las palabras que salían de su boca; un tono que nunca antes le había escuchado—. No puedo seguir fingiendo que todo está bien.

Y en ese momento supe que las cosas cambiarían para siempre.

Ricardo apoyó las manos en mi barbilla, como pidiendo permiso, y me besó. El roce suave de sus labios me sorprendió, dejándome paralizada unos segundos antes de responder y derretirme contra él, con las manos en su nuca, atrayéndolo hacia mí.

Profundicé el beso, sellando lo que fuera que pudiera ocurrir entre nosotros. La silla se balanceaba bajo nuestro peso, sin señales de que ninguno fuera a rendirse. Nunca había besado así. Era intenso. Profundo. Sensual. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo mezclado con una euforia que exigía devorarnos porque nada resultaba suficiente.

—Maldita silla —murmuró con su tono gruñón cuando el mueble volvió a crujir, arrancándome una risa baja. Entonces Ricardo me levantó.

Me sentó sobre la mesa de reuniones, empujándome hacia atrás con suavidad para colocarse entre mis piernas, todo a la vez: volver a besarme, sus manos recorriendo mi pelo, devorándome mientras yo intentaba mantenerme sobre una superficie tan inestable como la silla. Quería tocarlo todo al mismo tiempo.

Su boca abandonó la mía para descender por mi cuello, arrancándome un gemido. Mis dedos cobraron vida propia y respondieron del mismo modo, bajando por su espalda y hundiéndose en su piel. Desde luego, hacía ejercicio fuera del trabajo.

Mi blusa salió de la falda —que se enrollaba peligrosamente en mi cintura— de un tirón que dejó a la vista mi sujetador, pronto desplazado para liberar mi pecho izquierdo.

—Marina, podemos parar… —intentó decir Ricardo, con la voz amortiguada contra mi piel. Mientras su mente buscaba excusas, su cuerpo le ordenaba mordisquearme el pecho—. No necesitamos…

—Ni se te ocurra parar —lo interrumpí a modo de amenaza, sujetándolo contra mí, prácticamente obligándolo a seguir chupándome las tetas.

Aquello era mucho, muchísimo mejor que cualquier fantasía que hubiera tenido con mi jefe. Y mejor que con cualquier otro hombre. Estaba completamente excitada, con las piernas temblorosas, el corazón y la respiración desbocados, entregada sobre una mesa inestable mientras Ricardo seguía completamente vestido. Y yo, a punto de correrme.

—Es la sala de reuniones y estamos sobre la mesa —me recordó, pero su voz más grave lo delataba. Y también la erección marcada bajo el pantalón, creciendo bajo la tela, bien presente entre mis piernas.

—¡Sigue! —ordené como una dictadora, y Ricardo soltó una carcajada contra mi piel antes de lamerme el pecho hasta arrancarme un gemido bajo y empezar de nuevo con el otro.

Podían pillarnos en cualquier momento.

Intentaba controlar los sonidos que salían de mi boca, porque cualquiera podría sorprendernos en esa situación. Cuando fallé más de una vez, decidí ocupar mi boca, empujándome contra Ricardo para besarle en el cuello mientras intentaba quitarle la camisa.

—¡Alguien puede pillarnos aquí, lo sabes!

—Quítate la ropa, Ricardo… Por el amor de Dios. Ya lo he entendido.

Aquello era una locura.

Lo celebré como una victoria cuando por fin conseguí quitarle la camisa y pasé a ocuparme del cinturón, escuchando a mi jefe gemir quedo junto a mi oído. Queríamos la ropa fuera, pero tampoco nos separábamos para quitárnosla. Cuando mis dedos bajaron la cremallera, él me sujetó, buscando mis ojos en un instante de análisis entre miradas vidriosas, respiración agitada y pupilas dilatadas. Estaba a punto de perder el control. Yo también. En ese momento no quería pensar en lo que estaba haciendo.

—Estamos saltándonos algunas reglas con esto —me susurró, con las manos de vuelta a mi rostro en medio del frenesí.

—No quiero que me importe.

—Pero mañana te importará.

—¿Podemos hablar de eso después? —pedí, intentando apartar su mano, pero eso hizo que Ricardo me mirara con aquellos ojos oscuros aún más decididos.

—Necesito estar seguro, Marina. No hay vuelta atrás después de esto. Tú y yo… no hay vuelta atrás, ¿lo entiendes?

—Quiero esto, Ricardo. ¿Tú me quieres?

Ricardo no respondió. En lugar de eso, me atrajo hacia un beso más salvaje y exigente, con la lengua deslizándose por mis labios y las manos recorriendo mi piel expuesta. La erección de Ricardo dio un salto duro y firme bajo mis manos cuando por fin conseguí abrirle el pantalón. Él tiró de mi falda y, gracias a la fluidez de la tela, logró colar una de sus manos entre mis piernas, apartando el borde de las bragas.

Así, tan deprisa.

Tal vez las últimas semanas hubieran sido todos los preliminares que necesitábamos. Tal vez estuviera escuchando demasiado a Beyoncé y usando vibradores.

—Joder, Marina, cuánto te deseaba —murmuró contra mi oído.

Ricardo deslizó dos dedos con facilidad, la respiración caliente en mi cuello erizándome la piel. Me acomodé, pidiendo más en silencio, y Ricardo tomó el control, marcando el ritmo mientras yo me entregaba a todas las sensaciones que él me provocaba.

Era tan bueno. Tan bueno.

Rodeé el pene de Ricardo con los dedos, buscándolo a ciegas mientras mantenía los ojos cerrados, sintiendo el éxtasis muy cerca, apoyando uno de mis pies sobre la mesa y casi rogando que me penetrara.

Él lo entendió, tirando de mí hacia abajo para hacerme frente a la superficie de la mesa. Se agachó mientras yo estiraba los dedos sobre la madera fría por el aire acondicionado, empujando la cadera sin vergüenza hasta sentir el pene deslizándose por mi coño.

—Joder… —gimió en mi cuello, sosteniendo su cuerpo contra el mío y usando la mesa como la superficie inestable que nos mantenía unidos.

Mi corazón latía con fuerza contra las costillas, los ojos cerrados, entregada únicamente a las sensaciones con él. Me abandoné a la promesa del orgasmo, deseando correrme con todas mis fuerzas mientras Ricardo empujaba contra mí en busca de su propio placer.

La mesa se balanceaba: respiraciones, gemidos, una sinfonía de dos cuerpos fuera de control.

Todo colapsó sin aviso. Ahogué el grito al apretarlo contra la mesa, el pene de Ricardo haciendo exactamente lo que sabía que haría. Fue el mejor orgasmo de mi vida, incluso comparado con los que había tenido sola. Puntos negros, el latido acelerado, la sensación de que todo mi cuerpo era gelatina. El corazón me retumbaba en los oídos cuando por fin abrí los ojos y vi, tan de cerca, cómo él se dejaba llevar por el instinto, balanceándose aún con más fuerza, yendo y viniendo con violencia entre mis piernas hasta estallar en un gemido ronco y largo, liberando la tensión que había crecido entre nosotros.

Y entonces nos quedamos quietos de repente.

Tenía razón. Todo cambiaría. Nunca había experimentado algo así. Parecía… demasiado. Adictivo. Visceral. Arrollador. Estaba jugando con fuego. Dos corazones latiendo al unísono, Ricardo respirando sobre mí como si hubiera corrido una maratón. El calor entre mis piernas recordándome que no habíamos usado nada.

¡Mierda!

Él seguía ahí, llenándome, dejándome exhausta, satisfecha y, tal vez, siendo lo único que me mantenía en pie en ese momento.

Ricardo se apartó muy despacio, ayudándome con delicadeza a levantarme. Luego se acercó y me dio un abrazo tierno y un beso suave en la nuca, que contrastaban con la salvajada de haberme follado sobre la mesa de reuniones de la empresa. ¡Qué locura!

—No sé qué decir —confesé en un hilo de voz.

—No necesitas decir nada. Vamos solo… a calmarnos.

Intenté asentir, pero me aparté de él, esforzándome por vestirme, como si estar desnuda delante de Ricardo me hiciera aún más vulnerable. Éramos un desorden de pantalones en los tobillos y blusas mal colocadas. Resultaba sorprendente que no nos hubiéramos revolcado sobre alguna salsa de soja olvidada.

De repente, el teléfono sonó en la sala y di un salto de susto, recordando el motivo por el que estaba allí. Maldito deseo por mi jefe.

—Eh… ¿diga? —respondí con incomodidad, atendiendo la llamada desde mi escritorio.

Mientras escuchaba al técnico al otro lado de la línea, Ricardo se arreglaba, colocando la ropa más o menos en su sitio y dejándome aún más avergonzada por mi semidesnudez. Mi jefe preguntó si estaba todo bien, gesticulando con los labios, pero yo intentaba asimilar la información de la llamada, asintiendo hasta que terminó.

El trabajo estaba bien, pero yo… no podía mirarlo a los ojos sin sentir vergüenza.

—¿Y entonces?

—La prueba terminó, todo está correcto. El sistema ya está en funcionamiento y accesible. Podemos revisarlo desde aquí.

—Eso es bueno —comentó en un tono menos eufórico que antes, como si la prueba no fuera lo más importante en ese momento—. Marina…

—Esto fue… tú y yo… —intenté decir, empezando a arreglarme y arrepentida de haberme dejado llevar, hablando al mismo tiempo que él mientras buscaba mi camisa y el sujetador. ¡Qué idea tan idiota! Ricardo intentó detenerme.

—No pienses en eso. Solo nos… dejamos llevar —murmuró, mucho más serio que yo.

Me sentía como una adolescente haciendo tonterías mientras él parecía resuelto, como si hubiera esperado algo así de mí. A veces olvidaba lo mucho más experimentado que era.

—Pero eres mi jefe —afirmé, con la voz volviéndose más aguda a cada palabra, casi al borde de la histeria ahora que la niebla sexual se había disipado—. Yo… lo siento.

—Deja de ser tonta, Marina —dijo, apoyando la mano en mi rostro, intentando transmitirme seguridad.

Lo permití, a pesar de que quería huir como un animal acorralado. Éramos solo nosotros dos, atrapados en una de las mayores estupideces posibles: no resistirse a la tentación del jefe. Acostarme con Ricardo amenazaba mi trabajo, mi salario y hasta mi vida en Río de Janeiro. Sin dinero, tendría que volver a Rio das Ostras. ¿Por qué no pude pensar en eso antes?

—No es una tontería… Es que tú eres el dueño de todo esto y yo acabo de empezar. Pensarán que lo hice a propósito, que yo…

—No es asunto de nadie, cálmate. Seré sincero, Marina. He querido esto desde hace mucho tiempo. Desde que puse los ojos en ti, aunque fueras tan joven —reveló en un susurro, con toda su atención puesta en mí—. No quiero que te arrepientas.

Yo tampoco. Ese fue mi primer pensamiento. No me arrepentía de lo que hice, sino de las consecuencias que podía traer.

Nos miramos en silencio, sin saber qué decirnos, hasta que fui yo quien rompió la quietud:

—Tienes razón. Necesitamos hablar de esto con calma. No ahora. Solo… necesito irme, ¿está bien? —concluí, mirando mi ropa antes de decidir que estaba lo bastante presentable como para cruzar la sala e irme.

Ricardo, en cambio, permaneció en silencio, analizándome con atención, como solía hacerlo en cada nuevo negocio. En ese momento no se apresuró ni se dejó absorber por el móvil o las notificaciones del Apple Watch. Durante esos segundos torturantes, mi jefe siguió cada uno de mis pasos hasta que cerré la puerta de la sala de reuniones y lo dejé atrás.

CAPÍTULO 9

Marina

Gracias a Dios tenía un fin de semana entero para digerir lo que había pasado. Me acosté con mi jefe. Con mi jefe malhumorado y sin paciencia, que era hermoso de mirar, pero que podía complicar —y mucho— mi carrera.

Debía de estar loca.

En realidad… ni siquiera pensé en nada más en cuanto su boca tocó la mía. Simplemente… me dejé llevar. Así es como suceden las mayores tonterías, ¿verdad?

La llamada telefónica me salvó de otro silencio incómodo con Ricardo y me dio el pretexto perfecto para huir, con la cabeza ardiendo de tanto pensar durante todo el camino de regreso y muchas horas después, dando vueltas en el colchón. Aquello había ido creciendo entre nosotros hasta estallar en un sexo ardiente.

Estaba tan absorta en mi situación que ni siquiera noté el estado de la casa hasta la mañana siguiente. Cuando intenté disfrutar de un café, me di cuenta de los platos sucios, la ropa esparcida por el suelo y el rastro de comida junto a una pila de libros. Quería encontrar un poco de paz en la cocina, pero era incapaz de cocinar en medio de aquel caos. Bueno, al menos Suzana realmente estaba estudiando para su doctorado.

Lavé la cocina y preparé el café, aprovechando la pequeña rendija de sol que entraba en la mini lavandería, con la taza humeante entre las manos. Nunca saldría de ese lío. No cuando tomaba decisiones tan estúpidas como acostarme con mi jefe. ¿Cómo lo afrontaría el lunes? ¿Debería renunciar?

No sabía cuál era el protocolo en situaciones así, o si existía algún manual que incluyera algo como: «ser follada en la mesa de reuniones por mi jefe atractivo y querer repetirlo a pesar de saber que es una pésima decisión».

El problema era que Ricardo era intenso. Todo en él lo era. En el trabajo y cuando estaba hundido en mí. Era un hombre tentador y experimentado. Y, para colmo, era quien me pagaba el sueldo. ¡Ah!

—¡Marina! ¡Te has despertado súper temprano! —dijo mi compañera de piso al entrar en la cocina y encontrarme al fondo de la habitación, aún con la taza en la mano.

—Hola, Suzana.

—¿Limpiaste la cocina? Juro que iba a… —su voz se apagó mientras empezaba a prepararse su propio café. Las dos sabíamos que hablaba sin pensar y que jamás limpiaría por iniciativa propia—. En fin… llegas muy tarde últimamente.

—El trabajo me mantiene ocupada —respondí, mirando alrededor, abriendo y cerrando la boca antes de quejarme una vez más. Ah, al diablo. Mi vida ya era un caos de todas formas—. Sé que es molesto quejarse, pero la casa es un desastre. Tú pasas el día aquí y, en las pocas horas que estoy en casa, es imposible convivir con esta falta de orden.

—¿Estás diciendo que tu trabajo es más importante que mi tesis?

—No. Estoy diciendo que yo paso muy pocas horas aquí, mientras tú haces las comidas y ni siquiera lavas los platos —repliqué con el mismo tono pasivo-agresivo que Suzana había usado conmigo.

—Yo también estoy ocupada —se encogió de hombros—. Y lo sabías cuando te mudaste.

—Tú dejaste el apartamento arreglado cuando vine a visitar —la acusé.

—Mira… estoy tan estresada como tú, y sabes que mi trabajo es más interesante, ¿verdad? Tú estás ahí, rindiéndote al capitalismo, mientras yo produzco conocimiento que…

—Lo sé —la interrumpí para evitar otro monólogo sobre lo superior que era por ser una becaria resiliente en un doctorado abandonado, intentando producir conceptos en una universidad pública mientras al gobierno no le importaban los estudios sociales. Aunque tuviera razón, era la quinta vez que Suzana recurría a ese argumento para zanjar una discusión—. Pero solo quería llegar a casa y no tener que limpiar un desorden que no es solo mío, después de una jornada laboral agotadora.

—Podemos hacer algo para animarte —suspiró—. Hoy voy a un luau con la gente de la facultad. Los estudiantes me invitaron a una hoguera nocturna en Praia Vermelha. ¿Quieres venir?

—No… muchas gracias —respondí demasiado rápido, sabiendo que no era algo que me apeteciera—. Solo… quería cocinar con calma y estar tranquila, y está siendo… —dudé una vez más— difícil.

—Ah, Marina. ¡Deja de ser tan pesada! La vida está pasando, ¿a quién le importa que los platos puedan esperar un día más?

—¡Los bichos…! ¡Pueden salir bichos! —respondí de golpe, con la voz más alta de lo que me habría gustado, y solté el aire con fuerza, intentando controlar la irritación, porque Suzana no entendería mi punto ni aunque se lo dibujara—. Mira… hablamos después. Voy a salir.

—Uhhh —murmuró, poniendo los ojos en blanco y concentrándose en su taza de café. Al final, era una discusión inútil.

* * *

Botafogo era un barrio lleno de pastelerías y restaurantes y, desde mi mudanza, tenía la costumbre de pasear por pequeños locales que conocía a través de Instagram. Cuando no iba a Rio das Ostras, aprovechaba mi tiempo libre para descubrir sitios nuevos.

Y necesitaba desesperadamente otra taza de café y un buen pedazo de pastel después de Suzana y… bueno, de Ricardo.

El problema de pensar en los propios problemas es que quizá los atraigas, casi como una ley de atracción inversa, una carta especial del UNO. Y eso fue exactamente lo que sentí al encontrarme con mi jefe plantado en mi acera, con vaqueros oscuros y una camiseta negra, las gafas de sol cubriéndole los ojos.

Era extraño verlo con ropa que no incluyera chaqueta, corbata o pantalón de vestir. A quién quería engañar: lo había visto semidesnudo el día anterior.

Y estaba guapo, apoyado en su coche y manejando el móvil.

—Ricardo, ¿estás loco? ¡Alguien podría robarte! —dije al acercarme, empujando hacia abajo la mano en la que sostenía el teléfono, evitando que un ladrón imaginario en bicicleta se lo llevara.

—Ah… ¡hola! —saludó como si no hubiera notado mi presencia y, con toda calma, guardó el móvil en el bolsillo antes de responder—. Vives en una calle tranquila, está todo bien.

—Es Río de Janeiro, por el amor de Dios. Alguien pasa en bicicleta y te roba ese móvil caro en tres segundos —resoplé, sin querer creer que estuviera allí solo por mí, limpiando una mancha imaginaria de mi vestido al exclamar—: ¡Qué… coincidencia!

—Te estaba esperando. Eres la única persona que conozco que vive por aquí. Pensé que sería mejor hablar de lo que pasó fuera de la oficina. Y como supe dónde vivías por aquel paseo, decidí esperar. ¿Te molesta?

—¿Llevas mucho tiempo aquí? Vaya… —continué, sin saber cómo abordar el tema. Cuando dije que necesitábamos hablar con calma, no me imaginé que me buscaría justo a la mañana siguiente—. ¿Y si fuera de las que duerme hasta tarde? ¿De las que se queda en la cama viendo series toda la mañana?

—Dijiste una vez que te gustaba salir los fines de semana a tomar café y almorzar para conocer sitios nuevos. Pensé que no tardarías tanto. Y si tardabas, simplemente me iría —suspiró, cansado, y se quitó las gafas para mirarme fijamente. Sus ojos oscuros, mucho más amables de lo habitual, parecían casi vulnerables—. Quise probar suerte.

—¿Te acuerdas de eso?

—Soy bueno recordando cosas… sobre todo las que me interesan —comentó con una de esas sonrisas de medio lado, dejando claro que yo era un tema que le interesaba.

—¿Por qué no entraste?

—No sabía cuál era el piso —se encogió de hombros—, y no llevo mucho tiempo aquí. ¿Estás bien?

—¿Por lo de ayer? Yo… estoy —vacilé, sin saber muy bien qué decir. El labio superior volvió a sudarme de nervios, la piel se me calentó solo de recordar, y me hice un moño improvisado antes de preguntar de repente, hablando más rápido de lo normal—: ¿Tienes hambre? Tenías razón, iba a comer algo. Un dulce. Ya sabes. Azúcar. Cuando me da ansiedad, necesito tarta.

—Entonces no estás del todo bien —concluyó, con un tono tranquilo que contrastaba con mi urgencia. De repente, mi vestido de verano ya no parecía tan fresco para el calor carioca. O quizá era un ataque de pánico. Ah, maldición.

—Estoy bien dentro de lo posible, porque me acosté con mi jefe y no sé muy bien qué hacer —solté, y él se atragantó con mi sinceridad, una risa extraña asomándole a los labios—. Vamos, subamos a ese coche y hablemos mientras como algo. De verdad necesito un pastel.

Ricardo asintió sin decir nada y entramos en el coche. Permanecimos en silencio después de que introdujera las coordenadas en el navegador del móvil para llevarnos a una pastelería en Urca que llevaba tiempo queriendo conocer. Era una casa antigua, con paredes rosas y un arreglo floral.

Durante casi media hora, mi jefe —normalmente impaciente— consiguió controlar la lengua y limitarse a comentar el tiempo o disfrutar de la música de la radio, sin volver a mencionar la noche anterior. Al menos no puso a Beyoncé otra vez.

Aparcamos, nos sentamos y pedí una porción enorme de pastel de chocolate con café. Sabía perfectamente lo que Ricardo estaba

haciendo. Era bueno negociando y me estaba dando confianza, bajándome la guardia y esperando el momento adecuado para usar un delicioso pastel a su favor.

—¿No quieres nada más que ese café solo? —pregunté, lamiendo el tenedor y señalando la taza que acababan de servirle.

—No me gusta mucho lo dulce por la mañana.

—A tu edad eso da acidez —sugerí, y él soltó otra de sus sonrisas de medio lado.

—No te quejaste de mi edad ayer.

—Sé que haces ejercicio y que el café da energía. Y los hombres aguantan algunos años más… Pero ¿cuántos tienes? ¿Cuarenta y cinco? —seguí provocándolo.

—¿Ya estás haciendo cola para la previdencia, Marina? Tengo treinta y ocho…

—Deben de ser las canas.

—Vamos, deja de ser graciosita, sobre todo porque es demasiada tentación cómo lames ese tenedor.

—No estaba siendo maliciosa. Es que un café con pastel cura donde duele —refunfuñé—. Y no soy buena en estas cosas. Pasó poco tiempo entre conocerte y acostarme contigo y… maldición. No sé cómo abordar esto, sobre todo porque eres mi jefe.

—Marina, todo está bien. Los dos cruzamos límites en la oficina y nada tiene por qué cambiar. Pero ya te lo dije: estoy interesado. No tiene por qué ser más que eso. Marina y Ricardo pueden ser otras personas fuera del trabajo.

—No hables en tercera persona, es raro —lo interrumpí.

—Tampoco soy muy bueno en esto. Siempre quise mantener el trabajo lejos de mi vida personal —añadió, con un tono ligeramente autocrítico—. Lejos de tener una vida, en realidad, porque estoy demasiado ocupado. Creo que no salgo con nadie desde hace… seis meses… quizá más.

—Maldición, realmente necesitas un pastel.

—Realmente te gustan los dulces, ¿no?

—Y me gusta la comida. Me gusta comer y cocinar. Los dulces son tan bonitos y estructurados… Este pastel, por ejemplo, tiene capas finas y ligeras para llegar a este nivel de perfección.

—Yo no tengo ese aprecio por los postres.

—Pues deberías tenerlo —respondí, un poco demasiado enérgica —. Hacer pasteles y dulces es un arte. Tienes una receta para llegar a donde quieres, ingredientes que, dependiendo de varios factores, necesitan añadirse o reducirse, como el calor, por ejemplo. Y se necesita experiencia cuando algo sale mal. Muchas veces, sin saber el motivo, la receta no llega al resultado esperado.

—¿Seguimos hablando de pasteles?

Resoplé ante la insinuación provocadora de Ricardo y fijé la mirada en ese par de ojos oscuros que el día anterior me habían parecido mucho más grandes mientras gemían mi nombre tan bajo, tan cerca de mi oído, que… No debía ir por ese camino.

—Eres mi jefe y no quiero ser esa mujer que se acuesta para conseguir ventajas. Teníamos una buena relación profesional y no quiero que termine.

—Primero, no hiciste nada para conseguir ventajas. Simplemente pasó. Y segundo, nada tiene por qué terminar.

—Me siento incómoda —confesé—. Voy a perder mi trabajo y, si alguien se entera, no volveré a ser empleada, da igual lo que haya pasado realmente. —Me quedé paralizada de repente al recordar algo—. ¿¡Esa sala tenía cámaras!? Ricardo…

—¡Cálmate! Nadie va a saberlo. Lo comprobé después de que te fueras y la sala no tenía cámaras activas. Y en cuanto a tú y yo, respeto lo que decidas.

—Pero…

—Pero la empresa no tiene normas sobre esto y entiendo la necesidad de mantenerlo en secreto. Aun así, yo quiero más de ti, Marina. Me atraes.

—¿Podemos fingir que no pasó? —pregunté, esperanzada. Ricardo apretó los labios; no era la respuesta que esperaba, pero asintió—. Creo que es lo mejor.

—Está bien —dijo, con una neutralidad casi calculada, como si no fuera a insistir—. ¿Quieres que te lleve de vuelta?

—No… Es un día precioso. Voy a dar un paseo antes de ir a casa.

—Yo me voy. Tengo algunos contratos que revisar —anunció, poniéndose de pie, terminando su café y dando por cerrada la conversación.

—Deberías parar un poco. Pasear, disfrutar del fin de semana. La vida pasa, ¿sabes? —le aconsejé.

—La verdad es que ya no sé muy bien qué hacer, y esos contratos son urgentes.

—Entonces hagamos lo siguiente: te llevas un pastel para comerlo en algún momento del día, ya que no comes dulces por la mañana —propuse, imitando su tono al final de la frase—, y te dejo marchar.

—No tienes que dejarme nada, Marina —torció el labio una vez más, mitad irritación, mitad sonrisa. Me divertía ese humor extraño suyo. Era tan gruñón.

—Solo para complacerme, ¿sí? —Y, sin darle tiempo a responder, me levanté y fui al mostrador, donde elegí una porción del mismo pastel que estaba comiendo y se la entregué a Ricardo, que, aunque contrariado, esperó.

Cogió la pequeña caja y sonrió. No era la sonrisa de negocios, fría y calculadora, ni la burlona que solía dedicarme, sino una más tímida, casi intrigada. Y en ese momento me di cuenta de que quizá no tenía tanto control como aparentaba.

Tal vez lo que ocurrió en la oficina no había sido solo un episodio más en la vida de Ricardo. Nada del millonario mujeriego que aparecía en los libros.

Hasta donde sabía, era un hombre rico, sin familia cerca, que trabajaba en todo su tiempo libre y a veces aparecía en fotos de internet con mujeres hermosas.

Ricardo sabía defenderse bien del mundo exterior, pero parecía haber sido tomado tan desprevenido como yo. Éramos un buen equipo en el trabajo, y me molestaba darme cuenta de que, a pesar de todas nuestras diferencias, era lo más cercano que tenía a un amigo en esa ciudad. Un mentor, incluso con todos sus defectos.

El caso es que, en cuanto se fue, llevándose consigo el olor de su perfume caro, casi me arrepentí de mi decisión. Quería más del sabor de su piel, del contacto, de los malditos abdominales duros y los músculos esculpidos como un dios griego. Él lo ocultaba mejor, mientras yo estaba en pánico por la confusión de sentimientos.

No siempre lo más sensato era caer en la tentación. El problema es que casi siempre el deseo era estúpido.

CAPÍTULO 10

Ricardo

El sabor del chocolate seguía en mi boca gracias al último trozo de pastel. Cuando salí de aquella pastelería con una cajita de consolación por el regalo que Marina me había dado, tenía la intención de dársela a la primera persona que viera, pero la curiosidad me venció.

Para mantener el cuerpo cerca de los cuarenta, intentaba seguir una rutina saludable de alimentación y ejercicio, ya que mi sueño y el estrés eran incontrolables gracias a DataLogic. Los dulces, especialmente a las diez de la mañana, no formaban parte de mi dieta. Pero, horas después, con los ojos ardiendo incluso con las gafas de descanso y mi cuerpo suplicando parar cuando aún necesitaba leer el documento de análisis trimestral de un posible cliente, decidí hacer una pausa y miré hacia la maldita caja descansando en la mesa de la sala.

La abrí y comí; estaba delicioso.

Tanto que decidí guardar un poco para después.

Cura donde duele.

Me reí solo de las palabras de Marina, que sonaban como alguna broma de internet con frase hecha. Eso siempre me recordaba lo mayor que era en comparación con ella. Casi nunca accedía a redes sociales y siempre estaba perdido en el último cotilleo o en algún hecho viral. Leía las noticias y buscaba lo que me interesaba, mientras veía a Marina divertirse viendo vídeos durante los descansos, muchos de ellos de repostería.

Ella era una tentación para mí desde el primer día, la única vez que había querido a una empleada. Los dos terminamos juntos el

día anterior porque tanto ella como yo estábamos sobrecargados por el deseo acumulado de las últimas semanas. No estaba seguro hasta la maldita videollamada, y después de eso, era todo en lo que podía pensar.

No era un santo, pero respetaba la regla de que donde se gana el pan, no se come la carne. Pero Marina era la tentación hecha mujer, con ese humor tonto y descarado, la eficiencia que desarmaba mi impaciencia, las sonrisas… y el maldito cuerpo que me dejaba con deseo.

Quince años.

Yo ya tenía sexo cuando ella nació.

Había tenido una vida entera de experiencias mientras ella era una chica joven centrada en el trabajo. Y aparecer frente a su casa fue una de las cosas más impulsivas que he hecho en mi vida. No es que algún día ella lo supiera. Debería ser el hombre maduro de la relación, tratando con una joven de 23 años impulsiva que cometía tonterías y se arrepentía justo después de un sexo delicioso y prohibido.

Yo planeaba cada paso mío y con quién debía hablar para conseguir las cosas, cueste lo que cueste. Cada acto mío era ensayado, desde la forma de responder preguntas hasta la fuerza al estrechar una mano. Y allí estaba Marina, moviéndose en mi mundo y haciéndome quedar parado frente a un edificio esperándola a ella y al regalo que recibiría, torpe para decir que quería más.

Bueno. Ella no quería.

Pero yo aún tenía el maldito pastel.

Entonces, en la mañana del lunes, me desperté, preparé café y me comí el resto.

Realmente, con café estaba aún mejor, maldita sea.

Nunca había tenido el corazón roto, porque mi prioridad siempre fue el trabajo, y cada relación que empezaba a volverse más seria la dejaba en nombre de DataLogic. Pero en el último bocado de aquel

pastel de chocolate, reconocía por qué la gente se atiborraba de azúcar para llorar por alguien.

Realmente embriagador.

Continué mi rutina, fui al gimnasio puntualmente a las seis de la mañana y, cuando entré en el edificio de DataLogic un par de horas después, tenía todo resuelto en mi mente. Era el gran día: la primera entrega del contrato y el motivo por el cual Marina y yo nos habíamos quedado después del horario laboral. Enviaría el correo y nos quedaríamos monitoreando para que todo sucediera de una manera mucho más amena que las primeras horas del sistema el viernes por la noche.

Necesitaba mi mente aguda en los negocios, no escaparse de vez en cuando hacia la noche del viernes. Parecía tan lejano y no de hace pocos días. Necesitaba a Marina a mi lado en el trabajo para comenzar la nueva etapa del contrato con la petrolera, fingiendo que no había pasado nada, como ella pidió.

Pero ella no apareció.

Ya pasaban de las diez y comencé a preocuparme. Creía que las cosas habían quedado claras y que volveríamos a trabajar como si nada hubiera pasado. ¿No estaba allí por nosotros dos?

Abrí la puerta de la oficina, escaneando con la mirada el escritorio que ella ocupaba en busca de algún objeto personal. Sentía esperanza de que tal vez Marina hubiera llegado tan temprano que estuviera con el personal de tecnología acompañando cualquier error o actualización. Pero no, ella no había aparecido para trabajar y tampoco respondía a los mensajes en el móvil, lo cual no era común en ella.

¿Marina no huiría de mí, huiría?

—¿Alguien sabe algo de Marina? —pregunté a nadie en particular, en voz lo suficientemente alta como para que las otras personas del piso me miraran.

—No, y siempre llega temprano. Es raro que no esté aquí —respondió una chica de cabello rizado y oscuro al fondo. Era la única

que había visto alguna vez con Marina por los pasillos de DataLogic, así que al menos parecía saber algo.

—Uhh… —refunfuñé y abrí el móvil al mismo tiempo que regresaba a la sala, no satisfecho por no tener respuesta.

Llamé una vez más, pero el teléfono iba directamente al buzón de voz sin dejarme completar la llamada. Estaba a punto de llamar a RR. HH. para pedirles que verificaran a Marina cuando llegó el correo informando que no se sentía bien para salir de casa, pero que estaría disponible para cualquier duda por mensajes. Enferma. Esa excusa era señal de que Marina no quiso aparecer incluso con la entrega del proyecto de la petrolera… o era simplemente una gran coincidencia.

Estaba dividido entre levantarme de la silla e ir tras Marina para saber si fingía la enfermedad para faltar al trabajo en un día tan importante, y cumplir mis obligaciones; pero las responsabilidades vencieron y me quedé allí, esperando la confirmación del cliente para todos los procesos que habíamos ensayado tantas y tantas veces a lo largo de las semanas.

Maldición, Marina. No debería estar pensando en esto en un día tan importante.

Giré en mi silla, incapaz de concentrarme incluso necesitando replicar la propuesta del software para una empresa de São Paulo y comenzar otras prospecciones que encajaran en el contrato con los alemanes. Salí a almorzar, lo cual era poco habitual para mí, envié docenas de mensajes inútiles a Vanda con futuras reuniones y eventos que tal vez exigieran mi atención, y después de repasar un documento tres veces antes de cerrarlo con irritación, me di cuenta de que, en lugar de continuar con mi vida, estaba obsesionado con la mujer quince años más joven que me había dado calabazas y que parecía estar en su propia casa huyendo de mí en lugar de trabajar.

Era uno de los momentos más bajos de mis 38 años.

En días normales estaría allí, tecleando furiosamente y llamando a personas sin parar, pero en cambio estaba girando en la silla y rumiando sobre que Marina no hubiera ido a trabajar. Estaba a un

paso de abrir una partida de solitario para distraerme al menos cuando Carlos envió un correo de confirmación de funcionamiento.

Joder, fue un sexo muy bueno. Como no había tenido en años. Quizá como nunca había tenido, sobre todo por la forma improvisada e incómoda. El sexo en un colchón suave debería ser mucho mejor. Maldición… Carlos. Petrolera. DataLogic.

Mi cabeza debería estar allí y no en Marina. Paciencia. Reuniones para Vanda… ¡ah, maldita sea!

—Que se joda —murmuré para mí mismo y levanté el teléfono, conectándome con la extensión de RR. HH.

—Gabriele, soy Ricardo. Necesito la dirección de Marina.

—Señor Varela, no podemos pasar esos datos… —respondió la mujer del otro lado, intentando mantener la voz calmada, cuando ni siquiera dije "hola".

—Ella fue parte importante de un contrato que se inició hoy. Quiero mandarle algo a un establecimiento cercano. Marina merece este agradecimiento.

—Como dije…

—Tonterías, envíamelo por mensaje —la interrumpí y colgué enseguida.

Conocía mi fama. Aprovechaba momentos como ese para usar el temor que la gente tenía hacia mí y conseguir lo que quería. Ni cinco minutos después, Gabriele envió la dirección a mi móvil personal, como si tuviera miedo de dejar rastros en los correos de la empresa. Que así sea.

Tal vez había sopesado los pros y los contras de filtrar un dato sensible y decidió que era mejor pasármelo a mí que lidiar con mi mal humor después.

Me levanté de la silla, arreglándome la chaqueta, junté mis cosas y salí por la puerta de la empresa sin que nadie siquiera preguntara si iba a algún lugar.

Cada vez más sentía que ese ya no era mi lugar, porque aunque siempre fuese brusco y centrado, al menos tenía cierta autoridad con

el equipo. Desde que comenzó la gestión de Cibele, me temían tanto que me ignoraban, trabajando como fantasmas que entraban y salían para conseguir el dinero necesario para el salario de los empleados.

Conduje hasta la dirección y, en un arrebato de humanidad, compré una sopa por si la enfermedad existiera de verdad, adquiriendo también un chocolate por impulso. Mi madre me odiaría por aparecer en la puerta de una mujer enferma sin una solución que no involucrara comida, dulce y analgésicos.

Cuando el portero me vio, simplemente me dejó pasar.

Encontré la puerta de madera del 1204 como Gabriele indicó y toqué el timbre para que otra mujer, con ropa holgada y colorida, abriera. Parecía una de las "hippies" que conocí durante la universidad: piel blanca, rastas en el cabello y una sonrisa boba en el rostro.

La compañera de piso que Marina detestaba. Se parecía a Safira, de aquella noche en Londres, e inmediatamente recordé a la chica diciéndome que mi vida cambiaría.

Ah, si ella supiera sobre mi empleada…

—El portero avisó que buscabas a Marina, ¿no? Está metida en el cuarto todo el día. Si quieres pasar… —dijo sin molestarse en saludarme, encogiéndose de hombros y dejando la puerta abierta.

Era increíble. La mujer autorizaba a alguien a entrar por Marina sin siquiera avisarle o comprobar si estaba bien, aunque estuviera encerrada toda la mañana. Sin contar la falta de seguridad en el edificio, que carecía de cámaras o de otras personas además del viejito sentado en la portería de forma precaria, en una mesa y silla para vigilar el entrar y salir de personas, apenas llamando la atención cuando pasé.

—¿Dónde está?

—La puerta cerrada al final del pasillo —señaló mientras se sentaba en el sofá, distraída con su propio móvil, como si la presencia de un hombre extraño no fuera importante.

Caminé por el corto pasillo, dándome cuenta de que la descripción que Marina me dio un día, la de un apartamento viejo con dos habitaciones y necesitando urgentemente reformas, era bastante precisa. Todo lo que podía espiar por las puertas abiertas confirmaba eso: la loza azul del baño, los armarios de aglomerado de la cocina con un calentador jurásico en una de las paredes, el parquet desgastado que ya había pasado su punto de renovación.

—¿Marina? —pregunté suavemente mientras golpeaba la puerta.

—¡Suzana, realmente no estoy bien! —refunfuñó desde dentro.

—No es Suzana —intenté una vez más y empujé la puerta, sorprendiéndome al darme cuenta de que estaba sin llave.

La habitación era pequeña, con una cama que ocupaba todo el espacio, un armario apretado en una de las esquinas, una televisión colgada en la pared y una puerta entreabierta con luz blanca que parecía otro ambiente, tal vez un baño. Marina me miró sorprendida al reconocerme, saltando en la cama para gemir enseguida, acercando las rodillas al pecho de vuelta al colchón.

—Ricardo, ¿qué haces aquí?

—Ah… —Una vez más me dejó sin mi pensamiento rápido, intentando buscar una buena excusa. Parecía una idea tonta venir hasta aquí. ¿Qué iba a hacer? ¿Desenmascararla por una enfermedad falsa? —Recibí tu correo avisando que no te encontrabas bien y decidí pasar a verte. Hoy era un día importante y, después de lo que pasó…

—Pero estaba trabajando desde casa, respondí algunos correos, ¿no lo viste? Es solo un día complicado. ¿Es algo urgente? ¿Ha habido algún problema con el proyecto?

—En realidad, estaba preocupado por ti, no por el trabajo —se me escapó. Podía estar mintiendo o pasándolo mal sola en una ciudad extraña, y no me quedaría tranquilo hasta descubrir la verdad. — ¿Necesitas algo?

Me quedé allí, de pie junto a la cama, sosteniendo la bolsa e incómodo en esa habitación minúscula. Marina parecía más frágil de

lo habitual, pequeña, con un pijama holgado y el rostro contraído de dolor, pálida. Sus ojos verdes parecían mucho más grandes de lo que realmente eran.

—Maldición… Es muy vergonzoso —se llevó las manos al rostro—. Estoy medicada, solo siento dolor. Necesito esperar a que pase.

—¿Pero necesitas ir al médico? Tengo el coche si quieres que te lleve.

—Es endometriosis —movió la cabeza en negación—. Me vino la regla y el dolor está diez veces peor: dolor de cabeza, de cuerpo… ni siquiera puedo caminar bien. Esta mañana estaba fatal. El medicamento está haciendo efecto, pero no puedo moverme sin gemir.

—Ah… —dije un poco incómodo, sin entender del todo. —¿Y no tiene tratamiento?

—Sí, pero no me sirvió mucho. Estoy acostumbrada y no pasa todos los meses. Llevo trabajando contigo tres meses y es la primera vez, ¿no?

—Te traje sopa —levanté la mano de forma torpe, sin saber muy bien cómo responder. No sabía ser amable, ni cómo tratar con una mujer durante la menstruación. —Pensé que ayudaría con un resfriado. Y chocolate… ya que te gustan tanto los dulces.

—Ah… qué detalle. Gracias. Es la primera crisis que tengo viviendo sola, y saber que te importó… ¡Gracias! —Me sonrió y esa expresión brillante me alegró el día.

De repente se congeló, con una expresión desconfiada. —Espera… viniste a comprobarlo, ¿no?

—¿Comprobar qué?

—¡Que no estaba mintiendo! —replicó, irritada, haciendo una mueca de dolor por el movimiento—. Te dije que estaba todo bien el viernes. No tenía nada que ver con eso. ¡Hasta comimos pastel juntos! ¿Te comiste el pastel?

—Me lo comí y estaba bueno —respondí, y eso hizo que la sonrisa volviera a su rostro—. Pero de verdad, no sabía qué pensar.

Apareciste y no podía perderte. Eres esencial para el proyecto.

—No voy a renunciar. Necesito mudarme y, sin recibo de sueldo, es difícil; ya te lo expliqué.

—¿Solo por eso?

—Me gusta el trabajo. Ya dije que lo mejor es fingir que no pasó nada.

—Pero…

—¿Y si vuelve a pasar? —preguntó, reflejando lo que yo pensaba desde el viernes.

—Tal vez si lo acordamos…

—No… —me cortó—. No quiero ir por ese camino, como un libro de romance cliché. Somos adultos y podemos resolver esto como adultos.

—¿Volviendo a tener sexo sin hacer un gran drama al respecto? —pregunté, esperanzado.

—Manteniendo el profesionalismo. Ahora dame ese chocolate… No sabes cuánto lo estaba deseando —extendió la mano y le entregué la bolsa, aún sin saber bien qué hacer, allí de pie e incómodo. Odiaba cómo esa mujer me desconcertaba. —Ven, siéntate aquí.

—No, creo que es mejor…

—No es una pregunta. Siéntate aquí —repitió, y como un perro obediente, me senté a su lado en el colchón matrimonial, quitándome los zapatos rápidamente antes de acomodarme a su lado, sintiéndome increíblemente fuera de lugar con mi traje.

—¿Qué necesitas?

—Vamos a ver un episodio de The Office y compartir esta sopa. El chocolate es solo mío.

—Estamos en medio del horario laboral, Marina.

—Y tú estás aquí en lugar de trabajar. Eso rara vez pasa y voy a aprovechar para que lo hagas un poquito —respondió con una

sonrisa, tomando el mando de la televisión como si su autoridad fuera absoluta.

—Esa es tu manera "adulta" de resolver las cosas —provoqué.

—The Office es muy adulto. Solo los adultos se quejan del trabajo —continuó con la misma sonrisa boba y me dejé estar, disfrutando del silencio entre nosotros.

No sabía por qué, pero me encontré allí, dejándome estar en calcetines, la camisa medio desabrochada, a una distancia respetable de Marina, solo viendo la televisión como si no tuviera nada más que hacer. Aguanté cinco episodios seguidos y solo me levanté cuando noté que Marina se había quedado dormida, quizás por la sopa, el dulce y los analgésicos.

No quería gustarme tanto estar allí solo observándola.

CAPÍTULO 11

Marina

No vi cuándo se fue Ricardo, pero fue suficiente para escuchar una broma de Suzana sobre estar metida con un sugar daddy por tener a un hombre de traje y cabellos blancos buscándome. Primero, Ricardo no estaba canoso, solo tenía algunos cabellos grises aquí y allá que mostraban que estaba cerca de los cuarenta, y segundo, estaba demasiado musculoso para parecer un anciano buscando una sugar baby.

No es que la idea de que él fuera mi daddy y yo la baby no fuera tentadora.

Maldición… debería dejar de pensar en eso.

Los medicamentos hicieron efecto y estaba yendo a DataLogic para asumir mi papel en la gestión del contrato de PetroBrasil. Por los correos, todo parecía funcionar perfectamente y estábamos listos para la segunda etapa del proyecto.

Pero Ricardo… bueno, ese era un tema más delicado.

Se había comido el pastel de chocolate. Y fue increíblemente dulce aparecer con sopa y chocolate para ver algunos episodios de The Office. Incluso tenía ibuprofeno por si lo necesitaba.

Eso no encajaba con la capa de jefe infernal que le gustaba mantener. Parecía que Ricardo Varela tenía grietas en su armadura. No es que ya lo supiera cuando terminé semidesnuda con él sobre la mesa de la sala de reuniones, pero una cosa era el sexo y otra, la consideración.

Todo el mundo comentaba sobre hombres divertidos; broma tras broma, terminabas desnuda en algún momento. Pero, para mí, había un atractivo en el hombre malhumorado, de esos gruñones y llenos

de voluntades, que convertía a algunas mujeres como yo en una misión para ser las "graciositas".

Una sonrisa era como ganar el mundo.

Y también estaba la parte de quedarse desnuda.

Ricardo actuaba de manera diferente conmigo. Vanessa dijo que otros empleados comentaban que dormíamos juntos. Creía que era pura invención, pero después de la noche que pasamos en la oficina, empezaba a sospechar que había algo que no estaba viendo sobre mi jefe y que ellos sí, lo notaban.

Estaba esperando el ascensor por la mañana, muy temprano, cuando Vanessa apareció a mi lado con una sonrisa en el rostro para preguntar:

—¡Hola! ¿Estás bien? Tu jefe te estaba buscando ayer —comentó en voz baja, apretándose contra mí como si temiera que las otras personas en el ascensor nos escucharan—. Parecía un poco amenazador y te envié un mensaje, pero no me respondiste.

—Estaba mal. Le avisé, pero quizás no lo vio. Logró hablar conmigo al final de la tarde y todo estuvo bien —comenté, ocultando a propósito que ese "hablar" involucró a ese hombre enorme acostado en mi colchón durante una maratón de The Office.

—Es exigente, ¿no? Deben tener reglas para combatir el burnout. No parece alguien preocupado por la salud de nadie. ¿Fue eso, verdad? ¿Estrés?

—Vanessa, ¿ya has tenido burnout? No es la primera vez que lo sugieres.

—Leí sobre ello en LinkedIn, parece una buena recomendación en esa cosa empresarial que tú y tu jefe estáis haciendo.

—No fue —la corregí—. Tengo endometriosis y estaba en medio de una crisis ayer, pero ahora todo está bien.

—¡Ah, qué horrible! Leí que es muy difícil por el dolor y el ciclo enloquecido, eso en un perfil de Instagram —Vanessa me hizo sonreír de medio lado—. ¿Tomas algo?

—Tengo mis medicamentos. Tanto que hoy estoy aquí como si nada hubiera pasado.

—¡Sí! Y puedes. Me dijeron que te quedaste hasta tarde el viernes. Y todavía tuvimos esa fiesta… Es como si nunca dejáramos de trabajar.

—La gente habla demasiado —repliqué, un poco más tensa de lo normal, porque no me gustaría detallar nada de lo que pasó en la sala de reuniones mientras esperábamos que el sistema entrara en funcionamiento.

—Los chismes en el trabajo son casi un deporte, ¿no? —explicó—. Ayer una chica de mi equipo almorzó con un chico del equipo de Gerardo que dijo que todos ustedes salieron de aquí casi a medianoche —continuó con indignación—. Espero que paguen esas horas extra.

—Yo también lo espero —respondí más como una excusa cuando la puerta del ascensor se abrió en nuestro piso, ambas murmurando un permiso para llegar a la puerta—. Pero ahora debe estar tranquilo. El proyecto fue entregado.

—¿Quieres almorzar hoy? Sé que las cosas estuvieron complicadas en las últimas semanas y ni siquiera quise preguntar. Solo te veía dentro de la oficina del jefe o corriendo de un lado a otro.

—Ahora me quedaré con el producto y Ricardo volverá a la prospección.

—Qué bien. Aunque las cosas estén agitadas, Cibele respeta mi horario; es una jefa mejor, menos exigente.

—Pero no cierra tantos contratos y Dios sabe que todo dinero que entra es bueno —quise defender a Ricardo, lo que atrajo la atención de Vanessa, haciéndome encoger de hombros incómoda. Nadie en su sano juicio defendía mucho al jefe, aunque fuera atractivo—. Pero sí… espero que no me meta en proyectos nuevos y me deje descansar un poco. La endometriosis también empeora con el estrés.

Vanessa se sentó en su escritorio y yo seguí hacia el mío, confirmando la invitación para el almuerzo antes de alejarme. Tan pronto como me senté, Ricardo abrió la puerta de su propia oficina de repente, apoyándose en el marco.

A veces pensaba que él dormía allí dentro y me esperaba sentarme en mi escritorio para aparecer como el meme de Gretchen detrás de la cortina. No importaba la hora a la que llegara, Ricardo Varela siempre estaba en la oficina.

—¡Ricardo, qué susto! —exclamé con la mano en el pecho, revisando las cosas en mi escritorio por miedo a haber dejado algo caer.

—Llegas tarde —declaró al mismo tiempo que miraba el reloj en su muñeca.

—No llego tarde, empiezo a trabajar oficialmente a las nueve.

—Bueno, tenemos una reunión ahora. Exactamente a las nueve —declaró con urgencia, reapareciendo el jefe impaciente al que estaba acostumbrada, en lugar del tipo agradable que me confundía los últimos días.

—¿La tenemos? —lo miré confundida y desbloqueé la pantalla de mi móvil para verificar la agenda, porque estaba segura de que no había nada programado. Lo recordaría o alguien como Vanda me lo recordaría… Maldición, tenía razón—. No… no… ¿sí…? ¿Cuándo se programó esta reunión?

—Hace media hora —se encogió de hombros como si no fuera gran cosa programar algo tan de último momento y aún tratar de reclamar mi retraso. No vivía al lado del trabajo como él—. Alessandra Mota, nuestro contacto de la petrolera, va a Colombia por trabajo, pero quería una reunión. Fue lo que pude negociar. Carlos es su jefe, pero aún así ella tenía asuntos que no podían esperar.

—No tengo forma de adivinar… —murmuré para mí, pensando en lo necesario para que eso sucediera. Había hablado con Alessandra algunas veces durante el proyecto, pero nunca la había visto. —¿Ella viene aquí?

—Videollamada.

—Hum… voy a preparar la sala.

—Dijo que tenía algunas preguntas de los usuarios para corregir en el próximo paquete de backlog. Debemos apresurarnos a resolverlo esta misma semana y tú necesitas garantizarlo.

—Muy bien… —continué tratando de equilibrar mi ordenador y la libreta, un poco tensa por entrar a la sala de reuniones.

Maldición, estaba nerviosa.

Ricardo acompañó mi movimiento con una sonrisa torcida y arrancó el ordenador de mis manos, dándome la posibilidad de arreglarme. Joder, esa sonrisa me hacía cosas. Él era un hombre experimentado y yo una analista junior que no dejaba de pensar en la posibilidad de haber tirado mi carrera por la ventana al acostarme con el jefe.

El problema era que, a pesar de continuar siendo lo que siempre fue, medio gruñón y burlón, el jefe exigente del primer día, ahora yo veía más en él que antes. Podría protagonizar un episodio completo de Casos de Familia por tener deseo por mi jefe atractivo e ignorar sus defectos.

Aproveché que Ricardo tomó mis cosas y me dirigí a la sala de reuniones para encender todos los equipos y preparar todo lo necesario, pues sabía que una vez más haríamos un acceso remoto a la aplicación para probar los errores y encontrar soluciones. Era bueno distraerme en lugar de pensar que la semana anterior, Ricardo me estaba follando sobre esa superficie mientras yo gemía por el orgasmo abrumador que me dio.

¿Habría encontrado el personal de limpieza algo que yo no recordaba?

¿Me llevé mis bragas, no?

El ruido de la puerta me sacó de mis pensamientos. Ricardo entró en la sala justo después con mi libreta y ordenador en las manos, y para mi sorpresa, dio espacio para que una mujer entrara. Tenía un movimiento elegante al caminar. Hermosa, clásica, delgada, alta,

rubia y exhalando un estatus que jamás tendría. Ella y Ricardo parecían del mismo lugar, al igual que Cibele.

Sentí celos por no ser ninguna de esas cosas, porque incluso si quisiera, nunca lo sería. La mujer lo saludó con una sonrisa educada, su mano demorándose en su brazo más de lo necesario mientras parecían tener una breve conversación en la puerta que yo no podía escuchar.

—Alessandra estaba cerca y decidió venir personalmente, aunque tenga la agenda apretada —anunció Ricardo y señaló el lugar para la mujer, que se sentó frente a mí en la mesa alargada de la sala de reuniones—. Esta es Marina Cárdenas, quien está a cargo del proyecto.

—Es un placer —extendí la mano y ella movió la cabeza sin responder a mi saludo, sin hacer ningún esfuerzo por tocarme. ¡Genial!

Tomé la libreta y el ordenador, abriéndolos para ocupar mis manos, dejando que Ricardo condujera, ya que claramente Alessandra no estaba en absoluto interesada en mí. Muy bien, estaba sintiendo cómo crecía la antipatía.

—Siempre es bueno pasar tiempo contigo, Ricardo. Casi nunca logramos vernos —continuó la tal Alessandra.

—Alessandra y yo estudiamos juntos —interrumpió Ricardo, mirándome cuando la mujer no hacía ningún esfuerzo por aclarar por qué parecía tan cercana.

—Ah…

—¡No sabía que eras tan joven, Marina! —exclamó de una manera que no podía ser buena señal—. Envié algunos correos ayer después de la entrega de la aplicación. ¿Analizaron alguna de las informaciones?

Intenté responder, pero noté que Alessandra no estaba muy contenta con mi presencia allí, dejando que mi voz muriera cuando Ricardo asumió. Él estaba al tanto de los mensajes y de mi intercambio de correos con el equipo de Gerardo, incluso desde

casa. El comportamiento continuó en los minutos siguientes y la mujer siguió dirigiendo todas las preguntas a él, como si yo no estuviera en la sala.

Al final de la reunión, estaba irritada y con una pizca de celos, viendo la conversación entre los dos como si yo ni siquiera existiera. Estudiamos juntos. Siempre es bueno pasar tiempo contigo. ¡Qué fastidio!

Ricardo era conocido como un jefe déspota y un tiburón en los negocios, pero aparentemente esa mujer tenía muchos elogios para él. Maldición, le pedí que olvidara lo que pasó en esa sala de reuniones y allí estaba yo, rumiando la presencia de otra mujer que claramente estaba coqueteando con mi jefe.

Pero no fue ella a quien él se folló sobre esa mesa, pesada.

Veinte minutos después de comenzar, Alessandra miró el reloj en su muñeca anunciando que debía irse, o de lo contrario perdería el vuelo. La saludé con la cabeza, sin siquiera molestarme en decir algo. Ella no quería y yo ya no estaba de humor. En cambio, anoté lo máximo que hablamos allí dentro, consciente de que debía perder esa antipatía, pues Alessandra Mota tenía un papel importante en PetroBrasil.

Pero mientras no fuera necesario, quería ser un poco infantil e ignorar a la rubia que me dejó celosa.

Ricardo salió de la sala acompañándola hasta el ascensor y yo solo los miré hasta que desaparecieron de mi vista. Recogí mis cosas, apagué todo y volví a mi escritorio, irritada con Ricardo y su "amiguita rubia". Maldición de sexo bueno en la sala de reuniones; de jefe malhumorado que me daba buenos orgasmos; de mi falta de fuerza para aceptar las decisiones que tomé cuando ya estaba una vez más loca por sentarme encima de mi jefe.

—Ay, qué maldición —refunfuñé tan bajo, incapaz de contenerme, que quizás pareciera más una respiración irritada que cualquier otra cosa.

No podía entender una sola palabra en mi pantalla y solo pensaba en la cara de la lambiscona ignorándome. Ricardo apareció a mi lado

exactamente en ese momento con una mirada curiosa.

—¿Todo bien?

—Todo —respondí y puse una sonrisa falsa en mis labios—. ¿Necesitas algo?

—¿Está todo bien de verdad? Sé que te tomé por sorpresa, pero tenías una expresión muy extraña allí dentro —señaló hacia la sala de reuniones para aclarar.

—Ricardo…

—¿Qué pasa?

—Ella me estaba ignorando, ¿te diste cuenta? —pregunté de repente—. Mientras tú… ella no paraba de elogiarte. Fue todo un show. Creo que ella quería verte a ti, no hablar del proyecto.

Ricardo se congeló durante dos segundos, agachándose a mi lado como si fuera a señalar algo en mi ordenador, la pantalla brillante mostrando mi agenda de trabajo cuando murmuró en mi oído en un tono provocador:

—Celosa.

—¡Claro que no! —respondí demasiado rápido, sabiendo que claro que lo estaba. La reacción solo hizo que Ricardo abriera otra sonrisa torcida—. No tiene nada que ver.

—¿Ni siquiera con lo que no quieres discutir? ¿Lo que pediste olvidar?

—¡Si es para olvidar, no es para que lo recuerdes! —refunfuñé, intentando controlar mi tono por miedo a llamar la atención de los otros empleados—. ¡Esto no puede continuar! Incluso cuando haces ese show… justo en esa sala. —Mi voz fue muriendo conforme hablaba.

Tenía miedo de que me escucharan, pero estaba demasiado irritada para no hablar, sobre todo con esa sonrisita presumida que Ricardo tenía en los labios. Movió la cabeza como si aceptara mi comentario y se enderezó, aún analizándome con la mirada, y decretó:

—Entonces sí son celos.

Se dio la vuelta hacia su propia sala y caminó tan lentamente que logré notar que estaba silbando, encerrándose una vez más. ¿Qué locura era esa? Creo que nunca había visto a ese hombre de tan buen humor como en ese momento.

CAPÍTULO 12

Marina

Después de la reunión con Alessandra, seguimos caminos diferentes.

A pesar de la provocación —y la preocupación— de Ricardo, nos convertimos en lo que estábamos destinados a ser. En una semana, apenas vi a mi jefe, que se dedicaba a otras cosas. Me arrastró a una reunión de tecnología y me copió en decenas de correos para que organizara procesos, cronogramas o hablara con los involucrados, pero eso era todo. Como una presencia.

Los dos juntos, como antes, almorzando, compartiendo la oficina y corriendo de un lado a otro, terminó de repente, un corte seco. No era necesario, y Ricardo ya trabajaba en una nueva prospección.

Yo entraba y salía en mi horario, sin tantas demandas enloquecedoras, aunque la entrega del producto hubiera ocurrido pocos días antes y estuviera manejando un paquete de actualizaciones. Finalmente podía usar el tiempo para mí, aprovechar las horas extra para buscar apartamento y pasar algunos minutos en algo que me hiciera feliz. O al menos lo intentaba.

Todo en mi apartamento compartido me irritaba; la mesada desorganizada de la cocina parecía un reflejo de mi interior, apilada y llena de cosas que me desanimaban a arriesgarme a cocinar. Y cuando salía de casa para ver apartamentos, todo era viejo, caro o ambas cosas a la vez, quitándome la poca energía que tenía.

Y pensaba que podría empezar en el gimnasio.

Quería un abrazo, así que al final del viernes siguiente salí del trabajo con una mochila pequeña con lo esencial y, en lugar de aprovechar otro fin de semana en la ciudad, me dirigí a Rio das

Ostras. Tres horas de tráfico complicado después, llegué al centro de la ciudad y fui al restaurante de mis padres. Los viernes por la noche solían estar allí, ayudando hasta que el movimiento disminuyera. Dependiendo del momento de la temporada, eso era temprano o tarde, pero contaba con que aún los encontraría.

—¿Marina? ¿Qué haces aquí? —La primera voz que escuché fue de mi prima Fernanda, que saltó a mi cuello con un gran abrazo de oso tan pronto como me vio.

Fernanda era dos años más joven que yo y aún estaba en la universidad. Para complementar los ingresos, trabajaba con mis padres algunas semanas, de vez en cuando, si estaba desempleada. Por eso tenía tiempo cuando quería y me acompañó cuando fui contratada para buscar apartamento. Estaba haciendo una pasantía en Macaé poco antes de mudarme, pero el contrato terminó y Nanda estaba buscando trabajo una vez más.

—Vine a pasar el fin de semana. Tenía saudades de casa y pensé, ¿por qué no?

—¿Ella lo sabe? —preguntó, señalando con la cabeza hacia adentro. Mis padres aparecerían en cualquier momento porque les gustaba circular por el salón del restaurante.

—Fue medio improvisado —conté con una sonrisa tímida.

—Tía se pondrá feliz, estaba hablando de ir a visitarte.

—Ella ni siquiera tiene dónde quedarse. Ese apartamento siempre es un caos, y hasta que consiga una casa nueva, es mejor que yo vaya a que ellos me visiten —dije suspirando, cansada solo de hablar de mi situación con Suzana—. ¿Mi mamá está en la cocina?

—Creo que sí. Tío está con los repartidores afuera, pero no la veo hace un rato.

Pasé entre las mesas con clientes hacia la puerta lateral de la cocina, dejando que Nanda continuara con los atendimientos. Para un viernes fuera del período de vacaciones, el lugar estaba bastante lleno.

El restaurante de mis padres era un éxito, sirviendo platos con pescado que alimentaban bien y muy sabrosos. Al principio, era solo mi madre cocinando, pero después de contar con empleados, podía darse el lujo de solo ayudar y volver a casa a descansar.

Me preocupaba cada vez más por ellos, ya que tenía planes de permanecer en Río de Janeiro, pero mi madre siempre me recordaba que decidieron irse para tener calidad de vida, y allí era feliz con sus paseos matutinos en la playa y la vida más tranquila que en la Baixada Fluminense.

—¡Marina! —exclamó mi madre al verme en la puerta de la cocina y corrió a abrazarme. Aún hablaba con ella y mi padre todas las semanas, pero las horas de trabajo me hacían poco disponible, y sabía que los dos morían de saudades de la hija única—. ¿Por qué no avisaste que venías? ¡No preparamos nada, necesitamos trabajar... y el salón está lleno!

—¡Hola, mamá! Lo siento. Solo quería verlos. Puedo ir a casa y hablamos más tarde. Solo quería hacer una visitita.

Miré al suelo y cambié los pies de lugar. Ella me analizó de cerca, sosteniendo mi rostro como si intentara leer allí lo que no estaba diciendo, ignorando completamente lo que sí decía. Mi madre y yo teníamos ese tipo de relación profunda en la que parecía sentir lo que pasaba por mi cabeza y corazón, aunque ni yo misma supiera explicarlo.

—¿Qué pasó, Marina?

Ese día comenzó tan temprano, con la idea de última hora de ir a Rio das Ostras y las responsabilidades del trabajo, que solo quería el abrazo de mi madre para desahogar la agonía que sentía desde el momento en que "me acosté" con Ricardo en la oficina. Tenía saudades de él. Y celos. Y sin saber qué hacer con mi vida. Pero quería todas las respuestas que sabía que no tendría.

—Solo… ¿puedes darme un abrazo?

—Eh… —dijo mientras me atraía hacia ella. Yo era pequeña, pero mi madre era aún más bajita. Estábamos allí, en medio de la cocina con tres empleadas yendo de un lado a otro, pero a ella no le

importaba interrumpir—. Claro que puedo. Y quiero saber qué te pasa…

—¿Puedo comer primero? Tengo mucha hambre. Vine directo del trabajo y sabes lo caras que son las cosas en el Graal.

—¡Claro! ¿Qué quieres? —No esperó mi respuesta e inmediatamente mi madre comenzó a poner comida frente a mí: pescado empanado, arroz, patatas fritas, ofreciendo incluso más de lo que podía comer.

Dejé mi mochila en el armario donde los empleados solían guardar sus cosas y volví a la cocina, revisando que mi cabello estuviera bien recogido y teniendo cuidado de no acercarme a la estufa ni a ninguna mesada para no interrumpir el proceso y la higiene del lugar.

Me senté con mi plato en una mesita de rincón, puesta allí estratégicamente para que mi madre descansara o hiciera algún bocadillo, y observé a la mujer que me dio a luz trabajar yendo de un lado a otro mientras me servía. Ella era una bola de energía que me conocía bien. Doña Marta no me presionaría para hablar. Pero de una forma u otra, conseguiría las respuestas que buscaba en mis ojos.

Mi padre apareció sin aliento unos minutos después, cuando ya tenía la boca llena, diciendo que Fernanda le había contado que yo estaba allí, me dio un beso en la frente y volvió afuera inmediatamente, mientras mi madre aún intentaba llenarme con más porciones de patatas fritas. Aparentemente el restaurante estaba más agitado de lo que percibía.

—Bueno —dijo mi madre cuando vio mi plato vacío y ofreció una lata de Coca-Cola antes de preguntar—: ¿Vas a contarme qué pasa? Te conozco y sé que algo pasó.

—Es solo…

—Vamos, Marina, ¿qué pasa? —repitió la pregunta con una sonrisa gentil.

—Conocí a alguien —murmuré para que nadie más a nuestro alrededor escuchara.

—¿Él te lastimó? —me interrumpió como la madre leona que era, preguntando con urgencia.

—No… En realidad no tenemos nada, pero yo… no sé si puedo detener lo que esté pasando. Sobre todo porque lo veo todos los días.

—Esto iba a pasar tarde o temprano —me miró con una mirada comprensiva, su voz mucho más afable ahora que sabía que no estaba en peligro—. Parece que te confundió toda la cabecita. ¿Qué quieres hacer, pensarlo?

—Quiero pasar unas horas con mis padres, quizás disfrutar de una playa en algún momento y volver a Río para enfrentar mis sentimientos el lunes.

—¿Es del trabajo o de tu edificio? Solo así para verlo todos los días.

—Es del trabajo.

—Hum —refunfuñó al darse cuenta de que no diría mucho más—. Pero ustedes dos… —intentó, dejando morir las palabras.

—Sí. Y le dije que era mejor olvidarlo, porque necesito preocuparme por mi trabajo —suspiros frustrada—. Pero verlo todos los días… me dio celos de una clienta, ¿sabes?

—Es peor de lo que imaginaba.

—Lo sé… siempre quise ser la chica que solo se preocupa por su carrera, pero me gusta mucho. Solo que las cosas pueden complicarse.

—Marina, te conozco. Si estás así, es porque fue mucho más que solo una "cosita". Siempre quisimos una familia grande y fuimos nosotros quienes te empujamos a un diploma y una carrera corporativa. Eras feliz aquí haciendo dulces.

—No me estoy quejando.

—Lo sé. Pero es solo para dejar claro que quizás esa sea la razón por la que no puedes concentrarte tanto en el trabajo. Tienes mucho

corazón, ¿sabes?

—¡Mamá! —exclamé avergonzada.

—¿Qué? Sufriste con tus noviecitos.

—Él no tiene nada que ver con los noviecitos, ¿sabes? Es… mayor.

—Y te está confundiendo —mi madre intentó sin saber bien qué decir—. ¿Quieres un dulce? No son tan buenos como los tuyos, pero pueden ayudarte.

—¡Basta! —me reí y puse la mano en el estómago, sintiendo que iba a explotar—. ¡Gracias, mamá! De verdad. Solo estar aquí… ya me ayuda.

—Podemos ayudarte.

—Lo sé. Pero hay cosas que necesito hacer sola. Descubrir sola —reforzé y recibí una mirada profunda de mi madre. Amaba cómo doña Marta y su Osvaldo harían cualquier cosa por mí, incluso dejarme cometer mis propias tonterías sin meterse.

—Muy bien —declaró—. Ahora necesito trabajar. Si quieres ir a casa a descansar, hablamos más tarde; ¡esto aquí es una locura!

* * *

Dormí, pasé tiempo con mis padres, caminé por la playa y ayudé en el restaurante. El domingo por la tarde tomé el autobús a Río con la energía renovada. Tenía muchas opciones, a diferencia de lo que pensaba cuando cogí mi pequeña mochila en la estación. El abrazo de mamá siempre tenía ese efecto.

Ni siquiera Suzana pudo estropearme el humor.

Tenía un plan. Parecía una locura, pero quería arriesgarme. Tenía veintipocos años, ninguna certeza sobre si quería seguir o no una carrera en ingeniería, un hogar con mis padres y, finalmente, había pasado el período de tres meses del depósito con Suzana. A juzgar por la forma en que Ricardo hablaba y me miraba, quizás aceptaría mi estúpido plan que nos ayudaría a superar aquello. Él mismo había sugerido algo así. Nadie se enamora del jefe para siempre, ¿verdad?

Comencé mi vida sexual a los dieciséis, y aunque tuve novios que no me gustaron lo suficiente como para durar, disfrutaba de la intimidad y las caricias. Mudándome de casa, pude comprar mi primer vibrador, porque me moría de miedo de que mi madre lo encontrara y dijera algo.

Era una pervertida avergonzada.

Con Ricardo las cosas fueron a otro nivel. Nunca me había sentido así: adorada en cada parte de mi cuerpo, con un orgasmo que me absorbía por completo y me dejaba rogando por más. La manera en que mi jefe me hacía sentir ya no tenía vuelta atrás. O rompía el vibrador, o hacía un acuerdo con Ricardo; no dejaba de pensar en él. Y en lo que podríamos volver a hacer.

Nosotros dos, sin nadie más en medio.

Solo un acuerdo entre compañeros de trabajo y de cama, para que en DataLogic nadie sospechara lo que hacíamos fuera de la oficina. Esa era la otra regla: nada de arriesgarnos allí nuevamente. En las horas dentro del autobús, pensando cada detalle, todo tenía mucho sentido. Un beneficio mutuo muy, pero muy placentero.

El problema era que yo seguía siendo una pervertida tímida y avergonzada.

Entonces, temprano, Ricardo me dio los buenos días, comentó mi buen humor y se encerró en su oficina. Empecé a revisar los pendientes del proyecto y salí a almorzar con Vanessa, dándome cuenta de que estaba evadiendo. Tomé decisiones, pero no las comuniqué. Así que comí un postre italiano con café en la pastelería cerca del trabajo para coger valor, subí al piso de DataLogic y llamé a la puerta de mi jefe:

—¿Tienes un minuto? —pregunté cuando levantó la vista.

—Claro, acabo de volver de comer. Tengo algunas reuniones, pero nada en los próximos… —miró el reloj del móvil— veinte minutos.

Ricardo seguía igual. El cabello, ahora algo más largo y salvaje, la misma presencia imponente con traje y corbata incluso con el calor carioca. Merecía un TikTok en cámara lenta. ¿Cómo podía imaginar

que sería indiferente a él cuando ni siquiera podía dejar de mirar ese abdomen?

—Eh… quería hablar contigo —dije, cerrando la puerta y desoyendo el gesto de Ricardo de que me sentara frente a él, mientras caminaba hacia el lado de su silla, obligándolo a levantar la cara hacia mí—. Sé que estoy siendo atrevida y que todo lo que pasó… es personal, pero si no lo digo ahora, quizás pierda el valor.

—¿Qué? —Se levantó, intentando captar mis palabras, mientras yo casi susurraba. Como dije, tímida y pervertida.

—He estado pensando y creo que deberíamos probar tu opción en lugar del profesionalismo —continué, aprovechando que estaba en mi línea de visión y mirándolo de cerca como raramente hacía.

El rostro de Ricardo cambió en un segundo, como si necesitara recordar de qué acuerdo y profesionalismo hablábamos. Vi el momento en que recordó nuestra conversación, se tocó el cuello de la camisa y se pasó la mano por la cara, desconcertado, respondiendo con una voz ronca, muy diferente de la cordial con la que me había saludado al entrar:

—Son las dos de la tarde y decides decirme esto así, de repente?

—Pasé el fin de semana con mis padres, hablé… solo… sé que es arriesgado, pero hay cosas que no puedo negar. Y cómo me sentí contigo fue distinto a todo. No hay una opción fácil para mí aquí dentro. Para resistirme, necesitaría renunciar a DataLogic.

Quedamos en silencio. Miré mis pies con vergüenza mientras Ricardo respiraba fuerte frente a mí. ¿Por qué era tan torpe? Los hombres solían ser más fáciles de leer en la adolescencia.

—Entonces, decidiste caer en la tentación —concluyó, aún inmóvil.

—Sí.

—Joder, Marina. ¡A estas horas! Tengo una reunión en quince minutos.

—¿Qué? —pregunté confusa.

—Hasta las siete con la polla dura, joder. Tengo dos reuniones por videollamada importantes —murmuró.

—¿Perdón? —pregunté, y él soltó una risa sin gracia cuando finalmente obtuve una reacción, nuestras miradas encontrándose en una complicidad tonta que echaba de menos.

—Vamos a mi casa después del trabajo.

—No estoy preparada… Ni siquiera tengo una braga decente.

—Vi tus bragas el otro día y no me quejé.

—Aún así…

—Vamos, mujer, quieres arriesgarte, pues arriesguémonos. Discutiremos las reglas del juego después, pero por el amor de Dios, deja de luchar —me cortó—. Ahora sal de aquí que necesito tiempo.

—¿Lo necesitas?

—No puedo concentrarme en el trabajo cuando todos mis pensamientos están pegados a mi polla —murmuró, suavizando el tono—. Hablamos más tarde.

Sonreí para él y conseguí que levantara suavemente la comisura del labio de forma provocadora. Las cosas cambiarían a partir de entonces.

CAPÍTULO 13

Marina

alí del trabajo a las siete de la tarde con Ricardo, solo nosotros dos en la oficina después de un día entero de trabajo. Esperamos, temiendo cualquier comentario. Cada uno fingía estar ocupado con sus tareas, como si no hubiéramos acordado salir juntos después de mi "invasión" al despacho de mi jefe.

A pesar de eso, seguía sintiéndome como si estuviera haciendo algo malo, casi deseando ser invisible para no provocar comentarios de algún espectador inesperado. Tuvimos suerte de que las cámaras no funcionaran aquel día. No quería darle otra oportunidad a la mala suerte.

El equipo de Cibele tenía un horario mucho más organizado que el resto del personal de la empresa, ya que no tenían entregas urgentes. Ricardo siempre estaba allí, como el primero en llegar y el último en irse. Por lo poco que había aprendido de él, el trabajo era casi como su casa, y solo algunos amigos y exsocios lograban sacarlo de DataLogic a una hora decente.

No sabía a qué hora entrenaba para tener ese abdomen definido si apenas dormía, comía bien y vivía estresado. Pero sabía que estaba ahí porque lo había tocado. Algunas personas parecen haber ganado la lotería genética.

No podía decir lo mismo del resto de la empresa. Los empleados que supervisaban los productos en tecnología o en el área de producto, como yo, solían quedarse después del horario cuando surgía algún error. Y eran esas personas las que temía que se convirtieran en espectadores de mi salida con mi jefe.

En lugar de la conversación trivial que solíamos intercambiar, él pasó junto a mí con un leve gesto de cabeza y yo lo seguí. Las manos se me crispaban de nervios y sentía las piernas como gelatina por la excitación cuando las puertas del ascensor se cerraron.

—Parece que va a llover mañana —murmuré.

Ricardo sonrió de medio lado, dejando escapar el aire por los labios en un sonido divertido, como si se burlara suavemente de mi comentario nervioso.

Miraba a todas partes, observando mi reflejo después de un día entero atrapada en mi falda y camisa formal, evitando la mirada del hombre a mi lado.

—Sí, puede ser.

—Es que ha estado haciendo calor, ¿no?

—Sí.

—No he traído paraguas…

—¡Marina, cálmate! —me interrumpió, girándose hacia mí justo cuando las puertas se abrieron en el aparcamiento. A esa hora, en la recepción vacía, un vigilante nocturno ya habría comenzado su turno y seguramente estaría observándonos por las cámaras—. ¿De verdad quieres esto?

—Estoy nerviosa.

—Vamos a pensar en esto como si te llevara a casa, ¿vale? —Suspiró largo y me indicó con la cabeza que pasara delante de él mientras buscaba el Audi—. Te llevo a casa si no quieres venir conmigo.

—No es eso…

—Cuando salgas de este edificio, quizá las cosas se vean distintas —dijo en voz baja, abriendo la puerta del coche y sentándose al volante mientras yo ocupaba el asiento del copiloto.

Cuando el coche arrancó, fue evidente que un peso se desprendía de mis hombros. Le tenía miedo a ese entorno y, al mismo tiempo, me daba cuenta de que durante todo el día había sido él quien mantuvo una especie de equilibrio frágil entre nosotros.

Como Ricardo vivía en el mismo barrio, el trayecto hasta el edificio moderno frente al mar fue corto. Aun así, se me hizo largo, cargado de expectativa. La primera vez fue inesperada, salvaje, ciega por el deseo reprimido que estalló entre los dos. Esto era distinto. Acordado. Racional. Un paso que quería dar, pero que parecía mucho más serio que el "error" de nuestro primer encuentro sexual.

Los grandes portones del complejo se abrieron para Ricardo y él aparcó en silencio, guiándome hacia los nuevos ascensores solo con gestos, las manos metidas en los bolsillos como si intentara no tocarme.

Entendía esa sensación.

Ricardo abrió la cerradura digital y me dejó pasar. Observé el apartamento, impresionada por la decoración. Seguro que era obra de un arquitecto y un decorador —más de uno, sin duda—. Un inmueble espacioso, con techos altos y un salón enorme con cocina americana al fondo, seguido de un pasillo lateral que debía de conducir a los dormitorios. Todo en tonos tierra, de efecto elegante y neutro, muy acorde con la personalidad de Ricardo.

Al frente, enormes ventanales daban a una terraza abierta al mar. Era una ventaja ser rico para poder permitirse ese tipo de privilegio.

Ricardo y yo éramos muy distintos.

—Es un apartamento precioso. Mucho más bonito que el mío, sin duda —comenté para llenar el silencio—. La decoración es preciosa.

—Quise implicarme esta vez y elegí la mayoría de las cosas. Con ayuda del arquitecto, claro, pero ya me entiendes —dijo con un tono casi tímido, como si le diera vergüenza admitir que quería un piso bonito aunque pudiera permitírselo—. Dijiste que no todos los apartamentos de la zona sur parecen un mausoleo construido hace cincuenta años.

—Un mausoleo del tamaño de una tumba de veinte metros cuadrados —me reí, incómoda—. Pero es lógico que el tuyo sea así. Tienes dinero para comprar algo de este tamaño.

—No me gusta cuando empiezas a hablar así.

—Pero es la verdad. Mira todo esto… este edificio. —Hice un gesto amplio con las manos—. Tú y yo somos completamente distintos. Empezando por el precio de esta comunidad. Maldición… El alquiler debe de ser una fortuna.

—El apartamento es mío. Lo compré, no está alquilado.

Nadie compra apartamentos así a menos que sea rico. Eso debía de costar millones, en plural.

—¿Lo ves?

—Pero yo no soy mi apartamento ni mi empresa. Tú lo sabes.

—Pobre niño rico —lo provoqué—. Eres un privilegiado. Muy poca gente sabe cuánto dinero hace falta para vivir en un sitio así. Y aún menos pisarán un edificio como este en toda su vida.

—¿Y tú lo sabes?

—¿Por convivir con gente como tú?

—Tengo más edad, como te encanta señalar —continuó, distante, analizándome desde el centro del salón—. Y tengo una empresa. No voy a disculparme por gastar mi dinero.

—No es eso lo que quiero decir. Es solo que hay tantas cosas que nos separan…

—Y muchas otras que nos atraen —respondió Ricardo enseguida, acercándose por fin a mí, dando el primer paso como un depredador hacia su presa. Al menos nuestra química nos unía.

—No he dicho que tu apartamento sea feo. Es precioso. Nadie lo va a negar —intenté rectificar.

—Es precioso, sí —comentó, con los ojos fijos en mí.

Me reí al darme cuenta de que no estaba hablando del inmueble.

Vaya comentario de donjuán.

—Es una frase tan cursi…

—¿Decir que eres preciosa? Para nada —replicó Ricardo, rodeándome la cintura y atrayéndome hacia él—. No sé explicarlo,

Marina, pero me atraes. Me atraes como un loco desde la primera vez, aunque quieras hacer una lista con todas nuestras diferencias.

Sus ojos oscuros parecían arder. El deseo, grabado en la expresión masculina de Ricardo, era crudo, sin intención de ocultarse. Lo sentí en el temblor de mis manos, en mi respiración acelerada. Ese hombre seguía afectándome. Quizá incluso más después del sexo en la sala de reuniones. Hablamos poco sobre nosotros dos, pero nuestros cuerpos estaban en sintonía, aunque fuera contra mi voluntad.

—Estoy contratada para eso. Para planificar y organizar…

—No estamos en el trabajo. Aquí no soy tu jefe.

—¿Entonces quién eres?

—Alguien que quiere adorar tu cuerpo y besar cada centímetro de tu piel hasta que olvides las tonterías que estás diciendo y entiendas que nuestra química es más fuerte que cualquiera de tus excusas.

—Otra frase cursi más. ¿En tu época eso funcionaba?

—¿En mi época? Mira, Marina, sinceramente…

—¿Has estado leyendo algún libro? Porque pareces el protago…

Ricardo perdió la paciencia y me hizo callar con un beso, hundiendo sus labios en los míos sin ninguna suavidad.

Y eso lo cambió todo.

Fue como si se rompiera una presa: el impacto de la sensación, la seriedad de su mirada, haciendo que la risa muriera en mi boca. Todo aquello era espera acumulada, construida con la lentitud de las horas… Maldición, de las semanas. Desde la primera vez que lo vi quedó claro para mí que, pese a todo lo que decían de él y a lo que él mostraba, me atraía mi jefe.

Ricardo alargó la mano para desabotonar mi camisa. Sería un milagro que, en medio de la euforia, todos los botones sobrevivieran. Hizo lo mismo con el sujetador, empujándome hacia el gran sofá gris y girándome para pegar mi espalda a su pecho. Sus labios recorrieron mi cuello y mi nuca mientras me ponía de rodillas

sin ceremonia, la falda subida a la cadera. Su mano descendió y me dio una palmada ligera que resonó en mi piel.

—Llevaba queriendo hacer esto desde que te vi con aquel mono. ¿Te importa?

No tuve fuerzas para responder; solo negué con la cabeza mientras su mano subía aún más la falda, dejando la prenda enrollada en mi cintura. Cerré los ojos, rendida a las sensaciones. Estaba completamente a merced de ese hombre.

—Guapa… —murmuró, bajando hasta hundir el rostro entre mis piernas, apartando la braguita a un lado y lamiéndome con hambre.

Así, sin más.

Entramos en el apartamento, me besó y, de pronto, estaba a cuatro patas sobre el sofá, con mi jefe lamiéndome y chupándome, sintiendo cómo me temblaban las piernas. Al parecer, alcanzaba el orgasmo con demasiada facilidad cuando estaba con él. Ya lo decía: los malhumorados son un peligro.

Solo podía gemir, notando cómo Ricardo me sujetaba por la cintura para mantenerme en esa posición, mientras con la otra mano me apretaba los muslos y, de vez en cuando, me daba otra palmada que me encendía aún más. Me aferré al respaldo del sofá, apoyando la frente en la tapicería. Estaba tan cerca de correrme que solo podía inclinarme más, esperando la descarga.

Ricardo se detuvo y me giré para mirarlo por primera vez. En la penumbra distinguí que respiraba tan acelerado como yo, el corazón golpeándole el pecho mientras se despojaba de la ropa y dejaba el sexo al descubierto, acariciándolo con descaro, como si quisiera exhibirse.

Lo supe por su sonrisa depredadora.

Me impresionó. Y también me intimidó su tamaño.

Quizá yo también tenía una sonrisa traviesa en los labios, aún abierta y rendida a Ricardo, estirada en el sofá como un gato, el pelo revuelto y los labios hinchados por los besos.

—Tengo tantas ganas de ti…

—¿Y qué estás esperando? Pensé que ibas a hacerme correr —refunfuñé, incapaz de frenar mi sinceridad. Estaba muy, muy cerca cuando se detuvo.

—Estás muy mona cuando te pones mandona —respondió, acercándose a mi espalda desnuda y pegándose a mí.

La erección rozó mi entrada y me moví contra él, buscando fricción hasta sentir el contacto donde más lo necesitaba. Se deslizó con facilidad, sujetándome en su sitio mientras me llenaba. De repente, Ricardo estaba en todas partes: la boca en mi cuello, las manos en mi pecho, el cuerpo empujando con firmeza, el calor de su respiración y el latido acelerado de nuestros corazones marcando el ritmo.

Era jodidamente bueno.

Intenté marcar el compás, necesitaba más rápido, más fuerte, más visceral, pero Ricardo decidió dirigir, sujetándome del pelo y penetrándome con profundidad, una y otra vez, hasta dejarme sin pensamiento, tan cerca del clímax que solo podía gemir y murmurar palabras inconexas.

—Me voy… Me voy… —avisé al sentir el fuego expandirse por mi cuerpo, los puntos negros bailando ante mis ojos. Presioné la frente contra el respaldo y grité. Grité de verdad, como si algo se rompiera dentro de mí, el cuerpo erizado y temblando por la intensidad.

Me deshice entre espasmos, intentando desplomarme, cuando Ricardo me sujetó con más fuerza por la cintura, moviéndose rápido y profundo, la respiración irregular de quien también está al límite. Con un último empuje ronco, se corrió, derramándose sobre mi espalda antes de dejar caer la frente en mi hombro.

Nuestros pechos subían y bajaban, el ritmo desbocado calmándose poco a poco. Sentí sus dedos recorrer mis brazos con suavidad, el agotamiento placentero tras lo ocurrido en apenas unos minutos. Alcé la cabeza y, aún atrapada entre sus brazos, hundí los dedos en su pelo oscuro, acariciándolo despacio. Él me besó la mejilla con delicadeza, como esperando mi reacción.

La primera vez habíamos estado hambrientos: rápido, a medias y a escondidas. Aquella segunda fue salvaje, como si intentáramos expulsar algo primitivo que exigía que Ricardo me tomara sin reservas. Tal vez algún día podríamos ser más lentos, más suaves, sin esa urgencia desesperada.

Quizá simplemente estar desnudos sin prisa.

Ricardo me arrastró hacia abajo y quedamos tumbados en el sofá, enredados, como si se resistiera a soltarme. Éramos solo nosotros dos en la penumbra. Decían que Ricardo era un jefe intimidante, pero allí, deshecho a mi lado, con los dedos recorriendo mi piel con pereza, no quedaba nada de eso.

—Tengo algunas reglas —dijo en voz baja, sin mirarme, sin dejar de acariciarme con una suavidad casi etérea—. Nunca, jamás, me acuesto con alguien del trabajo.

—¿Me estás despidiendo? —pregunté en tono ligero, casi en broma, porque dudaba que Ricardo hiciera algo así después de un orgasmo tan devastador.

—¡No! No te vas a ninguna parte.

—¿Entonces he roto tu regla?

—Con creces —continuó él y, como si no pudiera evitarlo, volvió a besarme el hombro—. En cuanto abrí la puerta y te vi sobre la mesa, te deseé. Fue un deseo carnal que daba miedo. Incluso con mis treinta y ocho años, joder… Eres tan joven, y nunca me había sentido así.

—Creo que fue la tentación de lo prohibido —sugerí.

—¿Cómo dices?

—Soy una mujer bastante normal. Pero tú lo sentiste y me miraste durante semanas, hasta la noche en que los dos estallamos.

—Tú eres distinta.

—No lo soy. Todas somos iguales. Esa tontería de "ser diferente a las demás" es agotadora. No tengo una vagina mágica ni nada por el estilo.

—Entonces rectifico —se rió—. Me obsesioné y no sabía qué hacer. Y después de aquella noche, cuando te fuiste y pediste que no habláramos de ello… Yo solo quería hablar de ello —rió, provocador—. Quería volver a estar dentro de ti en cuanto salí de aquella sala.

—Yo me sentí igual. No pude quitarme esa noche de la cabeza y, después de hoy… Funcionamos mejor en un colchón. Quiero decir… en un sofá.

—Lo sé. Ya no tengo edad para follar en el salón. Tendremos que ir al dormitorio.

—Y aun así ha estado muy bien. Y tú eres rico. Hasta tu salón es más cómodo… Ay, Dios, ¿cuánto costó este sofá? ¿Cinco mil euros? Ahora debe de tener lefa… —murmuré, preocupada, inclinándome para buscar alguna mancha en la tela.

—No me importa.

—Pues a mí sí. Eso son dos meses de mi alquiler, y aún sobra. ¿Has visto lo que cuesta limpiar un sofá? Hay vídeos en TikTok, es fascinante.

—No me importa, porque somos buenos juntos —me interrumpió, intentando cortar mi verborrea para esquivar la conversación importante—. Pero sigo siendo tu jefe y no sé qué vamos a hacer, Marina. De verdad. Aunque la empresa no tenga normas al respecto, un rumor mal contado puede destrozar mi nombre y tu carrera. Seremos el viejo cliché de gente follando en el trabajo.

—Técnicamente lo somos.

—No quiero que esto termine hoy. Necesitamos reglas.

—¿Qué tipo de reglas? —pregunté, girándome hacia él. Esa conversación merecía mirarnos a los ojos, aunque casi me cayera en el intento. La alfombra era igual de suave, en cualquier caso.

—En la oficina no cambia nada. No podemos parecer íntimos ni nada parecido.

—La gente no se fija tanto en nosotros. Tú eres solo mi jefe tirano.

—Y luego podemos volver aquí.

—¿Todos los días? La edad no te ha frenado tanto —lo provoqué.

—Qué graciosa —replicó, divertido—. Cuando los dos queramos. En los últimos años he trabajado más de lo que he follado. Es un hecho. Voy a aprovechar mis oportunidades.

—Entonces tú y yo seremos solo asuntos profesionales en DataLogic. Nada de eventos, nada de cenas, nada de nada, salvo que el trabajo lo exija. Vanessa comentó algo una vez y no quiero dar pie a nada, aunque nadie interfiera en lo que hacemos.

—Hace un momento dijiste que nadie presta atención.

—No a nuestro trabajo. Pero el cotilleo se huele, y no quiero alimentar rumores.

—Vale. ¿Quieres un plazo?

—¿De verdad tenemos que negociar ese detalle? —pregunté, confundida. No tenía ni idea de cuánto tardaría en desaparecer el deseo. En ese momento parecía imposible, envuelta aún en su calor.

—La mujer de los cronogramas y la burocracia eres tú. Si quieres un contrato como en esos libros… Tú estabas muy emocionada hace un rato.

—Ay, Dios… ¿Has leído Cincuenta sombras de Grey? ¿Tienes un cuarto rojo?

—No quiero saber por qué pareces tan interesada —se rió. Finalmente me soltó, se levantó completamente desnudo y, muy serio, se plantó con las manos en la cintura antes de continuar—. Te prometo que esto no tiene nada que ver con tu trabajo. Si te hace sentir más tranquila, podemos valorar trasladarte a otro equipo bajo Cibele. O incluso a otra sede.

—Estoy bien donde estoy. Esta semana ha demostrado que no vamos a coincidir mucho.

—Estoy captando nuevos clientes y tú estás en el proyecto. Puede que vuelva la locura de antes.

—Entonces seguimos con la regla de fingir —suspiré—. Creo que eso es todo.

—¿Y cómo vamos a vernos? Cuando queramos, lo sé. Pero ¿cómo?

—¿Aquí? Es cómodo.

—Desde luego mejor que el piso donde vives. Y sin olor a incienso.

—¡Idiota! —murmuré—. ¿Me prometes que no me perjudicarás cuando todo esto termine?

—Te prometo hacer lo que tú quieras. Un equipo nuevo, otro puesto. Tengo contactos si no quieres volver a mirarme.

—No es eso. Pero soy el eslabón débil, y lo sabes… —murmuré, evitando su mirada.

—Y por eso quiero darte una salida. He estado tan loco por ti todo este tiempo… Hasta la maldita reunión con Alessandra la pedí yo.

—Fuiste tú, ¿verdad? —pregunté con tono teatral. ¿Lo había planeado? ¿La charla, los roces, llamarme "celosa"?—. Sabía que aquello era una provocación.

—Su vuelo se retrasó y sugerí la reunión en el edificio solo para que la vieras. Fue estúpido, pero eficaz. Plantó la semilla que nos trajo hasta aquí —dijo, señalándonos a los dos—. Juego con las armas que tengo. No como tú, que hiciste una videollamada masturbándote…

—Ay, Dios. Lo oíste, ¿verdad? No quería preguntar…

—¿No fue a propósito? —preguntó, sorprendido.

—¡Claro que no! Mi pie… o mi culo, no sé. Algo tocó el móvil.

—Tengo una forma especial de agradecérselo, porque fue ahí cuando entendí que no podía escapar de ti —respondió, lleno de intención—. Entonces… ¿eso es todo? ¿Quieres algo más?

Me levanté, quitándome por fin la falda enrollada y me acerqué a él, buscando otro beso. Y la cama. Estaba gloriosamente desnuda y sin vergüenza, el pelo cayendo por la espalda, la mirada brillante de quien ha sido bien follada y está lista para más. Lo que tuviera que pasar, pasaría.

Sonreí, separando nuestros labios apenas un instante, deslizando las manos por sus hombros para abrazarlo y declarar:

—Tú.

CAPÍTULO 14

Ricardo

Me desperté y lo primero que hice fue extender la mano por las sábanas, buscando a Marina. Se había convertido en una costumbre demasiado rápido.

Habíamos mantenido el acuerdo tal como lo pactamos: profesionales en la oficina y amantes en mi apartamento, en nuestro pequeño mundo aparte. Yo era mayor, con muchas más historias a mis espaldas, pero me sentía como un chaval deslumbrado. Durante años había estado congelado, centrado únicamente en el trabajo, hasta que apareció ella. Quince años más joven, con una personalidad luminosa. Podría haber sido un desastre, pero encajaba en mi vida como si estuviera hecha para ocupar ese espacio.

Y eso era suficiente después de tantas incertidumbres. Tantas que fui capaz de trazar un plan idiota como invitar a Alessandra a DataLogic solo para provocar celos, en lugar de centrarme en un contrato millonario. El ermitaño, desde luego, no sabía ligar. Ese era el nivel de influencia que Marina Cárdenas empezaba a tener en mis decisiones.

Decidí no contárselo a Héctor, Guillermo y Murilo, pero notaban la diferencia. Soltaban estupideces para sonsacarme con quién me estaba acostando. Cada vez me costaba más no hablar de ella o de cualquier tontería nuestra. Todo el tiempo que antes no dedicaba a nadie, ahora lo pasaba con Marina en mi apartamento.

Me levanté y me estiré al ver que ya eran más de las nueve. Otro hábito nuevo. Entre semana me despertaba temprano, con Marina aún enredada a mi lado, e iba al gimnasio. Ella se levantaba después, o volvía a su casa, o se arreglaba allí mismo para coger el

metro, evitando que la llevara en coche y fingiendo que no había pasado la noche conmigo.

Era ridículo, pero no quería que nadie sospechara ni siquiera de su rutina matutina.

Entraba tan pronto en la oficina que decidió apuntarse a un gimnasio de barrio porque el mío era "demasiado caro" y ella no podía permitírselo. Yo lo habría pagado sin dudar, pero empezaba a entender que Marina era inquebrantable en ciertas cosas, como los regalos. Llevábamos ya dos meses con aquella dinámica y me estaba acostumbrando a sus pequeñas manías.

La dejaba hacer lo que quisiera. De verdad.

Era distinto —y reconfortante— tener a alguien tan alegre y ruidosa en mi vida cuando a mí siempre me habían gustado los silencios y las agendas perfectamente organizadas.

Como había previsto, pasamos semanas sin cruzarnos profesionalmente hasta que comenzó otra ronda de prospección con el software de Hamtech. Eso me dio varios días de viaje y muchas horas encerrado en despachos y reuniones, hasta que volví a involucrar a Marina en un proyecto. Pero algo era diferente. Como si yo mismo hubiera bajado el ritmo al final del día, sabiendo que ella estaría en mi cama.

Por eso cada vez me descubría haciendo cosas que no fueran trabajar. Me gustaba volver a casa. Me gustaba pasar la noche con Marina, dormir a su lado y sentirla expansiva en mi cama, revolcándose sobre mí como si necesitara tocarme constantemente. Era otra primera vez para mí. Había tenido relaciones, pero ninguna que me hiciera sentir tan cómodo con la idea de compartir espacio.

Yo quería volver a una casa donde estuviera Marina.

Ella estaba buscando apartamento, pero ninguno cerca del trabajo se ajustaba a su sueldo. Y sabía que rechazaría cualquier intento mío de ayudarla económicamente. Así que, de momento, disfrutaba de tenerla allí conmigo, porque Marina era demasiado lista como para no devolverme con ironía cualquier comentario sobre mis "privilegios financieros".

El olor dulce en el aire me confirmó que era sábado. En lugar de trabajar todo el fin de semana, terminaba cogiendo el día libre cuando Marina decidía quedarse. Cocinaba, veíamos algo de televisión —terminamos The Office en pocas semanas y ya íbamos por una maratón de Cómo conocí a vuestra madre— y a veces me dejaba mirando las paredes cuando decidía que era hora de irse a "explorar la ciudad".

Yo quería invitarme. Que me invitara. Pero nuestro acuerdo no lo permitía. Así que me despedía y volvía a mirar las paredes o a leer algún documento que había ignorado mientras ella estaba allí.

—Qué bien huele —comenté al entrar en la cocina y ver las sartenes apiladas.

A Marina le encantaba cocinar. Cada semana inventaba algo nuevo desde aquella primera vez en que me preguntó, tímida, si podía usar la cocina para prepararme el desayuno.

—¡Gracias!

Cortaba fresas con una concentración casi artística. ¿Estaba haciendo una flor? Cada semana me convencía más de que su verdadera vocación quizá no era la ingeniería, sino aquello. En la cocina parecía mucho menos tensa que cuando tenía que lidiar con DataLogic.

—¿Qué es?

—Tarta de fresa. Dime si está buena. He cambiado la receta de la crema y he hecho una cobertura distinta. La que encontré en internet tenía demasiado azúcar y quería probar otra cosa.

—¿Yo tenía todo esto en casa? —pregunté al ver la encimera llena de huevos, harina y fresas troceadas.

—Lo pedí por aplicación mientras dormías. Aquí no tienes nada. ¡Por eso comes siempre fuera!

—Está buenísima —aseguré, robando una cucharada de crema y ganándome una mirada de reproche—. Tienes talento, Marina. Y yo que pensaba que solo eras buena en el trabajo… Esto es increíble —añadí, cerrando los ojos al saborear otro bocado.

—Siempre me ha gustado cocinar. Es como arte.

—Me lo dijiste aquella vez. Deberías plantearte tomártelo en serio.

—Pero tengo un trabajo. Y, como tú mismo dices, también soy buena en él. No puedo con las dos cosas.

—No te ofendas —le pedí—, pero nunca te he visto tan feliz en DataLogic como ahora mismo. La cocina parece hacerte feliz.

—¿Tan mayor eres que piensas que el lugar de la mujer es la cocina? —me provocó.

Se balanceó contra mí y no pude resistirme: la giré para sentarla en la encimera, apartando las tartaletas y sin preocuparme por la harina.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté, más serio, acariciándole la cara.

Me devolvió una mirada suave con esos ojos verdes que me fascinaban. Descalza, con el pelo recogido en un moño improvisado, parecía absurdamente doméstica en mi cocina.

—El medicamento controló el dolor. Odio que estos cólicos aparezcan de la nada, incluso cuando no tengo la regla —se quejó—. Necesito buscar otra ginecóloga. En algún momento quiero probar otros tratamientos.

—No me gusta no poder hacer nada —murmuré—. He estado leyendo y es una enfermedad muy compleja. ¿Cómo es que no se habla más de esto?

—Porque es una enfermedad femenina —se encogió de hombros —. Mi ginecóloga me dijo que necesitaré tratamiento si quiero quedarme embarazada, y ahora mismo no es mi prioridad. Por eso no me pongo histérica cada vez que nos olvidamos del condón.

Me quedé en silencio un instante.

—No sé si quiero tener hijos… Nunca lo he pensado en serio. Cuando Murilo se casó, incluso consideré conocer a alguien, pero no era para mí. DataLogic es mi único bebé —sonreí—. Tú ni siquiera habrás pensado en eso, ¿no?

—¿En hijos? Rara vez.

—Pero ¿has buscado información sobre el tratamiento? ¿Estas cosas no requieren tiempo?

—Y dinero. Pero tengo 23 años y todavía puedo esperar y decidir si quiero tener hijos o no. Por ahora solo necesito seguir con el anticonceptivo para controlar algunos de los síntomas.

—Y sueles olvidarlo algunos días —respondí yo. De vez en cuando Marina comentaba que había olvidado alguna pastilla y que ignoraba la alarma del móvil.

—Pero no me voy a quedar embarazada, ¿verdad? —preguntó, mientras la sonrisa se desvanecía en sus labios—. ¿Es por tu padre?

—¿El qué?

—Siempre hablas de tu madre, pero ¿y tu padre?

—Nunca hubo un padre. Siempre fuimos mi madre y yo. Él… —dudé. Era difícil hablar de eso—. Era compañero de facultad de mi madre y, en cuanto ella dijo que estaba embarazada, empezó a desaparecer… y a desaparecer. No estuvo en el hospital cuando nací y apareció muy pocas veces. Mi madre dice que yo tenía un año la última vez que lo vio.

—Vaya… Mi padre siempre estuvo en mi vida. No sé imaginar cómo habría sido sin él.

—Mi abuelo me crio hasta los 18 años. Fue un golpe perder a mis abuelos, porque siempre estuvieron ahí y teníamos una buena situación, aunque mi madre trabajaba mucho. Me encanta que ahora se haya convertido en toda una señora pija de novela desde que se casó con Albert. Sé que se esforzó para que yo tuviera una buena educación.

—Suena increíble.

—Lo es —suspiró—. Pero un padre se echa de menos. Y pensar en tener hijos da un poco de miedo cuando yo tuve una figura paterna, pero no un padre.

—Puedes corregir sus errores.

—O cometerlos todos otra vez.

—En cualquier caso… Al paso que vas, vas a ser el abuelo de tus hijos cuando decidas tenerlos. Esas canas, Ricardo… —provocó, claramente intentando cambiar de tema. A pesar de que hablábamos de todo y de nada en mi apartamento, aquella fue una de las conversaciones más serias que tuvimos sobre el futuro. No me importaría tener hijos que se parecieran a Marina.

—Te encanta provocarme con mi edad, ¿eh? —me coloqué entre sus piernas, pasando el dedo por la nariz de Marina, notando que aún llevaba su ligero conjunto de dormir.

—Vanessa me dijo una vez que eso se llama "comeabuelos".

—¿Quiero saber lo que significa? —levanté una ceja, encontrando aquella palabra completamente absurda.

—Que le gusta la polla vieja.

—¡Por el amor de Dios…! ¡Tu sentido del humor! —la ignoré, bajando las manos por su brazo desnudo y los labios por su cuello al descubierto—. Tengo cosas mejores que hacer con tu boca que escuchar chistes idiotas.

Mis dedos se deslizaron por sus muslos, subiendo por las bragas hasta encontrar el coño que me volvía loco, acariciándolo lentamente y oyendo a Marina gemir bajito por lo sensible que estaba. Adoraba cada parte de aquel cuerpo, que me enloquecía con solo acercarme. El aroma, la textura, todo en ella me alteraba.

Le agarré un pecho, jugando con el pezón mientras el vaivén de mis dedos empezaba a hacer efecto en Marina. Me encantaba la forma un poco avergonzada en la que se corría, poniéndose roja y con la respiración acelerada entre gemidos contenidos. Una de mis misiones era hacerla gritar como aquel primer día y casi siempre lo conseguía.

Me arrodillé, queriendo más de Marina.

Aparté sus piernas hacia los lados, abriéndola aún más, y metí la lengua en su entrada, arrancándole un gemido ahogado con mi nombre, mientras mis dedos buscaban su clítoris. Marina se arqueó

hacia atrás, golpeando los armarios sin importarle, retorciéndose contra mi mano en busca de placer.

—Ricardo… —susurró mi nombre con urgencia, haciéndome apartarme de entre sus piernas cuando puso ambas manos en mi hombro y me empujó.

—Prometiste hacer algo con mi boca —declaró, descarada, y aprovechó mi vacilación para bajarse de la encimera con las piernas temblorosas y colocarse frente a mí. Las manos fueron directas a la cinturilla de mi pantalón corto y tiró de él hacia abajo de repente—. Te quiero.

—¿Tanto como para renunciar a tu orgasmo?

—Intenta controlarte y podremos hacerlo juntos —me instó mientras empezaba a besar mi piel, dejando un rastro húmedo hasta mi polla erecta—. ¿Estás contento de verme?

Me reí incluso con la polla tan dura que casi dolía. Solo ella podía arrancarme una carcajada en un momento así.

Mi cadera se movió por voluntad propia, haciéndola sonreír por el poder que tenía sobre mí antes de envolver la lengua alrededor de la punta y empezar a tragármela, lamiendo toda mi longitud como si tuviera todo el tiempo del mundo. No iba a aguantar, y ese era su juego. Marina iba a ganarme con una mamada.

Iba y venía, mi polla endureciéndose cada vez más hacia el orgasmo que me haría eyacular en aquella boca provocadora, cada vez más rápido, más profundo, rozando sus dientes con delicadeza y haciendo que se me erizara la nuca de placer. Le agarré el pelo, intentando mantenerla en su sitio, y recibí otra carcajada ahogada.

Aceleré las embestidas en su boca, sabiendo que iba demasiado rápido, pero incapaz de parar. Intenté apartarla cuando llegó el éxtasis, solo para sentir a Marina luchar por tragar cada gota hasta dejarme sin aliento.

—Rompiste tu promesa —dijo al levantarse, limpiándose la boca con descaro.

Avancé sobre ella sin rastro de humor, empujándola de nuevo contra la encimera y apartando el pijama para entrar en su coño de una vez, arrancándole una mirada sorprendida.

—¿Ya?

—Todavía no —la corregí, empezando a embestir con rapidez, agarrándole el culo con firmeza, entrando y saliendo hasta que empezó a gritar. Me encantaba ese sonido.

Marina se corrió, deshaciéndose en mis brazos, mientras yo golpeaba su cadera sin control, dejando marcas, empujando hasta que fue suficiente.

—¡Joder! —grité antes de caer sobre ella, los dos sobre la encimera cubierta de harina, aún con una risa tonta en los labios, tan relajado que podría haber salido volando.

El corazón me golpeaba el pecho, casi amenazando con salirse de las costillas, a pesar de todo el cardio que hacía por las mañanas. Los dedos de Marina apretaban mis hombros con posesión, respirando con dificultad mientras intentaba calmarse.

—¿Entiendes ahora lo de comeabuelos?

—Déjalo ya, Marina. Voy a tener que comerte otra vez para que te calles —respondí sin aliento, con una sonrisa ladeada.

—Es el azulito, ¿verdad? ¿Lo tomas como si fueran vitaminas?

—Eso que estás haciendo… ¿se estropea si se queda ahí? —intenté cambiar de tema.

—¿El qué?

—Las tartaletas.

—Eh… no. ¿Por qué?

—Porque necesito que te calles de verdad. Y esta vez completamente desnuda —repuse, echándomela al hombro y arrancándole una risa.

Dejó de reír cuando entró en el dormitorio.

En realidad, gritó.

Más de una vez.

CAPÍTULO 15

Ricardo

—¡Te veo en la oficina, jefe! —me saludó Marina en cuanto salí de la ducha para otro día de rutina, como si no hubiera pasado la noche conmigo.

Incluso tenía un maldito lado del armario para dejar de tirar la mochila por cualquier parte. Marina se quejaba del desorden de Suzana, pero ella también tenía su cuota de caos. De no ser por la asistenta que venía una vez por semana, habría transformado por completo mi apartamento con todas las cosas que iba dejando por ahí. El problema es que, al lado de su compañera de piso, parecía una brisa frente a un huracán.

Marina cerró la puerta dejando un rastro que era solo suyo. Quizá el champú, la crema hidratante, el perfume, todo mezclado. Era ella. Simplemente ella. Se estaba metiendo en mi cabeza. Sabía que estaba cerca de enamorarme.

Estaba atraído por ella y loco por metérsela hasta hacerla gritar y curar toda la frustración sexual tras una larga sequía provocada por mi trabajo. Pero después… solo quería a Marina. Empecé a notarlo en las pequeñas cosas: ver la televisión juntos, verla cocinar, consolarla durante otra crisis de endometriosis. Incluso no follar por el cansancio y, aun así, disfrutar de su compañía. Durante semanas.

Hablábamos de todo y de nada cuando estaba conmigo en el apartamento. A pesar de la diferencia de edad, parecíamos hechos el uno para el otro: compartiendo una comida tranquila, una charla sobre cualquier tontería ajena al trabajo —libros, películas, series—, algo visto en internet o en la calle, algún recuerdo de mi infancia o anécdotas del colegio y la universidad.

Era un buen arreglo, pero empezaba a arrepentirme, porque, del mismo modo que teníamos nuestro mundo dentro de mi apartamento —sin etiquetas ni acuerdos, solo ella y yo—, también quería la libertad de hablar de ella o llevarla a sitios. Mi madre visitó Brasil brevemente y Marina aprovechó ese fin de semana para visitar a sus propios padres, ya que yo estaría ocupado.

Yo quería que estuviera allí conmigo.

Resultaba aterrador, por ser la primera vez, sobre todo por nuestra diferencia de edad. Una cosa era estar juntos entre las cuatro paredes del dormitorio o de la oficina; otra muy distinta era el mundo exterior. Yo no era un esnob ni nací con una cuchara de oro en la boca. Pero el mundo en el que me movía rechazaría a alguien tan vivaz y con la lengua tan suelta como Marina. La devorarían viva. Si en el trabajo lograba mantenerse a flote entre profesionales que la juzgaban por su edad, en mi entorno —rodeado de gente con dinero a la que le encantaba pisotear a los demás— sería aún peor. Y no quería destruir a alguien tan espontánea y positiva como ella.

Y en eso estuve pensando durante todo el trayecto a DataLogic, irritándome ligeramente, como siempre, al llegar antes que ella y organizar mi ordenador en el escritorio mientras ella andaba por ahí, haciendo Dios sabe qué para fingir que no había pasado la noche conmigo. Como acordamos. ¡Joder!

—¡No puedes hacer eso! —anunció Cibele de forma dramática, sin siquiera saludar, al entrar en mi despacho y cerrar la puerta tras de sí, obligándome a dejar de pensar en Marina y prestar atención.

Nunca hacía eso.

Cibele solía trabajar con su equipo y no meterse en mis asuntos, escuchando e intentando debatir mis decisiones solo en las reuniones con los accionistas. Teníamos una relación respetuosa y equilibrada, y esa reacción no encajaba en absoluto con Cibele Magalhães. La noche anterior envié un documento a los accionistas con el estado de la nueva negociación de contratos y un cronograma detallado de necesidades. Ese parecía el único motivo plausible.

—Buenos días para ti también, Cibele.

—He visto tu informe y el cronograma. ¿Quieres meter mano en el proyecto? Tenemos una reunión de prospección mañana y ¿pretendes hacer modificaciones? ¿Estás loco? No eres el único dueño de la empresa para tomar decisiones así.

—Primero, necesito que te calmes —dije con tono neutro—. Esta modificación no tiene nada que ver con el viaje a São Paulo, pero confío en que ayudará a vender el proyecto. No hay que cambiar nada para mañana. Respeto tu trabajo y tú respetas el mío.

—No cuando va a interferir en el mío —señaló.

—Entonces, ¿vas a hacer tú la prospección? ¿Para qué voy yo mañana?

—Voy a hablar con otra empresa además de UBank —confesó con cierto nerviosismo—. Y nada de lo que pediste en ese correo fue acordado con ellos.

—Ah, ya… Bueno, eso no es asunto mío.

—Deja de ser un imbécil, Ricardo.

Suspiré, intentando controlar el mal humor. Cibele estaba a la defensiva. Era una faceta que no conocía y no me gustaba. Nunca le había faltado al respeto, aunque albergaba algunas dudas sobre su competencia, pero aquella conversación estaba completamente fuera de lugar.

—Tuvimos una actualización tras el problema al poner el sistema en marcha. Si no actuamos ahora, podemos tener problemas en el futuro. La primera propuesta se envió cuando aún no sabíamos que el equipo de tecnología tendría dificultades para implementarlo; es una medida preventiva —expliqué, procurando mantener la paciencia—. Esto forma parte de mi trabajo. Lo que tú le dijiste a la otra empresa, no.

—Y con eso todo el departamento jurídico tendrá que intervenir. Hazlo después de firmar el contrato. Tú sabes cuál es la corrección, pero el cliente no necesita saberlo.

—¿En qué estás pensando, Cibele? —levanté una ceja, confundido por la sugerencia—. El acuerdo con los alemanes es de diez años y

estamos cerrando contratos de servicio con previsión de renovación basados en ese as en la manga. No hay motivo para ahorrar ahora y que luego no renueven por cualquier problema que ya sabemos cómo solucionar. Necesitamos movilizar a todos para tener la presentación lista, pero es lo mejor.

—Queda a tu criterio y al de tu asistente. Tenemos que tener el material listo; veré si puedo manejar la situación —respondió, irritada.

—¿Manejar? No entiendo tu problema con la modificación —solté el aire con frustración—. Y, por cierto, ¿desde cuándo haces prospecciones?

—¿Me lo estás prohibiendo?

—Me resulta extraño, porque rara vez te he visto hablar de posibles nuevos clientes, y mucho menos salir a buscarlos.

—La economía está en un momento delicado y quiero involucrarme en otras áreas —respondió al instante, con una excusa demasiado genérica.

—Ya veo.

—Mira… Buena suerte con eso —me interrumpió con un gesto de la mano; su postura combativa desapareció de repente. Sabía que yo desconfiaba—. Como dijiste… yo me ocupo de mi trabajo y tú del tuyo —añadió con un suspiro exagerado, intentando controlarse, aunque casi dio un portazo.

—De nada —respondí irritado, viendo solo su sombra a través de la rendija.

Cerró la puerta y cogí el móvil para enviarle un mensaje a Héctor contándole la extraña conversación. Aquello era raro incluso para los estándares de Cibele. Cuando Ítalo pidió contratar a su hija, accedimos y mantuvimos una buena relación, pese a la clara separación entre equipos. Cibele parecía de mal humor y empeñada en invadir un terreno que no era el suyo por primera vez en la compañía. Todo ese comportamiento, así como su búsqueda del CEO de Hamtech Brasil, resultaba demasiado sospechoso.

—¿Todo bien? —preguntó Marina desde la puerta unos segundos después, haciéndome levantar la vista del móvil y mirarla quieta junto al marco. Debía de haber llegado en mitad de la discusión.

—Nada que no pueda manejar. ¿Necesitas algo?

—Han salido los informes de mapeo de calor del sistema. Parece que todo está correcto, pero me gustaría proponer algunos cambios en los menús y atajos.

—¿Qué ha dicho el departamento de TI?

—Que es posible y que depende de ti.

Esa era una de las cosas que me gustaban de trabajar con Marina. Se adelantaba a mis preguntas incluso antes de que las formulara y me facilitaba la vida. Ese era un gran argumento en contra de nuestro romance, pues inevitablemente terminaría, pero en ese momento funcionábamos bien tanto en el trabajo como en casa.

Fruncí el ceño, aún molesto por la conversación con Cibele. Era hora de remangarse mientras intentaba averiguar si había algo detrás de ese cambio de comportamiento.

—Necesito ayuda con la presentación. Tenemos que revisar el material para el cliente de São Paulo. Cibele tiene opiniones distintas a las mías y creo que va a cuestionar cada punto que se aparte de la primera versión. ¿Crees que podrás quedarte a hacer horas extra hoy?

—Eso explica cómo salió de aquí. Bueno, vamos allá —dijo, entrando en mi despacho con su ordenador y su cuaderno para empezar a trabajar durante el resto del día.

* * *

Tras el pequeño berrinche de Cibele, trabajamos duro para enviar el nuevo material a los socios aún a primera hora de la tarde, para que no pudiera quejarse. El banco que solicitó la visita quería un software integrado con aplicaciones de gestión, lo que llevó a Cibele

a asumir la responsabilidad principal del contacto. Se lo comuniqué en una de las reuniones de socios, y sus ojos brillaron más que las luces de un árbol de Navidad.

Ella quería algo de DataLogic, solo que yo no sabía exactamente qué. Héctor y yo empezamos a comentarlo, pero hasta entonces no encontrábamos un motivo claro para el cambio de actitud de Cibele en la empresa. Mi amigo sospechaba que se trataba de una actuación de cara al consejo y a los socios, sobre todo porque nuestras cifras se inclinaban más hacia los gastos que hacia los beneficios desde hacía algunos años. A pesar de trabajar como un tanque, solo cinco empresas seguían con nosotros por inercia. El resto solía buscarnos para alguna solución puntual de seguridad sin quedarse en la cartera de clientes.

Marina protestó, pero me mantuve firme en que fuéramos juntos al aeropuerto, porque cualquier excusa sobre compartir coche serviría si alguien nos veía. Pasaríamos un día en São Paulo y, por eso, dejé mi coche aparcado en Santos Dumont, ya que nuestro vuelo de regreso salía después de las nueve.

—Es la primera vez que voy a volar —me dijo Marina cuando abrió la aplicación con el billete ya dentro del aeropuerto.

—No es para tanto.

—Para ti, que has hecho esto un millón de veces, señor "ricachón" —comentó en tono provocador—. ¿El 24E es un mal asiento?

—Horrible. Pensé que vendrías conmigo.

—¿Por qué? ¿Estás en otro sitio?

—Yo compro los asientos con más espacio. Soy alto. Recursos Humanos lo sabe —refunfuñé—. Pero fue Cibele quien organizó el viaje.

—¿Vio la presentación que enviamos?

—Si la vio, no respondió al correo ni hizo ningún comentario. Seguiremos como planeamos, porque creo que está más interesada en otros clientes que en el que vamos a visitar.

—Uhhh.

—Sí, uhhh —respondí, guiando a Marina por el pequeño aeropuerto hasta la puerta de embarque.

Pasamos el control de seguridad rápidamente y encontramos a Cibele y a Anna, una de sus colaboradoras más cercanas, sentadas junto a la puerta de embarque de nuestro vuelo. Llevaban sus portátiles y ofrecían una imagen corporativa impecable, con sus trajes y el pelo perfectamente colocado.

—¡Justo a tiempo! —comentó Cibele—. Han empezado a anunciar el embarque. Nosotras subiremos enseguida…

—Yo tengo que hacer la otra cola —señaló Marina—. No tengo embarque prioritario.

—Ah… ¿no? —reaccionó Cibele con una sorpresa exagerada—. La prioridad depende de ciertos criterios, así que solo pedimos tu billete. Pero lo importante es que vamos todos en el mismo vuelo.

Anunciaron el embarque e intercambié una mirada rápida con Marina antes de subir detrás de Cibele y Anna, que seguían hablando en voz baja, sin prestar demasiada atención a ninguno de los dos. Ya estaban sentadas más adelante cuando me acomodé y esperé a que Marina pasara, lo que ocurrió unos minutos después, directa hacia la parte trasera del avión.

A pesar de ser un vuelo matutino, iba medio vacío, así que me levanté en cuanto se cerró la puerta y fui hacia atrás, intentando no llamar la atención de las dos que iban delante.

—¿Qué haces aquí? —me susurró Marina, preocupada por Cibele y Anna cuando me vio de pie a su lado.

—Es tu primera vez en un avión y hay pocos pasajeros a tu alrededor.

—Estoy bien —me aseguró.

—¿De verdad? ¿Miedo a las alturas? ¿A las atracciones de feria?

—Vale… —me miró con recelo; quizá no lo había pensado.

Me senté a su lado y me ajusté el cinturón. El avión comenzó a rodar de inmediato y ella se agarró al asiento cuando aceleró por la pista.

—¿Todo bien?

—Tú… todo bien —replicó, pero cerró los ojos cuando las ruedas dejaron el suelo.

Coloqué mi mano discretamente sobre la suya, acariciándole los dedos hasta que se apagó la señal de "abrocharse el cinturón".

—Has sobrevivido —concluí, intentando acomodarme en el asiento estrecho. Joder, se me iba a dormir el pie en ese espacio reducido.

—Vuelve a tu asiento, Ricardo. Estoy bien… Traje el Kindle. Voy a leer un poco. Es un vuelo corto —insistió, ahora con un tono más suave.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien —me defendí, consciente de que estaba buscando excusas para quedarme a su lado, aunque fuera encajonado en ese asiento—. Volveré al mío.

—Está todo bien, Ricardo. Te lo prometo —me dijo con una de sus sonrisas angelicales.

Moví la cabeza, algo desconcertado por mi propio comportamiento. Ni siquiera lo pensé dos veces antes de no querer que estuviera sola en su primer vuelo, aunque eso implicara destrozarme las piernas en aquel asiento.

—Mierda… —murmuré para mí cuando le di la espalda, cruzando el pasillo y evitando mirarla. Estaba sintiendo cosas. Y no sabía muy bien qué hacer, porque nunca me había sentido así por nadie.

—¿Todo bien, Ricardo? —preguntó Cibele desde su asiento cuando me volví a sentar, dejando claro que había notado mi excursión al fondo del avión.

—Necesitaba comentar algo rápido con Marina.

Asintió sin añadir nada más y traté de distraerme durante el resto del corto vuelo.

Cuarenta minutos después, salíamos de Congonhas en taxi hacia el edificio de UBank, el banco de inversiones. Ni siquiera me atreví a preguntar si Marina había tenido un buen vuelo, intentando mantener las apariencias junto a las otras dos. Pregunté

superficialmente si Cibele había visto la presentación y ella se limitó a decir que podíamos avanzar con el cliente, que no se oponía. ¿Qué demonios estaba planeando?

Nos llevaron a una sala, y Marina y otra empleada de UBank comenzaron a preparar el equipo técnico mientras yo conversaba con los ejecutivos que nos recibían. En menos de cinco minutos, Marina me hizo un gesto al abrir el portátil. Estábamos listos.

UBank necesitaba un panel para pequeñas empresas y el software alemán era lo bastante sólido como para ofrecer lo que buscaban. Como pequeño acto de rebeldía ante la presencia de Cibele y Anna, decidí llevar a Marina, porque en el escaso margen de tiempo que teníamos había sido capaz de montar una propuesta que integraba ambas áreas y estaba respaldada por el equipo de Gerardo.

Primero me preguntó si realmente necesitaba estar allí. Después se entusiasmó con su primer viaje de trabajo.

Más cuentas significaban estabilidad financiera y crecimiento, y yo me esforzaba por que hiciéramos un trabajo excelente sin depender de un puñado de empresas. Formaba parte de mi planificación a largo plazo para DataLogic y la principal razón por la que trabajaba tanto. Guillermo, Héctor y Murilo me repetían que ya no había espacio para DataLogic en el mercado y que yo estaba siendo un cabezota, trabajando demasiado para tan poco.

—Bueno, señores, voy a mostrarles lo que podemos hacer por ustedes. Como el tiempo de todos es valioso, hemos preparado algunas maquetas para que visualicen nuestra propuesta —comencé.

Durante toda la reunión, Marina me pasaba documentos o aportaba datos mientras Cibele y Anna se limitaban a sonreír y hacer comentarios puntuales sobre el producto. Ella sabía separar muy bien nuestra vida personal del trabajo, quizá incluso mejor que yo, que no podía dejar de desearla o distraerme con cualquier parte visible de su cuerpo. Tenía un culo precioso. Unas piernas increíbles. Un pelo que se enredaba perfectamente entre mis dedos…

Prospección… cierto.

A los 38 años parecía un adolescente enamorado, y Marina no tenía ni idea del poder que ejercía sobre mí. O quizá sí. Ella estaba satisfecha con nuestro acuerdo y cada día me preguntaba cómo me sentiría si decidiera ponerle fin. Prometí no tomar represalias, pero intentaría convencerla de quedarse.

—¿Quieres almorzar? —le pregunté en un susurro cuando terminamos.

La reunión había durado dos horas hasta que los ejecutivos quedaron satisfechos. Haríamos una pausa para almorzar y luego volveríamos a reunirnos con el área de tecnología.

—¿Van Cibele y Anna?

—Pensaba escaparme de ellas —respondí en tono cómico, muy bajo para que no nos oyeran—. Tampoco parecen tener demasiado interés en nosotros.

—Pero…

—Estamos fuera de la ciudad. Creo que podemos permitirnos un buen almuerzo juntos, ¿no? ¿Una cita, quizá?

—Qué romántico eres. ¿Un miércoles por la tarde?

—Con todo el tiempo del mundo —sonreí—. Recoge tus cosas y salgamos antes de que comenten algo.

CAPÍTULO 16

Ricardo

— ¡Ah, siempre quise venir aquí! —comentó Marina al sentarse a la mesa del simpático café que servía brunch, un tipo de desayuno más contundente, durante todo el día—. Vi un vídeo, ¡parecía tan guay!

No era lo mío, pero sabía que era algo que a Marina le encantaría.

Marina y yo habíamos creado una complicidad que fue creciendo a lo largo de las semanas.

Un día me di cuenta de que quizá fuera la persona que más me conocía. Incluso más que Héctor, Guillermo y Murilo. De repente, me sentía sediento de un tipo de relación que nunca había deseado. Ella era… todo.

No quería hablar de amor por el poco tiempo que llevábamos, como una caída libre que me tomó por sorpresa, inesperada, y que parecía querer cambiar varias de las cosas que ya consideraba prioridades en mi vida. Tenía un problema, y de los grandes. Y, por primera vez, me vi tentado a abandonarlo todo. Solo quería reclamarla para mí y que estallara todo lo demás. ¿La empresa? Ya no me importaba tanto. ¿El qué dirán? Mucho menos. Era demasiado mayor para relaciones secretas, por mucho que esta, en concreto, pudiera joderlo todo en mi vida.

Necesitábamos salir de ese limbo en el que nos habíamos metido lo antes posible. Y yo no era ese tipo de persona impulsiva.

— Vi que estaba cerca de la oficina de UBank y pensé que te gustaría conocerlo —comenté, sentándome a su lado en una de las mesitas. Era un salón luminoso, lleno de flores y plantas, con un olor permanente a café.

— Tienen algunos postres chulos y esas tostadas enormes con huevos y salsa… —comentó emocionada—. Gracias por pensar en mí.

— Ya lo dije. Podríamos tomarnos un tiempo para nosotros dos.

Cogí su mano y le di un beso en la palma, sintiendo cómo Marina se tensaba y miraba a su alrededor.

— Es raro estar aquí contigo —comentó con timidez, mirando nuestros dedos entrelazados—. Es raro hacer esto en público.

— Creo que necesitamos hablar de nosotros dos. Quizá nuestras reglas deban cambiar.

— ¿Es este un almuerzo de despedida? —Me miró con cautela, como si buscara un sentido oculto en mis palabras, aunque mantenía nuestras manos firmemente unidas—. ¿Estamos en un lugar público para que yo no monte un numerito?

— Tú no eres de montar numeritos y te traje aquí por otros motivos.

— ¿Cuáles?

— Primero, este restaurante es algo que sabía que te gustaría. Y segundo, no sé cómo salir de este agujero en el que nos metimos y quería un momento solo nuestro, lejos de mi apartamento —continué, tanteando el terreno para lo que quería decir a continuación.

— ¿Cómo… cómo así?

— Me gustas, Marina. Más de lo que podría haber imaginado. He estado descuidando mi trabajo porque prefiero estar contigo. Pienso en ti todo el tiempo en vez de querer cerrar nuevos contratos… es algo… diferente —vacilé, mostrándome vulnerable en mi confesión —. Y desde hace meses. Creí que la emoción moriría con la rutina y que nuestro acuerdo sería bueno para todos, pero parece mejor… parece que no merece tanto secreto. Necesitamos pensarlo.

— Lo sé —me interrumpió—. Pero no tenemos una solución. No hasta que yo deje de trabajar para ti.

— ¿Es eso lo que quieres? Puedo hablar con Héctor, con Murilo y con Guillermo. Incluso yo estoy un poco cansado de DataLogic, lo sabes. Sería un buen reto para ti.

— Pero la empresa es tuya —dijo con un tono incómodo, como si no aceptara bien lo que le estaba diciendo—. ¿Me quieres fuera de la empresa, es eso? Pero me gusta mi trabajo.

— No quiero hacer nada irreflexivo.

— Lo sé… Entonces la consecuencia es mía —concluyó con un tono distinto, negando levemente con la cabeza y replegándose.

— Sabíamos desde el principio que sería así. Por muy tentador que sea guardarte para mí, sé que es egoísta. Quiero que conozcas a mi madre y que salgas con mis amigos. Deseo conocer a tus padres, por mucho que crean que estoy seduciendo a su niña. Y necesitamos algo de tiempo para que eso ocurra sin cambiar tanto nuestras vidas. Las cosas no son tan simples.

Marina estaba incómoda. No entendía el motivo. Me miró, con esos ojos verdes tan profundos, la boca abriéndose y cerrándose, como si ensayara lo que quería decir sin pronunciar palabra.

— Marina…

— ¿Están listos para pedir? —La camarera se acercó, rompiendo el clima de nuestra conversación.

Quizá no era el momento para esa conversación, pero sentía que necesitaba dejar claro que quería más. No quería que Marina pensara, ni por un minuto, que todo era un acuerdo sin valor. Estaba comprometido con la situación. Comprometido con ella. Aunque no lo hubiéramos pactado, no había salido con nadie más desde que dormí con Marina. ¡Mierda! Desde que conocí a Marina.

Eran raras las ocasiones en las que podía vislumbrar un giro en mi vida. Mi entrada en la universidad, mi empresa… Y luego esa sensación de que no podía perderla.

Pasamos casi dos horas atrapados en nuestro mundo dentro de aquel café, con conversaciones más ligeras, mis manos sobre las suyas y la sonrisa satisfecha por su compañía, que pareció despejar

las nubes de la mirada de Marina, hasta que finalmente tuvimos que irnos de allí una vez más, de vuelta a UBank para la reunión con el área de tecnología.

Subimos al Uber, soltamos nuestros dedos —eché inmediatamente de menos la sensación de nuestras manos entrelazadas— y, diez minutos después, estábamos una vez más en la empresa, interpretando nuestra versión de jefe y empleada que no tenían nada que ver el uno con el otro.

— ¿Adónde fueron a almorzar? —preguntó Cibele en cuanto nos vio en la recepción del edificio. Estaba acompañada de Anna, que nos examinó de arriba abajo, con gesto desconfiado ante nuestra respuesta. Ambas también regresaban de lo que fuera que hubieran hecho tras la reunión.

— Teníamos que resolver algunos asuntos pendientes. Fuimos a un restaurante de aquí cerca. —Fui deliberadamente genérico, lo que hizo que la mujer respondiera con una mueca—. ¿Podemos subir?

— La pobrecita no para de trabajar. Primero en el avión y ahora aquí —comentó Cibele en tono burlón dirigiéndose a Marina mientras pasábamos con nuestras credenciales temporales—. De haberlo sabido, te habría invitado a almorzar. Fuimos a un restaurante muy bueno.

— Ah, qué bien. Nosotros también comimos bien —respondió ella.

— Pero trabajar durante la comida debe de ser fatal para la digestión —continuó Cibele con un guiño.

— Ella está siendo fundamental para estos contratos —la corregí.

— Hum, claro, claro.

— ¿Y cómo fue vuestro almuerzo?

— Muy bueno también.

— Genial. Vamos a subir. Quizá consigamos adelantar el vuelo. Creo que están interesados.

— Anna y yo tenemos una segunda parada en la ciudad, ya te lo dije —dijo Cibele—. Conseguí una cena con un posible cliente dentro

de dos horas y reorganicé nuestro vuelo esta mañana. Pero vuestros billetes están confirmados.

— No me enteré. Cuando dijiste que tenías otro compromiso, pensé que era dentro de nuestra planificación.

— No todo pasa por ti, Ricardo. —Suspiró, dejando escapar el comentario mordaz, y sonrió, controlando el tono de voz—. Como esos secretitos tuyos con Marina. Y esos almuerzos misteriosos llenos de trabajo.

— Muy bien. —Asentí cuando el ascensor se cerró, sabiendo que no tenía nada más que decir.

Ella no se metía en mis asuntos y yo no me metía en los suyos.

Pero, de alguna forma, parecía que ya habíamos superado ese punto.

* * *

— Han cancelado el vuelo —anunció Marina en cuanto atravesamos la zona de embarque buscando el nuestro unas horas después.

Terminamos la reunión temprano y fuimos al aeropuerto, pero el tráfico de São Paulo se colapsó con la lluvia que empezó a caer y, por eso, íbamos muy justos para la hora de embarque. Pasamos por el escáner y, en cuanto llegamos al panel, nuestro número aparecía como cancelado.

La lluvia debía de estar mucho peor en Río de Janeiro; de lo contrario, habríamos podido volar esa noche.

— Nos pondrán en otro vuelo, tranquila.

— Pero es tarde. ¿Habrá vuelos a estas horas? —continuó, angustiada—. ¿Y si solo podemos volar mañana? Es tarde y no sé si conseguiremos hotel… Y me muero de hambre y me niego a pagar catorce reales por un pan de queso de aeropuerto.

— La compañía aérea se encargará de todo eso. Es más seguro que viajar así —declaré, sentándome en uno de los bancos mientras

Marina seguía de pie, esperando que el panel se actualizara mágicamente.

— ¿Puedes ver desde ahí?

— Lo anunciarán… Cálmate. Ven, siéntate aquí, a mi lado.

— Ricardo… —refunfuñó mi nombre y se dejó caer en la silla, obligándome a cogerle la mano, igual que en el restaurante; necesitaba hacerlo y no podía evitarlo.

— Todo va a salir bien. Enseguida anunciarán algo y sabremos si… —Me interrumpió la megafonía, que anunció el número de nuestro vuelo. El aviso era claro respecto a la cancelación y explicaba que debíamos acudir al personal de la compañía aérea—. ¿Ves?

Ella asintió, ajustándose la mochila a la espalda mientras buscaba el mostrador de la aerolínea. Había una fila de personas esperando la misma información. Aquello era un auténtico caos de conversaciones paralelas y pasajeros con compromisos inaplazables. Extrañamente, yo no estaba dispuesto a pelear con la empresa. Antes sí lo habría hecho. Odio que mis planes cambien. Pero allí… yo estaba bien.

Se ofreció la opción de esperar un último vuelo esa misma noche o volar al día siguiente tras pasar la noche en el hotel indicado. Marina parecía ansiosa por viajar en medio de la tormenta y, sin dudarlo, elegí la segunda opción para los dos. Subimos a una furgoneta con otros pasajeros para el corto trayecto hasta el hotel, mientras la lluvia seguía cayendo con fuerza en los alrededores de Congonhas.

Para Marina todo era una novedad, y resultaba divertido verla enfrentarse a lo que la rodeaba, soltando algún comentario sobre lo que ocurría. Un empleado nos recibió y nos entregó las tarjetas, junto con la información sobre el transporte del día siguiente y las comidas que se servirían a los pasajeros.

El grupo se dispersó en el ascensor y, uno a uno, fueron bajándose en sus respectivos pisos.

— Yo voy contigo —le susurré a Marina, muy cerca del oído para que los demás no nos oyeran.

— ¿Estás en el mismo piso?

— En el séptimo.

— Uhhh.

— ¿Qué? —pregunté.

— ¡Tú sabes qué!

— Es increíble que, después de todo este tiempo, tenga que informarte de que no vas a tu habitación —declaré—. Ahora bien: ¿qué tan cansada estás?

— Depende.

— ¿De qué?

— Voy a tener que lavar la ropa en el lavabo para tener algo limpio por la mañana. Solo tengo esto.

— Es bueno que no vayas a dormir sola.

— ¿No tenemos dos habitaciones? —continuó provocadora—. ¿No hay forma de que sepan que dormimos juntos? El billete está en la tarjeta corporativa.

— Marina, hay ciertas ventajas en ser el jefe —respondí con una sonrisa.

Ella negó con la cabeza, no bajándose en su piso y siguiéndome hasta mi habitación.

Abrí la puerta, la dejé pasar y la cerré tras nosotros, empujándola suavemente contra la pared.

— Llevo todo el día esperando esto —murmuré antes de besarla.

— ¿Quieres ayudarme con la ropa? —provocó con una sonrisa, las palabras ahogadas sin apartarse de mi boca.

— Puedo ayudarte dejándote desnuda.

Empecé a desabrocharle la ropa, dejando besos en su clavícula, en sus pechos y en su vientre. Con cada prenda que caía, prestaba la misma atención a la piel que quedaba al descubierto.

La deseaba demasiado.

Quería que durara, pero sabía que no sería así. La dejé desnuda casi tan rápido como crecía el deseo en mis pantalones.

— No es justo que tú estés tan vestido —comentó Marina, empujando mi camisa hacia fuera.

— Me gustan las empleadas con iniciativa.

Volví a empujarla contra la puerta, bajé la cremallera y la atraje hacia mí. La alcé por las piernas hasta mi cintura y me hundí en ella. Era intenso, sensible, cada movimiento construyendo el orgasmo a base de roces, besos y mordiscos, hasta estallar en un gemido que nos alcanzó casi al mismo tiempo.

Casi se deslizó hasta el suelo, sostenida por mí, respirando con dificultad cuando nuestras frentes se apoyaron y me sonrió. Ella lo era todo. Le devolví la sonrisa, sintiendo el calor entre sus piernas. Estaba siendo descuidado, pero Marina tomaba anticonceptivos y la endometriosis complicaba aún más las cosas.

Hacía tiempo que no tomaba las riendas del destino y moldeaba las cosas a mi manera. Pero nada relacionado con Marina estaba planeado. Nada estaba bajo control. Estaba jodido por estar en manos de una chica tan joven que podía hacer pedazos a un hombre lleno de hábitos como yo.

CAPÍTULO 17

Marina

— ¿Sales temprano? ¿O es un almuerzo tardío? —preguntó Vanessa cuando me levanté con el bolso y pasé junto a ella.

— Una tarde libre —respondí sin dar muchos detalles—. Es que… tengo un compromiso.

— ¡Qué milagro! ¿Una cita, no? Por fin tendrás tiempo para encontrar a alguien. Tú solo trabajas, trabajas y trabajas… Hasta te llevó a São Paulo y que te suban el sueldo, nada, ¿no?

Vanessa era un poco deslenguada y le encantaba hablar por los codos, con las manos en la cintura mientras daba un trago a su botella de agua.

Yo no tenía tiempo que perder porque necesitaba recoger a Fernanda en la estación de autobuses y acompañarla a comprar los materiales del curso que iba a hacer. Mi prima me había pedido quedarse en mi apartamento unas semanas antes y lo había olvidado por completo hasta que me lo confirmó a mediados de semana, justo después de que yo volviera de São Paulo en un vuelo a las seis de la mañana, con el cielo despejado. Gracias a Dios.

Pero mientras el cielo estaba azul para el viaje, mi interior estaba revuelto desde la conversación con Ricardo en el café. Odio ese rasgo de su personalidad, aunque lo entendía. Él quería más de nuestra relación, pero necesitaba planificar y sacarme de DataLogic como si yo fuera un problema.

Entendía que yo era el eslabón débil, pero me molestó que aquella conversación se convirtiera casi en un comunicado sobre cuál sería mi futuro sin tener en cuenta lo que yo quería para mi

carrera o qué tipo de empleo deseaba, solo para resolver nuestra situación como si toda mi vida girara en torno a estar o no con él.

Ricardo era el tipo de hombre al que le gustaba que las cosas se hicieran a su manera y parecía molesto porque yo no aceptara su plan al instante como la solución para ambos. No le gustaba que nos escondiéramos, pero yo no quería sentirme como un pedido a domicilio solo porque ya no pudiera estar en la oficina. Me gustaba mi trabajo en DataLogic y lo que estaba aprendiendo, independientemente de Ricardo.

Y, para empeorar la situación, fue en ese momento, en aquel café lleno de flores y plantas, con el gesto serio de Ricardo intentando agradarme al llevarme a un lugar que claramente no era su estilo —después de todo, él apenas tomaba algo más que un café solo y el local estaba especializado en brunch—, cuando me di cuenta de que me estaba enamorando de él.

Después de toda esa conversación, entendí que, si dejaba crecer ese sentimiento solo para luego ser descartada, quedaría destrozada. Si elegía un futuro sin él, también me resentiría. Estaba completamente rendida ante mi jefe. Las cosas sucedían a la velocidad de la luz y yo estaba cada vez más embriagada por la necesidad. Por el tacto, el olor, el sabor, la compañía. Y todo eso daba miedo.

Después del estrés del vuelo cancelado, dormimos juntos y el asunto quedó en segundo plano, pero por la mañana algo parecía… extraño. Mi corazón retumbaba con ese sentimiento recién descubierto que ya resultaba tan evidente para mí. Tenía sentimientos por Ricardo. Quizá amarlo ya fuera inevitable. Pero también sentía miedo.

Miedo por mí, miedo por nosotros, miedo de lo tonta que podía llegar a ser.

Ricardo sugirió llegar tarde al trabajo y me llevó en coche a mi apartamento, desde donde no hice otra cosa que pensar. Y, a veces, pensar demasiado era un problema. Fue lo que me mantuvo en mi ruidoso apartamento el resto de la semana, a pesar de las

invitaciones de Ricardo, echando la culpa a una crisis de endometriosis que ni siquiera estaba teniendo.

Ricardo quería conocer a mi familia y presentarme a la suya, pero ¿y después qué? ¿Me considerarían la empleada trepa que se acostó con el jefe? ¿Sería oficialmente una relación? Había demasiadas variables antes de decir un «sí» y me sentía asfixiada por nuestro «no-relación».

Cuando decidí acostarme con mi jefe, conocía todas esas consecuencias. Pero aun así dejaban un sabor amargo en mi boca, sobre todo con la pasión recién descubierta que no dejaba de latir dentro de mí. Dejé que el deseo hablara más alto, pensando que las cosas tardarían en desmoronarse, y allí estaba yo, prácticamente obligada a decidir cuáles eran mis prioridades: la carrera o el amor.

— Marina —oí que Ricardo me llamaba desde la puerta de su despacho; había escuchado toda mi conversación con Vanessa. La chica parecía avergonzada por haber sido pillada y solo hizo un gesto antes de volver a su sitio—. ¿Puedo hablar un momento contigo antes de que te vayas?

— Ah, claro. —Lo seguí al interior del despacho, con Ricardo tomando la delantera, como solía hacer desde que entré en la empresa. En cuanto cerré la puerta, pregunté—: ¿Todo bien?

— ¿Una cita? —dijo al mismo tiempo.

— ¿Me has traído aquí para eso? —susurré, mirando el reloj. ¿Estaba celoso?

— ¿Hay algo que yo no sepa?

— Hay algo que Vanessa no sabe —repliqué, arqueando una ceja —. Si es por eso, necesito irme ya, porque voy a coger un Uber a la estación de autobuses y sabes cómo es el tráfico por esa zona. Voy a recoger a Fernanda, como ya te conté.

— No, no es eso. —Negó con la cabeza, intentando adoptar una postura más conciliadora, aunque parecía incómodo con mi respuesta—. Necesito que revises algo antes de que termine el día. Sé que es tu tarde libre, pero tuvimos un problema con el pago del

contrato alemán. Cibele no quiso facturarlo desde su área; no sé si solo está siendo quisquillosa. Desde que volvimos del viaje está rara. Dijo que el contrato salió de aquí y que debemos imputarlo como centro de coste.

— ¿Quieres que lo solucione?

— Compruébalo con el departamento de finanzas. Quizá tengas que firmar algún documento como responsable del proyecto, pero el departamento jurídico y yo estamos al tanto.

— No me siento cómoda con esto —declaré, encontrando extraño que una empleada tan junior resolviera ese tipo de asunto, aunque solo estuviéramos Ricardo y yo.

— Es pura burocracia y rara vez manejamos importes extra de este tipo. Necesitamos un protocolo; quizá puedas organizarlo. —Suspiró—. Vanda acaba de avisarme. En lugar de que Cibele hablara directamente, hizo que su secretaria se pusiera en contacto con ella. Es que… no lo entiendo…

— Vale, lo revisaré con finanzas. —Miré el reloj otra vez, sabiendo que tenía que irme—. De verdad que necesito salir ya… Te veo el domingo.

— Voy a estar con mi madre, ¿recuerdas? —dijo, casi avergonzado.

Claro, su madre.

Con la presencia de Fernanda, yo no iría al apartamento de Ricardo después del trabajo. Habíamos acordado vernos el domingo, cuando su madre avisó de que acompañaría a su marido, un pez gordo inglés, a un evento y estaría en la ciudad.

Obviamente, a pesar de toda la conversación sobre cambiar el estatus de nuestra relación, aún no estábamos en el punto en el que yo conocería a Cláudia Zimmerman, el apellido de casada de la madre de Ricardo. Salí corriendo de DataLogic y conseguí coger un Uber hasta la estación de autobuses, llegando a tiempo para el autobús de Fernanda. Aunque iba y venía de Río de Janeiro

constantemente, todavía se perdía en la ciudad, mucho más grande de lo que estaba acostumbrada, y me aseguré de ir a buscarla.

Mientras esperaba, pensé en cómo aquella podría haber sido la oportunidad perfecta para conocer a la madre de Ricardo, como él mismo había sugerido, pero en cambio seguíamos en el mismo punto, como si necesitara una larga mesa de negociación para decidir sus propios sentimientos. Los míos eran muy claros. Solo que exigían demasiado de mí. Maldito corazón, que no dejaba de perder un latido.

* * *

— ¡Estás demasiado en las nubes! ¿Qué te pasa? — preguntó Nanda cuando entramos en mi apartamento después de la pequeña maratón.

Ella haría un curso durante parte del fin de semana y necesitaba pasar por otra dirección a recoger los materiales, lo que nos obligó a hacer otro trayecto por la ciudad en hora punta.

— Trabajo, estrés y esta loca con la que comparto piso — respondí, bajando la voz en la última parte para evitar que Suzana nos oyera.

— De haber sabido que compartías piso con la dueña de la fábrica de incienso, lo habríamos solucionado antes.

— Fue el sitio más barato que encontré y lo estoy solucionando. ¡Tú misma viste lo simpática que parecía! Pero ¡esto se está acabando!

— ¿De verdad?

— Estoy mirando anuncios, pero todo es carísimo. Y trabajo mucho y casi no estoy aquí. No me voy a mudar con prisas a otro sitio igual de malo — dije, tirándome en la cama —. ¿Quieres pedir una pizza?

— Yo quiero salir.

— Estoy agotada, Nanda.

— Para salir con el chico del trabajo no lo estás.

— No vamos a muchos sitios. Suelo dormir en su apartamento.

— Uhhh... Entonces es serio — concluyó Nanda y se sentó a mi lado, tirando la mochila a mis pies sin cuidado —. ¿Por qué no lo presentaste a mis tíos?

— Porque no es tan serio — refunfuñé y di voz a los temores que rondaban mi cabeza la semana pasada —. Él dice que quiere más, pero no hace nada, ¿sabes? Nuestra relación le viene bien, no tiene por qué cambiarla. Y yo no quería tener que decidir entre mi carrera y un hombre.

— ¿Y si te está utilizando, prima?

— ¿Y si me gusta que me utilice?

— Si te gustara, no estarías ahí tan amuermada.

— Parece que le gusto de verdad, pero... — vacilé —. No quiero que sea algo para mí que no lo es para él. ¿Tiene sentido? Y cuando me dice que quiere que conozca a su madre y desea conocer a mis padres, convierte todo en algo más. Pero hablar y hacer son cosas distintas y parece que él tiene un plan que ni siquiera se ha molestado en consultarme.

— ¿Plan?

— Conseguirme otro empleo. Pero me gusta DataLogic, ¿sabes? Por primera vez siento el sabor del éxito y él quiere acabar con todo para resolver una cuestión que sé que puede perjudicarme. Pero ¿cuánto me perjudicaría?

— ¿Sabes qué? — dijo Fernanda, levantándose de la cama, dando palmas animada y hablando alto —. Vamos a salir, llegar borrachas y dormir como troncos sin esa música estúpida de tu compañera de piso y sin notar el olor a incienso.

— Creo que no es incienso — la corregí, y Fernanda me lanzó una sonrisa provocadora —. ¡Y estoy TAN cansada!

— Y tú no tienes voto en este caso. Vamos a arreglarnos. Si ese idiota no te da un compromiso, no tienes ningún motivo para

quedarte como un perrito en su casa. Así es muy fácil. ¿Dónde está ahora? ¿Quieres invitarlo?

— Fue a ver a su madre. Como te dije, es complicado.

— Es complicado salir por ahí y presentarte a la madre, pero no para que tú casi te mudes a su casa. Ya veo — refunfuñó —. ¿Sabes qué es más complicado? Que te quedes encerrada en tu apartamento con esa Suzana porque estás esperando las migajas de ese hombre — añadió Fernanda —. Nosotras vamos a salir y tú te vas a divertir. Y si él siente celos, paciencia. Necesitas tener una vida aparte de él.

— ¡Nanda!

— ¡Nada de Nanda! — replicó —. Mañana es sábado, podrás dormir y yo tengo un curso a las diez de la mañana. Yo soy la que debería quejarse — continuó —. ¡Solo porque encontraste a un viejo en el trabajo no significa que tengas que ponerte así!

— No es viejo. Solo es mayor.

— ¿Dónde está? Enséñame alguna foto — dijo con las manos en la cintura, y yo cogí el móvil, abrí algunas fotos robadas de Ricardo y se las acerqué a Nanda en silencio mientras esperaba la evaluación de mi prima.

Mierda, Ricardo era guapo.

Hasta tenía fotos sin camiseta, porque necesitaba demostrarme a mí misma que ese hombre estresado, cansado y adicto al café y a la Coca-Cola tenía un abdomen marcado. ¡Qué genética!

— Es... Tienes razón. Mucha razón, de hecho... — dijo Fernanda, con los ojos pegados a la pantalla —. ¡Pero no importa! Ese viejo te está dando largas, así que ¡nosotras nos vamos a divertir!

Nanda eligió un vestido para mí entre las pocas opciones que tenía en el armario y consiguió arreglarnos en tiempo récord. También envió algunos mensajes y, de repente, no éramos solo nosotras dos, sino un grupo de personas que ella conocía, aunque viviera en otra ciudad.

Subimos a un Uber dirección a la discoteca en Barra da Tijuca mientras ella no paraba de hablar sobre la gente que íbamos a encontrar y cómo había visto unas fotos chulísimas del local. Por mucho que Nanda aún estuviera perdida sobre qué hacer en el futuro, claramente mi prima sabía muy bien cómo disfrutar el presente. Lo que a mí me faltaba de ánimo, a ella le sobraba.

El portero nos hizo un gesto cuando llegó nuestro turno y entramos en el local, un antiguo almacén convertido en discoteca, con telas y candelabros falsos por todas partes y luces que pulsaban al ritmo de la música del DJ en el ambiente oscuro.

— Está lleno.

— Ellas están en un reservado. Arriba se estará mejor. — Señaló la planta superior, gesticulando más que hablando por el volumen alto.

La seguí, observando cómo Nanda saludaba a la gente hasta la entrada de los reservados en lo alto de la escalera, que estaba en un rincón de la discoteca. Una vez más habló con el portero y pasamos, entrando en un pasillo con una barra en uno de los extremos. Estaba debatiendo conmigo misma si me merecía o no un cóctel caro con grandes probabilidades de ser malo cuando Fernanda entró por una de las puertas.

— ¡Nanda! ¡Por fin! — dijo una mujer alta, de piel bronceada y con un generoso escote al ver a mi prima. Tenía el pelo largo y rizado que le caía sobre el cuerpo, destacando un enorme pendiente dorado que parecía pesarle en las orejas.

— Vamos, Marina, ven a conocer a la gente — dijo, y me dio un suave apretón en la mano, girándome hacia el pequeño grupo del que la mujer formaba parte. Allí realmente estaba más vacío y el sonido no era ensordecedor —. Esta es Clarissa, su novia Amanda, y este es Cassio. Hicimos un curso juntas antes. Cassio también es de Rio das Ostras. Hoy es el cumpleaños de la hermana de Cassio y por eso estamos aquí.

Continuó presentándome a una mujer de piel oscura, con el pelo afro teñido por completo y un conjunto amarillo ajustado, y al

hombre que estaba a su lado. Era un hombre guapo, negro, corpulento, con barba poblada y sonrisa fácil. Parecía un poco mayor que las amigas de Nanda, pero como ella estaba haciendo algunos cursos de turismo en la ciudad, podía ser simplemente alguien con otros objetivos.

Mi prima quería quedarse en Rio das Ostras, y el turismo y el curso de administración eran algo que la ayudaría en muchas vacantes, independientemente del sector.

— ¡Un placer! — comenté intentando esconder un bostezo, y Nanda me dio un pellizco en el brazo.

— ¡Vamos a por una bebida! Necesitas un energético — me dijo Fernanda con tono urgente.

— No lo necesito.

— ¿Qué queréis? — preguntó Cassio —. Yo traigo para todos. ¿Qué quiere cada una?

Mientras Cassio esperaba la decisión del pequeño grupo, me miró. Conocía ese tipo de mirada demasiado atenta, como si estuviera interesado.

— Así que también te metieron en este lío... — intentó iniciar una conversación.

— No es un lío. Solo que no estoy acostumbrada. Y estoy cansada... Mi trabajo es un poco agotador.

— Bien por ti. Yo estoy cansado, pero fue elección de mi hermana. Ella está con unos amigos allá abajo. Yo no quise arriesgarme — sonrió y se encogió de hombros, dando a entender lo loca que parecía su hermana por estar en la pista, llena y sofocante —. Mi madre me envió a vigilarla, como si ella no saliera todos los fines de semana y no hiciera estas cosas.

— ¿Mi prima la conoce?

— Fernanda preguntó en el grupo del curso si alguien iba a salir y acabé comentando lo del reservado. Al menos no me quedaré solo aquí.

— Ah, no... Nada de conversar... ¡Vamos! — nos interrumpió Fernanda, tirando de mí hacia la pista con un cóctel colorido entre los dedos; no sabía de dónde había salido. También pidió otra ginebra para Cassio. Me distraje lo suficiente como para no verla ir y volver de la barra del reservado —. ¡Vamos a bailar! ¿Venís, chicas?

— ¿Allí... abajo? — pregunté asombrada. No quería volver a esa multitud sudorosa.

— No, en la pista de aquí. ¡Puede ser divertido!

— Nosotras vamos primero a la barra, pero luego os encontramos allí — respondió Amanda y siguió a Cassio y Clarissa hacia la barra exclusiva. No tenía ni idea de cuánto nos iba a costar todo aquello, porque ni siquiera pagamos entrada.

— ¡Espera, prima! — intenté gritar entre el sonido y las luces que pulsaban frenéticas al ritmo de la música, mientras los dedos de Fernanda me sujetaban la muñeca y ella bailaba al son del DJ. Eran las diez de la noche y yo ya estaba dispuesta a irme a dormir —. No estoy de humor, podemos simplemente sentarnos.

— No te vas a poner a pensar en tu viejo ni a intentar no divertirte por él.

— ¡Pero es que solo estoy cansada! De verdad.

— Ese bombón de Cassio te está echando el ojo. Nunca lo vi mirar a alguien con tanto interés.

— Nanda, tú sabes... — resoplé. A veces era agotador lidiar con ella.

— Que el chico de tu trabajo te está dando largas. ¿Conoces la teoría de los platillos?

— ¿Platillos? — pregunté confundida.

— Cuando no quieres a una sola persona, equilibras platillos como un camarero: la oficial, la amante, el contacto...

— Yo duermo casi todos los días en el apartamento de Ricardo. Y él trabaja todo el día. Dudo que sea un platillo.

— Y él no está aquí. ¿Y si él está equilibrando tu platillo? ¿Salís desde hace tres meses? ¿Un poco más? Es mucho tiempo para no

tener promesas y poco tiempo para tener la seguridad de que las cosas no se enfríen — dio un suspiro, intentando hacerse oír desde la pista de baile —. Sé que te gusta, pero no sois nada serio, ¿no fue eso lo que me dijiste? Aprovecha la noche y diviértete. Quizás al final de hoy descubras que hay muchos más peces en el mar.

Fernanda me guiñó un ojo y siguió hacia la pista. Cuando encontró un buen sitio, empezó a bailar distraída mientras yo intentaba seguirla. Cassio, Clarissa y Amanda aparecieron en algún momento con las bebidas, y seguí allí, medio pensativa, medio intentando disfrutar la noche con ellos.

Nanda tenía algo de razón sobre Ricardo.

Teníamos un acuerdo y ni siquiera habíamos pactado si seríamos exclusivos. Si él fuera a una discoteca, como yo, sentiría celos. Quizás lo había hecho y yo ni siquiera me había enterado. No era solo la sensación de estar divirtiéndome mientras él estaba solo en casa, sino también la idea de que yo no supiera de su vida tanto como él no sabía de la mía, aunque habláramos todo el tiempo y nos viéramos en la empresa.

Estaba confusa, con los sentimientos a flor de piel, con demasiadas cosas pasando a la vez. Quizás mi mal humor fuera en parte por el síndrome premenstrual. Quién sabe si este mes me vendría la regla, después de todo. Dios sabe que estaba completamente desconectada desde mi diagnóstico.

No quería estar enamorada, pero ahí estaba, sin poder dejar de pensar en Ricardo.

De tener celos de situaciones imaginarias.

¡Mierda! Quizás ya estuviera enamorada de él. No había forma de evitar algo que ya había sucedido.

¡Qué mierda de vida!

Habíamos pasado el punto de solo diversión, aunque no le pusiéramos nombre a nuestra relación, y estábamos atrapados en un limbo hasta tomar decisiones. Y para mí parecía que tenía las manos atadas.

Tenía mi mundo, con mi familia, algunos amigos, los lugares que me gustaba frecuentar. Conocía los hábitos y gustos de Ricardo, aunque casi todos estuvieran centrados en el trabajo. Sabía cuándo estaba triste, feliz, animado; la sonrisa provocadora de medio lado, la arruga en la frente cuando se molestaba.

Sabía cuándo hacía cosas solo por mí o si realmente se entusiasmaba con tonterías como otro maratón de series antiguas, enrollada en sus brazos un domingo perezoso.

Podía predecir sus reacciones y sentir mi corazón acelerarse solo por un gesto. Lo conocía como la palma de mi mano y aun así sentía que estábamos en galaxias separadas.

Teníamos química y placer, pero no sabía si sería suficiente para sobrevivir si salíamos de nuestra burbuja. Si la gente supiera de nosotros. Si él empezara a convivir con mis padres y con Nanda. Si yo conociera a sus mejores amigos, que lo obligaban a salir para que respirara menos trabajo y más diversión, aunque él se resistiera.

Si decidía irme, también me llevaría la carrera que intentaba construir.

Quizás necesitaba dejar de ser tan ingenua y descubrirlo por mí misma, en lugar de dejar que Ricardo tomara las decisiones por lo que él creía que sería mejor. Fui lo bastante adulta como para propasarme en una sala de reuniones. También necesitaba saber resolver mis propios problemas.

— ¿Adónde vas? — me preguntó Fernanda, curiosa, cuando simplemente me aparté de ellos y volví al pasillo del reservado. Dios mío, estaba tan confusa.

— A la barra. Necesito un tequila.

— ¿Tequila? — preguntó mi prima con curiosidad.

— Estoy pensando demasiado. El tequila me hará pensar menos.

— Tequila, entonces — rio Fernanda —. Vamos a divertirnos.

CAPÍTULO 18

Ricardo

Marina dejó de responderme en algún momento entre ir a Niterói con su prima a buscar algunos materiales para el curso y pedir la cena. Comentó por encima que las dos saldrían, pero yo no sabía adónde ni por qué. Me sentía como un viejo pensando en todas las cosas que podrían hacer, en los problemas de seguridad o en que volvieran de madrugada.

Y tenía celos.

Incluso abrí Instagram para cotillear la vida de Marina. No me gustan las redes sociales, sobre todo porque soy un blanco fácil: chismes, estafadores, gente rara. Y el departamento de marketing no me obligaba a estar allí. Cibele era la cara de la empresa porque era más cercana y sabía hacer buenos vídeos y discursos. Yo siempre parecía impaciente, por mucho que intentara suavizar mi imagen.

El tiburón de los negocios.

Marina tenía el perfil abierto porque le gustaba publicar recetas y fotos de los sitios que visitaba. Me lo había enseñado al principio de nuestra «no relación», intentando añadirme al no encontrar mi perfil, para luego quejarse de que yo solo tenía tres fotos: dos de mi antiguo perro, que murió hace tres años —un labrador chocolate que estuvo conmigo desde la universidad y se llamaba Dominic, porque me gustaba mucho Fast & Furious—, y una foto de un paisaje de Machu Picchu que saqué durante un viaje.

Hacía tanto tiempo que no publicaba nada que ni siquiera recordaba que tenía la aplicación instalada.

Sabía que Marina me hacía fotos a escondidas y, durante un tiempo, pensé que eso podría generar algún tipo de problema. Con el tiempo entendí que simplemente le gustaba. ¿Hasta qué punto había caído para estar cotilleándola en Instagram?

Estaba viendo un vídeo suyo comiéndose un milhojas en una pastelería cuando apareció el círculo alrededor de su foto, indicando una historia nueva.

Estaban en una maldita discoteca.

—Esto no debería molestarme tanto —le dije a la nada, levantándome del sofá para buscar algo de comer en la nevera. Pero, en lugar de concentrarme en revisar los estantes, no podía dejar de pensar en lo que Marina estaría haciendo con su prima.

¿Por qué me importaba tanto?

Estaba fascinado por Marina. ¡Joder! Me había enamorado.

Quince años de diferencia y yo no volvería a poner un pie en una discoteca. Eso dejaba claro lo distintos que éramos. Pero no podía evitar desear que ella estuviera allí conmigo, como en otras noches. Lo peor era que, con la visita de mi madre, quizá no la vería hasta el lunes. ¡Joder!

Ricardo:

¿Necesitáis que vaya a buscaros?

Marina:

¡Hola! No, estamos bien, volveremos en Uber.

Ricardo:

Puede ser peligroso ir con un desconocido de madrugada. Puedo pasar a recogeros.

Marina:

¿Puedes? Dudo que Nanda quiera irse ahora. Y la discoteca está en Barra.

Ricardo:

Yo espero. Me quedaré más tranquilo si llegáis a casa sanas y salvas.

Marina:

Vale.

Respiré aliviado ante su aceptación, sintiéndome halagado de que me respondiera. Encontraría la forma de resolverlo con mis amigos. Marina tendría su trabajo y yo tendría a Marina, y por fin podríamos tener una relación normal. No me gustaba la incertidumbre del amor, no me gustaba enamorarme, pero ya me había dado cuenta de que, con Marina, no tenía el control de nada.

* * *

—Hola —saludó Marina con una sonrisa tímida cuando abrí la puerta trasera y ayudé a su prima a subir. La chica estaba claramente borracha.

—Hola, ¿estás bien?

—Me tomé unos tequilas —dijo en voz baja—. Fernanda bebió mucho más que yo y está fuera de combate.

La prima de Marina tenía la cabeza caída hacia delante, casi dormida; solo esperaba que no vomitara en el asiento trasero. Miré a Marina con el vestido ajustado y el pelo suelto, como no estaba acostumbrado a verla, tan guapa y maquillada, subida a unos tacones altos. Tenía los ojos vidriosos por el alcohol.

Eran las dos de la madrugada y yo había salido de casa a esa hora para ir a buscarlas a Barra, un barrio alejado de la Zona Sur.

—No tenías que haber salido de casa por esto —comentó al sentarse en el asiento del copiloto mientras se abrochaba el cinturón.

Marina llevaba disculpándose desde el momento en que envió el mensaje diciendo que ya estaban listas para irse. Cuando encendí el motor, su prima apoyó la cabeza en la ventanilla y empezó a roncar bajito.

—Dije que me importas. Me preocupé cuando no me respondiste.

—¿De verdad te importo? —preguntó de una forma distinta, como si no se refiriera solo a ese momento.

—¿Qué pasa, Marina? —pregunté, mirándola. Ella se encogió de hombros. Parecía confusa, triste, demasiado seria para la mujer que había conocido en los últimos meses desde que volvimos de São Paulo.

—Estás aquí porque viste la foto en Instagram, ¿no? —concluyó, y no lo negué—. ¿No son solo celos? Estabas tan tranquilo con que pasáramos el fin de semana separados y, de repente, apareces aquí.

—Tengo celos —confirmé, y me miró sorprendida, sin esperar esa confesión—. Siempre tengo celos.

—Pero estamos atrapados en nuestro acuerdo —lamentó, mirando sus manos en lugar de a mí—. Y no sé qué hacer… Creo… que me he enamorado de ti.

Esa confesión me hizo vacilar. No quería hablar de eso cuando ella no estaba sobria y con una tercera persona en el asiento trasero, así que mantuve la vista al frente, concentrándome en la conducción, aunque Marina estuviera diciendo algo que yo llevaba tiempo deseando oír.

—Encontraré una solución, te lo juro.

—No sé cuánto tiempo puedo aguantar, Ricardo —dijo con la voz entrecortada.

—¿Es una amenaza? —pregunté en tono de broma, intentando aliviar la tensión—. ¿Me vas a dejar?

—A veces es mejor huir que luchar. Y no tengo fuerzas para fingir que no pasó nada entre nosotros y verte todos los días en DataLogic. Fue una decisión estúpida.

—No lo fue.

—Si no hubiera aceptado… Si no hubiera caído en la tentación… No me sentiría así. Tengo ganas de llorar y me siento angustiada… Es solo que… —tartamudeó. Con el alcohol, la verdad siempre acaba saliendo, y Marina estaba mucho más afectada de lo que había dejado ver durante todos esos meses.

—Todo va a salir bien, Marina, te lo prometo.

—Ese es el problema, Ricardo. Tú no puedes garantizarlo. Basta un comentario malintencionado para que nadie me tome en serio nunca más.

—Marina… yo… me importas —respondí, incapaz de decir más. ¿Cómo se podía estar seguro del amor?

La idea de depender de alguien me daba pánico. Estaba dispuesto a cambiarlo todo por ella, pero temía pronunciar las palabras que me dejarían vulnerable. Noté que su expresión se ensombrecía, como si "me importas" la incomodara más que el silencio. ¿Cuándo nos habíamos vuelto tan complicados?

—Avísame si pasa algo —le pedí cuando aparqué.

El trayecto transcurrió casi en silencio. Supe que hablaba de su prima, pero también de los comentarios y de la situación que tanto la inquietaban. La ayudé con Fernanda, que al menos mantenía los ojos abiertos. Por suerte, no vomitó en el coche.

—Todo bien… Te veo el lunes.

Me miró a través de la ventanilla con incomodidad, guardando silencio durante unos segundos que parecieron eternos. Estaba rara, como si la confesión siguiera flotando entre los dos.

—¡Marina! —grité, y se volvió—. No te vayas así.

—Necesito entrar, Ricardo. Hablamos después.

—Todo… todo bien. Te juro que si hubiera resuelto las cosas y lo hubiera planificado mejor, y…

—Tú tomaste tus decisiones y yo las mías —suspiró con dolor. ¿Cómo habíamos pasado de hacer planes a esta confusión de madrugada?—. ¡Buen fin de semana!

* * *

—Me sorprende que hayas aceptado mi invitación para almorzar —dijo Murilo tras dar un sorbo a su café solo.

Era la primera vez en meses que salíamos juntos sin Héctor y Guillermo, y ninguno de los dos tenía que salir corriendo por una urgencia de trabajo. Yo llevaba gafas de sol y habría preferido estar durmiendo, pero tenía un objetivo claro.

Fue lo primero que hice al llegar a casa: le envié un mensaje a Murilo invitándolo a tomar un café. La respuesta llegó horas después, con mi amigo sorprendido no solo por aceptar, sino porque fuera yo quien lo convocara.

—Voy a ver a mi madre dentro de poco y quería hablar contigo de algo.

—Sin trabajo, por favor. Si es sobre las acciones…

—¡No! —negué—. Bueno… también tiene que ver con el trabajo, pero es algo que preferiría dejar fuera de las paredes de DataLogic —aclaré, mirando la carta sin leer, ya por mi tercer café solo. Marina me había enseñado a desayunar mejor, pero esa mañana no tenía fuerzas para nada dulce, por muy bueno que estuviera.

—¡Uhhh! —Murilo se inclinó hacia mí, apurando su café con una expresión interesada, como si fuera a escuchar un cotilleo.

—Es sobre Marina.

—¿Qué pasa con tu empleada?

—Es más que mi empleada —confesé.

Murilo se quedó inmóvil, mirándome durante unos segundos, antes de dar otro sorbo largo a su café.

—Joder… se me olvida lo certero que es Héctor. Juraste que solo estábamos viendo cosas —soltó el aire, divertido—. Si alguien me dijera que tú acabarías liándote con la becaria, pensaría que es una broma.

—No es becaria… Y no es solo eso. Me hace feliz, tío. De verdad. Me gusta lo que tenemos.

—¿Y ella es la responsable de tu repentina vida personal? Porque aún no te has quejado del trabajo, de la empresa… ni de nada, como haces siempre que nos vemos.

—Tu idea de la consultoría me resulta más atractiva que quedarme sentado viendo cómo todo crece sin rumbo. Además, Cibele ahora quiere involucrarse más y parece distinta de lo habitual. Lo viste en la última reunión del consejo.

—Creo que es ella siendo ella, después de cinco años cocinándolo todo a fuego lento para dejarte fuera de tu propia empresa —hizo una pausa dramática—. Vamos, hoy la respetan más a ella que a ti. Y tú sigues siendo el socio mayoritario.

—Sabes que es complicado, sobre todo después de aquel periodo en números rojos. La empresa ya no genera lo mismo que cuando entramos en el mercado. Necesitamos reinventarnos, y con urgencia.

—Yo dejaría que Cibele lo intentara. Déjala hacerlo —insistió—. Al final, es la hija de Ítalo y su experiencia se limita a sonreír y asegurar que tú lo resolverás todo —provocó—. Deja los frentes abiertos en sus manos. Vete a ver a tu madre a Inglaterra o algo así. Se cansará rápido de lo que sea que esté planeando.

—No tengo tanto margen. Y mi madre está feliz con Albert. Sé que le encantaría verme, pero no es tan sencillo —me rasqué la barba incipiente—. De hecho, voy a almorzar con ella dentro de poco; Albert tiene negocios en la ciudad y se quedará unos días.

—¿Y la afortunada va a conocer a tu madre?

—Justo de eso quería hablarte. Marina necesita otro trabajo y, con tu nueva consultoría, podría ser una buena oportunidad para ambos.

—¿Crees que encajaría en mi empresa?

—Es muy buena, Murilo. De verdad. Como favor, como amigo, dale una oportunidad. El cargo pesa sobre nosotros. Un paso en falso sería fatal para mí… y, sobre todo, para ella.

—Cuando hablaba de la consultoría, pensaba en ti, no en tu asistente —dijo, observándome con atención—. Si tú te vienes conmigo, el trato es el mismo.

—No quiero dejarla atrás sabiendo que las cosas aquí pueden empeorar. A mí ya me conocen. Estoy consolidado. Pero de ella pensarán mal en cuanto empecemos a aparecer juntos —exhalé con tensión—. ¿Podrías hacerme ese favor?

—Está bien —respondió con seriedad—. Si es importante para ti.

—¿Crees que estoy haciendo algo mal con Marina? Es mi empleada.

—Eso lo tenéis que resolver vosotros. No parece un lío pasajero para desahogarte: os veis a diario, dormís juntos, compartís la vida… No estarías pidiéndome esto por cualquiera.

—No salimos en público. Marina tiene miedo de que la vean, y la entiendo. Es su trabajo —solté el aire con fuerza—. Es joven, y a veces pienso que quizá la he influido demasiado…

—¿A acostarse contigo?

—¡Eh!

—Es lo que intentas decir —se encogió de hombros—. Pero, si me permites decirlo, estás más tranquilo. Hace semanas te echaba del edificio el guardia del turno de noche y aun así te llevabas trabajo a casa. Es bueno que recuerdes que hay algo más que la empresa.

—He trabajado demasiado… —admití—. Por primera vez en mi vida estoy desmotivado. Y eso que acabo de cerrar un contrato enorme. No debería sentirme así.

—Así funciona la vida. Suerte en el amor… —dejó la frase en el aire—. Estás en una buena edad, ¿sabes? Uno se cansa. Muchos amigos se casan ahora, cuando se tranquilizan y entienden que hay más que una buena racha… o, en tu caso, que un contrato millonario.

—Cuando hablaste de vender las acciones… quizá haga lo mismo con las mías —apreté la taza entre los dedos y, tras unos segundos, pregunté—. ¿No es demasiado pronto para hablar de amor? Tengo miedo de que piensen que me manipula una chica joven. O de que un día se vaya y busque a alguien de su edad.

—Lavínia tenía mi edad y era una trepa.

—Y tú eras demasiado joven cuando te casaste. No es lo mismo.

—Lo sé —rió—, pero a algunas mujeres les atrae la experiencia, tío. Os entendéis bien en la cama y fuera de ella, y estás feliz. No compliques lo que funciona. Tu verdadero problema es el trabajo, no Marina. Todo está bien.

—Eso espero —asentí, deseando que fuera verdad.

CAPÍTULO 19

Marina

¡Qué vergüenza, Dios mío!

Ricardo fue un auténtico príncipe, dejándonos en mi casa antes de irse. Esperó a que el portón se cerrara para marcharse, aunque ya pasaban de las dos, y a la mañana siguiente me escribió para preguntarme si estábamos bien.

Confesé que estaba enamorada; esa sensación de piedra en el estómago por la confesión y, sobre todo, por la reacción de Ricardo. Le importaba. Solo eso. No dejaba de tener pensamientos intrusivos sobre la posibilidad de que quisiera buscarme un trabajo lejos de DataLogic para que le resultara más fácil librarse de mí. Por ahora estábamos bien, pero sería mucho más sencillo terminarlo todo si dejaba de convertirse en un escándalo para él o para la empresa.

Podría achacarlo a la bebida, por cómo actué o por lo que dije, pero estaba a flor de piel, algo alterada por lo de Fernanda. La maldita conversación sobre los platitos.

Me quedé en el primer tequila, combinado con el cóctel de ginebra que mi prima trajo del bar, intentando soltarme con Nanda y sus amigos hasta que llegó el mensaje de Ricardo. Todo parecía tan complicado y yo me sentía en una mezcla de emociones como pocas veces en mi vida. Quizá fuera el síndrome premenstrual. Quizá mi endometriosis estuviera volviéndome completamente loca, alterando mis hormonas hasta el punto de querer hacerme llorar, reír, resentirme y, al mismo tiempo, reafirmar mi decisión de estar con Ricardo.

Durante el resto del fin de semana no vi a Ricardo. Estaba ocupado con su madre y yo necesitaba descansar, aunque fuera a

base de comida a domicilio y tapones para los oídos después de que Nanda regresara a Rio das Ostras. Él y yo intercambiamos algunos mensajes, pero se sentía extraño… sin la naturalidad de todos los días, quizá por el peso de lo que dije y de la semana separados.

Para completar mi confusión interna, empecé el día sintiéndome rara, como si cualquier cosa que me metiera en la boca me hiciera vomitar.

Aquello no podía ser efecto de la bebida del viernes.

Con mucho esfuerzo comí una tostada con mantequilla y no tuve fuerzas para hacer ejercicio. Cuando subí al ascensor de DataLogic, estaba segura de que se avecinaba otra crisis para empeorar aún más mi humor.

Ricardo tenía una reunión con empresarios de fuera y me envió un mensaje al móvil mientras estaba encerrado en la sala, a pocos metros de mí, preguntando dónde estaba, ya que ni siquiera había avisado de que había llegado a la empresa. Cerca de la hora de comer las cosas empeoraron todavía más y sentí unas náuseas tan repentinas que me dieron ganas de devolver lo poco que tenía en el estómago allí mismo, en medio de las mesas de mis compañeros.

Iba a ser un mes muy, muy malo, ya que rara vez tenía síntomas distintos de los provocados por la endometriosis más allá del dolor insoportable. El estrés del trabajo, del piso y de mi «relación» con Ricardo parecía estar pasándome factura.

—¿Estás bien? ¿Lista para comer? —me preguntó Vanessa al detenerse a mi lado, y yo me levanté para acompañarla.

Vanessa solía ser mi compañía, a menos que alguna de las dos optara por otra cosa, más ella que yo. Solíamos ir a un menú del día en la esquina, que tenía buenos precios a pesar de estar en Ipanema. Algunos otros empleados también iban allí, pero en nuestra mesa estábamos solo nosotras. Las únicas ocasiones en que comía algo más «sofisticado» implicaban pasar horas en el despacho de Ricardo trabajando, y hacía ya algún tiempo que eso no ocurría.

Sentí que me temblaba el labio al mirar a mi amiga aún envuelta en una especie de niebla. Cerré los ojos con fuerza, intentando

sujetarme a la mesa al levantarme, respirando hondo, esforzándome por hacer que la sensación desapareciera.

—Justo a tiempo. Creo que estoy mareada de hambre —murmuré, intentando bromear, y me apoyé en Vanessa, que me miraba con preocupación.

—¡Estás blanca como la pared! Vamos… vamos a comer. Ricardo te está explotando —indicó con la cabeza, en un tono más preocupado de lo normal, y estiró la mano para coger la mía—. Estás pálida y helada.

—Creo que es una bajada de azúcar —sugerí, y di un mal paso, como si la sensación empeorara aún más.

La puerta del despacho de Ricardo se abrió y Vanessa dijo mi nombre mientras intentaba sostenerme para volver a mi sitio, al mismo tiempo que todos en la oficina nos miraban por la escena que se estaba desarrollando.

—¿Marina? —preguntó Ricardo con expresión preocupada—. ¿Estás bien?

—La llevo a comer —anunció Vanessa en mi lugar, aún apretándome contra ella y de manera algo irritada, como si culpara a Ricardo. Estaba convencida de que yo estaba al borde del agotamiento sin reconocer los síntomas—. Debe de ser una bajada de azúcar.

—Hum… —Ricardo dudó, como si quisiera tocarme, pero intentara contenerse, mirándome con el distanciamiento propio de un jefe. Dolió, aunque supiera que era algo que yo misma había pedido—. Si no mejoras, será mejor que te vayas a casa. Lo que haga falta puedo enviártelo por correo. Tienes que cuidarte.

—No, estoy bien —intenté negarlo, pero otra oleada de náuseas me obligó a cerrar los ojos con fuerza.

—No lo estás, ¡deja de empeñarte! —protestó él, y miró a Vanessa, dejando escapar la irritación en la voz. Ella lo miró confundida por el tono áspero de mi jefe. Era la primera vez que muchas de aquellas personas lo veían mostrarse autoritario y decir

más de cinco palabras seguidas. Normalmente era el tipo callado y adusto que iba de un lado a otro con prisa—. ¿Puedes ocuparte de ella? Avísame si hace falta llevarla a urgencias.

—¡He dicho que estoy bien! —refunfuñé, molesta con Ricardo por ignorarme.

—Ven, Marina. Vamos a comer algo rico a ver si te ayuda a mejorar —canturreó Vanessa, sujetándome del brazo mientras Ricardo seguía observándonos desde la puerta de su despacho con gesto preocupado—. ¿Quieres descansar un poco o ya puedes caminar? Podemos esperar… Estás demasiado pálida.

—No, podemos ir.

Y bajo el escrutinio de todos, incluido Ricardo, me colgué el bolso al hombro y avancé despacio con Vanessa, deseando que las náuseas y el dolor de cabeza desaparecieran. No estaba bien.

* * *

Perfecto. Aquí va la reescritura completa, con ajustes de naturalidad, fluidez y coherencia verbal, manteniendo tu voz y el tono emocional:

Ricardo

¿Cómo estás?

La pantalla volvió a iluminarse con un mensaje de Ricardo, pero no quise contestar. No tenía fuerzas ni para levantarme, y tampoco quería que apareciera otra vez en el piso. Ya eran suficientes sus mensajes preocupados cuando yo debería estar concentrada en la primera reunión con el cliente de São Paulo después del viaje.

Después de un almuerzo ligero, pedí un Uber para volver a casa, bajo el cuidado de Vanessa, que insistió en acompañarme. No dejaba de preguntarme si estaba bien, murmurando que aquello era el resultado de tantas horas de trabajo pasando factura a mi cuerpo. Agradecía su preocupación, pero sabía que, una vez más,

terminarían echándole la culpa a Ricardo, como si fuera el jefe insoportable y explotador que todos creían que era.

En algún momento durante la comida dejé de prestar atención y solo reaccioné cuando Vanessa bromeó con que mis síntomas parecían de embarazo. Aquello me hizo dudar. Náuseas, dolor de cabeza, dolor en el cuerpo.

La endometriosis también me provocaba todo eso, además de dificultar enormemente que me quedara embarazada. Si no fuera por todas las veces que Ricardo y yo nos olvidamos del preservativo, diría que era imposible.

Pero no… ¿y si…?

Necesitaba saberlo. Así que, en lugar de volver a mi habitación y quedarme hecha un ovillo en la cama hasta que pasara el dolor, me preparé para ir a urgencias en un hospital cercano.

Fui casi arrastrándome, todavía con los síntomas desde la mañana, y mientras esperaba analizaba una y otra vez si aquella posibilidad descabellada podía ser real. La ginecóloga me había asegurado que no podía ocurrir.

Cuando por fin me llamaron, solo necesitaba que alguien me confirmara que no podía estar embarazada. Después de todo el lío de una relación escondida, un bebé lo complicaría todo aún más.

Ricardo y yo ni siquiera éramos oficialmente novios, y llevábamos tan pocas semanas juntos que ni siquiera sabía cómo reaccionaría ante una noticia así.

Él no quería tener hijos. Yo no sabía si quería tenerlos. Era demasiado joven. Y él estaba traumatizado por su padre. ¿Cómo pude ser tan irresponsable? Mi mente se llenó de recuerdos de todas las veces que Ricardo y yo fallamos con el preservativo y de cómo me desorganicé con la píldora anticonceptiva en el ir y venir entre pisos, olvidando días y horarios. ¡Mierda! No era el momento de quedarme embarazada.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó la médica.

—Creo que tuve una hipoglucemia esta mañana, pero haga lo que haga sigo encontrándome mal.

—Es posible. ¿Hay sospecha de que pueda tratarse de otra cosa?

—Tengo endometriosis, así que cualquier dolor extraño lo atribuyo a eso —dudé, mirando a la mujer mayor con bata blanca—. Incluso tomando anticonceptivos no he conseguido controlar la enfermedad. Y he estado pensando… ¿Podría estar embarazada?

Hice la pregunta en un hilo de voz. La doctora se inclinó ligeramente hacia mí, asintiendo con profesionalidad antes de mirar el historial que tenía delante.

—¿Existe alguna posibilidad? ¿Recuerdas la fecha de tu última menstruación?

—Mi ciclo es muy irregular. A veces pasan meses entre uno y otro, pero nunca le presté demasiada atención porque pensaba que no podría quedarme embarazada con la endometriosis.

—Puede ocurrir de forma natural. La endometriosis puede causar infertilidad o dificultades, dependiendo del caso, pero también es posible no tener esos problemas aunque presentes otros síntomas. Voy a pedir una prueba y, a partir de ahí, vemos, ¿de acuerdo?

La mujer tenía esa mirada compasiva de quien ya ha visto demasiados casos como el mío. La infertilidad era solo un posible síntoma. Estaba jodida, viviendo hasta entonces sin saber realmente cómo funcionaba mi propio cuerpo.

Me levanté, todavía sintiéndome extraña, y me llevaron a la sala de pruebas, donde me dieron un test rápido y me indicaron que después podrían hacer un análisis de sangre si era necesario.

Entré en el baño y esperé, sin querer que ese momento ocurriera delante de una enfermera. Por muy delicada que fuera, prefería asimilar el resultado sola, dentro del cubículo, con mi orina en un vaso y esperando a que la pequeña tira reactiva cambiara de color. Detestaba tener la intuición de que, esta vez, no era la endometriosis. Ojalá lo hubiera hecho en casa.

Fueron los segundos más largos de mi vida, encerrada en el baño de un hospital, esperando saber si mi vida estaba a punto de cambiar de repente. El corazón me latía con fuerza, las manos me sudaban, y sabía que el móvil vibrando eran más mensajes de Ricardo que estaba ignorando a propósito.

Aquello podía cambiarlo todo.

El tiempo pasó. Jadeé, cobarde, antes de decidir enfrentarme a mi destino. Extendí la mano hacia la tira y vi las dos líneas.

Me senté en el inodoro del cubículo, en shock, mientras las lágrimas brotaban como si se rompiera una presa. Me quedé inmóvil, como una estatua, incapaz de reaccionar.

Estaba embarazada.

¿Qué iba a hacer?

CAPÍTULO 20

Ricardo

¿Por qué no respondió a ninguno de mis mensajes?

Igual que la primera vez que Marina se encontró mal, allí estaba yo otra vez, más pendiente de ella que del trabajo. Vanda ya me había llamado la atención por olvidarme de la videoconferencia con unos empresarios de Mato Grosso, y no estaba precisamente de humor para debatir la propuesta de UBank después de salir del despacho con la otra empleada.

En vez de estar concentrado al cien por cien en los negocios, mi mente no dejaba de repasar todas las posibilidades sobre lo que podría estar ocurriéndole a Marina mientras no estaba a mi lado. Sobre todo después de la semana turbulenta en la que apenas estuvimos juntos.

Cuando Vanessa regresó a la oficina, le pregunté directamente por Marina. Me explicó que la había dejado en la puerta de su casa, todavía tan pálida como antes, aunque al menos algo más alimentada. Me dieron ganas de dejarlo todo y aparecer allí otra vez con sopa, medicamentos, chocolate y un maratón de The Office, pero la realidad me impedía salir corriendo.

¡Joder!

Me presioné la nuca, intentando darme un masaje, mientras nuevas notificaciones de Vanda iluminaban el móvil. Tenía el día completamente lleno y debía concentrarme en mi juego, pero mi cabeza era incapaz de apartarse de Marina. El dolor de cabeza por estrés, que llevaba tiempo sin aparecer, regresó con fuerza, palpitando hasta hacerme vibrar los párpados.

—¿Interrumpo? —Cibele abrió la puerta con un fajo de papeles en la mano. Joder, aquella tarde solo podía ir a peor.

—La reunión con UBank empieza en cualquier momento, ¿quieres participar?

—No. En realidad vengo por otra cosa.

Cibele se alisó el cabello rubio, corto, como si esperara que le preguntara cuál. En lugar de eso, me acomodé en la silla y aguardé a que hablara. Parecía extrañamente satisfecha cuando se acercó y dejó los papeles sobre mi escritorio. Tal vez había cerrado al misterioso cliente que tanto deseaba y quería demostrar que ella también podía hacerlo.

Cada día desconfiaba un poco más de Cibele.

Había pasado de ser una colaboradora valiosa —porque entendía mucho más de gestión de personas que yo— a alguien cuyo comportamiento no lograba descifrar, demasiado cómoda tomando decisiones que no le correspondían. Desde el viaje a São Paulo la estaba evitando. Algo no encajaba. Había algo detrás de todo aquello.

Mi intuición llevaba semanas gritándome que Cibele estaba haciendo algo a mis espaldas que no me iba a gustar.

—Tenemos una situación muy preocupante que resolver —declaró.

—¿Preocupante? —me enderecé en la silla, expectante.

—El viernes, cuando te pedí que te ocuparas del pago a Hamtech, lo hice porque sospechaba de algo… es decir, de alguien. —Hizo una pausa calculada—. Tenemos pruebas de que Marina está desviando dinero, Ricardo.

—Mira, Cibele… —la interrumpí. Aquella insinuación era absurda incluso antes de que terminara la frase.

—No, Ricardo. Escúchame, ya que no eres precisamente imparcial en este asunto —replicó—. Marina Cárdenas se ha aprovechado de su posición de confianza para manipular la burocracia financiera de

los contratos. Lo sabe todo, trabaja con todos. Se ha aprovechado de nosotros.

Me quedé mudo. Sentí cómo se me tensaba la mandíbula mientras ella aguardaba mi reacción. Cibele apoyó los codos en el respaldo de la silla frente a mí y me observó en silencio. Me dieron ganas de reír por lo absurdo de la situación.

¿Marina desviando dinero?

Cibele parecía hambrienta de cualquier gesto. Con una calma estudiada, sacó dos fotocopias del montón y me las tendió. Facturas destinadas a una cuenta en el extranjero.

—Desde São Paulo he estado investigándola. Algo me parecía… extraño. Tengo capturas de su ordenador, documentos firmados. Si soy sincera, es material bastante sólido para una denuncia.

—Hum —murmuré mientras arrastraba el fajo hacia mí. Bastaba una mirada rápida para ver el nombre de Marina repetido en cada página.

Aquello era imposible.

No encajaba con la Marina que yo conocía. Ella jamás haría algo así. Sobre todo después de lo nuestro.

El dolor de cabeza se intensificó, nublándome la vista, como si el cerebro estuviera a punto de estallar. Intenté mantener la compostura cuando Cibele lanzó su última carta:

—Entiendo que mantienen una relación muy… personal —hizo una pausa deliberada, saboreando las palabras—, pero debemos ser claros. Tenemos un fraude entre manos.

—¿Qué estás insinuando? —alcé una ceja.

—Que tú y Marina tienen algo —disparó sin rodeos—. Puedes negarlo, pero es lo que todos comentan. Lo noté en el viaje, aunque no los sorprendiera en nada explícito. Esas escapadas…

Dejó la frase en el aire con malicia y cruzó los brazos. Disfrutaba demasiado de aquel fajo de papeles, como si sostuviera una bomba.

—Marina Cárdenas es una empleada de confianza.

—Depositaste tu confianza en una ladrona —me cortó.

—Quiero verlo todo —respondí con frialdad—. Cada documento.

—Quédate con las copias. También puedo enviártelo todo por correo. Solo quiero resolver un asunto sensible para DataLogic.

—Sabes que acusar a alguien así puede provocar un desastre jurídico para nosotros y para la empresa —le advertí.

—Lo sé. Pero alguien tenía que actuar, porque claramente tú no lo harías.

Imbécil.

Quería usar uno de mis mayores contratos contra mí, lleno de cláusulas que yo mismo negocié y que podían afectar el mantenimiento del sistema.

La miré, consciente de que debía de tener los ojos inyectados en furia. Me sentía atrapado, esperando el golpe final. Revisaría cada documento para entender cómo había llegado a esa conclusión. No podía ser que Marina hubiera hecho lo que la acusaba, justo bajo mis narices.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Cibele.

—¿A qué te refieres?

—Con la chica. ¿Llamamos a la policía?

—Hoy no ha venido. Está de baja médica.

—Qué conveniente —replicó con sorna.

—No deberíamos hacer nada todavía —dije, odiando que la voz me vacilara. Ella arqueó una ceja—. No hasta verificar cada detalle. No podemos precipitarnos. ¿No tenemos un departamento de compliance para esto?

—Si prefieres creer que es inocente, es cosa tuya. Pero deberíamos actuar antes de que huya y nos deje como idiotas ante el mercado. —Se encogió de hombros—. Es un golpe duro para ti.

—¿De qué hablas?

—Confiar en la persona equivocada cuando no confías en nadie. Tal vez ocultarlo sea lo mejor. No quedaría bien para DataLogic que

una empleada junior nos haya robado.

—Cibele… —la advertí.

—Al final, esto recaerá sobre tus hombros. Bajo tus narices. ¿Qué clase de "tiburón de sala de juntas" no lo notaría? Quizá uno que se esté acostando con una empleada. Tsk, tsk.

Apreté la mandíbula. Una faceta suya que no conocía estaba saliendo a la luz.

—Eso debilita tu imagen de todopoderoso, Ricardo. Quizá hasta te convenga apartarte.

Ahí estaba.

—Por más que aprecie tu "preocupación", Cibele, estaré aquí para resolverlo. Ahora sal de mi despacho.

Se marchó con una sonrisa impecable, dejándome la pila de documentos.

Media hora después estaba furioso.

Irritado.

Nervioso.

Buscaba una explicación lógica en aquel rastro de operaciones: del contrato a la cuenta extranjera. Todo apuntaba a un desvío perfectamente estructurado.

Mi instinto decía que no era capaz. Incluso había querido apartarse del contrato la semana anterior. Pero si fuera cualquier otra persona, llegaría a la misma conclusión que Cibele.

Ella y su familia necesitaban dinero. ¿Había visto la oportunidad? ¿Y lo nuestro? ¿Había sido una distracción para que no notara nada? ¿Por eso aceptó nuestro acuerdo de repente?

Sentí que la cabeza me iba a estallar.

Comprendí algo que no quería admitir: quería protegerla de su propia estupidez. Negociar una salida limpia para que no acabara en prisión, aunque eso me costara poder dentro de DataLogic. Cibele lo sabía.

Tras la reunión con UBank, encargué una auditoría y una investigación privada, exigiendo absoluta confidencialidad. Si aquello se filtraba, estábamos muertos.

Intenté llamar a Marina. No respondió. Fui a su edificio. No estaba.

De madrugada llegó el informe del investigador. Era alguien de confianza. Reconstruyó cada paso y confirmó los documentos de Cibele.

Lo había hecho.

Marina nos robó bajo mis narices.

Yo amaba a una estafadora que quizá me había utilizado para encubrir su delito.

Yo la amaba. Joder.

Era el peor momento para descubrirlo. Estaba organizándolo todo para que fuera mi mujer oficialmente, para darle todo lo que podía ofrecerle.

Recibí traición en su lugar.

CAPÍTULO 21

Marina

Salí del hospital como un robot, en shock tras la confirmación del embarazo. Ni siquiera sabía de cuántas semanas estaba; necesitaría otra prueba para averiguarlo.

Mierda. Había bebido tequila unos días antes.

Desde que aquel secreto salió a la luz, lo único que percibía era la leve curva de mi vientre, como si ese pequeño volumen hubiera decidido hacerse visible de repente.

No respondí a las llamadas de Ricardo y ni siquiera me molestaron los ruidos constantes de Suzana. Solo podía pensar en qué sería de mi vida a partir de ahora, en las ganas de salir corriendo a casa de mis padres o llamar a Nanda para que me ayudara a ordenar mis pensamientos. En algún momento me quedé dormida, después de casi agujerear el suelo de mi habitación de tanto caminar en círculos intentando descubrir cómo decírselo a Ricardo. Las hormonas me hicieron ese favor, porque, si hubiera dependido de mí, habría pasado la madrugada en vela, dándole vueltas a la "novedad".

A las cinco de la mañana abrí los ojos y vi varias llamadas suyas. La batería estaba casi agotada; debía de estar preocupado, y yo allí, inmadura y asustada, escondida entre el colchón y las sábanas, deseando que todo hubiera sido un sueño. Ricardo tenía treinta y ocho años y ya tenía que lidiar con los cambios de humor de una mujer de veintitrés. Y ahora, además, un bebé.

Suspiré y me escondí bajo las mantas, consciente de que tenía que verlo y contarle lo ocurrido. Se lo debía, aunque últimamente pareciera haber una distancia entre nosotros. Me levanté arrastrando

los pies, con esa sensación en la boca del estómago que esa mañana identifiqué como náuseas.

¿Podía tomar café?

Mierda, no sabía nada sobre embarazo ni bebés. Me sentía tan joven… casi como si fuera un embarazo adolescente. A los veintitrés. Y aun así… había algo hermoso, una sensación protectora.

Era extraño y sobrecogedor que un ser tan pequeño pudiera crecer dentro de mí.

Quizá Ricardo estuviera más preparado. Yo solo me sentía perdida.

Me duché y recogí mis cosas para otro día de trabajo, prometiéndome que le respondería. Sabía que estaba evitando el tema, pero todo aquello había activado cuarenta detonantes de ansiedad, y pensar en su reacción lo empeoraba todo. Al menos las náuseas habían disminuido.

Como si lo hubiera invocado, lo encontré frente a mi casa, apoyado en el coche y con gafas de sol. Llevaba uno de los trajes que usaba a diario y parecía excesivamente serio, demasiado formal, como en sus reuniones importantes. El cabello y la barba perfectamente arreglados, lejos del aire relajado que tenía cuando estaba conmigo.

—¡Ricardo! —exclamé al acercarme.

Se mantuvo distante, sin hacer el menor gesto para acortar la distancia. Yo me sentía diminuta con la noticia del embarazo, metida en mi ropa de oficina barata, yendo al despacho como si mi vida no acabara de cambiar de la noche a la mañana.

—Pensé que ya te habrías ido, pero es conveniente haberte encontrado —dijo en tono monocorde.

Algo estaba mal. Incluso en sus días más serios, siempre guardaba alguna sonrisa para mí.

—¿Cómo que conveniente? —pregunté, confundida—. Sé que no respondí, pero llegué agotada… Y se me descargó el móvil…

—Basta de mentiras —me cortó—. ¿Cómo sabías que Cibele me lo contaría ayer? ¿Por eso te fuiste antes?

¿Contarlo? ¿Qué había contado Cibele?

—No entiendo nada. Me sentí mal. Tenemos que hablar. Después de ir al hospital recibí una noticia…

—¡Basta, Marina! —me interrumpió de nuevo—. Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunté, sintiendo cómo se me cerraba la garganta. ¿Cómo podía saberlo?

—Quiero hablar de esto… pero no aquí, en la calle.

Miré alrededor, consciente de las miradas que podíamos estar atrayendo. Ricardo apretó la mandíbula con irritación. ¿Esa era su reacción ante el bebé? Sabía que le asustaba la idea de ser padre, pero ¿tanto como para comportarse así?

—Tienes suerte de que no quiera a la policía metida en la empresa.

—¡Espera! —exclamé, desarmada por su tono y por la palabra policía—. ¿De qué estás hablando?

—Te aprovechaste de la cercanía para firmar documentos y desviar dinero. Yo no… —se detuvo un segundo, endureciendo la expresión—. El contrato está inflado y se transfirió una cantidad considerable a una cuenta a tu nombre. No sirve que finjas ser la chica humilde de Rio das Ostras con familia pobre. Manipulaste el sistema para sacar beneficio. Sé lo tentador que puede ser tener tanto dinero al alcance.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—¿Qué? Ricardo…

—Vi las firmas y las transferencias. ¿Por eso no querías que el departamento jurídico gestionara el pago? ¿Para que no te investigaran? Tengo los documentos en el coche, si quieres verlos. Hay una investigación en marcha. Decidí asumir la culpa ante los socios. Estabas bajo mi responsabilidad. Si descubren lo nuestro, todo se complicará. Prefiero que desaparezcas. No te denunciarán porque fue un error mío. Yo te dejé acercarte.

—Y no quieres que sepan lo nuestro —murmuré, herida. Era más fácil hacerme desaparecer. Como siempre temí. Sacarme de su vida de un tajo era más sencillo que sostenerme en ella—. ¿Crees que la culpa es mía?

—Sería complicado para ambos. Habrá consecuencias graves si interviene la policía y necesito que esto termine ahora. Mi abogado se pondrá en contacto contigo y firmaremos un acuerdo de confidencialidad. Devuelves el dinero y todo quedará como un mal recuerdo de lo estúpido que fui y de lo ambiciosa que fuiste tú.

—Crees que la culpa es mía —repetí, ya sin preguntar, sintiendo que las náuseas regresaban.

El Ricardo que tenía delante no era el hombre que yo conocía.

—¿Pensaste que acostarte conmigo haría que desconfiara menos? —dijo con crueldad deliberada—. Soy mayor y estoy acostumbrado a mujeres como tú. Solo no esperaba… —calló lo que fuera a decir—. No intentes huir. Estoy evitando que vayas a prisión. Estás despedida y espero no volver a verte.

Me temblaban las manos.

—No fue por eso que me fui ayer… Tenemos que hablar de otra cosa. Yo…

—No es importante —me cortó, caminando hacia el coche.

Odiaba esa faceta suya, cuando arrasaba con todo sin escuchar.

—¡No! ¡Mierda! —grité cuando abrió la puerta.

—No quiero nada más contigo, Marina. Tu despido será comunicado oficialmente mañana. Recursos Humanos se pondrá en contacto.

—¡Escúchame!

—No.

—Estoy embarazada.

Se quedó inmóvil, a medio movimiento, como si lo hubieran golpeado.

—Tenía tanto miedo… y con todo esto… —mi voz se quebró.

—No te atrevas a bromear con eso, Marina. No vas a conseguir nada de mí.

—No es una broma…

—Dijiste que no podías quedarte embarazada. Que tu endometriosis no te permitiría ser madre. ¿Y ahora, misteriosamente, estás embarazada? Deja de mentir —escupió—. No inventes algo así para calmar mi rabia. No quiero saber nada de ti. Vete. Ya no confío en ti.

—¡Mi embarazo no es una mentira!

—No me mientas con algo tan serio ni intentes escapar de las consecuencias usando una carta tan baja.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—Haz lo que quieras, Marina. No quiero nada contigo ni con ese bebé. Tú y yo nunca deberíamos haber pasado de lo profesional. No eres más que una estafadora ambiciosa.

Cuando se quitó las gafas antes de entrar al coche, vi sus ojos rojos, inyectados en sangre. No había dormido.

Recordaría ese día para siempre. Esa expresión dura, mirándome como si fuera una desconocida.

Negué con la cabeza, sabiendo que nada de lo que dijera cambiaría su decisión.

Y entonces se acabó.

Cerró la puerta de golpe y arrancó, haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto.

Me quedé allí, intentando comprender cómo, de un día para otro, me habían acusado de algo que no hice… y había perdido al hombre que amaba.

* * *

Subí a mi apartamento una vez más, resignada tras la conversación con Ricardo, pero cuanto más digería sus palabras,

más rabia sentía. Llevábamos casi seis meses trabajando juntos y semanas compartiendo casi todos los días y las noches. Y aun así, no solo creyó una mentira sin hablar conmigo primero, sino que además preparó una salida limpia, con acuerdos, abogados y yo convertida en una estafadora.

¿Quién se creía?

Media hora después estaba en el metro, camino de DataLogic, para recoger mis cosas. No iba a caer sin luchar. Si Recursos Humanos quería montar un espectáculo y llamar a seguridad, que lo hicieran. No sería una humillación mayor que la que ya me había infligido el hombre al que amaba. Mientras Ricardo hablaba, sentía las dagas clavándose una a una en mi pecho. Intentaba asesinar con palabras todo lo que yo sentía por él.

No reconocía a ese hombre frío.

El padre de mi bebé.

Al menos tenía el consuelo de que, aunque me había declarado enamorada, nunca le dije "te quiero". No se lo merecía.

Tal vez, cuando todo se calmara, Ricardo querría hablar. Pero yo ya no quería nada con él. No importa cuánto amor exista: sin confianza no hay nada. Y él me demostró que no valoraba el tiempo compartido ni las promesas que insinuó cuando habló de "hacer oficial" lo nuestro.

Cuando las cosas se pusieron difíciles, me dejó sola ante un «crimen» que ni siquiera entendía.

—Buenos días, Marina —el guardia se acercó al torno al ver que mi tarjeta no funcionaba—. ¿Algún problema?

Estaba tan furiosa que habría llamado a la policía si no me dejaban subir. Quizá habría sido lo mejor para aclarar toda la mierda que Ricardo había creído.

—No pasa nada.

—Vaya… Te abro, pero mejor ve a Recursos Humanos.

—Claro, haré eso —sonreí y caminé hacia el ascensor, esperando no cruzarme con nadie—. Era temprano; quizá aún no habían

oficializado mi despido.

Fui directa a mi mesa como un misil y empecé a recoger mis cosas en silencio. Saqué el portátil de la mochila y lo dejé sobre el escritorio, ordenando los accesorios que no eran míos. Abría y cerraba cajones cuando escuché:

—Es una osadía que aparezcas aquí.

Cibele estaba detrás de mí.

Venía acompañada por el mismo guardia de la entrada. Él parecía incómodo, pero obedecía órdenes. Qué rápido cambian las cosas. Al principio me pareció simpática, una girl boss con ropa cara. Con el tiempo, solo vi a alguien pedante, extendiendo tentáculos sobre todo y sobre todos.

Ya no era mi problema. Ricardo ya no era mi problema.

—Recojo mis cosas y me voy. Si quieres revisar la bolsa antes de salir, adelante. He dejado libros, cables y algo de ropa que es mía. Mi portátil está aquí —hablaba casi como un robot mientras seguía guardando—. ¿Quieres comprobarlo?

Cibele miró al guardia para que hiciera el trabajo sucio. Él revisó mis pertenencias y negó con la cabeza.

—Necesito ver tu mochila también —dijo ella, con malicia.

Saqué todo y lo dejé sobre la mesa: maquillaje, cartera, paraguas, llaves, una libreta y un libro.

—¿La libreta tiene contactos de la empresa? No puedes llevártela…

Abrí las páginas con calma: recetas, listas de la compra, apuntes de cursos. Mi cuaderno de reuniones era mío, con mis planes. No iba a dejar más de lo necesario.

El guardia revisó, cada vez más incómodo, y volvió a negar con la cabeza.

Guardé todo, me colgué la mochila y tomé la bolsa. Caminé en silencio hacia el ascensor. Era temprano, pero siempre hay alguien dispuesto a esparcir un rumor. Gracias a Dios, Ricardo no estaba allí.

Pulsé el botón de la planta baja, pero Cibele sostuvo la puerta y entró conmigo. Solo nosotras dos en esa caja metálica asfixiante.

—Recursos Humanos hablará contigo. Supongo que Ricardo ya te despidió, ¿no? Mandó un correo interesante de madrugada.

—Todo está resuelto, Cibele. No tengo tiempo para tus juegos.

Exhaló con fuerza, estirando la espalda.

—¿Sabes? Cuando te contraté tenía esperanza, pero no imaginé que saldría tan bien —dijo, mirando al frente—. Una chica inexperta con conocimientos suficientes para que Ricardo no cuestionara nada. Solo eras una oportunidad… y estás molesta porque te pillaron.

—¿Qué estás diciendo?

—Que fue demasiado fácil.

Las puertas se abrieron.

Salí sin responder. Ella se quedó dentro, mirándome como un halcón hasta que el ascensor se cerró.

Eso era todo.

En la acera de DataLogic, frente al imponente edificio de Ipanema donde durante unos meses me sentí realizada, lo entendí.

Demasiado fácil.

Había sido Cibele.

Me tendió una trampa. A mí. A Ricardo. A toda la empresa. Y estaba lo bastante segura como para insinuarlo en mis últimos segundos allí.

Ya no era mi problema.

No quería saber nada más de esas personas.

Tenía un futuro que resolver.

Uno que no incluía al padre de mi bebé.

Ese maldito cobarde que prefirió creer a otra antes que a mí.

CAPÍTULO 22

Marina

Primero me hice la orgullosa, intentando recomponerme y prepararme para lo peor.

Según Ricardo, estaba acusada de robo y Recursos Humanos, junto con un abogado, se pondrían en contacto conmigo. En lugar de eso, recibí un correo escueto en mi cuenta personal notificándome mi despido y el pago de todos los derechos correspondientes a casi seis meses de trabajo.

Extraño.

Al final de la tarde estaba desempleada, amenazada y embarazada.

Embarazada de mi jefe, que me rechazó y me llamó estafadora.

Y tal vez era ese bebé el que me llevaba de un extremo a otro emocionalmente, con la misma intensidad con la que quería insultar a Ricardo y llorar por la forma en que me había tratado. Nadie deja de amar así, de la noche a la mañana. Todo en mí dolía, porque no esperaba un golpe como ese. Quería a Ricardo delante para gritarle, herirlo… y también besarlo, abrazarlo, desahogar toda la confusión que tenía en el pecho.

Encerrada en mi habitación, apoyé la frente en las rodillas y lloré de impotencia. Dos días antes estaba feliz, dudando ante la idea de que Ricardo quisiera buscarme otro trabajo para hacer oficial nuestra relación… pero feliz.

Ahora tenía mi respuesta.

Aun así, me oprimía el pecho no poder contar con él. Yo pensaba que, por muy obsesionado que estuviera con el trabajo, se alegraría

por el embarazo. Al final, era lo que todos decían: un jefe insoportable. Duro. Impaciente. Un idiota.

Sobreviviría sin él.

De alguna forma superaría ese dolor. Mi bebé y yo seríamos más fuertes. Y cuando él se diera cuenta de su error, ya no sería asunto mío. Ya no dolería.

Pero en ese momento… en ese preciso momento, esperaba la primera lágrima para que se rompiera la presa que llevaba conteniendo desde su mirada fría aquella mañana.

Durante unos minutos, después de descubrir el embarazo, imaginé que podríamos ser felices. Que él, yo y este bebé podríamos ser una familia.

Qué ilusa.

Me limpié el rostro, pero una lágrima dio paso a otra, y a otra más. Durante cinco minutos me entregué a un llanto silencioso, intentando ahogar el sonido cuando escuché música en el salón.

Maldición… Suzana.

Mientras yo me desmoronaba, mi compañera de piso preparaba otra noche de música, incienso y cigarrillos con sus amigos de la universidad.

Para mí, eso fue suficiente.

No quería quedarme allí ni un minuto más.

Llegué a esa ciudad llena de sueños y me había devorado de todas las maneras posibles. Quería a mi madre. A mi padre.

Tomé el móvil y busqué un billete para Rio das Ostras.

No era una huida, como Ricardo insinuaba, sino un nuevo comienzo. Antes o después, alguna autoridad querría investigar todo aquello. Yo no debía nada a nadie, pero sabía que, en casos así, la cuerda siempre se rompe por el lado más débil. Y hasta entonces quería estar lejos.

Abrí la galería para copiar el número de mi documento y vi el recuerdo que la aplicación marcaba: exactamente un mes antes,

Ricardo y yo sonriendo a la cámara.

Aún no podía creer lo fácil que le resultó culparme.

A Ricardo no le gustaba hacerse fotos, pero yo adoraba capturar momentos cuando no se daba cuenta. Tenía una galería entera de recuerdos espontáneos que borraría cuando tuviera fuerzas. En ese momento solo sentía dolor y miedo al futuro.

Compré el billete y me levanté para hacer la maleta. No tenía muchas cosas. Algunas se quedaron en el apartamento de Ricardo y no me atrevería a reclamarlas. Lo demás cabía en una maleta: ropa, zapatos, cremas, perfumes, ropa de cama, libros. Los muebles ya estaban allí; los vasos y los platos podían quedarse.

Mi vida cabía en una maleta.

Una hora después tenía una bolsa y una mochila listas. Me colgué la mochila a la espalda y arrastré la maleta hasta la puerta. La música estaba más alta.

No echaría de menos a Suzana.

Estaba en un rincón, hablando intensamente con una chica rubia de pelo corto. Había más personas, pero me fijé en ella. Tenía una hora para llegar a la estación.

—Suzana, necesito hablar contigo…

Sonrió y se acercó con un vaso en la mano, ligeramente colocada.

—Si es por la música, ni está tan alta…

—No, escúchame.

—Tu energía no está bien, vamos a respirar… —hizo un gesto absurdo con las manos.

—¡Déjate de eso! ¿Puedes escucharme?

—Cálmate, Marina, es solo una fiesta. Deberías venir a alguna. Solo trabajas, trabajas y trabajas —se burló.

—¿Sabes qué? —perdí la paciencia—. Quería hablar tranquila, pero no se puede. Estoy harta de tus fiestas. Quédate con el apartamento, ya no puedo pagarlo.

—¿No puedes? ¿Y no me avisaste? —la buena vibra desapareció al instante.

Me ajusté la mochila.

Siempre planeé una salida limpia: el mes pagado y aviso previo. Pero el destino decidió por mí… y por mi hijo.

Otra noche con olor a incienso era demasiado.

—¿Te vas ahora? ¿Y qué voy a hacer yo?

—No es mi problema.

—¡No puedes hacer esto!

—Claro que puedo.

—¡Te puedo demandar!

—Y el propietario puede demandarte por subarrendar una habitación sin permiso —respondí con sarcasmo.

—Pero volverás por tus cosas, ¿no?

Salí sin responder.

La oí gritar mi nombre en el pasillo. Seguro fue a mi cuarto y comprobó que estaba vacío.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, aún no había salido del apartamento, pero sabía que lo haría. Toda su filosofía zen no sobreviviría ni un mes sin poder pagar el alquiler.

Pedí un coche. Por suerte, uno aceptó enseguida.

—¡Marina! —gritó desde la entrada cuando cerré la puerta del vehículo.

—¿Esperamos? —preguntó el conductor.

—No. Vámonos. Cuanto antes, mejor.

El coche arrancó, dejando a Suzana en la acera con expresión atónita mientras nos alejábamos por las calles de Botafogo.

* * *

Lo hice todo en automático en cuanto entré en la estación de autobuses. Billete, embarque, algo de comer en la parada, bajarme y coger otro Uber hasta la casa de mis padres. Si pensaba demasiado, volvería a llorar desconsoladamente, como antes de comprar el billete de forma impulsiva. Cuando llegué a Rio das Ostras ya pasaban las diez, después de un día tan, tan largo que todo pareció suceder al mismo tiempo.

Llamé al timbre del portal, enredada con la maleta mientras buscaba las llaves.

—¿Quién es? —gritó mi madre antes de asomarse por encima del muro y mirarme con preocupación—. ¿Marina? ¿Qué pasa? ¿Estás bien, hija? Es mitad de semana…

Siguió murmurando frases inconexas mientras abría la puerta. Fue entonces cuando me derrumbé. Verla allí, delante de mí, hizo que el llanto que tenía atragantado me subiera a la garganta en mitad de la calle. Dejé las cosas en el suelo y me lancé a abrazarla.

—Mamá… —gemí, apretada contra ella.

—¡Osvaldo! —gritó, y mi padre salió corriendo, mirándome confundido mientras mi madre tomaba el control de la situación.

De alguna manera, mi padre recogió mis cosas y mi madre me metió en casa. Me duché todavía entre lágrimas y me acomodaron en mi antigua cama individual como si fuera una niña, en el cuarto que, aunque ya no conservaba recuerdos claros de cuando vivía allí, seguía siendo mi refugio cada vez que iba de visita. Mi madre no hizo preguntas; simplemente se quedó conmigo, acariciándome el pelo y obligándome a comer un poco de la cena que apenas había guardado en la nevera, sentadas en la cama.

—Me despidieron —murmuré cuando se sentó a mi lado, dejando el plato aparte, claramente dispuesta a quedarse el tiempo que hiciera falta hasta que yo pareciera estar mejor—. Y fue horrible…

—¿Estás así porque te despidieron?

—Me acusaron de robo. Hablaron de la policía y me asusté, mamá. No entendí qué estaba pasando.

—¿Que hicieron qué? —preguntó con rabia, casi dando un salto en la cama, y yo sabía que doña Marta en persona iría a la sede de DataLogic a tirar de las orejas a quien me hubiera hecho daño.

—No lo sé muy bien. Hablaron de desvío de dinero y de documentos con mi firma. Entré en pánico cuando lo descubrí. —Me detuve, esperando que el nudo en la garganta se calmara. Tardaría en poder hablar de aquello sin sentirme tan herida—. No es solo eso. Ricardo lo creyó, mamá. Dijo que yo era una estafadora y me echó. Y me hizo tanto daño… Fui tan tonta.

—No hiciste nada malo, cariño. Solo te enamoraste.

Mi madre me acarició el pelo y sonrió con serenidad. Era un bálsamo en medio del caos, acogiéndome después de todo lo que había pasado.

—Es que no tuve cuidado, mamá. Sé que debería haberlo tenido, pero las cosas pasaron y…

—¿Qué estás intentando decirme, Marina?

—Estoy embarazada —anuncié, hablando rápido, como si los nervios pudieran mejorar la situación. Aún tenía miedo de la reacción de mis padres—. Y sé que no era lo previsto, pero…

—Eh, tranquila. No te preocupes, hija —me interrumpió. El silencio flotó durante unos segundos antes de que mi madre me atrajera hacia otro abrazo fuerte, justo el que necesitaba desde el momento en que vi las dos rayitas en el test. Desde que todo pasó con Ricardo—. Un bebé es algo maravilloso.

—Pero soy joven y no tengo trabajo… Y él y yo no teníamos mucho… Y mira todo este lío…

—Ya hablaremos de tu trabajo, pero primero necesitas calmarte. No le hace bien al bebé que estés así. Tal y como llegaste… Si hubieras avisado, habríamos ido a buscarte.

—Estaba tan triste y sabía que aquí todo estaría bien —suspiré—. Tenía tanto miedo de contároslo. Sobre todo después de la reacción de Ricardo.

—¿Se lo dijiste y aun así creyó esa mentira del robo?

—Cree que me inventé el embarazo. Me despidieron alegando desvío de dinero y yo no hice nada, mamá. Tú me criaste bien para no hacer algo así, pero él lo creyó. Y ahora estoy sola.

—No, no lo estás. No tienes que tener miedo. Ven… —me apretó con más fuerza—. Estoy feliz, cariño. Un nieto es una bendición y voy a ayudarte en todo lo que necesites. Los dos lo haremos. Tienes casa y apoyo; no necesitas a ese idiota —continuó, deslizando los dedos por mi rostro en una caricia como las que me hacía cuando era niña.

Eso hizo que las lágrimas empezaran a caer más despacio, sabiendo que por fin podía empezar de nuevo. Por mí y por ese bebé.

—Tu padre también se va a poner contento. Está loco por los niños.

—Perdón por decepcionaros… —dije, con el mentón temblando de nuevo, y mi madre frunció el ceño, sin entender bien mi reacción. Yo era un cliché con toda la situación con Ricardo. Odiaba haberme enamorado.

—No nos has decepcionado. Pero ese idiota… el padre del bebé. Más le vale no cruzarse en mi camino —amenazó antes de abrazarme y quedarse conmigo hasta que me dormí.

CAPÍTULO 23

Ricardo

Como había previsto, Marina desapareció.

Si eso no era una prueba de culpabilidad, no sabía qué más podía ser.

Después de que el investigador apareciera, pasé el resto de la madrugada pensando qué hacer con Marina. Tras hablar con un abogado y diseñar un plan de auditoría, quedé satisfecho con la solución que encontré: todo muy impersonal, para dar explicaciones a los socios y seguir adelante como siempre había hecho. Y fingir que la acusación de Cibele no había ocurrido y que yo tampoco había sido un idiota engañado por una chica quince años más joven. Todo en aquella historia parecía una locura improbable, perfectamente respaldada por aquellos documentos.

El investigador pidió más tiempo para comprobar la autenticidad de la documentación, pero los indicios eran claros: firmas y envíos desde cuentas personales de Marina con importes que para ella parecían enormes, pero que para la empresa no suponían gran cosa. Sumando los desvíos, no llegaban a 500.000 reales en seis meses, una cantidad que ni siquiera daba para comprar un piso en Río de Janeiro. Por eso me parecía probable que realmente lo hubiera hecho.

Por eso no quería enamorarme.

Mientras que las mujeres eran complicadas, mi trabajo era previsible; me daba toda la adrenalina que quisiera sin tener que sentir ese dolor ni esa opresión en el pecho que sentí al ver la expresión herida de Marina frente a su edificio. La herí. Se lo merecía. Y aun así, no me sentó bien.

Joder, odiaba esa sensación de nudo en el estómago, el dolor de la traición y las ganas de emborracharme hasta hacerlo desaparecer todo. De comprar una maldita tarta con café para "curar donde duele".

Por primera vez en muchos años, ignoré mi trabajo.

Fue lo primero que hice después de encontrarme con Marina. Volví a casa y me senté en el sofá con un vaso de whisky, intentando entender cómo la chica dulce y competente era también una estafadora que había robado dinero de DataLogic. Le dije a Vanda que tenía una comida con clientes durante toda la tarde y desaparecí, intentando aclararme la cabeza.

Joder, aclararme el corazón.

Me había removido demasiado.

Y yo, como un idiota enamorado, le di la oportunidad de huir porque la idea de verla en la cárcel me dolía, aunque se lo mereciera.

Así que escuché todas sus excusas, incluida la mentira del embarazo, y la saqué de mi vida. Pero no era fácil. Mi despacho en la empresa sería un gran espacio vacío lleno de recuerdos. Marina había invadido mi vida organizada y lo había cambiado todo.

Quizá nunca podría volver a ser el Ricardo de antes.

No sabía si quería volver a serlo.

Un vaso se convirtió en dos, luego en tres, y pasé la tarde emborrachándome para intentar entender la traición. En algún momento me quedé dormido, ignorando la situación deplorable —e irresponsable— de un hombre de casi cuarenta años bebiendo por un corazón roto, tragando whisky como si fuera cerveza barata.

Me habían utilizado por dinero. Y aun así, seguía deseándola.

Me desperté a la mañana siguiente decidido a ahogar esos sentimientos, fingiendo cierta normalidad aunque tuviera una batería de escuela de samba retumbándome en la cabeza por la resaca.

Todos los pedidos de tarta a domicilio durante la borrachera parecían una broma pesada.

Como a nadie parecía importarle si estaba trabajando o no, me quedé en casa.

Debería haber vuelto, sobre todo después de cerrar la propuesta con UBank, pero no quise. Durante una semana le di vueltas a la situación, esperando que Cibele convocara una reunión con los accionistas de DataLogic, e hice lo mínimo imprescindible. Ella conocía mi punto débil y lo había usado: Marina. El siguiente paso sería apartarme de la empresa con la excusa de mi falta de atención o hacer que me sintiera tan avergonzado que yo mismo deseara marcharme.

Esa era la última pieza del puzle de Cibele. Mientras yo la consideraba agradable, haciendo su trabajo mientras yo hacía el mío, ella estaba esperando cualquier paso en falso para sacarme de DataLogic.

Me sentía empujado cuando ya estaba al borde. Irme de la empresa era una idea que llevaba meses rondándome, desde las conversaciones con Murilo, Héctor y Guillermo. Pero, al parecer, en vez de una salida tranquila —aunque reticente, para no dejar a ningún cliente colgado—, yo simplemente "saldría".

Cibele y quienes la apoyaran en la directiva y entre los socios quizá no me darían el privilegio de negociar. Y, joder, parecía satisfecha cuando dejó aquellos documentos sobre mi mesa y destrozó mi mundo. Así que, en vez de culparme por haber sido un idiota, bajé al gimnasio del edificio y descargué la rabia con las pesas. Y bebí más. Y traté de tomarme unos días de descanso hasta ese final definitivo que nunca llegó.

Pasaron dos semanas de espera hasta que comprendí que no iba a pasar nada.

Volví al trabajo como antes, fingiendo que no había ocurrido nada.

Puede que hubiera rumores a mis espaldas, pero el primer día que pisé el edificio me sentí como si regresara de uno de esos viajes

largos de trabajo.

Los correos electrónicos me sepultaron y devolví llamadas pendientes tras toda la situación. Incluso Vanda me estaba volviendo loco con la lista de tareas atrasadas. Casi parecía como si Marina nunca hubiera existido. Si no fuera porque la veía en todas partes del despacho: en la mesa frente a mi puerta o en cada rincón que había ocupado dentro de aquella empresa. Joder, me estaba volviendo loco. Ni siquiera podía beber una Coca-Cola sin pensar en ella.

Me recriminé por enésima vez haber dejado que mis pensamientos volvieran a Marina cuando no merecía ninguno. Repasaba cada momento entre nosotros, intentando entender qué era lo que realmente sabía.

¿Yo era el medio para un fin? ¿Lo que tuvimos formaba parte del plan? ¿Quizá había estado cogiendo pequeñas cantidades con la esperanza de hacerlo durante meses sin que la descubrieran?

Y luego volvía a casa y todo era aún peor. Solo, era consciente del agujero en el que me estaba metiendo. Guillermo, Murilo y Héctor intentaron sacarme de casa, pero no respondía a ninguno. Ni siquiera era capaz de explicar lo que estaba pasando. Sabían del desvío de dinero y del cambio de responsabilidades en DataLogic, pero era incapaz de relatar la traición de Marina sin sentir el mismo nudo en el pecho, incluso dos semanas después.

Me resignaba a sufrir en silencio, esperando el día en que dejara de pensar en Marina o en los malditos documentos.

No conseguía olvidarla. Su voz, su olor, su calor. Nunca me había obsesionado tanto con una mujer como con ella. Me enamoré. Y necesitaba descubrir cómo desenamorarme antes de que aquello terminara de romperme.

—Joder —murmuré frustrado, pasándome las manos por el pelo y desordenándolo. Llevaba tiempo sin cortármelo. Incluso tenía una barba descuidada, algo que no me pasaba desde hacía años.

Quizá, si hubiera habido un final claro, las cosas serían distintas. Pero solo tenía una huida y un regreso a DataLogic. Necesitaba

buscar al investigador y pedirle que retomara el trabajo. Necesitaba más respuestas que aquel informe con firmas y una cuenta corriente en el extranjero. Necesitaba encontrar yo mismo un final para aquella historia.

* * *

—¿Y si no fuera ella? —le pregunté a Murilo dos meses después del despido de Marina, mientras compartíamos un almuerzo en un restaurante de Ipanema para hablar de la consultoría.

Al igual que Murilo, yo necesitaba salir de DataLogic cuanto antes por el conflicto de intereses, pero, a diferencia de él y de su 2 % en la empresa, tenía que resolver demasiados entresijos burocráticos con los abogados antes de tomar cualquier decisión.

Pero aquel día, en concreto, ese pensamiento no me dejaba avanzar. Llevaba tiempo rondándome. No podía seguir guardándomelo.

—¿Cómo?

—Marina. ¿Y si no fue ella? O al menos no ella sola.

—¿Sigues pensando en eso? —preguntó Murilo.

Él y yo estábamos trabajando juntos en la idea de la consultoría tecnológica. La reunión con los socios se celebró más de un mes después de que Marina dejara Río de Janeiro y aproveché la ocasión para contarles a Murilo, Héctor y Guillermo lo que había pasado. Les pedí que no volviéramos a sacar el tema y lo respetaron, pero de vez en cuando yo parecía un disco rayado, dándole vueltas a lo que realmente ocurrió.

La reunión fue meramente protocolaria y se decidió que hacer público un delito como aquel nos haría perder más dinero que asumir la pequeña cantidad que Marina había desviado. Cibele tomó el control del panel y, a partir de ahí, salvo mis amigos, parecía que nadie quería escuchar nada sobre mi trabajo ni sobre las empresas

con las que estaba negociando. Perdía peso cada día, hasta convertir mi rutina allí en algo insostenible.

Las semanas enfriaron la sensación de traición y, poco a poco, empecé a notar que algo no encajaba. Teníamos un desvío de dinero en una empresa especializada en seguridad y tecnología y nadie convocó una segunda reunión para hablar de una auditoría.

¿Cómo era posible?

El investigador regresó con transferencias que se habían perdido en cuentas en el extranjero y con firmas que, en teoría, lo confirmaban todo. O lo dejaba correr, o solicitaba el levantamiento del secreto bancario y la denunciaba formalmente. Y no iba a hacer eso.

—¿Hay algún intento de compra hostil de mis acciones en marcha? —le pregunté.

—¿Cómo?

—¿Alguien se ha puesto en contacto con los socios minoritarios para forzarme a vender? Quizá no contigo, ni con Guillermo ni con Héctor, porque sabrían que me lo diríais a la primera. Pero tú querías vender tus acciones. ¿Y si alguien más…? —resoplé, dándome cuenta de repente de que aquello tenía muchísimo sentido.

—Ricardo, tranquilo… ¿De qué estás hablando? No te sigo.

—Han pasado dos meses desde el desvío y no se ha hecho nada.

—Pero tú pediste que no se hiciera nada. Y en aquella reunión todos estuvimos de acuerdo en que era lo mejor. —Suspiró con fuerza, buscando las palabras—. Sé que sigues pensando en ella, pero es momento de dejarlo, Ricardo. Esa chica…

—No quise involucrar a las autoridades, pero la empresa perdió dinero y la seguridad es nuestro buque insignia. Ni siquiera creo que consultaran a Gerardo. No podemos fingir que no ha pasado nada. Nadie convocó una reunión, nadie… —me interrumpí—. Fue todo demasiado rápido, ¿no? En aquel momento yo estaba alterado, pero ahora resulta extraño.

—¿Vas a hacer algo?

—Ese no es el punto. Creo que Cibele tiene un plan.

—Bueno, ya que lo dices… —se aclaró la garganta—. Hay algo en el informe del investigador que noté y creo que deberías revisar. Sin involucrar a nadie más, solo tú. —Hizo una pausa—. Las firmas no cuadran.

—¿Cómo que no cuadran?

—Una parte clave del supuesto fraude de Marina eran las transferencias a cuentas en el extranjero. Ella desapareció y el dinero también, pero desde que revisé los recibos falsos hay algo que me incomoda. No coinciden con ningún documento interno que Marina haya firmado. —Murilo suspiró—. Pídele al investigador que haga un análisis comparativo o como se llame eso.

—¿Pero la cuenta extranjera no tenía la misma firma? El investigador lo confirmó.

—La misma que aparece en los recibos, sí. Pero no la misma que la de Marina en otros documentos oficiales de la empresa. Pensé que quizá ella la había falsificado para no dejar rastro, pero no tiene sentido —continuó—. El problema es que el dinero ya se retiró. Si no acudimos a la policía, será imposible rastrearlo.

—No quiero…

—Creo que Marina es tan víctima como la empresa —me interrumpió Murilo, y escuchar aquello me sacudió por dentro—. Alguien utilizó vuestra relación para evitar una investigación a fondo. Sabían que ella era tu punto débil.

—¿Y si fue ella?

—Entonces pagará por lo que haya hecho. Pero Marina no va a encontrar trabajo en meses. Cibele se encargó de difundir el rumor de que se fue por incompetencia y por otras cosas que «el departamento jurídico» no podía comentar.

—No puede ser. Yo dije…

—Te aislaste después de todo y pediste que no siguiéramos investigando. Y como no habría consecuencias para nadie, nos callamos nuestras teorías —continuó—. Pues bien, creo que te

tendieron una trampa. Y tu idea de una adquisición hostil puede hacerse realidad si no vendes por voluntad propia en los próximos meses.

—Joder, Murilo…

—Pensé que lo verías antes. Me alegra que hayas despertado.

—Tengo que hablar con el investigador… —murmuré mientras deslizaba el dedo por la pantalla del móvil en busca de su contacto —. No sé qué hacer si esto es verdad.

—Le pides perdón.

—No es eso. —Me pasé la mano por la cara, sin saber qué pensar —. Si es verdad… aparté algo valioso por miedo a que me hicieran daño, porque preferí creer a los demás. Y ahora parece que vivo dentro de una carcasa… en un entorno vacío. Vacío de sentido, de sentimientos… Todo es hueco. Y la necesito desesperadamente de vuelta.

—Te has convertido en un idiota enamorado. —Murilo sonrió con provocación—. Pero lo arreglarás. Primero necesitamos respuestas.

—No lo entiendes. Si esto es verdad… se acabó. He tardado todo este tiempo solo en contemplar la posibilidad de que no fuera una traición. —Cerré los ojos, sintiendo cómo el dolor de cabeza volvía a instalarse en mi vida desde que Marina desapareció—. Evité conocer la verdad porque era más fácil. Tenía miedo de descubrir que estaba cometiendo un error. Y eso seguía rondándome.

—¿Prefieres que sea una estafadora?

—Sería más sencillo así. —Solté el aire, con el peso aún aplastándome el pecho.

CAPÍTULO 24

Marina

—Voy a coger mi bolso y podemos irnos —me dijo mi madre con prisa, mientras yo la esperaba fuera de casa, sentada en el porche y sintiendo el aire fresco.

Era una época del año más templada y sabía que en Río de Janeiro eso no significaba gran cosa, pero allí sí se notaba algo más de brisa. De todos modos, mi hijo o hija pasaría más tiempo en pañales, por el calor, que con cualquier otra ropa. Y la cita de ese día sería para verlo por primera vez.

Cuando llegué a Rio das Ostras, asustada por todo lo que había pasado, no había hecho nada respecto al embarazo más allá del análisis y la confirmación en el hospital.

Mi madre me dejó unos días más en casa, intentando lidiar con el dolor por Ricardo y con el cambio de vida, hasta que una mañana, una semana después de mi llegada, dijo que necesitaba intentar salir y me arrastró al restaurante.

Durante las horas siguientes no pensé en nada más que en ayudar en la cocina y atender a los clientes. Al final de la mañana me descubrí preparando una sencilla mousse de maracuyá que fue todo un éxito en el restaurante.

Técnicamente no tenía que preocuparme por el dinero ese mes, porque aún me quedaban parte del sueldo y la indemnización. La policía nunca apareció y no sabía hasta qué punto estaba «quemada» en el mercado laboral. Ni siquiera lo intenté. Además, sería extremadamente difícil conseguir trabajo estando embarazada. Nanda incluso llegó a plantearse demandar a DataLogic, pero yo todavía tenía miedo por toda la situación del desvío de dinero.

Por primera vez en una semana, después de aquella mousse de maracuyá, me sentí yo misma otra vez, como si las cosas pudieran encarrilarse.

Estuve tres meses con Ricardo y, debido a la endometriosis, mi menstruación nunca fue regular. Entre eso, el fallo del anticonceptivo y el olvido del preservativo, no tenía ni idea de lo que estaba pasando en mi cuerpo.

En aquella semana de «duelo» por todo lo ocurrido, fingí que ese bebé no existía, porque ya tenía demasiadas cosas en la cabeza. Pero ya era hora. Necesitaba asumir la responsabilidad por mi hijo o hija, averiguar de cuántas semanas estaba y empezar a informarme sobre su desarrollo.

Con ese ánimo fui al centro de salud a la mañana siguiente para preguntar por el control prenatal. Con la consulta ya programada, empecé a buscar en internet qué necesitaba un bebé. Después de hacer algunos cálculos, tomé la decisión de reactivar mi negocio de repostería. Debía aprovechar mientras la barriga aún no pesara ni me cansara para aceptar el mayor número posible de pedidos de dulces y tartas y así poder comprar las cosas del bebé.

También volví al restaurante a tiempo completo para ayudar a mis padres y aprovechar la cocina industrial, pero sobre todo para distraerme. Quedarme en casa, mirando las paredes, viendo fotos antiguas y esperando un mensaje de disculpa que nunca llegaría, no me hacía bien.

Estaba tomando las riendas de mi vida.

Algunas personas decían que ciertos dolores nunca se iban, pero que se volvían más fáciles de llevar. Aquello era el comienzo de la sanación, sin llorar ni resentirme por la víctima en la que me había convertido a manos de Cibele y Ricardo. Era mirar hacia adelante, hacia un buen futuro con mi hijo.

Y así el tiempo fue pasando. Y dejé de llorar.

Seguía doliendo. Pero menos que el día anterior. Quizá más que el siguiente.

Así es la vida.

—Te espero, mamá. Tranquila. Tenemos tiempo.

—¡Es rapidísimo! —entró de nuevo casi volando, después de haber venido del restaurante. Era el final de la hora punta del almuerzo y por eso podía acompañarme a la primera ecografía.

Mi padre estaba igual de ilusionado con el bebé, pero alguien tenía que quedarse en el restaurante. Incluso hablaban de montar una habitación para el pequeño, lo cual sería de gran ayuda para mí en aquellos primeros meses de incertidumbre. Cualquier ayuda sería bienvenida.

Miré hacia abajo; mi barriga parecía extrañamente más alta desde que descubrí el embarazo, con un volumen que no me permitía calcular de cuánto estaría. Era como si el bebé se hubiera esforzado en esconderse hasta que yo supiera que estaba ahí dentro. Mi madre decía que yo era de esas mujeres que «sacan» barriga muy rápido.

—No te esperaba, ¿lo sabías? —dije en voz alta, distraída mientras me acariciaba el vientre. Quizá ya me entendiera. Quizá necesitara decirlo en ese momento, a solas—. Ni siquiera sabía si quería tener hijos, pero ahora que estás aquí… lo eres todo para mí. ¡Ya te quiero tanto! —añadí con una sonrisa en los labios.

—¿Lista? —preguntó mi madre una vez más desde la puerta, y yo me levanté con cuidado, acomodándome el vestido sobre el cuerpo. Tenía una sonrisa igual de suave, como si hubiera escuchado mi confesión al bebé.

—Lista.

* * *

—¿La médica llegó a alguna conclusión sobre el tiempo de tu embarazo? —preguntó mi madre mientras esperábamos la ecografía. Aunque me acompañó al centro de salud aquel día, decidí llevar el control prenatal sola. Ella se quedaba fuera y luego regresábamos caminando juntas, porque estaba muy cerca.

—La prueba es para confirmarlo. Mi menstruación es demasiado irregular como para hacer una estimación. La barriga está grande, pero ya sabes…

—¿Y si fueran gemelos?

—¿Cómo que gemelos? ¡Es imposible!

—Puede que esté más avanzado… o que sean gemelos, de verdad. Tengo muchos primos gemelos, ¿lo sabías? Como casi no vamos a Belford Roxo, creo que no te acuerdas. Dos de tus tíos tuvieron gemelos…

—¿En serio? ¿Tú crees? —suspiré, todavía temerosa—. ¿No lo notaría?

—Empiezan a dar patadas después del cuarto mes.

—¡Marina Cárdenas! —gritó alguien al final del pasillo y me levanté, saludando a la mujer.

En cuanto entramos en la pequeña sala, nos dio indicaciones para cambiarme y tumbarme en la camilla; dijo que la técnica aparecería en cualquier momento y luego indicó a mi madre que se sentara en una silla en el rincón. Como eran las primeras semanas, no había todo ese gel en la barriga que se ve en las novelas, sino un transductor alargado que se introducía para hacer una ecografía transvaginal.

La técnica entró en la sala y nos saludó. Era una señora de casi sesenta años, con el pelo corto y gafas de montura gruesa. Explicó el procedimiento paso a paso, asegurando en cada etapa que todo iba bien con el embarazo.

—¿Puedo ver algo? —pregunté, y ella giró la pantalla hacia mí.

—Quería dar una sorpresa. —Sonrió—. ¿Lo ves?

—¿Ver qué? —Me acomodé mejor y mi madre se inclinó, mirando la pantalla con la misma atención que yo—. Hay dos… dos manchitas ahí, ¿es eso?

—¡Gemelos! —La mujer sonrió y asintió con la cabeza, confirmándolo—. Tendrás dos bebés, querida. Está todo bien, como te dije antes.

—¿Gemelos? —repetí, medio aturdida por la información. ¿Dos bebés? Cuando mi madre lo sugirió sonó a locura, y allí estaban las dos manchitas explicando el tamaño de mi barriga. Dios mío. Gemelos.

—¿Lo ves? —intentó señalarme en la pantalla—. Uno… y dos…

—Y eso… ¿son niños?

—Tienen las piernas cerradas, pero si quieres saberlo con certeza, puedes hacerte un análisis de sangre.

—Es demasiada información.

—Lo sé. La gente suele entrar en shock cuando lo digo. Siempre es igual. —Se rio, y yo me giré hacia mi madre con una sonrisa indecisa.

—¡Dos bebés, mamá!

—Dos bebés para alegrarnos la vida —respondió ella, y le apreté la mano, todavía confundida por la revelación.

—¿Estás lista para escuchar sus corazones? —Y, sin esperar mi respuesta, la mujer activó el sonido que se quedaría grabado en mi mente para siempre. Dos latidos fuertes y claros que hicieron que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Ricardo se estaba perdiendo todo aquello porque quería. ¿Cómo podía ser capaz?

Me llevé la mano al vientre mientras volvíamos a casa. A pesar de la protuberancia, no me sentía madre. Saber que tenía a dos personitas dentro de mí era una locura enorme. Una buena locura.

Mis hijos serían mi fuerza.

—Mamá, ¿puedo usar la cocina del restaurante en otros horarios?

—¿Por qué? Pensé que podías cocinar cuando estamos allí. No debes esforzarte, Marina.

—Reactivé el Instagram de la pastelería, pero no he buscado clientes. Si necesito cocinar más, quizá interfiera en el día a día del restaurante. —Suspiré—. Son dos, mamá. El gasto es el doble. Necesito ganar más dinero.

—Y el amor será el doble.

—Tengo tanto miedo…

—Todas las madres somos así, cariño. Da mucho miedo, pero lo sacamos adelante.

—¿Fue así contigo?

—Aún lo es. —Sonrió—. Úsala cuando quieras, Marina. El espacio es tuyo. Se mezclará un poco con nuestra comida, pero nos organizaremos. Eso sí, por favor, no te esfuerces demasiado. Lo solucionaremos, ¿vale?

—Sí, lo solucionaremos. —Le sonreí, sabiendo que hablábamos de mucho más que de un espacio en la cocina. Haré de esos bebés grandes hombres o mujeres. Aprenderemos juntos.

Porque por ellos sería capaz de todo.

Incluso de olvidar el amor que sentía por el hombre que me rechazó. Enterrar cada sentimiento que tuve por Ricardo para darles la mejor vida posible.

Dos. Mis dos amores. Mis únicos amores.

CAPÍTULO 25

Ricardo

—Por mucho que os aprecie, es una visita inesperada —dije sin saludar cuando abrí la puerta de mi apartamento y me encontré a Héctor, Murilo y Guillermo plantados frente a mí.

El portero había anunciado su llegada y me extrañó aquella visita repentina. Desde que se enteraron de lo de Marina, parecían andar con pies de plomo conmigo. Desde que Murilo sugirió hablar con el investigador, estábamos en una especie de limbo en el que yo evitaba las llamadas de todos y seguía en mi mundo, esperando respuestas.

—Intentamos verte en la oficina, pero Vanda me contó que, de repente, te has hecho fan del teletrabajo —anunció Héctor, entrando en mi salón y sentándose en el sofá a la espera de los otros dos.

—¿Cuánto tiempo llevas sin salir de casa? ¿Sin que te dé la luz del sol? —bromeó Guillermo, aunque en su mirada había preocupación.

Los tres se plantaron frente a mí, impecables con sus trajes, mientras yo lucía mi mejor versión de camiseta y pantalón de chándal. La barba empezaba a crecer y mis músculos parecían desaparecer al ritmo de mi exceso de «tarta».

Todavía no se había curado donde más dolía.

Prefería quedarme en casa, porque allí no tenía que fingir una rutina ni aparentar que todo estaba bien. Ya no tenía tantas reuniones ni presentaciones; Vanda gestionaba cada contacto como el sabueso implacable que era, evitando que yo tuviera que intervenir. Y yo pasaba demasiado tiempo mirando por la ventana.

Las cosas parecían insípidas. Sin el color que solían tener.

Ya no me importaba tanto el trabajo. Casi todo lo que hacía tenía más que ver con estructurar la nueva consultora con Murilo —y el puesto asegurado de Vanda en ella— que con DataLogic.

—Creo que no te veía en chándal desde la universidad —comentó Murilo.

—Muy bien, ¿vais a decirme qué pasa? ¿Es algún tipo de intervención al estilo How I Met Your Mother?

—Es inquietante que tengas idea de lo que se emite en las plataformas cuando los tres pensábamos que vivías encerrado en la oficina —replicó Guillermo, antes de soltar lo que ya imaginaba—: A Héctor lo ha contactado uno de los socios. Cibele está utilizando a su padre para intentar convencerlos de que te aparten de DataLogic.

—¿Cómo?

—Sacarte de la empresa. Al parecer, le importa más no tener que convivir contigo que los beneficios —continuó Murilo.

—Hum… —mascullé con indiferencia, encogiéndome de hombros, mientras tres pares de ojos me observaban con preocupación. *Quizá sí era una intervención.*

—¿Qué? Era de esperar.

—¿Vas a luchar o qué? —preguntó Héctor.

—Como Murilo ya os habrá ido contando, voy a unirme a él en la consultora. Tengo que hablar con abogados, porque seguro que hay alguna cláusula que me impida pasar de una empresa a otra llevándome contratos. Estos últimos meses han sido bastante reveladores sobre lo que quiero para mi futuro. Voy a dejarlo.

—Pensé que no conocías esa palabra —provocó Guillermo.

—Algún día tenía que pasar. —Me encogí de hombros—. Si es solo eso…

—No quisiste vernos las últimas veces, parece que no te duchas desde hace días… y ese corte de pelo lo ha hecho Dios —enumeró Murilo—. Creo que soy el único que no te ha insistido por negocios. Tenemos que hablar.

—He estado ocupado, ya lo sabes.

—No lo estás —insistió—. Y Vanda nos ha ido actualizando sobre los contratos que estabas negociando. ¿Le dejaste tus prospecciones a Cibele? ¿Qué estás pensando, Ricardo?

—Que ya no tengo paciencia para ninguno de vosotros —bufé.

—Es por ella, ¿verdad? —preguntó Héctor con seriedad. No hacía falta aclarar a quién se refería—. ¿Hablaste con el investigador desde que le pediste que retomara lo de los contratos?

No.

Marina se había convertido en un fantasma en mi vida. Nunca nombrada, pero siempre presente. Como dijo Murilo, no habría consecuencias. Ella podía vivir su vida y yo la mía, separados. Y yo nunca sabría si había arruinado la mía o no. Pasé demasiadas noches dándole vueltas a eso cuando no podía dormir.

—Se puso en contacto conmigo —anunció Héctor—. Tenía cosas interesantes que contar, pero no lograba dar contigo.

—¿Interesantes?

—Analizó las firmas inconsistentes y autoricé una pericial. —Hizo una pausa antes de añadir, en voz más baja de lo habitual—: Ella no firmó. Y su rastro digital tampoco coincide.

Héctor me tendió un documento que hasta entonces no había notado que llevaba. Más papeles que parecían decidir mi vida. En lugar de cogerlos, me dejé caer en el sofá, mirándolos a los tres.

—Entonces… ¿ella no hizo nada?

—No podemos afirmarlo con total rotundidad —continuó Murilo—. Está todo documentado para que decidas qué hacer: el ordenador de Marina también estaba limpio, pero alguien fue lo bastante torpe como para hacerlo desde nuestra red y la IP quedó registrada.

—¿Cibele? —pregunté.

Asintió con un suspiro exasperado.

—Preparó la trampa y tú caíste. El dinero se transfirió a una cuenta internacional a nombre de Marina, pero luego se movió varias veces hasta terminar en una cuenta jurídica bajo tutela de Ítalo. Quizá no contó con que investigarías a fondo, ya que parecías

decidido a enterrar el asunto para que Marina no fuera detenida y no saliera a la luz vuestra relación.

—¿Ítalo? —exclamé, pensando en cómo mi mentor había acabado envuelto en una conspiración tan absurda.

—Dudo que lo sepa. Cibele aprovechó que su padre le dio carta blanca para gestionar el portafolio familiar después del problema con el juego —explicó Guillermo, señalando la pila de documentos—. Con un solo correo podemos informar a los socios, pero yo sería prudente con los siguientes pasos. Parece que va un paso por delante; sabía cómo reaccionarías ante la acusación.

—¿Prudente? —Me levanté de golpe, pasándome la mano por el rostro sin saber cómo canalizar todo lo que se agolpaba en mi cabeza. Me llevé las manos al pelo y sentí cómo el dolor de cabeza regresaba con fuerza—. Marina se fue. Asustada y amenazada… y yo creí a Cibele. Se fue y no va a volver. Joder…

—Ricardo…

—¿Sabéis qué? Vamos a hacer justo lo que ella no espera. —Solté el aire con irritación, enderezando la espalda y volviendo a ser el hombre de negocios que solía ser, pese a la pinta que llevaba—. Si cree que no soy capaz de presentar una denuncia ante los organismos competentes y enviar un informe de investigación a los socios, es exactamente lo que haremos. Todo el mundo sabrá que se desvió dinero y que Cibele intentó cargarle la culpa a una empleada.

—Ella no necesita ese dinero. No tiene sentido.

—Quiere el poder —concluí, como una revelación—. Siempre fui la piedra en su zapato.

—Pueden acusarte de querer hundir la empresa ahora que planeas irte.

—Me da igual. —Me encogí de hombros—. Como vosotros mismos dijisteis, me sobra tiempo. Incluso para una batalla legal.

—¿Y después? —preguntó Héctor con mirada afilada—. ¿Qué vas a hacer con Marina?

—No lo sé. Empecé todo esto. Tengo que encontrarla y pedirle perdón.

—El investigador dijo que está en Río das Ostras. No huyó; simplemente volvió a su ciudad —reveló Murilo.

—Otra prueba de que reaccioné como un imbécil —bufé—. Rompí su confianza y hay cosas demasiado frágiles que no se pueden recomponer. No voy a olvidar cómo me miró aquella mañana. Y sé que ella tampoco.

Los tres me miraron, sabiendo que tenía razón. No importaba tanto lo confuso que estuviera con lo del dinero desviado, sino cómo actué cuando lo supe.

La cabeza me latía, pero el dolor no era nada comparado con el del pecho.

La cagué.

Y, por desgracia, no existen las máquinas del tiempo.

* * *

Dos días después, estaba de vuelta a mi antigua forma.

Tras la conversación con Héctor, Murilo y Guillermo, busqué a mi abogado y juntos analizamos los informes del investigador. Cibele tenía «pruebas» para sustentar la denuncia contra Marina. Yo tenía pruebas de que había fabricado toda la situación, pero hasta que la policía interviniera no dejaban de ser documentos obtenidos para respaldar una versión u otra. Al menos, volvía a sentir que estaba dentro del juego.

Redactamos una denuncia y solicité una reunión con los socios. Cibele no había vuelto a convocar ninguna desde la primera, y ahora era mi turno de contraatacar. Me concentré en cada línea de lo que el investigador había descubierto para no quedarme dándole vueltas a mi última conversación con Marina. Me sentía culpable. Perdí un amor por no confiar. Me había pasado la vida siendo terco y

desconfiado, y reconocer mi error dolía. Saber lo que podría haber sido, aún más.

A las cinco de la tarde del tercer día, el ascensor se abrió en la planta de DataLogic. Llevaba el traje impecable, el pelo perfectamente peinado y ni rastro de la barba descuidada que había invadido mi rostro en las últimas semanas.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ricardo? —preguntó Cibele, dando dos pasos hacia mí e intentando impedir que avanzara por el pasillo.

Estaba algo descompuesta, el cabello rubio corto ligeramente revuelto, como si hubiera corrido hasta los ascensores. Algún guardia debía de haber seguido mis movimientos para avisarla.

—Una reunión con la junta, como bien sabes. Estaba en la invitación que envió Vanda.

—Creí que habíamos acordado dejar que se asentara el polvo —continuó, antes de detenerse y, de pronto, parecer satisfecha al preguntar—: ¿Piensas anunciar algo?

—Eso pretendo.

Cibele se irguió y trató de contener la sonrisa que empezaba a dibujarse en sus labios. Pensaba que iba a dimitir. Con suerte, que vendería mis acciones.

Pobre ilusa.

Cuando entré en la sala de reuniones, estaban presentes los socios minoritarios —Murilo, Guillermo y Héctor entre ellos— y algunos otros por videoconferencia. Ítalo ocupaba uno de los extremos de la mesa, con un asiento vacío a su lado para Cibele, que entró justo después de mí.

Cerré la puerta y guardé silencio, preparándome para el pequeño espectáculo.

—Señores, buenas tardes. Después de todo lo ocurrido con el desvío de dinero, he tomado algunas decisiones. Si pueden escucharme sin interrupciones, se lo agradeceré.

—Por supuesto, Ricardo, lo que necesites —aseguró Cibele con una sonrisa complaciente, fingiendo delicadeza.

—Tras nuestra última reunión, pedí a un investigador que siguiera analizando el desvío. Sé que decidimos, de común acuerdo, que la cantidad sustraída era irrisoria frente a las pérdidas de credibilidad y de imagen que podríamos sufrir. Sin embargo, era algo que necesitaba hacer por mí mismo.

—Ricardo, sé que confiabas en ella, pero convocar una reunión para esto… —intentó empezar Ítalo, pero le hice un gesto para que guardara silencio, provocando miradas curiosas a mi alrededor.

—Los documentos no fueron firmados por Marina Cárdenas —revelé—. El motivo por el que estamos aquí es que Cibele Magalhães falsificó firmas para crear una acusación. Ella cometió el desvío, culpó a mi empleada y ahora intenta generar malestar entre ustedes para que yo abandone la empresa. —La señalé. Cibele estaba roja, con los dientes apretados, como si no supiera bien qué decir—. Puedo mostrar cada uno de los documentos. Mi abogado presentará una denuncia y vamos a investigar a fondo el fraude que está intentando cometer dentro de la empresa.

—Eso es mentira, Ricardo —trató de defenderse—. Solo porque tuvieras un lío con tu empleada no significa que puedas…

—Todos ustedes acaban de recibir por correo electrónico los documentos —la interrumpí, viendo cómo a mi alrededor encendían los móviles con la mirada fija en las pantallas—. Tenemos base legal y el proceso se abrirá. Es imprescindible investigar con rigor; se trata de un golpe interno muy grave.

—¡Ricardo! Habíamos decidido no investigar —intervino Ítalo, con la voz temblorosa, claramente sin saber cómo manejar la acusación contra su propia hija. Su mirada iba de mí a Cibele y de Cibele a mí.

—Soy el socio mayoritario. Aún lo soy. Y aunque algunas decisiones requieran unanimidad, esto es un atentado contra mi capital. Mis abogados ya han iniciado el procedimiento y todo se aclarará a su debido tiempo. —Miré alrededor de la mesa—. Creo que todos deberían verlo del mismo modo.

—Perderemos dinero si esto sale a la luz —insistió Cibele.

—Y recuperaremos la confianza si saben que no tenemos miedo de señalar a los verdaderos culpables. —Me levanté, ajustándome la chaqueta antes de concluir—: El tiempo dirá, pero hasta entonces dejaré este asunto en manos de las autoridades competentes, y no entre las paredes de esta sala.

Y con eso, salí. Las voces comenzaron a superponerse en una discusión que dejé atrás al cerrar la puerta. Aquello ya no era lo importante, aunque más de uno repitiera mi nombre.

Mi siguiente misión era la más importante de todas: Marina.

CAPÍTULO 26

Ricardo

La culpa no era suya.

La echaba de menos. A nosotros.

¿Qué coño hice?

Hasta la reunión con los socios, las conversaciones con los abogados me habían mantenido distraído. Necesitaba una fortaleza mental que no tenía desde el día en que Marina desapareció de mi vida, y eso implicaba intentar volver a ser yo mismo en vez de la versión con barba y sudadera que vivía a base de comida a domicilio. Durante tres días aparté cualquier pensamiento sobre ella, buscando una manera de culpar exclusivamente a Cibele.

Quería justicia para Marina sin aceptar que yo también era culpable de aquella situación.

Pero en cuanto salí de la sala de reuniones, la cabeza volvió a latirme por el estrés y decidí que tenía que ir a la dirección que el investigador había conseguido y contarle lo que había descubierto. Lo que ella ya sabía, porque no era culpable. Me sentí un idiota por no haber sospechado que estaba en Rio das Ostras y aún peor cuando me di cuenta de que, después de tantas semanas, ni siquiera sabía dónde vivían sus padres.

La escena de nuestra última discusión se repetía en mi mente, una y otra vez; lo frágil que parecía estando enferma. Y aquella noticia del embarazo me rondaba desde la visita de mis amigos. Si era inocente y no estaba intentando calmarme con una mentira… ¿el bebé existía? Y si era verdad, la había dejado sin dinero y sin trabajo en el momento en que más me necesitaba.

Joder… sería muchísimo peor de lo que ya era.

Hacía dos meses que había desaparecido de mi vida y había sentido cada uno de esos días. Incluso creyendo que me había engañado, me enamoré. Y nunca le dije que la quería. En lugar de eso, la humillé y la herí. Necesitaba escuchar mis disculpas, aunque quizá no quisiera verme ni aunque fuera pintado de oro.

—¿Ya has llegado? —preguntó Guillermo por el manos libres.

Él, Héctor y Murilo me habían llamado en distintos momentos durante las últimas horas, quizá preocupados por mi estado después de la reunión. Era bueno tener amigos que se preocuparan.

Guillermo, al menos, fue útil y, como buen cotilla, me narró el caos que se había desatado en la sala tras mi salida, con detalles que Murilo y Héctor intentaban no revelar. Nada se resolvería fácilmente, lo sabía. Pero al menos había conseguido que Cibele e Ítalo se pusieran nerviosos delante de los demás socios, balbuceando excusas ridículas sobre aquella cuenta jurídica a nombre de los Magalhães.

Debió de ser digno de ver.

—Acabo de entrar en Rio das Ostras. Voy a buscar algo para cenar y luego iré a su casa.

—Si yo fuera su padre, te echaría a patadas si apareces así, sin más, después de lo que hiciste con mi hija.

—Yo también lo haría —me encogí de hombros, resignado—. Pero no puedo esperar hasta mañana, ¿lo sabes?

—Ítalo y Cibele están intentando convencer a los socios de que no presenten denuncia. He recibido un correo diciendo que estás pasando por un momento «inestable» y que te han apartado de la empresa.

—Serán hijos de puta… —maldije, incapaz de creer que fueran a caer tan bajo—. Yo ya hice mi parte. Ella tiene que ser investigada a fondo.

—Es un sabotaje contra ti, es obvio que usarían ese argumento —continuó Guillermo—. Ella quiere poder. No le basta con que sigas

siendo socio y cobrando dividendos; quiere mandar en la empresa, ser la directora general.

—¡Ni siquiera yo soy el director general! —protesté. Siempre había ocupado un cargo de dirección porque no quería ahogarme en burocracia y dejar de buscar clientes.

—Pero eso es lo que ella ambiciona.

—Voy a aparcar. Hablamos luego.

Colgué aún furioso por la jugada de Cibele e Ítalo. No esperaba aquello de mi mentor, pero sabía que protegería a su hija a cualquier precio.

La ciudad estaba llena de gente en las calles y de puestos improvisados, pero yo quería un lugar tranquilo para comer después de tres horas de viaje y el tráfico infernal. Estaba a punto de rendirme cuando, como una señal divina, vi un restaurante llamado Cárdenas y me acerqué. Los padres de Marina tenían un local en el centro; quizá fuera ese. Y si no lo era, al menos cenaría algo antes de humillarme ante ella.

Un hombre de treinta y ocho años, demasiado mayor para estas cosas, yendo a suplicar perdón a una mujer quince años menor que él.

—Buenas noches, ¿una mesa? —preguntó un señor.

Asentí y entré. El comedor estaba lleno, sorprendentemente animado para ser entre semana.

—Gracias.

—Le dejo la carta. Cuando quiera pedir, me avisa.

Revisaba el menú buscando algo sencillo y una Coca-Cola cuando un cabello oscuro y ondulado captó mi atención.

La reconocería en cualquier parte, incluso de espaldas.

Marina salía por una puerta lateral que parecía conducir a la cocina, hablando con una mujer mayor que se parecía muchísimo a ella. Llevaba un vestido suelto que caía sobre su cuerpo como un eco de nuestra última conversación.

Estaba embarazada.

Había querido creer que todo era una confusión, una excusa improvisada cuando se vio acorralada por el plan de Cibele. Con todo lo que ocurrió después de que se fuera, no volví a pensar en ello hasta ese instante.

Marina estaba embarazada. Muy embarazada.

La barriga era imposible de ignorar, redonda y prominente, adelantándose a ella. La echaba de menos, y verla —aunque solo fuera su silueta— fue como agua helada para alguien muerto de sed.

Yo era una mierda.

Nunca me planteé en serio tener hijos porque estaba casado con mi trabajo. Y aun así conseguí destrozar mi relación con Marina y rechazar a mis propios hijos cuando intentó contármelo. No era mejor que mi padre. El corazón me golpeaba en la garganta con una ansiedad que pocas veces había sentido. Tenía todo el derecho del mundo a odiarme.

—Marina… —murmuré casi como una plegaria, levantándome de la mesa.

Su rostro cambió al instante. La expresión serena desapareció, sustituida por una máscara de irritación que jamás había visto en ella. Me miró desde el otro extremo del restaurante, paralizada en mitad del comedor.

—Ricardo —dijo a modo de advertencia.

Se acercó, probablemente para no llamar demasiado la atención de los clientes, más que por consideración hacia mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz controlada.

Tragué saliva.

—Necesitamos hablar.

—No necesito nada contigo. ¿Puedes irte? —miró a través de mí, y el amable señor tenía ahora el gesto endurecido. Ah, entonces sabía perfectamente quién era yo.

Marina tenía el rostro enrojecido, claramente nerviosa e irritada, moviendo las piernas, incapaz de quedarse quieta. La estaba alterando. A una mujer embarazada.

—Es importante, te lo juro…

—Nada es importante contigo.

—Marina… es sobre el fraude. Necesito que sepas lo que va a pasar.

—¿Entonces decidiste denunciarme? —replicó con irritación y, al darse cuenta de que el tono había llamado la atención, me agarró del brazo para sacarme del restaurante—. Pues espero que lo hagas. No necesito que me avises cuando la policía o quien sea venga a buscarme para…

—¡Para! —la interrumpí cuando llegamos frente al restaurante—. Cálmate, no tiene nada que ver con eso. Han descubierto al verdadero culpable.

—¿El verdadero…? —dudó, con un tono algo más suave.

—En cuanto tú… desapareciste, empecé a investigar. No parecía algo que tú harías y, bueno, llegamos al fondo del asunto, aunque tardamos algunos meses. Alguien usó tus documentos y falsificó tu firma para incriminarte. Se lo conté hoy a los socios y directivos de DataLogic y espero que hagan lo correcto y sigan adelante con la denuncia. Puede que tengas que declarar, y no quería que lo supieras sin poder pedirte perdón. —Solté un suspiro avergonzado—. Porque mereces que te pida perdón, aquí, cara a cara.

—¿Quién fue? —escupió la pregunta con rabia. Me dio la impresión de que solo necesitaba la confirmación de algo que ya sabía.

—Cibele y quizá algunas otras personas, pero hay que seguir investigando. Pensé que lo justo era que lo supieras.

—Gracias. —Se quedó en silencio. Los segundos se volvieron largos mientras nos mirábamos después de tanto tiempo. Marina parecía hostil, con la mano protectora sobre el vientre, adoptando

una postura que dejaba claro que me quería muy lejos—. Si eso es todo…

—Perdóname, Marina, por no creerte y montar aquella escena… Me sentí herido.

—Imagínate cómo me sentí yo —replicó, y la rabia volvió a su voz —. Pero ahora estoy bien.

—Tenemos que hablar de esto —afirmé, mirando su vientre.

Resopló ante mi torpeza. No sabía cómo abordar el tema sin volver a herirla, pero quería saber. No podía fingir que el bebé no existía.

—«Esto» son mis hijos —me corrigió—. Y tú dijiste que no querías nada con ellos.

—¿Hijos? ¿Niños?

—Son gemelos, pero aún no sé el sexo. En la última ecografía tenían las piernas cerradas y quizá haga una fiesta de revelación… —se quedó congelada, como si no quisiera darme ese tipo de información—, pero eso no es importante para ti.

Me quedé helado, sin saber qué sentir ante la noticia de que iba a tener dos hijos. Era demasiado para asimilar después de tantas semanas lejos de Marina. Joder, mirándola allí supe la verdad. La quería tanto, y solo me di cuenta cuando la perdí.

—Pensé que era mentira… —balbuceé, incapaz de apartar la mirada de su vientre y sin saber cómo reaccionar. Dos nuevas vidas. Ya había perdido demasiado.

—Pensaste muchas cosas sobre mí.

—Lo… lo siento, Marina —mi voz se quebró y la postura derrotada volvió a apoderarse de mí. Era poco para todo lo que ella había pasado.

—Tienes tus derechos como padre, pero aún faltan cuatro meses para que nazcan y no tengo ninguna obligación de convivir contigo —dijo con un tono muy serio, lejos de la simpatía que solía irradiar —. Me hiciste mucho daño, Ricardo. Puedo enviarte los informes médicos, pero necesito tiempo para encontrar algo de paz.

—Quiero hacerlo, Marina. No dejaría a ningún hijo mío desamparado.

—Entonces veremos cómo hacerlo. Pero no ahora, porque necesito descansar. He pasado todo el día en la cocina.

—¿Es sano que trabajes así?

—Cuando me lo quitaste todo —se detuvo y se corrigió—, cuando Cibele me lo quitó todo y tú no confiaste en mí, me aferré a la cocina, a mis padres. No voy a parar hasta que los médicos me digan que debo hacerlo. Así que, por ahora, seguiré con mis pasteles. Pensar que podía tener un cargo corporativo fue ingenuidad por mi parte.

—Pero eres muy buena, no puedes pensar así.

—Mi prioridad cambió. Y no sé si quiero que me devoren viva otra vez.

—Si no vamos a hablar hoy, ¿cuándo? —murmuré, y ella hizo una mueca.

—No lo sé. Pensé que no volvería a verte.

—¿Y no pensaste en avisarme? No es justo, Marina.

—Nadie fue justo conmigo. —Se encogió de hombros—. Te mandaré un mensaje. Pero ahora —continuó con un suspiro cansado — necesito que te vayas. Tengo mucho en qué pensar, porque ahora las cosas van a ser en mis términos. Nunca más va a pasar algo así…

Asentí, entendiendo lo que decía entre líneas. Ahora tenía dos bebés que proteger. En silencio, regresé al coche y me quedé unos segundos mirando al vacío.

El padre y la madre de Marina estaban al otro lado de la calle, mirándome como si fuera un insecto insignificante. Como si desearan que entrara en combustión y desapareciera.

Yo también lo deseaba.

—¿Héctor? —dije en cuanto mi amigo contestó. Aún necesitaba encontrar algo para cenar y un lugar donde dormir. El hambre se me había ido y otra vez sentía esa angustia en la boca del estómago.

Estaba agotado y no era buena idea volver a Río en ese estado—. Voy a necesitar tu ayuda.

—¿Ayuda?

—He encontrado a Marina. —Me quedé en silencio unos segundos, todavía en shock por haberla visto después de tantas semanas—. Está realmente embarazada.

—Dios mío, Ricardo. ¡Vas a tener un hijo!

—Hijos. Son gemelos, o gemelas… Marina no lo sabe —repetí, aún incrédulo—. No sé qué hacer, pero no quiero volver a Río. No quiero que Marina piense que me fui otra vez y, si hay alguien que puede resolver cualquier trámite por mí, eres tú.

—¿Pero ella quiere que estés cerca? —preguntó, desconfiado—. Todo acaba de pasar, tío… Duerme esta noche y luego decides qué hacer.

—No sé si quiere, pero necesito intentarlo. Al menos por mis hijos.

—¿Vas a dejar el trabajo de lado?

—Yo… me las arreglaré.

—Hum. —Hizo una pausa y guardó silencio unos segundos—. Es la primera vez que te veo elegir algo que no sea el trabajo.

—Te dije que ella era importante. Ahora ellos lo son.

—Es una historia demasiado turbia como para que aparezcas ahí y empecéis a jugar a la familia feliz, lo sabes, ¿no? Vas a tener que esforzarte si quieres formar parte de la vida de esos niños y tú, amigo mío… nunca has sido un hombre de familia.

—Yo no tuve padre, Héctor.

—Ni yo.

—Tú tuviste un padrastro —gruñí.

—Y tú, a tu abuelo —replicó.

—No sé cómo será, pero no quiero que ningún hijo mío se sienta como me sentí yo al descubrir que mi padre estaba vivo y

simplemente no quería saber nada de mí. Aprenderemos juntos… Quiero intentarlo.

—Es una herida que no se cierra.

—Lo sé. Por retorcido que suene, doy gracias por los bebés. Si no existieran, Marina no volvería a dejar que me acercara a ella. Y no sé… Solo verla hizo que mi corazón latiera como no lo hacía desde hacía meses. Como si por fin sintiera la sangre correr por mis venas y pudiera respirar sin ese peso en el pecho.

—Te has vuelto un empalagoso. Poético, además. Creo que la edad te está destruyendo el cerebro.

—Vete a la mierda, Héctor —repliqué—. Solo soy un idiota enamorado que desearía haberlo sabido antes. No haber tenido miedo de verlo. No estuve cuando me necesitó. Y me culparé para siempre. Ella es mi parte buena. Y tardé demasiado en reconocerlo. Quizá sea demasiado tarde.

—Quizá no. Quizá solo tengas que sudar un poco para recuperar a tu mujer.

—Ahí es donde entras tú. Ayúdame con DataLogic, no tengo cabeza para eso ahora. Intentaré trabajar a distancia, pero no sé cómo saldrá.

—Quién te ha visto y quién te ve, Ricardo.

—Ya era hora.

—Ya era hora —coincidió.

CAPÍTULO 27

Marina

¿Cómo se ahoga un dolor?

Había quedado con Nanda en hacer un pequeño pastel de revelación después del análisis de sangre para celebrarlo con mis padres. En lugar de ilusión, lo que tenía eran recuerdos que me invadían sin permiso: dos meses desde el día en que el suelo se abrió bajo mis pies y Ricardo destrozó todo lo bonito que había entre nosotros.

Nanda se quedó en el restaurante decorando el pastel que yo había preparado con tanto cariño, mientras yo iba a casa a intentar relajarme. Aquella fiesta se convirtió en un entierro.

Cuando mis padres llegaron con mi prima, yo estaba en pijama, con el rostro hinchado por las lágrimas contenidas y con ganas de simplemente rendirme.

Por las tardes caminaba con mi padre por la playa y, por las mañanas, iba al gimnasio para mantenerme activa. Mi madre y sus amigas no paraban de tejer toallitas, esperando los nombres de las bebés, y teníamos un plan para ampliar la cocina de casa para que, después del nacimiento, pudiera trabajar y cuidarlas sin tener que ir y venir del restaurante todos los días.

Fernanda aparecía para sacarme de casa y muchas veces solo dábamos una vuelta por el mercadillo, comprando pendientes y pulseras de colores mientras ella parloteaba sobre lo emocionada que estaba por ser la madrina de mis hijas.

Y, a pesar de la rutina, seguía viendo a Ricardo en todas partes. En cada recuerdo. En cada objeto que llevé conmigo a Río das Ostras. En las bebés moviéndose dentro de mi vientre. Así que

cuando lo vi en el comedor del restaurante, pensé que era mi mente jugándome una mala pasada.

—Si quieres, podemos hacerlo otro día —sugirió mi madre al notar mi estado, llevándome a un rincón para no llamar la atención de Nanda ni de mi padre—. El pastel puede quedarse en la nevera hasta dos días.

—No… Habíamos quedado en pedir una pizza y comer el pastel. No importa que Ricardo me haya encontrado; todavía quiero saber lo de las bebés.

—Es él, ¿verdad? ¿El padre?

—Sí.

—¿Qué quería?

—Al parecer, lo del dinero se resolvió y encontraron a la culpable —suspiré con cansancio, las manos sobre mi vientre pesado mientras veía a Fernanda colocar la mesa con la pizza y la caja del pastel—. No me importa de verdad; solo quería no estar en medio de todo esto. Sé que tiene derecho, pero no estoy preparada.

—Si no estás preparada, no hables. Fue un idiota, hija. Déjalo esperando hasta que estés lista. Y si eso es después de que nazcan… paciencia.

—¿Y si nunca estoy lista?

—Un día lo estarás. —Suspiró—. Ahora deja eso a un lado. Hay mucho más en tu vida que ese idiota. ¿Cortamos el pastel?

Nos sentamos las cuatro a la mesa, compartiendo las porciones de pizza cuatro quesos y la Coca-Cola. Mi estómago se había encogido a medida que las niñas crecían dentro de mí y ocupaban cada espacio posible, así que me conformé con dos porciones mientras intentaba conversar. El día era de mis padres, de los amigos de Nanda. Todos sabíamos que aquello era una pequeña obra de teatro para distraerme.

Cuando llegó el momento de cortar el pastel, intenté apartar la angustia de mi cabeza y pensar solo en las dos vidas que crecían. Ellas no tenían culpa del desastre entre sus padres.

Mi madre intentó convencerme de hacer una gran fiesta, pero con el dinero tan justo prefería reunir a amigos y conocidos en un baby shower que nos ayudara mucho más con las gemelas que una revelación de género.

Sonreí al pasar el cuchillo por el pequeño pastel de bizcocho de vainilla que había preparado.

Hice un brigadeiro de maracuyá y lo teñí con colorante comestible para que Nanda hiciera el resto, cubriéndolo con nata montada y virutas de chocolate blanco. La porción salió teñida de rosa por el relleno y por fin entendí por qué, de todos los días, Dios había elegido aquel para traer a Ricardo.

Celebrar a mis niñas borró toda la inquietud de la conversación en el restaurante. Aquel rosa era un mundo nuevo abriéndose ante mí.

Mis niñas.

Dos pequeñas idénticas que nacerían en los próximos meses para llenar mi vida de color y ayudar a que las heridas cicatrizaran —no desapareciendo, sino quedándose en silencio en el corazón—, aunque en algunas noches me sorprendiera pensando en la forma en que Ricardo sonreía o me abrazaba. Aunque deseara que estuviera allí y que nada de aquello hubiera pasado.

Me rompió el corazón y necesitaba superarlo.

—Felicidades, mi amor. ¡Dos princesitas!

—Dos princesitas —confirmé, y mi madre apoyó la mano en mi rostro al ver el alivio en mis ojos.

Las niñas estaban bien, creciendo fuertes. Yo estaba ganando mi propio dinero con los pasteles y, en un futuro cercano, tendrían su habitación y su ajuar. Lo teníamos todo, con ese amor inexplicable.

Mientras tanto, Ricardo seguiría ahí fuera, tan atractivo como lo recordaba, con su chaqueta y su camisa impecables, el «empresario cruel».

Pero solo un recuerdo.

* * *

— Tía dijo que el padre apareció y por eso estabas así ayer — comentó mi prima al verme en el restaurante al día siguiente. Ella cubría el turno de la tarde después de la universidad y estaba en la cocina cuando todo ocurrió.

Tuve una mañana de negación y me escondí en la cocina después del pico del almuerzo. Conociendo a Nanda, seguro que le sacó la información a mi madre hasta que contó lo que había pasado para que yo estuviera de tan mal humor la noche anterior.

Me miraba preocupada, esperando una respuesta. Mi prima era expansiva y de gran corazón, y sabía que en ese momento estaba organizando el funeral de Ricardo con todo lujo de detalles. Yo, en cambio, estaba dispersa, intentando decorar una tarta sobre la encimera mientras Fernanda empeoraba la situación.

A pesar de que mis padres me sugirieron tomarme el día libre, necesitaba la cocina para distraerme; de lo contrario, acabaría volviéndome loca entre las paredes de casa. No dormí bien y, desde el balcón, vi amanecer, pensando en cómo aquella visita cambiaría mi vida y la de mis hijas. Él no desaparecería, por mucho que yo lo deseara.

La cosa empeoró cuando recibí un mensaje de Ricardo diciendo que estaría disponible para mí cuando yo quisiera. ¿Eso significaba que vendría a la Región de los Lagos en cuanto lo llamara? ¿Que se quedaría por aquí? Decidí seguir el consejo de mi madre. Necesitaba estar bien para tener una conversación seria, sin importar cuánto tiempo me llevara.

— Sí, era él. Quiere saber de las niñas —respondí, todavía encontrando surrealista que en unas semanas sería madre de dos niñas. Iris e Inés eran los nombres que había elegido.

— Eso es bueno… creo.

— Necesito tiempo para decidir qué hacer, pero no puedo apartarlo de sus vidas. Es el padre.

— El mismo que te rechazó, te acusó de un delito y casi consigue que acabaras en la cárcel —respondió, alzando una ceja y

apartándome de la encimera para que la mirara a ella y no al dulce que intentaba preparar.

— No quiero pensar en eso… El futuro es el futuro. Y Ricardo Varela no significa nada para mí.

— Conviene que pienses. Tiene dinero y no es de fiar.

— ¿Crees que intentará quitármelas? —Me quedé helada.

— Ningún juez le quita hijos a una madre sin un buen motivo.

— ¿Crees que puede inventarse uno?

— Puede que solo quiera ser padre y enmendar la estupidez que hizo —empezó, con el gesto cada vez más serio—. O puede que siga siendo un idiota. Yo no apostaría todo mi dinero a una sola opción.

— Uf…

— No quiero asustarte, prima. Es solo que tu vida estaba encarrilándose sin él. Habría sido más fácil seguir así.

— Por desgracia, no tengo esa opción —comenté, cansada—. Creció sin padre. Tal vez solo quiera hacer lo correcto. Y es un derecho de las niñas, independientemente de mi relación con él. Quiero ser madura por su bien.

— Como te digo, yo no pondría la mano en el fuego por ese —dijo Nanda, atrayéndome hacia ella—. Venga, vamos a dar una vuelta. Necesitas aire.

— Tengo algunos encargos que terminar.

— Hoy no es buen día para exigirte tanto. —Me dio un beso en la mejilla—. ¿Un helado?

Asentí y me dejé llevar, asegurándome solo de guardar lo que estaba preparando. Nanda sabía distraerme en momentos así. Salimos del restaurante de la mano y sabía que, en cualquier otro día, mi padre le habría echado la bronca por abandonar el salón para irse a tomar un helado conmigo… pero no ese día.

No habíamos caminado ni cinco minutos cuando mi prima señaló desde la puerta de la heladería, con curiosidad:

— ¿Ese no es Cássio?

Fernanda saludó con la mano y él sonrió al vernos, mirándome con simpatía. Guardó el móvil en el bolsillo y se acercó. Apostaría lo que fuera a que mi prima, esa bocazas adorable, le había contado lo de mi embarazo.

— Ah, hola.

— Hola, Marina, ¿cómo estás? —saludó, muy educado—. Estás muy guapa. El embarazo te ha sentado aún mejor.

— Y con más hambre. ¡Nanda me ha invitado a un helado!

— Ah, sí. Pues quizá me apunte. ¿Estáis ocupadas? Estaba resolviendo algo del trabajo, pero ahora tengo un rato libre.

— Yo voy a pedir el mío. ¡No os mováis! —anunció Fernanda, intentando dejarnos solos con disimulo… y fracasando antes de meterse en la heladería y dejarme atrás.

Como si él fuera a coquetear con una embarazada.

— Es graciosa.

— Lo es —confirmé—. ¿Has vuelto a la Región de los Lagos? Pensé que vivías en Río.

— Empecé a trabajar en Macaé y vine a ver a mi familia. ¿Y tú? ¿Te mudaste definitivamente?

— Sí. Quiero tener a mis hijas cerca de mis padres. ¡Son niñas! Lo descubrí ayer —anuncié, incapaz de contener la emoción—. Es lo mejor para todos.

— Me alegra saber que estarás tan cerca.

— Cássio, dime… ¿o es cosa mía o estás coqueteando conmigo? —pregunté sin rodeos.

Miró al suelo, algo avergonzado, a pesar de ser un hombre grande y fuerte.

— Sí, estoy coqueteando. —Sonrió, nervioso—. Nanda me dijo que el padre no está en la ecuación y pensé… quién sabe, ¿no? Te vi ayer… Ella "organizó" este encuentro.

— ¿En serio? —solté una risa ahogada—. ¿Con una mujer con dos hijas en camino?

— ¿Y qué problema hay? Estás soltera, ¿no? Tu prima lo aseguró.

— Es solo… curioso.

— Perdona que pregunte, pero tú y el padre de las niñas…

— Vino de visita, pero vive en Río. Somos solo nosotras tres. Pero no estoy en un buen momento, lo siento. Eres un chico estupendo, pero…

— Eh, tranquila —me interrumpió—. Me gustas sin condiciones. Eres de esas personas que iluminan una habitación, ¿sabes? Y si necesitas cualquier cosa con las niñas, puedes contar conmigo. De verdad me gustas, Marina. ¿Qué tal si salimos algún día?

— Quizá algún día. Pero ahora no. Ya hay demasiadas cosas pasando en mi vida. —Le sonreí—. Si hubieras aparecido hace un año, seguro que algo habría pasado.

— Pero después del padre de ellas…

— Sí. Después del padre de ellas, todo se complicó.

— Entonces —preguntó Nanda, apareciendo detrás de nosotros—, ¿de qué habláis?

— Decidiendo si damos un paseo después del helado —improvisé —. ¿Qué os parece?

Fernanda y Cássio estuvieron de acuerdo y los tres nos fuimos a caminar después de comprar nuestros helados. Era un momento tan simple y feliz que les agradecí en silencio haber conseguido apartar de mi cabeza todo lo relacionado con Ricardo.

Era solo otro día intentando volver a poner mi vida en orden.

CAPÍTULO 28

Ricardo

Fui y volví de Río una vez más, con una maleta y el portátil. Vanda me consiguió una habitación de hotel y, después de todo el caos, ya no necesitaba estar en la oficina. Que me comunicaran lo que decidieran; yo haría todo lo posible por ver a Cibele pagar por lo que hizo. Era absurdo que, siendo rica, robara dinero y culpara a otra persona solo para manipularme.

Eso era jugar sucio.

Tardé dos días en conseguir un Airbnb y dejé a Vanda con la misión de alquilarme un piso. Al tercer día desde que aparecí por sorpresa en Rio das Ostras, Marina me envió una foto por WhatsApp con un simple: «Creo que te gustaría ver esto».

Era la imagen en blanco y negro más bonita que había visto en mi vida. Dos cositas diminutas, como judías, tan pequeñas. «Son niñas», decía el pie de foto. Mis niñas. Qué estupidez había cometido.

Desde entonces miraba y remiraba aquella pequeña imagen hasta el punto de imprimirla para llevarla en la cartera. Un gesto algo anticuado, como a Marina le gustaba burlarse.

El móvil sonó mientras revisaba mis correos. Aunque no quería dejar colgado a nadie con compromisos previos, reduje drásticamente mis horas de trabajo, lo que me dejaba mucho tiempo para pensar —y para leer sobre partos y bebés—.

Aún estaba en shock por la noticia.

—¿Marina? —pregunté al ver su nombre, pensando que podía ser una emergencia.

—Hola, Ricardo. Sé que aún tenemos que hablar, pero mañana tengo una eco y pensé que quizá te gustaría venir.

—Cla… claro que quiero —acepté de inmediato—. ¿Quieres que pase a recogerte?

—Eh… sí, me vendría bien. Te mando los detalles por WhatsApp.

—Perfecto. Gracias, Marina. De verdad.

Su voz delataba el nerviosismo al hacer aquella invitación. Seguro que estaba retorciéndose las manos, diciendo algo que no quería decir. Pasé el resto del día pensando qué hacer o qué decir, porque toda la seguridad que solía proyectar se desmoronó en el momento en que me equivoqué con ella. Con ellas, me corregí.

Al día siguiente llegué puntual a las once y toqué el timbre. En vez de Marina, abrió su madre, doña Marta. Intenté sonreír a modo de saludo, pero estaba claro que yo no era su persona favorita. Me miraba como si me lanzara cuchillos con los ojos.

—Ya baja.

—Bien —fue lo único que acerté a decir, sintiéndome como un niño ante la directora del colegio. Esta vez era yo quien se retorcía las manos.

—Que sepas —continuó— que no me gustas y no pienso fingir lo contrario. Le rompiste el corazón a Marina y apareciste cuando empezaba a recuperarse. Yo estuve con ella cuando lloraba por lo que pasó, y eso no se me va a olvidar jamás.

—Lo entiendo.

—Entonces entiendes que te quiero lejos de ella. Pero respetaré la decisión de mi hija, aunque no quiero verla sufrir otra vez.

—No voy a… Después de que descubrí…

—¿Descubrir? —me interrumpió—. ¿No te bastó con que ella te lo dijera? Ni siquiera quisiste comprobar el embarazo.

—Pensé que era mentira.

—Y tampoco lo comprobaste —remató.

—Mire, señora… —intenté defenderme, pero sabía que cualquier palabra jugaría en mi contra. Me equivoqué. Y mucho. Doña Marta solo estaba protegiendo a su hija.

—Mírame bien —me cortó—. Deberías irte al quinto infierno, pero mi hija no va a hacer eso porque, pese a todo, hará lo mejor para las niñas. —Suspiró—. Espero que seas mejor padre de lo que fuiste novio.

Asentí en silencio.

—No sabes el esfuerzo que le costó llamarte ayer. Si estás aquí, es por las niñas, ¿me oyes? Ni una tontería… Tengo un restaurante con cuchillos bien afilados y un congelador.

—¿Todo bien? —preguntó Marina detrás de nosotros, mirándonos con cierta desconfianza.

No iba a ser yo quien dijera que su madre acababa de amenazarme de muerte.

—Tu madre me abrió y estaba esperándote. Acabo de llegar.

—Ah, vale. —Se volvió hacia su madre—. Solo puede entrar un acompañante.

—Quiero las fotos —dijo ella, ahora en tono más suave, aunque su mirada hacia mí seguía siendo letal.

—Te las traigo. Seguro que están mucho más grandes que la otra vez. —Me miró—. ¿Vamos?

Asentí y le abrí la puerta del coche. Habíamos compartido ese mismo vehículo tantas veces… Ahora el silencio era espeso. Ninguno sabía qué decir. Marina se limitó a indicarme el camino. Según me contó, hacía el seguimiento cerca de casa, pero para esa prueba tenía que desplazarse.

En la clínica se sentó a mi lado en la sala de espera, concentrada en el móvil, evitando la conversación. Hice lo mismo, deslizando la pantalla sin prestar atención. TikTok, recetas… las mismas que antes yo criticaba.

—¡Marina Cárdenas!

—¡Aquí! —Se levantó con cierta dificultad por la barriga creciente y la seguí.

—Mira, papá ha podido venir esta vez —comentó la técnica al verme entrar—. Hoy haremos la eco por el abdomen; ya están lo bastante grandes. ¿Cómo te encuentras, Marina?

—Bien. Me hice el análisis y son niñas.

—Entonces hoy veremos a tus niñas por primera vez —sonrió.

Aquello era especial, joder. Y casi me lo pierdo.

Marina fue a cambiarse y me quedé sentado mirando el ecógrafo y la pantalla. No quería preguntar demasiado; temía que perdiera la paciencia y me echara.

Cuando regresó y se tumbó, la pantalla se encendió y apareció esa imagen en movimiento tan parecida a la que llevaba en la cartera.

—Bueno, aquí están vuestras niñas —anunció la técnica.

Sentí que el mundo se detenía.

—¿Son… son idénticas? —pregunté, incapaz de contenerme.

—Comparten bolsa, ¿lo ves? —indicó la doctora.

Me levanté y me acerqué. La garganta se me cerró. Era precioso. Yo, que siempre sabía mantener el gesto serio, quería sonreír como un idiota.

—Ahora vamos a escuchar el corazón…

El sonido llenó la sala. Dos latidos fuertes, rítmicos. Marina sonrió, acariciándose la barriga y susurrando algo. Y de repente terminó. La imagen desapareció.

—Listo. El informe estará en cinco días.

—Gracias —respondió Marina, incorporándose con cuidado.

—¿Quieres… ayuda? —pregunté, tendiéndole la mano.

Por primera vez desde que llegué, me miró de verdad. Dejó escapar una media sonrisa, entre sorprendida e incrédula. Me pasé la mano por la mejilla y entonces me di cuenta: estaba llorando.

—Ha sido increíble, Marina. Gracias por dejarme estar.

—Aquí… viéndolas… todo se vuelve real, ¿verdad? —dijo en voz más suave.

—Yo… Perdona por no haber estado antes. Yo…

—No quiero hablar de eso ahora, Ricardo —respondió, y el dolor volvió a su voz.

—¿Ya has elegido los nombres?

—Iris e Inés.

—Iris e Inés Varela —completé.

Ella asintió, y durante unos segundos nos quedamos atrapados en ese momento en el que mis hijas dejaron de ser una idea abstracta y se convirtieron en algo tangible.

Mi familia.

Y lucharía por la madre de mis hijas.

CAPÍTULO 29

Ricardo

Vi a Iris e Inés en la ecografía hacía dos días, la mirada amorosa y emocionada de Marina y la sensación de que las tres eran todo lo que yo quería como familia. Siempre he sido un hombre solo, pero allí, en ese momento, entendí que podía haber algo más en mi vida que saltar de negociación en negociación.

Crecí siendo solo mi madre y yo, con mis abuelos apareciendo de vez en cuando porque vivían en otra casa. Muy pronto busqué la independencia que doña Cláudia quería para mí. Me crió como un hombre íntegro y obstinado, sin demasiado dinero, pero con ambición por conseguirlo.

Mi madre siguió su vida y yo la mía. Aunque se preocupa por mí, con llamadas frecuentes para saber si estoy bien, sigue viviendo en otro continente.

He sido un hombre solitario durante décadas, sin compartir nunca mi espacio, mientras ganaba cada vez más dinero sin un propósito claro. Pero me descubrí en aquella pequeña imagen en blanco y negro. Ahora tenía una prioridad: deseaba una vida tranquila con mis niñas, aunque sabía que el perdón no llegaría de un día para otro.

Primero tenía que ablandar a Marina. Tenía que demostrarle que era posible, a pesar de las meteduras de pata que cometí.

Después de la ecografía, Marina volvió mucho más comunicativa, hablándome de la salud de las niñas y de todo lo relacionado con el seguimiento del embarazo. Una pregunta sencilla sobre qué tipo de parto quería acabó convirtiéndose en una clase magistral sobre todo

lo que había leído, estudiado y hablado con su obstetra. Me gustaba esa calma después de la tormenta.

La dejé en casa bajo la mirada vigilante de su madre y empecé a pensar qué podía ofrecerle sin ofenderla ni irritarla. Marina nunca fue una mujer de regalos caros ni de joyas; en otros tiempos se entusiasmaba descubriendo restaurantes y pastelerías. Pero no iba a salir conmigo solo por diversión, de eso estaba seguro. Solo me quedaban las gemelas.

Aunque no lo dijera, le molestaba que yo tuviera más dinero cuando ella había planeado una vida lejos de mí. Yo podía ofrecer un nivel de vida que Marina, como pastelera, quizá nunca alcanzaría. Entonces la idea surgió de repente, en mitad de la noche, y supe que la aceptaría.

Fue lo primero que hice al amanecer.

—Señor Osvaldo, ¿puedo hablar con usted?

Estaba en el mismo sitio de siempre, frente al restaurante. En cuanto me reconoció, frunció el ceño.

—¡Marina no te quiere aquí!

—No he venido a hablar con ella. He venido a hablar con usted.

Me hizo un gesto para que continuara. Osvaldo tendría como mucho diez años más que yo, pero parecía mayor y más autoritario, como el padre de familia que yo aún no era.

—Quiero que Iris, Inés y Marina estén cómodas y he pensado en preparar la habitación de las niñas. Sé que ella ya ha comprado algunas cosas, pero me gustaría encargarme de lo que falte, pintar las paredes, esas cosas.

—No necesitamos tu ayuda.

—Quiero hacerlo por mis hijas, señor. Sé que usted haría lo mismo por las suyas.

Se cruzó de brazos, analizándome.

—Si piensas que esto va a servir para recuperar a mi hija, estás muy equivocado. Métete tu dinero donde te quepa y vuelve a la zona sur. Y no me gustas.

—Su esposa ya me dejó claro ese sentimiento —respondí sin dudar—. Solo quiero organizarlo todo un día en que Marina no esté en casa, por el olor de la pintura. ¿Puede ayudarme con eso?

—Ya te he dicho…

—Son mis hijas y tengo dinero. No voy a desaparecer como ustedes desean cada vez que me miran. Tenemos al menos dieciocho años para gestionar esta frustración. La pregunta es: ¿hasta qué punto va a complicarme la vida?

Gruñó, bajando los hombros.

—¿No quieres hablar con ella? ¿Por qué vienes a mí?

—Porque no va a aceptar. Y sé muy bien de quién ha heredado eso.

Esbozó una media sonrisa irónica.

—Esto es por las gemelas, ¿me oyes?

—Lo sé, señor. Lo hago por su comodidad. Marina no lo dirá, pero el sueldo de la empresa era mejor que el de la pastelería.

—Merecéis una denuncia por despedir a una mujer embarazada.

—Estoy de acuerdo.

Siguió observándome, con el gesto torcido.

—Dame tu teléfono. Te enseñaré dónde será la habitación de mis nietas y tú lo planificas todo. Pero escúchame bien: ni una gracieta, ¿me oyes? Conozco gente.

—Señor…

—Solo eres un poco más joven que yo, pero practiqué judo —aseguró con total seriedad.

El padre de Marina era casi de mi tamaño e igual de fuerte. No dudaba de que pudiera darme una paliza si tenía un buen motivo. Y doña Marta tenía un congelador y cuchillos afilados.

Entendía ese sentimiento después de ver la imagen de las niñas. No quería que ningún hijo mío pasara por la angustia que yo le había causado a Marina y, aun así, allí estaría, suplicando si hacía falta.

Durante la semana siguiente estuve pendiente de Marina, que seguía tan monosilábica como siempre. Después de la emoción de la eco, parecía que habíamos vuelto al punto de partida, donde ella haría todo lo posible por evitarme.

Trabajaba desde el Airbnb, esperando la señal del señor Osvaldo. Para mi vergüenza, pasé demasiado tiempo buscando cosas de bebé por internet y, al cabo de unos días, había acumulado en un rincón del salón un reino de objetos que ni siquiera sabía muy bien para qué servían. Pero eran tan bonitos y tan rosas.

Trabajaba, pedía comida, corría por la playa o hacía ejercicio en el gimnasio del edificio y, al final del día, abría los paquetes, impresionado por la cantidad de cosas que podían necesitar dos bebés.

Incluso Murilo empezó a escribirme reclamando algo de atención para la consultoría, lo que me hizo reír por primera vez en semanas.

El señor Osvaldo me mandó un mensaje diciendo que Marina tenía un encargo grande y pasaría más tiempo en el restaurante. Me reuní con él —no sin cierta reticencia por su parte—, fotografié la habitación y envié las imágenes a la arquitecta que lo estaba organizando todo. La mujer tenía un equipo esperando. Cosas que el dinero puede comprar.

El señor Osvaldo y doña Marta mantuvieron la puerta cerrada, y Marina debía de estar tan cansada que ni se dio cuenta del trajín que había en la casa. Cuando ella salía, entraban albañiles, pintores y carpinteros para terminar el proyecto lo antes posible. En tres días, la habitación estuvo lista y, aunque no quisiera que mis hijas vivieran allí sin mí, me sentí orgulloso de aquel regalo.

—¿Tienes curiosidad? —le pregunté a doña Marta cuando apareció en la puerta al final del tercer día.

—Con tu dinero, estaba claro que iba a quedar precioso —respondió con sequedad, aunque el brillo en sus ojos decía otra cosa.

La habitación estaba pintada de verde, con dos cunas paralelas, cada una con su móvil colgante, estanterías y armarios a los lados.

En las paredes habían pintado hojas, árboles y animales, como un pequeño paraíso infantil. Los muebles blancos resaltaban sobre el color y los cuadros infantiles.

Bonito y sencillo, como sabía que le gustaría a Marina, muy lejos de la grandilocuencia que mi madre habría elegido para sus nietas.

Solo pedí una cosa concreta a la arquitecta: quería el cuarto verde, en un tono suave, casi almendrado, claro como la luz que entraba por la ventana. Era el color de los ojos de Marina.

—¿Y qué te parece? —insistí.

—Muy bonito. —Cedió al fin—. Marina está llegando. ¿Seguro que el olor no le molestará?

—La arquitecta me aseguró que ya está todo ventilado. No le hará daño.

—¿Mamá? —se oyó la voz de Marina al final del pasillo, acercándose.

Doña Marta salió con una mirada de advertencia. La ansiedad me creció en el pecho cuando Marina apareció en la puerta y abrió los ojos al verme allí.

—¿Qué haces aquí?

El embarazo de gemelas era impresionante. De una semana a otra, la barriga crecía, y en alguien tan menuda como Marina se notaba aún más. Con seis meses ya era evidente.

—Espera —levanté las manos—. Quédate ahí.

—Estoy en mi casa, Ricardo. Puedo hacer lo que quiera.

—Tus padres me ayudaron. Te va a gustar —aseguré—. Pero quiero que lo veas conmigo.

Para mi sorpresa, aunque a regañadientes, Marina entrelazó su mano con la mía. Tal vez por impulso, pero se dejó guiar.

Aquella habitación había sido durante años un trastero junto al dormitorio de Marina. La arquitecta había hecho milagros con el espacio.

—¿Qué… qué es todo esto? —preguntó, soltándose y girando sobre sí misma.

—Perdí mucho tiempo por mi culpa. Quería hacer algo por vosotras.

—Es… es precioso.

—Espero que ayude. Sé que es importante tener un rincón para las dos, aunque duerman contigo. Si necesitas algo más…

No terminé la frase. Marina se acercó y me abrazó con torpeza por la barriga. Cuando levantó el rostro, me quedé atrapado en sus ojos. Eran suaves, agradecidos.

Y entonces, como si no pudiera evitarlo, rozó mis labios con un beso leve. Un gesto pequeño, casi instintivo. Sus dedos se aferraron a mi hombro, su frente apoyada en la mía.

Se apartó de golpe.

—Yo… no…

—No pasa nada —respondí con media sonrisa.

Su expresión se endureció.

—Si crees que esta habitación va a comprar mi perdón…

—No. Es un regalo. Solo eso.

Asintió, algo más tranquila.

—No te he besado por nada. Es solo… costumbre. Me hiciste daño, Ricardo. Y ahora no somos solo tú y yo. Necesitamos algo más que una habitación.

—Estoy dispuesto a asumir mi papel de padre. No quiero volver a herirte. Quiero intentarlo.

Me pasé la mano por el pelo, sin saber cómo seguir.

—Pero no voy a mentir: te quiero. Me enamoré de ti. Te amo. Y si pudiera volver atrás…

Mi voz se apagó.

—¿Y aun así hiciste lo que hiciste? —susurró.

—Soy un idiota.

—Lo eres.

Me sostuvo la mirada.

—Demuestra que has cambiado. Porque yo creía que estaba enamorada y me destrozaste cuando dijiste que era una aprovechada, que mentía con el embarazo. No quiero volver a sentir eso. Y no quiero que mis hijas lo sientan nunca.

—No lo harán…

—Eso creí yo antes —me interrumpió—. No puedo resistirme a ti, y lo sabes. Pero esto es más complicado que el deseo. Has intentado ser un buen padre, pero no quiero volver a enamorarme si no estoy segura. Necesito paz. Y tiempo.

Asentí.

—Me alegra que te haya gustado la habitación. Si me necesitas, tienes mi teléfono. Y, Marina… no voy a rendirme.

La dejé allí, aunque quería quedarme.

Era una batalla, no la guerra.

Mis hijas.

Y la mujer a la que amo.

CAPÍTULO 30

Marina

Estaba ignorando a Ricardo.

Ignorando su existencia todo lo posible para evitar sentir nada por él. Mantenerme enfadada por la forma en que me trató era la mejor manera de sobrellevarlo, por mucho que quisiera que fuera un padre presente para Inés e Iris y que tuviéramos que averiguar cómo organizarnos cuando las niñas nacieran.

Su llanto en la ecografía fue el primer golpe.

Era un hombre tan controlado, tan impaciente, con una personalidad que jamás me habría hecho imaginarlo llorando al ver a sus hijas aún sin nacer. Y, sin embargo, allí seguía, en Rio das Ostras, pendiente de mí, ofreciéndose para las pequeñas cosas, incluso cuando yo ignoraba sus mensajes o contestaba con monosílabos.

Pensé que, a esas alturas, casi un mes después de haber aparecido por sorpresa en el restaurante, Ricardo se habría cansado de esperar y habría vuelto a su vida de empresario. El hombre que yo conocí jamás habría pasado tanto tiempo lejos de DataLogic. Era un hombre solitario, obsesionado con los negocios, que no parecía tener ningún tacto con los niños.

Pero ahí estaba: alquilando un apartamento en un edificio elegante frente al mar para quedarse cerca. Decorando en secreto la habitación de las niñas.

Mi madre me contó, no sin cierta reticencia, que había hablado con mi padre y que, con ayuda de una arquitecta, había planeado un espacio con todo lo necesario para que yo no tuviera que preocuparme de nada. Tendrían cunas y armarios, además de

algunos juguetes que daban calidez al ambiente. Era acogedor y nada exagerado.

Era tan difícil.

Tenía que recordarme constantemente por qué había vuelto a casa de mis padres y estaba decorando tartas en vez de vivir la vida corporativa que mi título universitario prometía. Y besar a Ricardo fue un reflejo. Un estallido emocional, un instante en el que imaginé cómo habría sido todo si no hubiera sido un idiota aquella mañana después de que le contara lo del embarazo.

Estaba cansada. En sentido figurado, pero también físicamente.

El embarazo avanzaba y cada día me sentía más agotada, con un dolor en la parte baja del vientre que la obstetra me explicó que era por el peso. Dos bebés significaban el doble de peso, el doble de cansancio, el doble de hinchazón… todo multiplicado por dos.

Dejé el restaurante y me dediqué a organizar en la habitación las cosas que había comprado y las que me habían regalado para Iris e Inés. Poco a poco, la angustia de tenerlo todo listo para recibirlas empezaba a crecer. La habitación era en parte un alivio, igual que los regalos que Ricardo enviaba después de ver en internet que "los bebés necesitaban" tal o cual cosa.

Cerca de los siete meses entraba en la franja más delicada: podían nacer en cualquier momento. Cuanto más tiempo permanecieran en mi vientre, mejor, pero era lo bastante realista como para saber que las gemelas suelen adelantarse. La obstetra me estaba preparando para ello.

Yo quería parto vaginal, pero dependiendo de mi estado y del de ellas en el momento del nacimiento, quizá no tendría elección.

Todo me preocupaba: su salud, si nacerían prematuras, cuál era mi plan de emergencia, cómo sería todo después, si debía dejar que Ricardo pagara un hospital privado en vez de empeñarme en el público, algo que él ofrecía de vez en cuando.

Estoy enamorado de ti.

Cómo habría querido oír aquello antes de que todo se rompiera. Las cosas eran como eran, aunque mi cuerpo aún reaccionara a Ricardo con solo tenerlo cerca.

Nadie habla de lo dura que es la insomnio durante el embarazo ni de lo peligroso que es dejar que la mente vague libremente. Me levanté después de dar vueltas en la cama, esperando que al menos mis padres ya hubieran vuelto del restaurante.

Bebí agua, caminé por la casa, me senté y empecé a deslizar el dedo por TikTok. Al tercer vídeo de recetas empecé a notar que algo no iba bien. Me sentía extrañamente débil, como el día en que descubrí que estaba embarazada.

Me arrastré hasta el baño cuando noté que algo descendía por mis piernas y el pánico me atravesó al pensar que había roto aguas. Era demasiado pronto.

Me bajé la ropa interior, sentada en el váter, mientras las punzadas aumentaban.

¿Era sangre?

—¡Mamá! —grité, esperando no estar sola—. ¡Mamá!

—¿Qué pasa, Marina? ¿Dónde estás?

—¡En el baño!

—¿Estás bien? —preguntó, su voz cada vez más cerca cuando abrió la puerta. Gracias a Dios ya habían vuelto.

—No… no lo sé. Coge mi móvil. Estoy sangrando. Avisa a mi médica.

Mi madre salió al salón llamando a mi padre. De alguna manera me ayudaron a levantarme y me llevaron hasta el sofá mientras organizaban todo a mi alrededor. El seguimiento lo llevaban médicos y enfermeras del centro de salud, pero la doctora Elaine me había dado su número para casos como ese. Sabía lo perdidas que pueden sentirse algunas embarazadas en una urgencia.

Sentía el malestar y el miedo mezclándose, cerrando los ojos, intentando descansar contra el respaldo mientras el corazón me latía con fuerza en el pecho.

—No te asustes, ¿vale? Pero tenemos que ir al hospital. La doctora Elaine dice que es un signo de urgencia y que deben atenderte. —Mi madre suspiró—. ¿Necesitas algo más aparte de los documentos?

—Busca el nombre de Ricardo en mi WhatsApp y avísale, por favor.

Sabía que cualquier sangrado significaba ir directa al hospital, pero no estaba preparada para que ocurriera. Mi madre me dio el bolso y corrimos hacia el coche de mi padre.

Mientras ellos hablaban en los asientos delanteros, yo iba detrás rezando para que no fuera nada grave. Iris e Inés necesitaban más tiempo. Solo tenían treinta semanas.

En cuanto mi padre apagó el motor, salió corriendo hacia urgencias mientras mi madre me ayudaba a bajar. Caminaba con pasos vacilantes, sintiendo la humedad pegajosa entre las piernas, cuando apareció una silla de ruedas para llevarme dentro. Una enfermera hacía preguntas; todo sucedía a la vez.

En media hora ya habían valorado el sangrado y me colocaron el cardiotocógrafo, una prueba para evaluar la frecuencia cardiaca y el bienestar de los bebés.

El primer latido resonando en la pequeña sala me tranquilizó. Fuerte, constante, como en cada revisión anterior.

La banda apretaba mi vientre mientras el papel con el registro salía de la máquina. A mi alrededor había otras mujeres embarazadas, cada una con su propia espera, su propia incertidumbre.

Apenas apagó el coche, mi padre corrió hacia la puerta de urgencias mientras mi madre me ayudaba a bajar. Daba pasos vacilantes, sintiendo el líquido pegajoso entre las piernas, cuando apareció una silla de ruedas para llevarme dentro. Una enfermera hacía preguntas, todo al mismo tiempo. En media hora ya habían evaluado el sangrado y me habían puesto el cardiotocógrafo, una prueba para controlar la frecuencia cardiaca y el bienestar de los bebés.

El primer sonido de los corazones resonando en la pequeña sala me tranquilizó, latiendo con fuerza como en cada revisión anterior. La cinta apretaba mi vientre mientras el papel con el gráfico salía de la máquina. A mi alrededor, otras embarazadas esperaban, cada una con su propia expectativa.

Y la urgencia de una maternidad resultaba aterradora, con el constante ir y venir de mujeres con todo tipo de problemas. En los minutos que estuve allí, oí a madres llorando por pérdidas, suplicando que el parto se retrasara y llamando a otros médicos para saber qué hacer. También escuché muchos gritos de contracciones, temiendo el momento en que las gemelas decidieran nacer. Había mucho de lo que no se hablaba sobre la maternidad, empezando por los percances del embarazo.

—¿Dónde está ella?

Oí la voz desde fuera y, a través de la rendija de la puerta, vi a Ricardo con expresión angustiada. Me incorporé en la camilla y él encontró mi mirada. Parecía haber salido tal como estaba, con el pelo revuelto y el pantalón de chándal. Era la viva imagen de la preocupación. No debería estar allí, pero sabía que nadie conseguiría sacar a ese hombre.

—¿Está todo bien? —preguntó en cuanto me vio.

—Aún no sé nada. Están revisándolo —respondí en voz baja, señalando el aparato—. Pero ¿lo oyes?

—¿Son ellas? —preguntó, y su expresión se suavizó, como si también necesitara esos latidos para tranquilizarse.

Desde que llegó a Rio das Ostras, Ricardo era otro. En la oficina siempre llevaba traje completo, corbata y el pelo meticulosamente peinado. En casa usaba calzoncillos o pantalón corto, aunque mantenía esa aura de hombre de negocios, demasiado educado, demasiado intenso.

El hombre que encontré meses después de mi despido era distinto: vaqueros y camiseta, el pelo más largo y la barba

descuidada. Parecía más dubitativo, menos formal, menos aferrado a todo lo que yo creía intrínseco en él.

El hombre de corbata y americana que nunca salía del despacho había dado paso a otro que irrumpía en maternidades, preocupado por la madre de sus hijas y dispuesto a hacer cualquier cosa por ellas.

—Son ellas —confirmé. Dudé, consciente de que debía hablar de lo que podía pasar. Cuando vi la sangre en las bragas pensé en todo, incluso en que quizá yo no estaría allí cuando nacieran—. Ricardo, no sé si puedes quedarte aquí…

—Puedo, hasta que venga alguien a echarme.

—Escucha, si algo pasa… —intenté empezar, pero la voz se me quebró.

—Piensa en positivo, Marina. Parece que todo está bien. Mira cómo laten —me interrumpió.

—No, no es eso. Si algo me pasa en el parto, sabes que debes elegirlas a ellas, ¿verdad? —lo intenté de nuevo. Aquellas semanas eran cruciales.

—Marina, no me hagas esto —murmuró, comprendiendo a qué me refería—. No digas eso…

—Pero tienes que saberlo. Eres el padre y quien decidirá si ocurre algo. Necesito que sepas lo que quiero, Ricardo. Es importante…

Me miró como si quisiera negarse otra vez y sostuvo mi mirada con enorme seriedad cuando finalmente asintió, claramente incómodo por aceptar esos términos.

—Usted no puede quedarse aquí —apareció una enfermera en la puerta, mirando a Ricardo con gesto poco amistoso.

—Déjele un momento, por favor —pedí, alargando la mano hacia él. Ricardo me abrazó, pasando los dedos por mi pelo, intentando calmarme.

—Cinco minutos más y sale conmigo —sentenció ella.

La enfermera me lanzó una última mirada, como si percibiera lo asustada que estaba, y regresó con las otras embarazadas. Ricardo

tuvo que seguirla cuando terminaron de revisar las cintas, pero volvió diez minutos después, cuando llegó el momento de que me levantara.

Tal vez la había seguido para asegurarse de obtener información sobre mí.

Me informaron de que la obstetra vendría enseguida y me dejaron sentada en el pasillo, donde Ricardo me hizo compañía, comprendiendo que no tenía fuerzas para conversaciones triviales.

Me tranquilizaba notar que Iris e Inés se movían con normalidad y deseaba que todo quedara en un gran susto. Con la visión periférica veía a Ricardo teclear con furia, pero no era trabajo. Iba cambiando de conversación, informando a cada persona sobre cómo estaba yo.

Conociendo a mis padres, en cuanto supieron que Ricardo había conseguido entrar, debían de estar bombardeándolo a preguntas.

—¿Quiénes son? —no pude contener la curiosidad y señalé el móvil con la barbilla.

—Tus padres, Fernanda y mis amigos. Les pedí que esperaran, pero no paran de escribir.

—Es normal que se preocupen. Pensé que podrían entrar.

—Es tarde y, como no estás de parto, hasta yo tuve problemas para pasar.

—Pero entraste.

—Entré —sonrió de lado, como si fuera evidente.

En ese momento apareció mi obstetra en el pasillo y se detuvo a mi lado, interrumpiendo nuestra conversación.

—Ricardo, esta es la doctora Elaine. Lleva mi embarazo.

—Encantado, doctora.

—Estaba atendiendo aquí en el hospital y pude revisar personalmente la prueba —comentó—. Vamos a hacer algunas imágenes más, pero creo que ha habido un pequeño desprendimiento. Necesitamos velar por tu seguridad y la de los bebés.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ricardo.

—Debes guardar reposo unos días para asegurarnos de que todo esté bien. Parece solo un susto, pero en un embarazo gemelar toda precaución es poca.

Sentí un nudo en la garganta, culpándome por no haber sido más cuidadosa y por pasar tantas horas cocinando en el restaurante.

—Está bien… ¿Qué tenemos que hacer?

—Una enfermera vendrá a buscarte para más pruebas. Pero tranquila, los bebés están bien —aseguró la doctora.

Ricardo besó mi frente y sostuvo mi mano desde la silla, intentando transmitirme calma.

Cuando la doctora Elaine se fue, miré a Ricardo, sabiendo que tendría que resolver muchas cosas si debía quedarme ingresada.

—¿Puedes llamar a mi madre?

—Claro, cambio con ella. Está ahí fuera —asintió—. ¿Puedes quedarte sola?

Asentí, acariciándome el vientre, mientras él seguía mirándome, de pie a mi lado, como si dudara si decir algo más.

—¿Qué pasa?

—No te va a gustar, pero tengo que sugerirlo —murmuró, pasándose la mano por el pelo y frunciendo el ceño, como hacía cuando estaba estresado—. Mientras te hacían la prueba, pensé que quizá deberías venir a vivir conmigo.

—¿Qué?

—Si realmente necesitas reposo absoluto, tus padres tienen el restaurante y yo puedo trabajar desde casa.

—Pero tu casa es de alquiler.

—Estaba pensando en Río, porque el apartamento de aquí no tiene habitaciones suficientes. Allí hay más hospitales y puedo contratar ayuda para limpiar, cocinar… incluso una enfermera. Tu madre puede venir con nosotros si eso te hace sentir más cómoda. No es ninguna carga. Ellas también son mías.

—No quiero causar molestias. No haré nada que perjudique a nuestras hijas, te lo juro.

—Entonces di que sí y yo me encargo del resto. Te juro que es por el bien de las tres.

—¿Podemos hablar de eso después? Ahora no puedo pensar en nada que no sea el resultado de las pruebas.

Asintió en silencio y murmuró que iba a buscar a mi madre.

Yo estaba confundida y asustada. Quería negarme, pero al mismo tiempo era una propuesta tentadora. Si no tuviera otra opción, me quedaría en mi antigua habitación, con mis padres yendo y viniendo del restaurante. Pero, como Ricardo repetía tantas veces, el dinero mueve montañas. Y mi orgullo no valía más que la salud de mis hijas.

Tal vez, de verdad, fuera la mejor solución.

CAPÍTULO 31

Marina

Me sentía dando vueltas en círculos, girando para acabar siempre en el mismo punto.

Me fui de Río para empezar una nueva vida y, de repente, estaba allí otra vez. En el mismo apartamento que creí que no volvería a pisar jamás, donde viví tantas cosas felices que pensé que no soportaría mirar esas paredes. Era más fácil cuando no tenía que convivir con el recuerdo de un salón en el que vi tantas películas abrazada a él, la cocina espaciosa donde cociné para los dos, el dormitorio donde estuvimos juntos…

Miré el ascensor al fondo del garaje, intentando hacerme la fuerte. Lo había racionalizado todo con mi madre, pero llegar allí despertaba cada una de mis dudas. Tenía miedo de volver a involucrarme con Ricardo para que me hiciera daño otra vez.

Aquella noche me hicieron más pruebas y me dejaron ingresada en observación. Mi madre era mi acompañante oficial, pero eso a Ricardo le importaba poco: entraba y salía como si fuera el dueño del lugar. Si tuviera que apostar, diría que o sobornó a alguien o simplemente puso esa cara de empresario implacable que hacía que los guardias no se atrevieran a detenerlo.

Doña Marta se sentó a mi lado, acariciándome el pelo como si todavía fuera una niña, y dijo:

—Creo que deberías aceptar la ayuda del padre de las niñas —habló con voz serena—. Puede pagar el mejor hospital y al mejor médico. Y sé que tienes miedo, hija.

—Ricardo se ofreció a que me mudara al apartamento en Río para quedarse conmigo. No quiere que esté lejos.

—No va a mantenerme lejos.

—Ha dicho que quiere una habitación para ti y para papá —confirmé—. Y se ofreció a contratar a una enfermera. No sé si es exagerado o si tengo que aceptar que puedo permitirme ese privilegio.

—Quizá no pase nada y hoy solo haya sido un susto —razonó ella —. Pero si pasa algo, te vas a culpar por no haber aceptado.

—¿Sabes? Me he dado cuenta de que todavía lo quiero, incluso después de todo. Nunca dejé de hacerlo. Verlo me encoge el corazón porque, en el fondo… lo quiero de vuelta. Quiero lo que teníamos antes —confesé en un hilo de voz.

—Ya te dije una vez que en el corazón no se manda. Y la vida cambia. Las cosas cambian con dos bebés. Si es lo que quieres, puedes perdonarlo.

—¿Tú lo perdonarías?

—No se trata de mí, cariño —respondió casi en un susurro—. Me gustaría algo mejor para ti, pero el corazón no siempre es racional.

Por la mañana hablé con Ricardo sobre mi decisión. Hasta entonces me había controlado en el hospital público y, aunque la doctora Elaine tenía buena voluntad e incluso me había dado su número personal —algo que pocas médicas hacen—, estaría a merced del turno de la maternidad. Después de mi despido de DataLogic me quedé sin seguro médico y estaba agradecida de recibir buena atención en el centro de salud… hasta que Ricardo reapareció. Y por Iris e Inés tendría que tragarme el orgullo.

Antes de darme el alta, la doctora Elaine sugirió un mes de reposo hasta la siguiente revisión prenatal, junto con una serie de pruebas para controlar mi evolución. Le conté a Ricardo que aceptaba su propuesta y apenas esbozó una sonrisa mínima, de esas que ponía cuando cerraba un cliente difícil, y dijo que se encargaría de todo.

El "todo" de Ricardo incluía un traslado en helicóptero, una enfermera privada y un acuerdo con mi madre para que se quedara

conmigo el mayor tiempo posible.

Yo, que hasta hacía unos meses ni siquiera había volado en avión, me puse todavía más nerviosa cuando me llevaron en silla de ruedas hasta el helipuerto más cercano al hospital y me ayudaron a sentarme en el aparato, intentando moverme lo menos posible. Era eso o enfrentarnos a la carretera.

Todo se repitió cuando aterrizamos minutos después, hasta el punto de que ya estaba sin paciencia cuando llegamos al edificio de Ricardo, en Ipanema.

—Puedo caminar perfectamente —protesté cuando abrió la puerta y volvió a intentar cogerme en brazos.

—Pues no lo vas a hacer. Estás de reposo. ¡El mínimo esfuerzo posible!

—Pero esto es exagerado. Ya hemos venido a Río en helicóptero, es solo un ascensor —insistí mientras él me ignoraba, murmurando algo sobre haber olvidado pedir una silla de ruedas, y pulsaba el botón del ático.

¿Cuántas veces hicimos exactamente ese mismo recorrido después del trabajo?

—Reposo absoluto es no hacer nada, Marina. Deja de ser terca. Como mucho irás sola al baño… y ya veremos.

—¡No vas a bañarme!

—Te voy a ayudar en todo lo demás. Tenemos que ser un equipo hasta que la obstetra te dé el alta. He contratado a una enfermera que empieza mañana.

—Ricardo…

—¡Soy rico, joder! Déjame ayudarte. Sé que poca gente puede permitirse algo así, pero yo puedo. Y si eso ayuda a no poner en riesgo la salud de las gemelas, voy a decidir por ti.

Un mes. Suspiré, frustrada, guardando silencio.

Un mes para saber cuán grave había sido el sangrado y para mantener a las niñas dentro de mí. Lo organizó todo desde el primer momento, tan hombre de negocios como siempre. En teoría sabía

que no debía ni respirar sin ayuda durante esas semanas, pero siempre había sido demasiado activa como para que me llevaran en brazos como un perezoso colgado del cuello de Ricardo.

No quería que fuera tan bueno.

"Me importas", repitió muchas veces durante nuestra breve relación. "Te amo", dijo después. Tenía miedo de olvidar por qué todo se rompió y volver a ablandarme con él.

Dios sabe que todavía me parecía increíblemente atractivo, sobre todo en ese nuevo papel de padre preocupado. Ricardo cruzó el salón y, cuando entendí que pretendía entrar en su dormitorio, solté un grito, retorciéndome ante la sola idea de volver allí.

Demasiados recuerdos.

—Ahí no. ¡Llévame a la otra habitación!

—Ese cuarto es más cómodo… Y tiene unas vistas preciosas, ya lo sabes…

—¡No! —lo interrumpí—. ¿No tienes otras habitaciones con baño?

Ricardo negó con la cabeza, aún algo confundido, y se dirigió al dormitorio contiguo, tan grande como el principal. A diferencia del otro, no tenía terraza, pero agradecí las grandes ventanas a cambio de no quedarme atrapada entre cuatro paredes que habían presenciado mi felicidad antes de la caída.

—Te voy a dejar en la cama, ¿vale? —Asentí y dio unos pasos más para depositarme con cuidado sobre el colchón—. Tengo que bajar al coche a por tus cosas. Te vas a portar bien, ¿no?

Me miraba con seriedad, casi como un profesor harto de un alumno problemático. Ricardo Varela estaba más atractivo que nunca, con el pelo largo cayéndole por todas partes, las canas asomando entre los mechones y la barba de varios días. Serán las hormonas del embarazo, ignóralo, me ordené mentalmente cuando debería estar enfadada y no llena de deseo.

—Deja de ser idiota, Ricardo.

—Te conozco. En cuanto te aburras vas a querer hacer un bizcocho en la cocina porque "no da trabajo". —Soltó el aire con fuerza para mostrar su impaciencia, porque esa era yo. Si no fuera por las niñas, ya estaría saltándome el reposo, porque me sentía mucho mejor—. Estamos solos, pero dos veces por semana Lídia viene a limpiar. La enfermera viene mañana a conocerte, pero empieza el viernes, cuando tu madre vuelva a Rio das Ostras.

—Deben de estar a punto de llegar —asentí.

Mi madre quería traer algunas cosas mías y suyas para dejarlas en el apartamento y venía conduciendo con mi padre. Sabía que tampoco quería pedir más favores de los que consideraba razonables a Ricardo, por quien aún sentía cierta desconfianza. No vendría en helicóptero, aunque él se lo hubiera ofrecido.

—¿Quieres algo?

—Estoy bien, Ricardo… Un tentempié me vendría bien. Almorzamos hace unas horas y no puedo estar mucho tiempo en ayunas.

—Lo preparo. Y por favor… Cualquier cosa, lo que sea, llámame —dijo, y dudó en la puerta, con una postura más tímida, como inseguro de lo que iba a proponer—. He estado pensando… ¿Qué te parece si decoramos aquí la habitación de las niñas?

—No… no le veo sentido, si vamos a estar en Rio das Ostras.

—Lo sé, pero en algún momento pasarán tiempo conmigo y quiero que tengan un rinconcito solo suyo, ¿sabes? —hizo una pausa, buscando bien las palabras—. Además, si alguna vez necesitas estar aquí con ellas, lo tendremos todo preparado. Tú más que nadie sabes que tenemos que pensar en todas las posibilidades.

—Y aunque estemos intentando evitar el parto, quizá sean prematuras y nazcan aquí, ¿verdad? —completé, con temor. Aunque no quisiera pensarlo, era una posibilidad muy real—. Pensaré en algo, ya que tú elegiste las cosas en casa de mis padres.

—Te lo agradezco. —Sonrió con esa media sonrisa torcida y tímida —. Ahora, quietecita en la cama. ¡Ya vuelvo!

* * *

De algún modo, Ricardo consiguió tomar distancia incluso viviendo bajo el mismo techo. Seguía esforzándose por pasar tiempo a mi lado y preguntarme cómo estaba, pero cada día se parecía menos al hombre desesperado por mi perdón que confesaba que me amaba y más a alguien sereno, como si estuviera superándome. Era desesperante… y yo tenía demasiado tiempo libre para pensar en ello.

Krizia, la enfermera, y mi madre me acompañaban todo el tiempo. Por las mañanas, Ricardo me ayudaba a ir hasta el salón, del que solo salía con ayuda o por la noche, cuando me llevaba al dormitorio de invitados que ocupaba en el apartamento.

Vi todas las series que quise, películas y leí todos los libros que tenía pendientes. Ricardo vio algunos conmigo en silencio, como hacía antes, solo que sin la parte en la que yo me enroscaba en sus brazos.

Simplemente… ya no hablaba conmigo más de lo necesario. Nada que no fuera mi salud o las niñas.

Al final de la tercera semana estaba tan aburrida que solo no me puse a hacer un bizcocho sentada porque sabía que Ricardo me lo echaría en cara por no saber descansar. Pero la habitación de las gemelas ya estaba completamente planificada y lista para empezar las obras, gracias a la arquitecta que diseñó el cuarto en casa de mis padres, con quien intercambié varios correos con referencias y planos.

Iris e Inés parecían estar bien; yo no me sentía mal y alcanzamos las treinta y cuatro semanas en medio de aquel torbellino.

Quizá pudiera culpar al aburrimiento y a las hormonas del embarazo, pero vivía por los momentos en que Ricardo aparecía solo en pantalón corto, dejando a la vista los abdominales que tanto echaba de menos. Seguía con su rutina de ejercicio y comida saludable, pero en cuanto Krizia o mi madre aparecían, se encerraba

en el despacho y salía de vez en cuando solo para comprobar si necesitaba algo.

Siempre me preguntaba si necesitaba algo.

No sabía qué estaba pasando con DataLogic, aunque escuchaba alguna conversación suelta. Tampoco quería saberlo. Que Cibele ardiera consumida por el dinero que robó. Que Ricardo aprendiera a delegar y dejara de estar atado a un negocio que ya ni siquiera parecía tener sentido para él.

Aunque pensé que volvería a ser un adicto al trabajo en cuanto pisara Río de Janeiro, cumplió su promesa y no salió del apartamento en ningún momento. Murilo venía mucho más a menudo y, por lo que entendí, ambos estaban planeando algún tipo de inversión juntos.

Fue el primer amigo de Ricardo que conocí oficialmente, en una presentación superficial antes de que se encerraran en el despacho. Había oído hablar de Murilo, Héctor y Guillermo; los conocía de los pasillos de DataLogic, pero allí me presentaron como me habría gustado desde el principio. Todo era mucho más sencillo antes, incluso cuando yo creía que lo nuestro era complicado.

Ricardo era como una sombra.

Una sombra que empezaba a ablandarme por la generosidad que mostraba con sus hijas. Como si no hubiéramos terminado de aquella forma, con él llamándome estafadora y mentirosa. No debería olvidarlo, pero cada vez me costaba más guardar rencor. Solo el padre de las niñas, me repetía todos los días. Un padre muy atractivo de mis hijas al que vería, como mínimo, durante los próximos dieciocho años.

Estaba perdida.

Me veía enorme, con una barriga que parecía la de una mujer a punto de parir cuando ni siquiera había llegado a los ocho meses. Y con deseo. Un deseo que volvió con fuerza cuando noté que mi irritación hacia Ricardo empezaba a ceder.

Todo lo que pasó me cambió, me volvió más tímida y callada, pero igual que el frío se va al final del invierno, sentía que me descongelaba y empezaba a volver a ser quien era antes.

Y eso era un problema enorme cuando parte de quien yo era… era una tímida muy caliente.

—¿Puedo pasar? —preguntó Ricardo al llamar a la puerta, sin esperar respuesta.

Ya estaba en la cama, sentada y mirando el móvil. Aunque en teoría no podía, con las semanas había ganado más autonomía para ir al baño y arreglarme. La enfermera incluso había empezado a dejarme ducharme sola.

—Hola, Ricardo. Buenos días.

—Buenos días. —Sonrió y yo lo recorrí con la mirada un poco más de lo necesario. Era un buen día: venía sudado después de correr. Malditas hormonas—. ¿Quieres que te ayude a ir al salón o prefieres esperar a que me duche?

—Puedo hacerlo sola —respondí con rebeldía.

—Sé que es el gran día, pero no, no puedes. Tienes que esperar a que la doctora Elaine diga que sí —replicó—. Espera, ¿vale? Estoy sudado y huelo fatal.

—Claro, vete otra vez —murmuré, derrotada. No sabía explicar esa sensación de rechazo.

—¿Qué pasa?

—Sé que estamos aplazando esta conversación —me armé de valor—, pero entras y sales como si ni siquiera vivieras aquí. Eres muy caballeroso, pero muy… distante.

—Pensé que era lo que querías —respondió con suavidad y se acercó, entrando del todo en la habitación cuando claramente no era lo que pensaba hacer—. Darte el espacio que necesitas después de todo esto —continuó—. No voy a presionarte para decisiones definitivas cuando me pediste tiempo; eso es lo que puedo darte.

—Me siento como si estuviera bajo un microscopio, contigo mirándome desde lejos, haciendo preguntas superficiales sobre mí y

las niñas… Y no sé lo que quiero, pero ¡esto no es!

—Te voy a dar todo el tiempo que quieras, Marina —reafirmó, agachándose a mi altura y mostrándome una mirada vulnerable y suave que no veía desde el día de la ecografía de Iris e Inés—. Porque te amo y amo a nuestras hijas, y esta vez voy a hacer lo correcto.

—Estás actuando como si tuvieras que ganar un contrato y convencerme de algo que no quiero.

—Lo quieres. Aún lo quieres, aunque racionalmente deberías no quererlo —declaró con ese tono medio canalla y soberbio, como cuando me acusó de estar celosa de Alessandra. Parecía que hubiera pasado una vida—. Pero necesitas darte cuenta tú sola para que hagamos las cosas bien. No quiero perderlas otra vez.

—Ya las perdiste —repliqué en un hilo de voz, entre provocación y una incredulidad que ni yo misma entendía—. Eres solo el padre de mis hijas.

—Sigue creyendo eso. —Soltó un suspiro burlón—. Salimos hacia Rio das Ostras en una hora. Avísame si necesitas algo.

Tú, murmuré a la puerta vacía cuando salió.

Ricardo no me dejaba pensar con claridad. Desfilaba sin camiseta, intentando derribar mis barreras y convencerme de que podía ser un buen padre. Un buen marido, añadió mi cerebro en un rincón resentido, recordándome por qué todavía no lo había perdonado.

No debería ser ese hombre transformado, un futuro padre de familia esperando el nacimiento de sus hijas.

Mi corazón blando lo perdonaría… si no temiera que volviera a ser mi jefe insoportable, el que me rechazó estando embarazada. Y tenía miedo de que, de repente, volviera a transformarse otra vez, como cuando creyó la mentira de Cibele.

CAPÍTULO 32

Marina

Contorcí las manos con expectación, esperando lo que diría la doctora Elaine. Me examinó, midió y escuchó a las niñas antes de sentarse en su silla metálica y mirarnos.

Durante todo el tiempo en Rio das Ostras, Ricardo me había dado espacio para las consultas prenatales, aunque yo sabía que quería estar conmigo. Pero no en esta. Desde la hospitalización, estaba extremadamente protector y sabía que, si pudiera, me envolvería en plástico de burbujas y me dejaría inmóvil en algún rincón para que no me pasara nada.

Como el día del avión, alargó la mano hacia mí, apretando mis dedos y calmándome. Tenía el corazón acelerado y movía las piernas sin darme cuenta, intentando controlar mi caos interno cuando sus dedos acariciaron los míos.

—No veo ningún peligro, Marina, pero tu embarazo está cada vez más avanzado y las niñas están creciendo bien. Tal vez sea importante adaptar tu rutina —dijo la doctora Elaine.

Se pasó unos cinco minutos explicando las pruebas y el episodio que ocurrió el mes anterior, clasificándolo como un riesgo leve y controlado, «sin secuelas».

—Entonces, ¿puedo volver a mi rutina normal? Antes del reposo hacía caminatas… y trabajaba. Quizá pueda aprovechar algo de este final del embarazo.

—Todo lo que te haga sentir cómoda puedes mantenerlo. El último trimestre es complicado, sobre todo en un embarazo gemelar. El aumento de peso, el cansancio y los problemas para dormir pasan factura. Si te sientes bien, no veo inconveniente.

—¿Y qué haremos con el parto? Yo estaba tranquila, pero con estas complicaciones…

—Nada cambia —continuó con una sonrisa tranquilizadora—. Seguimos controlando y esperamos a que te pongas de parto. Todo está normal y hemos escuchado los corazones, ¿verdad? El equipo de guardia sabe qué hacer y puede consultarme cualquier cosa. Estoy aquí para eso.

—Pensé que usted atendería el parto, ya que tuvimos esa complicación —interrumpió Ricardo.

—La mujer es quien pare, y el trabajo empieza cuando las niñas estén listas. El reposo fue esencial para que tuvieran tiempo de desarrollarse. Las cesáreas programadas deben hacerse cuando hay un riesgo identificado, y Marina no tiene ninguno. Sé que los padres primerizos sois más temerosos, pero hemos llegado hasta aquí, están sanas y el riesgo es bajo con treinta y cuatro semanas. Las vigilaremos por la posición pélvica, pero es nuestra única preocupación. Cuanto más tiempo de gestación, menos riesgos tendrán.

—¿Y si el parto es en Río? —preguntó Ricardo otra vez, y me giré hacia él, sin entender adónde quería llegar.

—Las cosas sucederán como deben. Marina tiene mi teléfono y el seguimiento ha sido correcto. Un hospital de aquí o uno de Río tiene la misma estructura —concluyó la doctora Elaine—. La administrativa les dará la próxima cita. Nos vemos en quince días para seguir controlando tu tensión, la altura uterina, la posición y el movimiento de las niñas, ¿de acuerdo? Todo va a salir bien, Marina.

—Gracias, doctora —me despedí y salí, soltando la mano de Ricardo con irritación. Estaba liberada del reposo y ahora tendría que lidiar conmigo moviéndome por ahí con esta barriga enorme.

—Eh, puedes caminar más despacio, ¡te puedes caer! —refunfuñó al alcanzarme, cerrando la puerta de la consulta. Parece que las tornas han cambiado, porque ahora soy yo quien camina más rápido.

—¿Cuál es tu problema?

—¿Mi problema con qué? —replicó, frunciendo el ceño.

—Preguntar por el parto de las niñas. Antes de que aparecieras, ya había tomado una decisión y ahora hablas de que nazcan en Río.

—Marina —pronunció mi nombre como si fuera a hablar con una niña caprichosa, y crucé los brazos. Lo notó, buscó otra explicación y cedió, con una mirada casi impotente—. Tengo miedo de que aquí no haya la estructura adecuada. Tuviste un sangrado y las niñas aún no están bien colocadas.

—Muchos niños nacen en hospitales públicos, Ricardo. E Iris e Inés pueden girarse antes del parto. Las consultas serán más seguidas precisamente para vigilar eso. Deja de ser esnob.

—Has estudiado, sabes que es difícil tener un parto vaginal con una de las niñas de nalgas. Sobre todo siendo gemelas. Pensé que lo habíamos decidido…

—Tú lo decidiste, como siempre te encanta hacer —le repliqué, intentando no alzar la voz en el pasillo de la clínica—. Si hubiera riesgo, sería la primera en quejarme. Pero no lo hay. ¡Está todo bien!

—No quiero que esperes, ni que sientas dolor, ni que sufras ninguna violencia solo por ser testaruda. —Suspiró frustrado y se pasó la mano por el pelo—. No tienes por qué quedar a merced de un médico al que no conoces ni en quien confías solo porque esté de guardia. Puedes tener una habitación privada en vez de una sala compartida. Puedes tener lo que quieras… Déjame hacer esto, Marina. Por favor.

—No todo se arregla con dinero, Ricardo.

—Pero el dinero consigue cosas.

—No quiero una cesárea innecesaria.

—Lo respeto. Pero quiero darte la comodidad que aquí no tienes. Una habitación privada y un equipo dedicado a ti. ¿Me prometes que lo pensarás? Ya estás acostumbrada a mi apartamento; las niñas tienen allí su cuarto. Me gustaría estar en las primeras semanas.

—Siempre supiste que mi plan era quedarme aquí y vivir con mis padres —respondí, y noté la tristeza en sus gestos. Sabía que nos

quería cerca, pero no iba a entrar en ese juego de ceder centímetro a centímetro.

—Estoy velando por la seguridad de las tres. Si soy esnob, es problema mío. Pero quiero ser egoísta y poder dar lo mejor a quienes amo. Sé que no todo el mundo tiene la misma realidad, pero yo puedo. Y quiero que lo pienses.

—¿Has estado estudiando de verdad?

—Nunca he ido desprevenido a una reunión. No iba a empezar mi paternidad sin saber nada. Ahora mi Instagram solo me muestra vídeos de bebés y partos. Es insoportable, y mira que casi no lo abro. —Sonrió de lado—. Vamos, te dejo con tus padres, que sé que estás loca por pasear por la playa, comerte un helado y hacer todo lo que el reposo te impidió.

—Ni siquiera pude organizar un baby shower —me lamenté.

—¿Quieres uno?

—No es que necesitemos nada, porque confío en que no dejarás que falte nada —respondí con vacilación, sintiéndome un poco sensible—. Pero es bonito pasar tiempo con amigos y celebrar su llegada.

—Me encargo.

—¡Ricardo! No era una petición. No todo es para que tú «te encargues».

—Pues lo haré igualmente —replicó—. Fallé cuando más me necesitabas. Prometí que no volverá a pasar.

—Ya te dije que la confianza no se reconstruye con dinero.

—Son gestos. No dinero. Ya te he dicho que me importas. Y te quiero. —Lo dijo de forma sencilla, como quien comenta el tiempo—. Saca tus alitas de hada organizadora y dime qué hace falta. Con listas y contactos, si puedes. Yo intento ocuparme del resto.

—¿Con Vanda?

—También. No estamos trabajando tanto estas semanas. Le gustará. Incluso puedo intentar que venga aquí.

—¿Aquí?

—Aquí, claro. Es donde están tus amigos. Ahora vamos… resolvamos esto. Tenemos pocos días y a las niñas se les puede ocurrir nacer antes del evento.

* * *

Exactamente dos semanas después, Ricardo alquiló un salón de eventos en un hotel cerca del centro de Rio das Ostras y organizó el baby shower de Iris e Inés. Yo no hice nada más que aprobar lo que él o Vanda me consultaban, encantada de no tener que contar monedas para celebrar la llegada de las niñas.

Después de la visita a mis padres, decidí volver a casa de Ricardo. No fue una decisión racional, pero su deseo de participar en las primeras semanas de vida de las niñas pesó en la balanza. Terminaríamos el seguimiento del embarazo con la doctora Elaine, pero el parto lo llevaría una médica a la que visité con él unos días después de regresar a Río. Era mejor que un turno desconocido en un hospital donde tendría que compartir habitación. Fue otra concesión que hice en nombre de las niñas y de la paternidad de Ricardo. Necesitaba seguridad.

El problema de no estar ya de reposo era que tampoco lograba controlarme con respecto a Ricardo, así que cada vez que me descubría mirándolo o teniendo fantasías, me inventaba algo que hacer. Había paseado por Ipanema demasiadas veces. Había cocinado más dulces y tartas en esas últimas semanas que en plena temporada de encargos. Todo el mundo acababa llevándose un postre, desde mis padres hasta los porteros, todo para intentar ahogar mi libido de embarazada.

Me revolvía en la cama por la barriga y por Ricardo, y de forma peligrosa notaba que mi rabia empezaba a disolverse, como si estuviera superando lo que había pasado entre nosotros.

Él te rompió el corazón. No importa lo amable. Y dulce. Y enamorado. Y guapo. Y sexy que esté ahora.

El problema eran momentos como el baby shower.

La decoración estaba preciosa. Fiel a lo que pedí, había una mesa sencilla con una tarta y dulces, globos en racimos y peluches con temática de bosque. Todo tan verde como la obsesión de Ricardo. Un equipo se encargaba de la parrilla y los camareros servían la carne mesa por mesa.

Yo llevaba un vestido verde, el pelo suelto y sabía que no dejaba de sonreír y hacerme fotos. No era una gran fiesta, solo estaban mi familia y algunos amigos del colegio y la universidad; por el lado de Ricardo, vinieron sus amigos más cercanos. Pero era bonita y sería un recuerdo bonito para las niñas después de que nacieran.

—Es un placer volver a verte, Marina —dijo Murilo. Tenía una sonrisa pulida, ligeramente irónica, y me tendió la mano. Ricardo venía detrás, acompañado de Héctor y Guillermo, junto a una mujer de pelo castaño.

—¡Hola! Es un placer conocerte por fin —comentó Héctor.

—Sí, hemos oído mucho sobre ti en los últimos meses —añadió Guillermo—. Ella es Helena, mi prometida.

—Encantada —saludé, al mismo tiempo que los tres hombres miraban a su amigo con confusión.

—¿Prometida? —preguntó Ricardo.

—Fue algo repentino —respondió Guillermo—. No quería molestaros cerca del nacimiento de las niñas.

—Pero…

—¿Podemos hablar de eso después? —pidió, y entendí que había cierta tensión.

—Me alegra conocerte —añadió Helena con timidez—. Aún no conocía a ninguno de los amigos de Guillermo.

—Nos hemos cruzado por los pasillos de DataLogic, pero nunca nos presentaron oficialmente —intervino Héctor, como queriendo disipar el ambiente extraño—. Soy Héctor y él es Guillermo. Es una fiesta preciosa. Me alegra conocerte, Marina. Cuenta con nosotros, ¿vale? Ricardo es el primero en tener hijos y estamos emocionados.

—Muy emocionados por ser tíos —concluyó Murilo.

—Gracias por venir, sobre todo hasta Rio das Ostras.

—Es un placer.

Ricardo se fue con sus amigos hacia una de las mesas, y Nanda se acercó a mí. Sabía lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Entonces, ¿Ricardo tiene amigos que también están buenísimos?

—Si crees que Ricardo no vale la pena, es que no has oído hablar de esos tres. Dos divorciados y el otro casado con el trabajo desde que murió su exmujer.

—Bueno, Ricardo parece que ha cambiado y está todo enamoradizo —replicó.

—¡Nanda!

—Es verdad. ¡Mira cómo te mira! —comentó mi prima, estirándose para coger pan de ajo de una bandeja que pasaba—. Y es rico. Me está encantando esto.

—¿Recuerdas cuando hablábamos mal de él?

—Nada es blanco o negro, ¿no? Es en los tonos grises donde las cosas se ponen interesantes.

—Dios mío, Nanda. Tus bromas…

—Te encantan. —Me dio un beso sonoro en la mejilla—. Pero en serio. Os queréis y estáis a punto de tener dos hijas. Intentarlo otra vez no le hace daño a nadie.

—¿Incluso después de todo lo que pasó?

—Solo tu corazón puede decir si es capaz de perdonar. Pero el hombre que organiza un baby shower y moviliza helicópteros por ti no es el mismo tipo con el que te acostaste en el suelo de una sala de reuniones. Han pasado muchas cosas desde entonces.

—Lo sé…

—Piénsalo, pero luego. Hoy es día de sonreír y comer algo rico —dijo, llevándose otro trozo de pan de ajo a la boca—. ¡Y el asado está increíble!

—Tienes razón.

—Lo sé. El corazón de pollo también está buenísimo…

—No. Me refiero a lo de pensar en Ricardo. En algún momento tendré que hacerlo. Hemos declarado una tregua y decidido dejar las cosas a un lado por las niñas, es solo que desde hace un tiempo…

—Quieres perdonarlo, ¿verdad?

—Tengo miedo —confesé—. Y prefiero no precipitarme esta vez. Dejar que las cosas pasen en lugar de esconderme como cuando estábamos juntos. Si tiene que suceder, será a la vista de todos, sin dudar.

—Bueno, querida… Estás pensando demasiado. Vamos a por una coca bien fría y dejamos la conversación seria para después.

Sonreí y, aunque intenté dejar de pensar, no lo conseguí, ni siquiera cuando el día se volvió noche, con todos conversando, riendo y bailando en el pequeño salón. Sirvieron la tarta y, al cabo de un rato, la gente empezó a marcharse. Para mi sorpresa, mi madre pidió que me quedara a dormir en el apartamento de Ricardo, porque los parientes ocuparían la casa y yo necesitaba un lugar silencioso y cómodo.

Parecía que los dos empezaban a conspirar juntos contra mí, ya que yo era incapaz de descansar.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Ricardo al abrir la puerta. Venía cargado de regalos que dejó en el salón de cualquier manera. Aún quedaban más en el hotel, pero el equipo de limpieza los separaría para que los recogiéramos al día siguiente.

—Fue precioso, Ricardo. Gracias.

—Todo por ti, Marina. Y por las niñas. ¿Estás bien? ¿Quieres algo? ¿Un masaje?

—Para ya con eso. Estamos jugando con fuego. No quiero volver a estar tan cerca de ti —dije, dejándome caer en el sofá y quejándome por el dolor de pies. Estaba hablando demasiado, señal de lo agotada que estaba con aquella barriga enorme.

—Pero no puedes resistirte, ¿verdad? Yo tampoco… Te lo repetiré las veces que haga falta: si me quieres de vuelta, soy tuyo. —Suspiró—. Ahora ven, dame ese pie.

Se sentó a mi lado y empezó a masajearme, arrancándome un gemido que, por su sonrisa, parecía complacerle. Idiota. Intenté apartar el pie, pero no me dejó. Seguí el movimiento de sus manos por mis piernas mientras murmuraba:

—Tengo que ir al cuarto… No quiero que seas bueno ni dulce. No quiero que me confundas. No soy la misma mujer de hace unos meses. Me rompiste —continué cuando él se acercó—. Por favor…

—Está bien.

Ricardo me miró con tristeza. El cambio en su expresión fue inmediato. Asintió con resignación y se levantó del sofá. Aquella rendición me hizo ponerme en pie detrás de él, confundida por su actitud. Ricardo siempre conseguía lo que quería. Que ahora hiciera exactamente lo que yo pedía me descolocaba.

—¡Espera! —Me incliné hacia él sin pensar y uní nuestros labios, incapaz de resistirme, intentando retenerlo.

—Tienes que decidirte, Marina —murmuró contra mi boca.

—Echo de menos tu tacto, tus besos, tus abrazos. Esto no puede significar nada, ¿entiendes? Solo… un desliz.

—¿Quieres usarme? —susurró, cerrando los ojos mientras sus labios descendían por mi cuello, provocándome un escalofrío, como si él tampoco pudiera resistirse después de tanto tiempo.

—No aguanto más fantaseando contigo.

—¿Fantaseando conmigo?

—¿Sabes lo difícil que es verte con esos pantalones cortos de correr? ¿Con ese aire de hombre maduro irresistible que siempre me tienta?

Ricardo se apartó conteniendo una carcajada. Yo estaba roja de vergüenza.

—Está bien.

—¿Está bien? —pregunté, desconcertada.

—Quieres usarme y entiendo los límites. Este "viejo" está rendido por ti y acepta… porque yo me siento igual.

Ricardo volvió a acercarse y esta vez no me dio tiempo a responder.

Me besó con intensidad, sujetándome el rostro y atrayéndome hacia él a pesar de la enorme barriga entre nosotros. Lo notaba tenso, deseándome con solo estar cerca.

El suelo pareció desaparecer cuando me levantó en brazos y caminó hasta su habitación sin despegar sus labios de los míos. Me dejó en el centro del cuarto y confesé:

—No quería entrar aquí por los recuerdos… pero parece que no puedo evitarte, haga lo que haga.

Ricardo se quedó un instante sin palabras. Decidí que no era momento de hablar de cosas tristes y me quité el vestido por la cabeza.

Llevaba un conjunto negro con encaje blanco. Mis pechos estaban más llenos, la barriga prominente. Ricardo la miró con una mezcla de asombro y ternura.

Se quitó la camiseta y el pantalón, quedándose en ropa interior, y se sentó en la cama, atrayéndome hacia él. Me besó con devoción, recorriendo mi cuerpo con las manos y los labios, despojándome de la ropa con una mezcla de urgencia y cuidado. Mis curvas habían cambiado, pero en su mirada solo había deseo y admiración.

—Estás preciosa, mi amor… Cómo he deseado besarte…

Terminamos desnudos, respirando agitados, besándonos como si el tiempo no hubiera pasado. Su deseo rozaba el mío, provocándome estremecimientos. Sus manos exploraban con hambre contenida, como si aquel reencuentro fuera algo que llevaba meses esperando.

—Entra en mí… Lo necesito —susurré.

Él me sostuvo la mirada.

—Todo lo que me pidas. Siempre.

Nuestros cuerpos se unieron con una mezcla de ansia y cuidado, como si ambos recordáramos el camino de memoria. Hacía meses… y, aun así, nuestros cuerpos se reconocían. Me moví buscando más, pronunciando su nombre entre suspiros, intentando no pensar en nada más.

Él marcó el ritmo, firme y profundo, hasta que el placer me sorprendió de golpe, arrancándome un gemido que no pude contener. Lo había echado de menos. Eso fue todo lo que necesitó. Me estrechó contra él, perdiéndose conmigo, hasta dejarse caer sin aliento, con el corazón desbocado.

Se recostó contra el cabecero y yo me acomodé sobre su pecho.

No quería hablar de lo que acababa de pasar.

Seguíamos siendo buenos juntos.

CAPÍTULO 33

Ricardo

Marina se quedó conmigo aquella noche y, en algún momento, entre que me dormí y amaneció, se escapó.

Yo lo quería todo con ella, pero me conformaría con lo físico con tal de tenerla cerca.

Durante los últimos veinte años fui un negociador nato, sin dejar traslucir lo que deseaba y pasando por encima de quien hiciera falta para conseguirlo. Con Marina y con las niñas no podía ser así. Desde el día en que pisé Rio das Ostras y decidí dedicarme a ellas y a recuperar el perdón de Marina, me estaba esforzando de verdad.

—Buenos días —me saludó, con el pelo mojado y un vestido suelto que marcaba la curva de su barriga cuando salí del dormitorio —. ¿Vas a volver a Río o te quedas por aquí?

—¿Tú quieres quedarte?

—Quería pasar un tiempo con mis padres. Las cosas se van a complicar cuando nazcan las gemelas —respondió, abriendo la nevera y sirviéndose un vaso de zumo mientras yo la observaba. Fingía una naturalidad que no sentía—. ¿Qué?

—¿Ni un comentario sobre anoche? ¿Otra vez vamos a fingir que no pasó y a ver qué ocurre?

—Mira, Ricardo… —resopló, buscando las palabras—. Estoy confundida y las niñas pueden llegar en cualquier momento. ¿Podemos simplemente no hablar de esto? Nos van a devorar dos recién nacidas, tengamos el tipo de relación que tengamos cuando nazcan.

—Entonces, ¿tenemos algún tipo de relación? —arqueé una ceja, provocándola.

Quería usarme y ahora no sabía cómo manejar sus propios deseos. Me recordaba demasiado a aquella primera vez en la sala de reuniones.

—¿Puedes parar?

—Te propongo algo: como tú misma has dicho, cuando las niñas lleguen, nuestra vida se pondrá patas arriba. Aprovechemos este poco tiempo. No me eches de tu cama ahora —dije, planteándolo casi como un acuerdo.

Al acercarme, dio un paso atrás, sujetándose la barriga con gesto protector, analizándome.

—¿Como nuestro primer plan? ¿A escondidas de todos? —No era exactamente lo que proponía, pero la idea parecía tentarla—. No lo sé, Ricardo. Eres el padre de las niñas. No quiero complicar las cosas. Sobre todo después de que dijeras que estabas enamorado. Sería irresponsable por mi parte.

—Yo me encargo de mis sentimientos. Pero tú, ¿qué quieres? ¿Me odias lo suficiente como para no quererme?

—Nunca te odié. Solo que ya no eres mi persona favorita. —Suspiró—. Me hiciste sufrir, Ricardo. Pero te quería demasiado para odiarte. Necesité tiempo para digerir lo que hiciste… en lo que te convertiste cuando creíste a Cibele. No sirve de nada que prometas cosas si no sé si vas a cumplirlas.

—Entonces… ¿amigos con derecho? —propuse, y sonrió incómoda por mi elección de palabras—. ¿Qué pasa? Me quieres en tu cama, pero no quieres acercarte. Es un buen nombre.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque el embarazo te tiene revolucionada y crees que no me doy cuenta de cómo me miras, de cómo te quedas sin aire cuando paso cerca —la provoqué—. Piénsalo.

Y así empezó.

Pasó el día con sus padres mientras yo trabajaba en el apartamento. Pensé que se quedaría allí a dormir, pero volvió al final de la tarde, sugiriendo pedir comida y ver una serie. Cuando se

despidió y entró en la habitación de invitados, me quedé despierto mirando el techo, deseando verla desnuda, con la barriga redonda, sentir que seguía siendo mía.

Quizá ella también estaba atrapada en sus pensamientos, porque pasada la medianoche abrió la puerta de mi habitación, se deslizó entre mis sábanas y declaró que yo seguía siendo "solo el padre de las niñas", pero que aceptaba mi propuesta.

Durante dos semanas, ya de vuelta en Río y solos, retomamos nuestra locura, adaptándonos a su enorme barriga y buscando posturas en las que estuviera cómoda. Seguía desconfiando, evitaba cualquier conversación profunda, pero poco a poco iba recuperando su confianza, centímetro a centímetro.

Era divertido provocarla cuando al amanecer fingía que nuestro acuerdo no existía.

Hasta que una noche me sacudió para despertarme. Miré el reloj de la mesilla con los ojos aún borrosos: pasaban de las cuatro de la madrugada.

—Creo que ha empezado —susurró—. La barriga se me pone dura y duele…

—¿Contracciones? ¿No deberían doler más? —Salté de la cama y encendí la linterna del móvil. Ella cerró los ojos por la luz repentina —. ¿No serán falsas?

—No hay nada falso en este dolor —dijo, apretando el vientre. Guardó silencio unos segundos, respirando hondo—. Voy a ducharme.

—¿Pero no tenemos que revisar las bolsas? ¿Las cosas están listas? ¿Y lo nuestro…?

—Ricardo —pronunció mi nombre con mucha más calma de la que yo sentía—. Tranquilízate. Los partos tardan.

Marina se fue a la ducha. Yo seguía hecho un manojo de nervios por la habitación, vistiéndome con lo primero que pillaba y sentándome en la cama a esperarla. ¿Cómo podía ella estar tan tranquila? Había llegado el momento.

Abrí la aplicación de las contracciones intentando entender cómo se marcaba el inicio y el final de cada una. La tenía descargada desde hacía semanas, lista para cuando hiciera falta. La ducha caliente se alargó más de lo normal y, por lo que había leído, el agua templada aliviaba el dolor.

Cuando me di cuenta de que el intervalo rondaba ya los cinco minutos, avisé al equipo médico mientras ella llamaba a sus padres. Marina miraba el móvil distraída, llevándolo todo mucho mejor que yo. Desde que supe lo del embarazo, vivía con el miedo de perderlas a las tres, y ese era el día en que tenía que ser positivo y esperar el momento de conocer a mis hijas.

Los padres de Marina llegaron cerca del amanecer. Su padre, don Osvaldo, tuvo que haber pulverizado todos los límites de velocidad para llegar tan rápido. Aunque doña Marta estaba en casa, Marina había decidido que yo era su masajista oficial y me reclamaba cada vez que el dolor de las contracciones se volvía insoportable.

—Tenemos que irnos ya —refunfuñé a Marina cuando vi que el intervalo empezaba a acortarse peligrosamente y empecé a barajar la posibilidad de que Iris e Inés vinieran al mundo en el salón de mi piso de Ipanema, y no en el hospital.

—Va… vale… estoy bien —dijo ella, dejándose ayudar a levantarse.

Don Osvaldo se ofreció a conducir porque yo estaba hecho un lío entre ir pendiente del coche y atender a Marina, que cada cinco minutos soltaba un grito por la contracción y, entre medias, no paraba de quejarse: "Nunca más vuelvo a hacer esto", "A partir de ahora, pastilla anticonceptiva sin falta", "Me duele muchísimo". Doña Marta no sabía si calmar a su hija o sonreír por lo bajini, que la situación le hacía hasta un poco de gracia.

Yo solo estaba tenso, agarrado a la mano de Marina, controlando las contracciones con la aplicación para informar a los médicos y rezando para que mis hijas no nacieran en el asiento de atrás del coche. El equipo de parto decía que no corríamos ese riesgo, pero no podía soportar ver a Marina retorcerse de dolor.

Llegamos al hospital en pocos minutos y allí estaba el médico, esperándonos, listo para llevar a Marina dentro y ver la dilatación. Yo me quedé atrás para rellenar el parte de ingreso y no volví a verlas hasta que Marina ya estaba con la bata de hospital, paseándose de un lado a otro de la sala de partos.

—Dilatación de seis —me soltó en cuanto abrí la puerta. Quizá iba más rápido de lo que esperábamos. —Joder…

Le vino otra contracción y se le torció la cara, apoyándose en la pared. No pude contenerme: la abracé, la estreché contra mí y la sentí venirse abajo con el gesto. Esto podía alargarse muchas, muchísimas horas.

—Sabes lo que toca. La doctora Elaine ya te ha atendido y el equipo está aquí… ¿A quién quieres que se quede contigo? ¿A tu madre o a mí?

—Te quiero a ti, Ricardo. Te quiero ahí conmigo.

—Todo va a ir bien, Marina. Hemos estudiado esto y…

—Viene de nalgas —me susurró con miedo en la voz.

Hablamos de esa posibilidad cuando una de las gemelas no paraba de dar vueltas. El parto de nalgas era complicado y pocos obstetras tenían experiencia. Sabía lo que eso significaba.

—De alguna manera esta criatura se ha recolocado y puede que el parto se complique. La obstetra está consultando con el equipo para valorar qué hacer… Creo que lo mejor será la cesárea.

—Si es lo mejor, es lo mejor. Ya hablamos de esto. Has empezado el parto y ahora cada minuto cuenta.

Volví a abrazarla justo cuando se abrió la puerta. Doña Marta estaba sentada en uno de los sofás del fondo y se levantó al entrar la obstetra, la anestesista y una enfermera. Tal y como esperábamos, recomendaron la cirugía por la seguridad de las niñas. Quizá se podría haber hecho un parto vaginal, pero había demasiados riesgos y el miedo nos hizo decantarnos por la cesárea.

Para momentos como ese estaba la opción quirúrgica.

Todo fue muy rápido después de la decisión. Prepararon a Marina, todavía con contracciones, y la llevaron al quirófano. Cuando la enfermera vino a buscarme, dudé y miré a doña Marta, que seguía con nosotras en silencio.

Iris e Inés iban a nacer.

Cuánto había cambiado mi vida ese año.

—Vete, Ricardo. No dejes sola a Marina. Yo me encargo de lo demás. Llamo a la gente. Y cuida de las niñas.

—Sí, doña Marta. Gracias —contesté, todavía algo aturdido.

—Y, Ricardo… todavía no me caes bien, pero valoro lo que haces por ellas —la madre de Marina continuó, dejándome sin palabras cuando la enfermera nos apremió porque aún tenía que cambiarme de ropa.

Cuando entré al quirófano, ya estaban anestesiando a Marina. Al ser un nacimiento, no había barrera y pudimos verlas salir.

Era lo mínimo para situaciones así.

Me senté junto a Marina, acariciándole la cara con suavidad, esquivando todos los cables y el gorro quirúrgico, susurrándole que estábamos a punto de ver a Iris y a Inés. Ella tenía la mirada perdida, como aturdida, quizá todavía impactada por cómo se habían precipitado las cosas.

—¿Todo bien? —murmuró.

—Ya te están preparando, en seguida empieza. Ya casi están aquí —susurré—. Te quiero tanto, no te imaginas.

—Sabes que si hay que elegir…

—No va a pasar nada. Van a salir nuestros milagros con tus ojos —la corté, intentando calmarla, y ella solo asintió.

Los médicos empezaron con el procedimiento y, al cabo de unos minutos, se oyó el primer llanto, y luego otro. Apenas vi nada, porque no dejaba de mirar a Marina. Era mágico. Ella me clavó los ojos enrojecidos y, cuando pusieron a las dos pequeñas arrugaditas sobre su pecho, sentí las lágrimas resbalarme por la cara.

—Tú también puedes tocarlas —me susurró mientras intentaba, entre todos aquellos cables, abrazarlas para hacer el contacto piel con piel.

Perdí la noción del tiempo, absorto mirando a las dos bebés. Eran preciosas; incluso sucias y con la cara hinchada, parecían dos paquetitos con los ojitos cerrados. Nuestras niñas.

La pediatra se acercó y estaba ayudando a Marina con las gemelas cuando empezó a pitar el monitor. De repente, la expresión serena de Marina se descompuso y empezó a palidecer, con los ojos entrecerrados.

No entendía qué pasaba hasta que alguien me tocó el hombro y la enfermera retiró a las dos niñas de encima de Marina, haciéndome levantar ante la escena inesperada.

—Qué…

—Tiene que venir conmigo.

—Pero las niñas…

—Las va a examinar la pediatra y usted podrá verlas enseguida —dijo la enfermera con firmeza—, pero ahora tiene que acompañarme.

—¿Tan rápido?

—Sí, es necesario —insistió con un tono que no admitía réplica. Temía que fuera algo grave, pero sabía que habíamos elegido a estos profesionales para que actuaran en situaciones así. Marina confiaba en ellos y yo también.

Asentí y me levanté. Me llevaron a cambiarme, angustiado por haber dejado a las tres atrás. ¿Qué le había pasado a Marina? ¿Por qué habían pitado aquellos aparatos y de repente dos médicos miraban fijamente lo que pasaba en la incisión de su vientre?

Odiaba no saber, pero tenía que hacer lo que me decían, sobre todo porque Marina me repitió más de una vez que, si entrábamos en cesárea, lo importante era que siguiera a las niñas.

La madre de Marina estaba al fondo del pasillo cuando salí del vestuario. Me miró preocupada al verme la cara.

—¿Ya han nacido?

—Son preciosas —asentí, todavía con la sensación de que Marina me necesitaba. Solo me tranquilizaría cuando volviera a verla. Sabía que los protocolos eran necesarios, pero aquellos pitidos aún me resonaban en la cabeza.

—¿Va todo bien?

—No lo sé. Han empezado a pitar las máquinas y se han llevado a las niñas a revisión.

—Mi hija… ¿o las niñas?

—Marina —precisé—. No me han dicho nada. Tengo que saber cómo está.

—Es fuerte. Joder, no ha pasado nada —sentenció la madre de Marina, como si necesitara convencerse a sí misma de que todo iba bien. Yo no quería ni pensar en la posibilidad de que algo hubiera salido mal después de haberme sacado de la sala. —Si hubiera pasado algo, nos habrían dicho. Será el protocolo.

—Papá, ¿listo para ver a sus hijas? —la misma enfermera del quirófano me llamó y nos interrumpió.

—¿Y Marina?

—Ha sido un bajón de tensión. La cirugía está terminando y ella ya se encuentra mejor —aseguró, y por fin pude respirar aliviado desde que me echaron de la sala. Alargué la mano hacia doña Marta, buscando su apoyo. En ese momento, lo de antes ya no importaba. —Usted puede esperar aquí, que ahora pasará por aquí.

—Vete, Ricardo. Marina se va a enfadar contigo si dejas solas a las niñas.

—Pero ella… yo quiero… —intenté protestar, pero doña Marta negó con la cabeza.

—Yo cuido de mi hija. Vete con ella. Iris e Inés te necesitan. Son prematuras y están lejos de su madre. Haz de padre, que es lo que estás intentando ser desde que volviste a nuestras vidas.

* * *

Se me aceleró el corazón al entrar en la UCI neonatal, nervioso por lo que me iba a encontrar. Después del parto, se llevaron a Iris y a Inés y apenas pude verlas esos minutos después de que empezaran a pitar las máquinas. Ahí estaban, tumbadas tranquilas, con esa ropita que Marina había elegido para mantenerlas calentitas, tan frágiles y tan pequeñas.

La primera vez con mis hijas.

No estaban en incubadoras, sino en una cuna térmica transparente, mirándome con sus caritas arrugadas, con apenas unos minutos de vida. Las dos tenían los ojos entreabiertos, envueltas en sus mantitas.

—¿Están bien? —pregunté a la enfermera.

—La doctora hablará con vosotros. Pero, aunque son un poco prematuras, las dos están bien, con buena saturación y peso adecuado. Están aquí por precaución, hasta que puedan pasar a la habitación.

Asentí, aliviado con la respuesta, y me di cuenta de que lo que nublaba mi vista eran otra vez las lágrimas que amenazaban con caer por mi cara. El día estaba siendo estresante y emocionante a partes iguales. La enfermera se retiró, comprendiendo que necesitaba ese primer momento con ellas, mientras yo me inclinaba sobre la cuna para mirarlas de cerca.

—Hola, Iris. Hola, Inés. Soy papá —dije, con las manos enguantadas apoyadas en el borde—. Sois tan fuertes como vuestra madre. Papá está aquí… y todo va a ir bien.

El corazón se me llenó de un amor desconocido; el pecho me ardía con la certeza de que podría protegerlas de todo y de todos. Eran preciosas y fuertes, y no sabía ni por dónde empezar. Me daba miedo hasta tocarlas.

—Os prometo que seré el mejor padre del mundo. Os lo prometo —susurré mirándolas.

Me quedé allí, embobado, un buen rato, hasta que la enfermera carraspeó y yo la miré algo avergonzado. Un año atrás jamás habría

apostado a que mi vida sería esta, a que estaría tan a gusto entre pañales y bodies diminutos. Ellas lo cambiaron todo. Igual que Marina.

—A la madre ya la están subiendo a la habitación. Podemos llevar a las niñas ahora, ¿me acompaña?

Asentí con la cabeza, temiendo que la voz me sonara aún más entrecortada de lo que ya había estado ese día, y acompañé a la mujer mientras acomodaba las dos cunas para llevarlas a la habitación de Marina. Era el principio de una nueva vida para nosotros tres. Un nuevo comienzo.

CAPÍTULO 34

Ricardo

—¿Me puedes traer algo dulce cuando vuelvas del registro? —preguntó Marina en voz baja mientras daba el pecho a Iris. Acababa de dejar a Inés en la cuna del hospital después de dormirla en brazos.

—¿La obstetra te ha dado permiso?

—No estamos durmiendo bien. Si encima tenemos que controlar la alimentación, termino por perder la cabeza. Necesito un capricho.

—Vale, ya veré lo que te encuentro —dije con media sonrisa, sabiendo lo mucho que Marina apreciaba un dulce.

Llevábamos tres días ingresados, esperando la visita del pediatra para el alta. Después de las pruebas del talón y la audiometría, solo faltaban el registro y que nos dieran el alta para poder irnos por fin a casa. Eso iba a resolverlo todo; los papeles ya estaban preparados en un sobre para llevarlos al registro que había dentro del mismo hospital.

En cuanto salí de la habitación, ya la estaba echando de menos.

Lidiar con dos recién nacidas a la vez me había hecho olvidar que hacía solo tres días temí perder a Marina cuando sonaron aquellas alarmas y me sacaron del quirófano. Tal como me había explicado la enfermera, me llevaron a la habitación justo cuando a ella la traían en camilla. Quise llorar otra vez al comprobar que estaba bien. Había llorado más en todo ese proceso que en el resto de mi vida. Por lo visto, la paternidad me había vuelto blandengue.

Marina tenía un aspecto cansado, aún sin sensibilidad en las piernas y, aunque no podía hablar por los gases de la cirugía, no paraba de preguntar por las niñas durante el rato que estuve con

ellas en la nursery. Para mí, nunca había estado tan guapa. Era increíble haber pasado por todo aquello. Quería saber tonterías, como si habían abierto los ojos o si les había contado los dedos de las manos y de los pies, pero me di cuenta de que Iris e Inés iban a ser nuestro tema favorito para siempre.

En esos tres días no me había separado de ellas, durmiendo hecho un ocho en el sofá cama de la habitación, intentando cubrir todas las necesidades de Marina. Por mucho que no se quejara, la cesárea la había dejado más dependiente de lo que le gustaría, y solo podía levantarse con ayuda. Si no llega a ser por las enfermeras y por doña Marta, ni siquiera habría podido ducharse o lavarse el pelo, porque se negaba a dejarme ayudarla.

Las visitas empezaron al día siguiente del parto: los padres de Marina, Fernanda, Guillermo, Héctor y Murilo se pasaron en cuanto pudieron. Yo cambié el primer pañal diminuto, con una caca que parecía alquitrán. También las dormí en brazos sin tener ni idea de lo que hacía. Era una locura ser padre de esas cositas tan pequeñas y frágiles, que dependían de Marina y de mí para sobrevivir.

Lo del registro no llevó ni media hora y cuando volví a la habitación con los papeles y una caja de tarta de chocolate bajo el brazo, oí la voz animada de Marina hablando con alguien. Abrí la puerta con cuidado y vi a un tipo alto, moreno, de piel negra, sonriéndole a mi mujer. Eso no me gustó nada.

Ella estaba demasiado a gusto con ese desconocido al que yo nunca había visto en todos los meses que pasé con ella entre Ipanema y Rio das Ostras. Marina le sonreía abiertamente, de una forma que ya no solía sonreírme a mí. Y joder, aquello me molestaba un montón. Estaba celoso de mi mujer.

—¿Marina? —dije en cuanto abrí la puerta.

—Hola, Ricardo. Es Cássio, ha venido a conocer a las niñas —dijo ella, señalando al tipo como si yo tuviera la obligación de saber quién era.

—¿Y quién es Cássio?

—¡Ricardo! —susurró ella, en tono de reproche, y me di cuenta de que había sonado menos amable de lo que creía—. Me has visto con él más veces en la ciudad, ¿no?

—No, no lo he visto —me quedé helado—. ¿Salís mucho o qué?

—Cássio es un amigo de Rio das Ostras —intentó contemporizar cuando vio que el tipo me miraba con curiosidad y que no le hacía ninguna gracia la amistad que había allí, viendo a mis hijas mientras yo no estaba.

—Ah, ya… ¿Y ha venido hasta Río a ver a nuestras hijas?

—Tenía un evento de trabajo por aquí. Fernanda me dijo que Marina estaba ingresada y me he acercado a visitarla, ya que estaba. ¡Enhorabuena! —Me tendió la mano—. Tú eres Ricardo, ¿no? El padre de las niñas.

—El padre de las niñas —repetí, captando el doble sentido. Sin ganas de seguir por ahí, me giré hacia Marina y le pregunté—: ¿Y tu madre?

—Ha ido a buscar a la pediatra para que nos den el alta. No quiero pasar ni un minuto más aquí.

—Yo ya me voy —anunció Cássio—. Un placer, Marina. Estás preciosa, y las niñas también son una maravilla.

Le dio un beso en la frente. Apreté el puño, irritado, y esperé a que el tío se largara. Me quedé ahí, callado, hasta que ella preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Le gustas.

—Es un amigo.

—Un amigo al que le gustas —recalqué.

—Él sabe que yo no estoy en condiciones de tener nada con nadie ahora —me miró, como si aquello también fuera para mí—. Quiero centrarme en Iris y en Inés.

—Te he traído la tarta —ofrecí, como gesto de paz—. Le pedí a Vanda que dejara la casa lista antes de que lleguemos. Tu madre

también ha dejado algo de comida congelada. Creo que estamos preparados...

Un sonoro pedo nos interrumpió y me reí, mirando hacia la cuna.

—Dios mío...

—Vete acostumbrando —sonrió.

—Son una fábrica de caca. Les cambié el pañal antes de salir y ya están otra vez... ¿SABES LO QUE CUESTAN LOS PAÑALES?

—¿Tú no eras rico?

Me eché a reír por lo inesperado de la pregunta, cogiendo los pañales diminutos de recién nacida para preparar el cambiador.

—¿Vanda se está encargando de todo mientras estás aquí conmigo?

—Bueno, en realidad estoy de minivacaciones.

—¿Tú, de vacaciones? —preguntó, sorprendida.

—Estaba esperando a que nacieran las niñas para decidir qué hacer. Quiero salir oficialmente de DataLogic. La cosa no está bien después de lo que pasó y ya no me interesa. Vosotras sois mi prioridad.

—Pero tú no eres así...

—Pues ahora lo soy —me encogí de hombros, cambiando el pañal a Iris mientras hablaba con Marina—. Me gusta el reto, pero Cibele ha enrarecido el ambiente en la empresa. Decidieron no llevar la denuncia adelante, pero la han apartado, y el clima institucional no es bueno, ni siquiera con clientes tan grandes —levanté la vista, buscándola, porque sabía que el tema aún era muy delicado para ella—. En cuanto nacieron, mandé un correo diciendo que me cogía el mes libre.

—¿Entonces no es definitivo?

—Sí que lo es. Pero quiero hacerlo con el asesoramiento de un abogado y negociando mis acciones, no en un correo de vacaciones. Sabes que Murilo y yo pensamos trabajar juntos en el futuro y es un tema delicado.

—¿Y los clientes lo van a entender? Creo que en el mercado no lo verán con buenos ojos.

—Intentamos abrir una investigación y consiguieron enterrarla en el organismo regulador. Eso debería importarles más a los clientes que mi salida —suspiré, algo cansado del tema—. Me sabe mal porque Ítalo fue quien confió en nosotros cuando nadie más quiso, pero este ciclo tiene que cerrarse para todos. No puedo quedarme solo por orgullo.

—Necesitáis sangre nueva.

—Y deshacernos de la vieja. Murilo, Héctor y Guillermo llevan tiempo diciéndome que tengo que avanzar. Me acomodé en mi trabajo y descuidé muchas cosas por miedo a nuevos retos. Perdí... el rumbo. Me acostumbré al estrés de los contratos nuevos sin tener en cuenta todo lo demás.

—¿Y quieres el reto?

—Vosotras sois mi reto —dije, y vi dibujarse una sonrisa leve en los labios de Marina. Sostuve a Iris en brazos, agradecido de que, aunque despierta, siguiera tan calladita, envuelta en su mantita—. Ya pensaré en lo que quiero para mi carrera, pero soy rico y tengo contactos. Puedo pensarlo con calma. Y no estresarme tanto. O elegir qué estrés merece la pena, en lugar de cabrearme por lo que pasaba en DataLogic. Es hora de cambiar y ser el padre de mis hijas.

—¿Hasta cuándo?

—Ellas son la prioridad. Lo serán siempre. Tú lo serás siempre. Me di cuenta después de toda esta mierda que pasó. Te quiero, Marina. Has hecho que sienta algo que nunca... yo solo pensaba en dinero, en negocios, sin objetivos. Y tú trajiste color a mi vida. Siendo tan ocurrente. Siendo tú —solté el aire con fuerza, notando que ella se tensaba ante otra de mis declaraciones—. Así que voy a ser un padre casero, dedicado a ellas hasta que decida qué hacer. Y por eso insisto tanto en que te quedes conmigo estos primeros meses.

—¿Y la consultoría con Murilo?

—¿La verdad? Es algo que puedo hacer desde casa si encuentro un cliente interesante y puedo aportar algo. Si no, estaré disponible para otras maratones de series, si ellas me lo permiten.

—Ellas también son mi prioridad —dijo Marina, aún algo acorralada por mis palabras. Desde que la perdí, me prometí que le diría lo importante que era para mí en cada oportunidad.

—Ahora somos un equipo, Marina. Da igual lo que pasara antes.

—Lo sé.

—Siento mucho lo que ocurrió —seguí meciendo a Iris mientras observaba a Marina, que aún sostenía la caja de tarta, distraída con mi conversación. Todo mi arrepentimiento estaba en mis ojos. En un intento torpe de corregir algo incorregible—. Nunca te pedí perdón como debía. Fui un idiota al dudar de ti. Al tratarte así, al no escucharte. No tengo excusa.

—No es el momento, Ricardo.

—Nunca lo es, pero entre nosotros hay demasiadas palabras no dichas. Tenía miedo de lo que sentía por ti. No podía ser real. Pasé toda la vida centrado en el trabajo, en ganar dinero, y de repente lo único que quería eras tú, tu olor, tu sonrisa... Parecía una trampa, y lo destrocé todo.

—¿Y ya no tienes miedo?

—Tengo miedo a perderte a ti y a las niñas —confesé, dándome cuenta de lo guapa que estaba incluso con la cara lavada, el pelo en una trenza y un pijama ancho que se había comprado para la maternidad. Lo era todo para mí, aunque ya no me quisiera—. A quedar como un idiota. A que no me perdones. A que sigas teniendo miedo y no quieras saber nada de mí. Pero siempre tendré esta conexión. Quiero pedirte perdón siempre, hasta borrar todos los recuerdos de lo estúpido que fui. Para empezar de cero. Por ellas.

—Eso nunca pasará. Aquello me cambió. Ese momento en que no quisiste a mis bebés, cuando me llamaste interesada... Cada segundo lo tengo grabado —dijo, y sentí que me partía el corazón—.

Las palabras no se pueden borrar una vez dichas, pero entiendo lo que me pides.

—Gracias por dejarme estar aquí. Por quererme cerca, incluso después de todo.

—Eres un buen hombre, Ricardo. Un buen hombre que hizo una estupidez y me hirió. Te perdono, de corazón. Pero olvidar... eso es imposible.

Asentí, consciente de que aún nos quedaba mucho camino. Quizá nunca recuperara aquel amor que un día sintió por mí.

* * *

La pediatra llegó a los pocos minutos y, aunque vio a Marina devorando la tarta de chocolate, no dijo nada. Supongo que ya estaba acostumbrada a madres matando el antojo después de dar a luz.

De vez en cuando me salían vídeos en Instagram de entregas de sushi en las maternidades.

Inés e Iris estaban perfectamente y por fin nos daban el alta.

Murilo me trajo el coche a la maternidad y, después de pelearme media hora para instalar los dos huevitos de recién nacidas, ayudé a Marina a bajar con las niñas y el equipaje de todos los días que estuvimos ingresados. Ella todavía caminaba con dificultad, sosteniendo a Iris en brazos mientras yo llevaba a Inés. Don Osvaldo y doña Marta habían venido a la maternidad para echarnos una mano con las maletas y nos esperaban ya en el ático.

En cuanto llegamos, Marina se tumbó en la cama, agotada después de todos esos días. Las niñas se quedaron dormidas en la cuna de su habitación, con el vigilabebés que yo no dejaba de mirar.

Doña Marta y don Osvaldo se despidieron, asegurando que volverían en cuanto pudieran. Por fin, silencio. Me senté en el sofá del salón cinco minutos, mirando al vacío, intentando asimilar todo lo que había pasado, cuando sonó el timbre. Necesitaba dormir con

urgencia, pero Marina parecía necesitarlo aún más. ¿Y por qué no había avisado la portería?

—¿Mamá? —Abrí la puerta en cuanto la vi por la mirilla—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has avisado?

—¿De verdad creías que me iba a perder un momento tan importante? —dijo, y se me tiró encima para darme un abrazo enorme—. ¿Dónde están mis nietas?

—¿Así que ahora soy el último mono? —bromeé.

—Tienes casi cuarenta años y llamas tan poco a tu pobre madre que ya me he resignado al desapego. Pero bebés… los bebés son preciosos y sonríen. Van a querer saber de la abuela.

—La que se fue a vivir a Inglaterra fuiste tú, no yo.

—Y el que se buscó una mujer y dos hijas y solo me lo contó cuando estaban a punto de nacer fuiste tú —me reprochó, estirando el brazo para despeinarme como si yo tuviera siete años. Era mucho más grande que ella, pero jamás perdería ese poder.

—¿Y por qué no has dicho que venías?

—En cuanto me avisaste de que habían nacido, me metí en un avión. Pasé por mi piso, dejé las cosas y me duché. Creo que llegué a Río hace… ¿cinco horas? —Consultó su reloj—. Estuve esperando a que me dijeras si ya estabais en casa, pero cuando Murilo me confirmó que os había llevado el coche, decidí venirme.

—¿Murilo?

—Ay, hijo. Tus amigos me tratan como a una madre y me ignoran mucho menos que tú.

Sonreí. Era cierto. Murilo, Héctor y Guillermo tenían casas más grandes y mejores, pero en nuestra época de estudiantes adoraban pasarse el rato con mi madre. Era un huracán al que le encantaba ocuparse de todo y de todos —igual que yo.

Aplazé contarle a mi madre lo de Marina y las niñas hasta casi el parto, justo después de que la médico levantara el reposo y empezáramos a organizar el baby shower.

Doña Claudia intentaría llenar a las niñas de regalos y opinar sobre lo que era necesario o no. Y también sabía que, cuando se enterara de lo que hice, me iba a caer una bronca como a un chaval, con tortas incluidas.

Así que se lo solté todo en una llamada, aunque ya había venido a Brasil dos veces desde que estaba con Marina. Pasó del cielo al infierno en cuestión de segundos: iba a tener nietas, pero sin una boda por organizar, sin una nuera a la que mimar, y con un hijo de casi cuarenta años que estuvo a punto de perderse a sus propias hijas por caer en la trampa de la hija de su socia.

—Llegamos hace nada. Están en su cuarto y Marina está descansando. No hagas ruido —pedí, e hice un gesto con la cabeza para que entrara. Bajamos por el pasillo hasta la habitación de las gemelas.

Antes de abrir la puerta, señalé con el dedo pidiendo silencio y giré el pomo. Iris e Inés dormían profundamente, cada una en su cuna.

Mi madre esbozó una sonrisa, con las manos literally picándole por tocarlas.

—Son adorables. Y se parecen tanto a ti cuando eras pequeño…

—Ya. Marina dice que no tienen nada de ella —susurré—. Van a despertarse en nada. Llevan ya más de una hora dormidas.

—¿Y Marina?

—También está dormida. La cirugía la ha dejado débil y, con estos dos pulmoncitos pidiendo atención, he preferido que descanse todo lo que pueda.

—Haces bien. Si con uno ya me tenías agotada, imagínate con dos —dijo aún embobada, saltando la mirada de una a otra mientras seguía abrazándome como si aquello fuera el mejor regalo que hubiera recibido en la vida.

Iris gimoteó en la cuna y la cogí, sacándola del cuarto para no despertar a Inés.

—Hola, mi niña. ¡Qué siesta más buena! —dije, y mi madre sonrió —. ¿Qué pasa?

—Nunca te imaginé tan delicado —Se rio—. Voy a lavarme las manos para cogerlas.

Mi madre entró en el baño y volvió con una sonrisa de oreja a oreja, acercándose a Iris. Ella todavía no extrañaba a la gente, así que pasarla a brazos de su abuela fue fácil. Era curioso ver a mi madre, una señora tan elegante, con sus ropas vaporosas y coloridas como una Helena de Manoel Carlos, con un pañal de tela en el hombro secándole la baba a su nieta.

—Me alegro de que hayas podido venir.

—Quería haber venido antes. Eres mi hijo y estos tesoros son mis nietas —dijo, y me dio un beso en la mejilla mientras seguía jugando bajito con Iris. Entonces Inés también empezó a quejarse en la cuna.

—Bueno, parece que tenemos a dos enanitas despiertas.

—Y a una madre también —dijo Marina desde la puerta del cuarto, mirando a mi madre con curiosidad.

—¡Ay, Marina! ¡Qué ilusión conocerte por fin! —exclamó mi madre, y me pasó a Iris, dejándome con los dos bultitos en brazos antes de girarse hacia Marina para abrazarla—. Mi hijo es un maleducado… Si yo hubiera sabido de ti… de vosotras… Tenía tantas ganas de conocerte. ¡Tantas!

Marina sonrió, con ese gesto casero, las dos niñas en mis brazos mientras mi madre la acogía como yo sabía que haría. Y como yo no dejé que hiciera.

Podría haber sido todo tan diferente.

El pasado no se podía cambiar, pero me juré a mí mismo que nunca volvería a hacerles daño. Ni a ellas ni a su madre. Durante mucho tiempo no quise este tipo de compromiso en mi vida, solo pensaba en el trabajo y apartaba a Marina con nuestro "acuerdo" hasta que fue demasiado tarde.

Por fin tenía mi familia. Con mi madre incluida. No sería tan idiota de volver a perderlo.

CAPÍTULO 35

Marina

El jefe insoportable había dejado paso a un padre delicado.

Desde que reapareció en nuestras vidas, Ricardo me había dado espacio, y en el posparto no iba a ser menos. En el hospital fue mi caballero de la armadura oxidada, queriendo llevarme a todos lados, ocupándose de las niñas y resolviendo cada papeleo con el que yo ni siquiera quería lidiar. La cicatriz me dolía, tenía náuseas, me dolía la cabeza, e Inés e Iris no nos dejaban dormir más de un par de horas seguidas.

Acepté volver al piso de Ipanema, donde Ricardo podría estar más presente en la vida de las niñas, en lugar de irme a Rio das Ostras con mis padres. Allí, además de la presencia constante de las abuelas, las niñas tenían una estructura que yo no podría darles: asistenta y cocinera para que yo pudiera centrarme solo en ellas.

Consultas, vacunas, incluso una fisioterapeuta pélvica para mí, todo en casa. Y la posibilidad de pasear por la playa cuando las paredes del piso empezaran a ahogarme.

Las heridas del corazón empezaban a cicatrizar poco a poco, y el mal sabor de boca por fin se me iba. Cuando me rechazó a mí y a las niñas, me dolió, me rompió el alma en mil pedazos, y perdonarlo se veía lejísimos. Pero desde entonces, estaba demostrando ser más el hombre del que me enamoré que aquel que cayó en la trampa de Cibele y me hizo sufrir. Parecía que hubiera pasado un siglo desde aquel día que me gritó por teléfono en DataLogic.

Estaba empezando a flaquear. Sobre todo después de aquel breve tiempo que dormimos juntos justo antes de que nacieran las gemelas.

Lo primero que hizo Ricardo fue poner dos minicunas en la habitación que yo ocupaba, para que las niñas durmieran a mi lado. La primera noche en el piso se despertaron tantas veces que él se pasó a mi colchón en lugar de quedarse en la habitación principal.

Era una decisión práctica, más de rutina que de sentimiento. Pero era difícil lidiar con Ricardo durmiendo en boxers, con ese abdomen marcado que aún conservaba de sus mañanas de ejercicio, el único momento que se guardaba para sí mismo.

Estaba a un paso de perdonarlo. Sobre todo porque el hombre no perdía ocasión de declarar cuánto me quería a mí y a las niñas, mostrándose tan dulce y presente como jamás habría imaginado.

—¿Estás bien? —preguntó Ricardo a mi espalda. Yo estaba en la puerta de la habitación de las niñas, con el vigilabebés en la mano, después de haberlas dormido.

Estaba llorando.

El puerperio es una mierda.

Lloraba por cualquier cosa. Despertaba demasiados sentimientos, demasiadas hormonas. Y nada de lo que tuviera que ver con Ricardo me dejaba indiferente.

Y allí estaba, llorando, porque sabía que aunque todo lo que había pasado hasta entonces no se podía cambiar, quería que fuéramos una familia. Que me abrazara, que me besara, que me adorara como antes. Que yo no me sintiera fea con la tripa todavía hinchada, la espalda hecha polvo, los pechos goteando y ese cansancio que parecía que nunca se me iba a quitar.

—No… no sé… —murmuré con la voz rota, y él me abrazó, intentando consolarme como podía de una angustia que yo no sabía ni nombrar.

—Tranquila, son las hormonas.

—No lo son… Es que estoy fea, y cansada, y…

—Eh… ¡estás preciosa! —me cortó, con la mano en mi mejilla y una sonrisa llena de ternura. Y yo me lancé, acortando la distancia y juntando mis labios con los suyos.

Ricardo respondió un instante, solo un instante, antes de apartarme con suavidad. Esbozó una sonrisa amable.

—Estás confundida. Así no… Cuando toda esta locura pase, podemos decidir, pero ahora… ahora solo quiero ser tu puerto seguro. Para ti y para las niñas.

—No, Ricardo, escúchame… —empecé, pero él me frenó con la mirada, esos ojos que todo lo saben.

Tenía razón.

Mi cabeza era un caos, apenas hacía unos días del parto, no estaba en condiciones de tomar decisiones. La cuestión era que yo seguía queriendo a Ricardo. Con un amor más dolido, pero todavía enamorada. Menos con el pedestal en el que lo había puesto, sino con el hombre lleno de defectos. Y yo quería corresponderle, quería todo ese cariño que él quería darme. Quería tenerlo a mi lado y llamarlo mío. Pero era un lío de sentimientos.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —anunció, y me besó en la frente—. Todo el tiempo del mundo. Y yo voy a esperar.

—Es que no sé… —intenté verbalizar, sin llegar a ningún sitio.

—Todo a tu ritmo —sentenció, y me quitó el vigilabebés de las manos—. Ahora vete a ducharte con calma, que así descansamos un rato mientras ellas duermen.

—No puedo evitar no admirarlas —se me escapó, cuando los dos nos quedamos mirando la pantalla. A través de la cámara se veía a esa parejita tan diminuta, la cara aún hinchada y un pico que se parecía mucho al mío.

—Son tan guapas como tú.

—Incluso con esta rutina tan intensa.

—En cuanto hacen el menor ruido se te olvida el cansancio —se rio.

—A ti te pasa igual.

—Sí, pero es porque son perfectas —sentenció con aire solemne, para acto seguido soltar una sonrisa de padre orgulloso—. E

increíbles. Nuestras hijas son increíbles y solo tienen una semana.

—Eres un papá coraje —dije.

—Lo soy. Tengo que valorar lo especiales que son las niñas —continuó, arrancándome una carcajada—. Me encanta mirarlas. Verlas contigo. Las tres lo sois todo para mí —suspiró—. Ahora vete, Marina. Aprovecha.

Asentí y me alejé unos pasos. Me paré, miré atrás. Ricardo ya ocupaba mi sitio. Se quedaría cerca de la habitación para atenderlas al más mínimo ruido. Porque así era él desde que supo que iban a venir al mundo.

Al menos Iris e Inés nunca dudarían del amor que sentía por ellas.

* * *

—Cássio preguntó por ti —comentó Fernanda mientras me ayudaba a cambiar a las niñas.

Ya habían pasado tres meses desde que nacieron. El tiempo había volado entre todas las tareas que implicaba cuidar de dos recién nacidas. Apenas salíamos de la rutina, salvo para pedir comida a domicilio o celebrar el cumplemes de las gemelas con la familia. Tenían su ritual de baño, sueño, despertar, y todo lo necesario para que no perdiéramos la cabeza.

—¿Ah, sí? Él no me ha vuelto a hablar desde que vino a verme a la maternidad.

—Bueno, preguntó si habías retomado algo con Ricardo. Dijo que él se puso un poco "territorial", por decirlo suave.

—Sí, Ricardo estuvo un poco borde, pero estábamos agotados. Aquellos días en el hospital fueron muy duros —recordé—. ¿Él ha conocido a alguien?

—Estaba saliendo con una chica. Es que la gente de aquel curso se va a reunir otra vez —Nanda seguía haciendo muecas a Inés, que ya empezaba a sonreír y lo hacía todo mucho más mono—. Pero le

dejé claro que si tuvieras que volver con Ricardo, ya lo habrías hecho.

—Sí…

Las cosas no eran tan sencillas como pensaba mi prima. Después de besarlo y volver a ser rechazada, nos habíamos convertido en algo así como compañeros de piso. Una versión mucho más educada que la de Suzana. Compartíamos tareas, dormíamos en la misma cama para atender mejor a las niñas, pasábamos el día de aquí para allá, salvo cuando Ricardo salía a alguna reunión de vez en cuando.

Había decidido vender sus acciones de DataLogic y estaba en plena cruzada hablando con todos los clientes con los que había trabajado durante años, explicándoles abiertamente su descontento y su decisión de pasar más tiempo en casa con las niñas. Esa era la versión oficial, al menos. Sin sacar a relucir la estafa de Cibele.

Murilo, Guillermo y Héctor aparecían de vez en cuando y terminaban discutiendo de trabajo, de empresas, y yo veía claro que Ricardo no se iba a jubilar. Le encantaba trabajar y, en cuanto pudiera, volvería a la primera línea.

—Y Ricardo saldrá con otras, ¿no? Sé que es complicado viviendo aquí, pero algo hará, ¿no? Recuerdo que me hablaste de aquella amiga que te daba celos.

Alessandra. Todavía me daban celos, aunque no veía a esa mujer desde hacía más de un año.

—No sé, estamos tan ocupados…

—Los hombres siempre encuentran un hueco, ¿no? —sentenció Nanda, levantando una ceja, demasiado distraída con las niñas para pillar mi expresión.

Porque yo no paraba de pensar en Ricardo. El tiempo había sido sabio, como él mismo me dijo. Y yo tenía claro que lo quería para mí, pero ya no sabía cómo, porque me trataba con tanta delicadeza como si fuera una amiga. Era… complicado.

—¿Cómo están las mujeres de mi vida? —Ricardo apareció en la puerta de la habitación, vestido de traje después de otra de sus

reuniones. Me encantaba verlo tan formal—. ¡Hola, Fernanda! No sabía que habías venido.

—Quería hacerle compañía a Marina. Sé que vuelves rápido, ¡pero estas niñas cada día están más despiertas! —Nanda dijo, y para mi deleite las dos respondieron con sus gorjeos mientras ella intentaba levantarlas—. Dejad que las lleve a la alfombra a jugar con la tita Nanda.

—Sabe que con esta edad no juegan mucho, ¿no? —comentó Ricardo, y yo asentí sonriendo.

—¿Qué tal ha ido?

—Lo de siempre. Confían en que DataLogic mantendrá el contrato, pero esperan que abra una nueva empresa que pueda asumirlo —reveló, quitándose la corbata por la cabeza como si no soportara llevarla ni un minuto más—. ¿Y por aquí?

—Han dormido casi todo el rato.

—Qué bien… —dudó, como si quisiera decir algo más. Sus ojos evitaban los míos, parecía incómodo—. Marina, creo que tenemos que hablar.

—Yo también lo creo.

Quizá…

Si él volvía a decirme que me quería, que podíamos ser una familia. Yo estaba en un limbo, con la certeza de que ya no sentía el rencor de antes, pero sin la seguridad de que los dos pudiéramos encontrar un camino juntos. Desde que Ricardo entró en mi vida, las cosas se complicaron y yo solo quería sencillez. Quería una vida tranquila, como la que esa versión de él podría darme. Pero antes teníamos que asumir lo que queríamos el uno del otro como hombre y mujer, y no solo como padres de Inés e Iris.

—Ya han pasado tres meses, y si quieres volver a Rio das Ostras, o trabajar, o quedarte allí pero en casa con las niñas, puedes decírmelo. Buscamos una solución.

—¿Me… me estás echando?

—No… ¡joder, no! —Suspiró hondo—. Si por mí fuera, no os iríais nunca. Pero sé que tarde o temprano querrás hacer otras cosas y quería dejarte claro que para mí no es un problema. Apoyaré cualquier decisión que tomes.

—¿Y si te pidiera un tiempo para nosotros?

—¿Cómo?

—Salir tú y yo. Sin las niñas.

—¿Hoy?

—Hoy —respondí con un arranque de valor, y una sonrisa tímida asomó en mis labios. Él correspondió con esa risa torpe suya, como si acabara de entender lo que pasaba por mi cabeza—. Puedo ver si Nanda se queda con ellas después de que se duerman.

—Madre mía, hace siglos que no hacemos algo después de las ocho. Me apetece una noche de descanso, aunque me ponga nervioso salir así.

—Hay que empezar, ¿no?

—Voy a ducharme. Avísame si ella puede quedarse.

CAPÍTULO 36

Marina

—Echaba de menos comer con las dos manos —comenté mientras subíamos en el ascensor de casa.

Habíamos ido a un bistró italiano en Ipanema, lo bastante cerca por si surgía cualquier emergencia. Ricardo repitió su número a Fernanda tres veces antes de irnos, y yo sabía que el motivo de que volviéramos una hora después eran las niñas.

Pero, al menos por unos instantes, volvíamos a ser solo nosotros dos. Aunque Ricardo ni siquiera se hubiera acercado ni tomado la iniciativa. Parecíamos dos amigos reencontrándose después de mucho tiempo.

Y aquello me estaba poniendo muy, pero que muy nerviosa.

Joder. Ricardo seguía siendo tan simpático como siempre, demasiado amable para alguien que parecía interesado. Durante toda la cena había sido el mismo padre educado y distante que decidió ser desde que Iris e Inés nacieron.

Cuando tuvimos aquella recaída justo antes de que nacieran, yo sentí la fuerza de sus sentimientos, pero aún no estaba preparada para perdonar. Pero ahora, tantos meses después, lo quería de vuelta. Lo amaba. Lo amaba demasiado como para dejar que la felicidad se me escapara entre los dedos, aunque él hubiera fallado.

Había demostrado su arrepentimiento y yo quería creer que jamás volvería a ocurrir. El problema era que Ricardo no daba el paso, y Nanda me había plantado una duda que crecía amarga y celosa: ¿y si ya me había superado?

—Estamos llevando bien la rutina, ¿no? —comentó él, sacándome de mis pensamientos. Ricardo, quién lo iba a decir, haciendo

conversación en el ascensor.

Yo abría y cerraba el puño, movía las piernas, notaba cómo me sudaba hasta el bigote. Parecía la primera vez que lo veía, otra vez. Ricardo esbozó una sonrisa suave, no tan burlona como cuando notaba que perdía el control de las cosas, lo que significaba que o estaba en el mismo estado de angustia que yo… o es que no le importaba.

Al menos ya no caminaba por delante, pegado al móvil o al smartwatch. Me sentiría mucho peor si me ignorara.

—Sí, pero todo parece precipitado y solitario. Comer sola mientras tú cuidas de ellas. Ducharme rápido para aprovechar la siesta. Hoy solo… he vuelto a disfrutar de una conversación que no fuera cambiar pañales o hablar de hitos infantiles. Gracias por esto.

—Pensé que era importante para los dos. Yo salgo más que tú, pero también estoy absorbido por el tema de las gemelas —se rio—. Pero ahora estoy nervioso por volver a casa.

—Yo también.

—¿Estás bien? —preguntó al abrir la puerta.

—Un poco cansada. Espero que las niñas no se despierten tanto esta madrugada —respondí disimulando, sintiendo sus pasos detrás de mí.

Nanda estaba hecha un cuatro en el sofá viendo la tele y dio un bote cuando nos vio entrar.

—Buenas noches, pareja. Están dormidas. ¡Ni se han despertado!

—¡Ay, qué bien!

—Estoy molida. ¿Os importa si me voy a dormir? —preguntó, señalando la habitación de invitados, demasiado rápido. ¿Qué tramaba Fernanda?

Mi familia solía usar esa habitación cuando venían de visita para no tener que ir y volver a Rio das Ostras el mismo día, pero nadie hacía comentarios sobre que Ricardo y yo compartiéramos cuarto, aunque hubiera otras dos habitaciones libres en el piso.

Conociendo a mi prima, esas prisas por desaparecer tenían nombre de hombre; seguro que había quedado con alguien y solo esperaba a que llegáramos para salir. Mañana la haría confesar.

—Claro… Yo también voy a ducharme y a dormir. Buenas noches, prima.

—¿Seguro que estás bien? —Ricardo se sentó y me tendió la mano mientras yo veía a Nanda perderse por el pasillo. Quería esquivar esa conversación, pero no iba a tener escapatoria.

—Es que… —empecé, pero lo miré fijamente. Quizá era el momento de decir la verdad. Tres meses eran suficientes para saber que no eran solo las hormonas locas del puerperio—. He estado pensando en nosotros dos.

—¿Y en mi propuesta de que vuelvas a Rio das Ostras, si quieres? —preguntó Ricardo, ansioso.

—Sí. Ricardo… —Puse mis manos en su rostro, mis dedos recorriendo esa piel suave que conocía bien, a pesar de la barba que ahora le gustaba llevar.

Las canas poco a poco parecían extenderse, y Ricardo decía que cada una tenía nombre de Inés o Iris. En el futuro serían aún más abundantes. No lo vi cumplir 39, como él tampoco estuvo cuando yo soplé las velas de mis 24. Cerró los ojos, pero no antes de que yo viera el dolor en sus ojos marrones oscuros. Ricardo retrocedió, apartándose de mi tacto y soltó el aire con una pena que parecía física.

Esa distancia dolía.

—¿Qué pasa? —pregunté curiosa, la mano aún en el aire, como sin entender.

¿Era ese el final? ¿Íbamos por fin a declarar nuestra amistad como padres de las niñas y dejar el pasado atrás? Pero ¿qué hacía yo entonces con el amor que aún sentía por él?

—Esto no me va bien —reveló—. Besarte y no tenerte me hace daño. Verte y no poder acercarme… Creo que es mejor que me vaya

de casa y solo venga a ver a las niñas. Las echaré de menos, pero aun así…

—¿De qué estás hablando? —pregunté confundida.

—Nunca es el momento, pero hoy, con lo de salir juntos, pensé… Marina, ¿qué estamos haciendo?

—Respóndeme tú. Has estado ignorándome y tratándome como a una amiga todo este tiempo. Ya ni siquiera sé qué sientes por mí.

—¿Eso crees?

—Es lo que parece.

—Te quiero —dijo en un suspiro, con el mismo dolor—. ¿Contenta?

En el último año había conocido muchas versiones de Ricardo. Había madurado ante mis ojos. Yo también había cambiado, pero él seguía siendo él, como una constante en mi vida, el ancla que necesitaba para mantener la cabeza fuera del agua después de tantos cambios.

Aquella declaración, casi triste y rabiosa, no me hacía feliz. El amor era bueno. Ligero. Era alegría. No ese sentimiento pesado que parecíamos cargar a la espalda durante toda nuestra relación. Escupir una declaración como una confesión avergonzada me entristecía.

Era el momento de que por fin encontráramos nuestro camino.

—No, nada contenta —respondí, intentando acercarme de nuevo, pero Ricardo se apartó sujetándome del hombro con una mirada profunda que me hizo dudar, la voz quebrada al declarar—: ¡Te quiero, joder! ¿Tanto te cuesta verlo?

—No quiero solo una noche. No quiero que me quieras así, solo para ayudarme, para complacerme. No quiero más juegos, Marina. Creí que podría… pero no.

—¿Por qué nunca me preguntas exactamente lo que pienso? Todos nuestros problemas se resolverían si nos comunicáramos mejor.

—No quiero hacerme ilusiones, pero sé que si estoy en este lugar, la culpa es solo mía —respondió, negando con la cabeza, dispuesto a pedir perdón una vez más por todo lo que había pasado.

Levanté la mano, deteniéndolo, y esta vez me dejó acercarme. Lo miré de cerca, tan cerca como no lo hacía desde antes de que nacieran las niñas. Amaba a ese hombre con locura. Y para muchos sería una idiota por perdonarlo, pero había aprendido mucho todos estos meses.

Podría haberme sobrepuesto sola, como hizo la madre de Ricardo, pero en cambio, lo deseaba conmigo. En cada paseo, en cada cambio de pañal, en cada viaje o pastel tan dulce que hacía enfadar a Ricardo.

Quería una vida con él.

—No me hagas esto, Marina —murmuró, la voz entre el dolor y la esperanza, igual de baja cuando él también me tendió la mano—. Si nos besamos ahora, ya no hay vuelta atrás. Eres mía. Sin límites, sin dudas. Mi mujer, ¿lo entiendes? Esta separación acaba hoy…

—Es todo lo que quiero —respondí.

Ricardo esbozó una sonrisa suave antes de atraerme hacia él, pegando nuestros cuerpos hasta tal punto que sentí su erección marcada bajo el tejano oscuro contra mi vestido.

Me besó fuerte y hondo, como lo había echado de menos. Sin apartarse, sin intentar mantener el control. Solo labios y gemidos, reencontrándose, mientras mi cadera se movía contra la suya y sus manos apretaban mi culo intentando acercarme más, como si no pudiera tenerme lo bastante cerca.

—Vamos, vámonos a otra habitación. Puede aparecer Fernanda —refunfuñó en mi oído, la voz ronca de deseo.

Asentí, dejándome arrastrar escaleras arriba hacia una de las habitaciones en la que nunca había entrado, llevándome el vigilabebés conmigo. En cuanto cerró la puerta, le quité la camiseta negra por la cabeza, en un enredo de gemidos entre besos y abrazos, incapaz de separarme.

Las manos de Ricardo me apretaban con posesión, la barba incipiente raspando mi piel mientras mis dedos recorrían sus músculos, que se contraían al tacto, explorando cada curva que conocía y que en ese momento parecía distinta. Era imposible apartarme.

Su mano bajó, desvergonzada, dentro de mis bragas, a través de los pliegues del vestido, y avanzó bajo la tela fina hasta mi clítoris. Con movimientos lentos, Ricardo me hacía gemir entre sus brazos, empujándome contra la cama.

—A mí con besarme me basta, si a ti te satisface.

—No, no me basta —respondí sin aliento.

—Puede ser difícil, he leído que es casi como perder la virginidad otra vez y…

—¡Ricardo, cállate! Las niñas se pueden despertar en cualquier momento —respondí, intentando quitarme la ropa mientras lo besaba como había deseado hacer durante tantos y tantos meses. Tenía prisa.

De repente, estaba desnuda, Ricardo sobre mí, besando mis pechos hinchados y doloridos mientras yo me arqueaba hacia él, intentando restregarme contra su erección y sintiendo cómo se formaba un nudo dentro de mí. Sus manos tocaban cada parte, pegándome más a él hasta que sentí mi cuerpo temblar de deseo.

—Necesitamos un preservativo si vamos a seguir. Con dos ya tenemos bastante —refunfuñó, sacando la cartera del pantalón de cualquier manera para ponerse el condón y colocarse sobre mí.

Fue difícil. Su miembro hinchado y duro intentaba penetrarme, pero mi cuerpo no cedía, aunque yo quisiera. El vaivén, tan lento, como si realmente fuera un recomienzo. Con virginidad y todo. Enrosqué mi cadera en él, intentando ganar unos centímetros más en aquel ir y venir perdido que me hacía respirar acelerada, buscando la liberación. Necesitaba que fuera fuerte y rápido. Necesitaba estar segura de que él también estaba perdiendo la cabeza conmigo.

Nos perdimos el uno en el otro. Besos, abrazos, el sabor salado de la piel. Ricardo comenzó a respirar tan rápido como si estuviera corriendo una maratón, la presión en mi zona más íntima mientras su pene resbalaba hasta encajarse del todo. Gemimos juntos, a cada embestida, más rápido y más rápido, hasta perder el control, las uñas arañando su espalda, que se arqueaba fuera del colchón buscando alivio.

El orgasmo llegó, y con él la certeza de que Ricardo era mío. El escalofrío de los dos cuerpos, la sensación de pertenencia que solo él era capaz de darme. Lo amaba y él me amaba, para siempre. Caí, rompiéndome en mil pedazos cuando él vino conmigo, en un abrazo en el que era imposible saber dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Intenso. Único.

Ricardo apoyó la cabeza en el hueco de mi cuello y me besó suavemente, en un silencio que lo decía todo. Todo sería diferente, pero igual que antes. Él, yo y las niñas éramos una familia. Cerré los ojos, disfrutando aquellos momentos de perfección, las yemas de los dedos acariciando su piel sudada con suavidad, la respiración volviendo a la normalidad. Y entonces, de repente, lo vi claro.

Lo había hecho a propósito.

Me reí, primero discretamente, luego más alto, hasta que el temblor de mi cuerpo llamó la atención de Ricardo y preguntó, entre preocupado e intrigado:

—¿Qué pasa?

—Has confabulado con Fernanda, ¿verdad?

—¿Qué? —fingió no entender, pero yo conocía bien esa expresión traviesa.

—Nanda. Apareció de la nada y se ofreció a quedarse con las niñas. Y encima habló de que salías con otras mujeres y… —Suspiré, deteniéndome—. Me habéis tendido una trampa.

—Necesitabas un empujoncito —confesó, con la dignidad de parecer al menos avergonzado—. Ya no soportaba no saber si me

querías o no. Soy un hombre de negocios, tu jefe insoportable, ¿recuerdas?

—Entonces, ¿por qué no aceptaste lo que yo quería darte?

—No te quería a medias. Te quería entera. No mentí. Me mataría convivir con alguien que no siente lo mismo que yo. Y con todo lo que pasó… no sería capaz de luchar. Tu felicidad, aunque fuera estando sola, me importaría más.

—¿Y me dejarías ir?

—Te dejaría —refunfuñó, a regañadientes—, y yo sabía que esa era una declaración muy poderosa en un hombre como él.

—Entonces, ¿por qué no preguntármelo directamente? ¿Por qué conspirar con mi prima?

—Haría cualquier cosa por ti. Incluso obligarte a ver que tú también me quieres —sonrió—. Si solo te lo preguntara, igual me decías que no.

—Te quiero, Ricardo. Llevo meses pensando en ello…

—Lo sé. Y yo te quiero a ti —me besó la frente, con tanto amor que quise quedarme en ese abrazo para siempre—. Y por eso necesitaba el momento adecuado. Es una decisión para toda la vida. No puede tomarse porque estés triste, llorosa o con ganas…

—Esto lo empezamos porque yo tenía ganas. Y tú también…

—Pero ahora vamos a continuarlo por amor —respondió solemne, antes de esbozar una sonrisa pícara—. Y por ganas… Me moría por follarte otra vez.

CAPÍTULO 37

Ricardo

—¿Seguro que ese gorrito aguanta el sol que hace? —pregunté a Marina mientras le ajustaba la prenda a Inés en la cabeza.

—Son casi las seis, el sol ya se está poniendo. —Se rió de mí, sonriendo a las dos niñas en el carrito, y claramente les susurraba a mis hijas lo exagerado que era.

Sí, era exagerado. Esto es Río de Janeiro. Hace sol hasta de noche.

El cáncer de piel es algo serio.

Marina estaba radiante, tan liviana como si se le hubiera ido una nube de la cabeza desde que por fin hicimos las paces. Llevaba un vestido floreado con un escote generoso y no era consciente de la atención que atraía. En esos pocos minutos parados frente al quiosco, ya había tenido que lanzar miradas de mal humor a más de uno que se pasaba más de medio segundo mirándola.

Por mucho que quisiera quedarme toda la noche con ella, intentando saciar la falta y la fijación que tenía con el olor y el sabor de mi mujer, Inés no nos dejó. Se despertó llorando sin parar, otro de sus cólicos, que despertó a Iris y la hizo llorar con ella. Entre acunarlas y que volvieran a dormirse, llegó la mañana. Hasta la prima de Marina se ofreció a ayudar después de que la despertaran los berridos de mi hija, pero no había nada que hacer más que sostenerla hasta que se le pasara. Las gemelas eran mucho más difíciles que cualquier cliente que hubiera tenido en toda mi carrera.

Cuando todo se calmó y Fernanda se quedó con Iris e Inés un par de horas, por fin pudimos dormir. En brazos el uno del otro, con esa intimidad que no sentía desde hacía tantos meses, y aun así un

sueño profundo y sin sueños que solo los padres privados de sueño conocen bien.

Normalmente era yo el que se quedaba despierto con ellas para que Marina durmiera después de la pesada rutina de tomas nocturnas, pero hasta a mí me pudo el cólico.

Desperté sin Marina en la cama, como tantas otras veces, y la encontré con café y algún dulce. Aquella vez la casa olía a pañal sucio y a leche regurgitada mezclada con jabón de manzanilla. Era perfecto.

Todo empezó cuando Fernanda vino a visitarnos y me pilló mirando a Marina jugar con las niñas. Me definió con mirada de "perro suplicante". La prima de Marina tenía un humor peculiar que era contagioso —tanto que sospechaba que varios de los juegos de palabras que le había oído a Marina salían de ella—, pero no le faltaba razón: ya no sabía qué más hacer para que me perdonara.

Sabía que estaba cerca, pero Marina se contenía, y eso me daba miedo de que viviéramos para siempre en ese limbo. Ella tenía derecho, y yo me estaba volviendo loco. No podría "ver qué pasaba" una vez más. Si Marina volvía a ser mía, tenía que ser por completo, sin pruebas. Sería todo lo serio que ella necesitara. Estaba listo para ser el padre y el marido que ella deseaba.

Pero para eso, ella tenía que aceptarme de vuelta.

Los padres de Marina aún no me querían, quizás sería así siempre, porque con ellos nunca había ganado más que medio centímetro. Me trataban bien, pero siempre con desconfianza, analizando cada uno de mis movimientos. Fernanda, en cambio, no me miraba con juicio.

Me dijo con todas las letras que iba a intentar algo con Marina porque estaba harta de "ver a su prima luchando contra sí misma". No sé qué le dijo exactamente Fernanda, pero funcionó lo suficiente como para que Marina pidiera una cita enseguida. Cuando estábamos a punto de salir, la prima me amenazó —como ya habían hecho doña Marta y don Osvaldo—, para que jamás, nunca, volviera a hacer daño a Marina.

Por mucho que Marina creyera que yo "tramé" todo el plan, fue Fernanda quien se ofreció de canguro para la cita, porque estaba harta de ver "a un viejo sufriendo como un adolescente", palabras de ella, no mías.

Joder, era un hombre muy diferente con Marina.

Si ella entró en mi vida cuando yo lo trataba todo con urgencia, corriendo de un lado a otro, ella me trajo calma. Y fue esa calma la que me inmovilizó.

El ciclo por fin se cerraba.

Lo que nos traía de vuelta a ese paseo marítimo de Ipanema, con Marina en cuclillas frente al carrito de las niñas, yo fulminando con la mirada a cada tío con más de dieciocho que se la quedaba mirando, preocupado por las niñas que estaban tan anchas, pertrechadas con sus gorritos rosas. Después de un día entero cruzándonos miradas sin apenas comentar lo que había pasado el día anterior.

—¿Seguro que solo con estos gorros basta?

—Están bien. Y no pueden usar protector solar aún —dijo con calma—. Está bien pasearlas, aunque tengas ese piso enorme.

—Qué ocurrente —bufé, buscando los dedos de Marina mientras caminábamos de vuelta al edificio. Ese paseo familiar ya duraba quince minutos—. ¿Y si nos sentamos un rato en la placita?

—¡Buena idea! Ya casi es hora de dormir y podemos volver solo para bañarlas.

Caminamos en silencio, lado a lado, más que satisfecho acariciando los dedos de Marina y empujando el carrito doble de las gemelas. Ellas seguían mirando a todos lados, muy curiosas con el movimiento, y la gente que pasaba no paraba de decir lo bonitas y monas que eran.

Y lo eran, sí.

Tardamos otros cinco minutos en llegar a la placita. Me senté en uno de los bancos, sintiéndome demasiado grande y fuera de lugar, sobre todo con el carrito de bebé delante.

—¿Crees que se cansan con el paseo y duermen mejor? —preguntó Marina al sentarse a mi lado, con un dejo de esperanza en la voz.

—He oído que no funciona así —respondí, con la mirada fija en las niñas mientras hacía una mueca. Ojalá fuera cierto, porque la rutina intensa con las gemelas solo se sostenía a base de sonrisas desdentadas de la parejita, que me daban algo de motivación para levantarme por las mañanas cuando lo único que quería era seguir durmiendo.

—¿Puedo al menos tener esperanza de dormir bien esta noche? ¿De que toda nuestra familia duerma mejor? —siguió ella, y con una sonrisa más abierta me miró y dijo muy solemne: —Somos una familia, ¿verdad? De verdad.

—Lo somos —asentí, y fiel a mi promesa de no ocultarle nada más, seguí: —Me haces feliz, ¿sabes? No sé si eres consciente de lo que significó ayer para mí, pero te quiero, Marina. Nunca me cansaré de decirlo. Y te prometo que seré el mejor padre que pueda. El mejor marido.

—Mejor marido, eh…

—Soñar con vosotras es fácil —dije, y llevé mi mano a su rostro, robándole un beso ligero antes de entrelazar de nuevo los dedos y tirar de ella para abrazarla un poco torpemente por lo pequeño del banco que compartíamos—. Cuando entraste en mi vida, me importaban pocas cosas. Y todo cambió, ¿sabes? En tan poco tiempo, pero cambió.

—Ya hace más de un año, Ricardo.

—Créeme, es poco tiempo. Yo he vivido así… casi veinte años. Y de repente empezaste a importarme demasiado. Más que el trabajo o ganar dinero. Y entonces la cagué y te perdí.

—Deja de hablar de eso… Creo que deberíamos poner una piedra sobre ese asunto. Me duele a mí y te duele a ti. Si queremos empezar de cero, tenemos que superarlo —sugirió, pero negué con la cabeza.

—No. Tú tenías razón cuando dijiste que es imposible empezar de cero. Nunca dejaré de pedir perdón. Porque la costumbre podría hacerme olvidar que casi pierdo a una mujer increíble, a mis hijas preciosas, por ser un idiota y creer en quien no debía. Nunca, nunca, voy a dejar que vuelva a pasar. Eres mi prioridad, Marina. Y quiero que seas mi mujer… de verdad.

—Esto es muy… y muy rápido.

Marina me miraba con los ojos como platos ante mi propuesta. Lo había dicho. Lo quería todo.

—Con nuestra historia no es rápido. Es seguro. —Seguí, y la pregunta rondaba en mi cabeza hasta que salió por impulso—: Marina, ¿te quieres casar conmigo? No tiene que ser ahora… Podemos hacer una boda grande, que las niñas caminen contigo. Dentro de unos años, incluso. Pero quería asegurarlo. Lo dije… todo o nada.

—Sí, Ricardo. Acepto casarme contigo.

Y entonces apoyó la cabeza en mi hombro, y nos quedamos los dos ahí, bobos, disfrutando del amor suave que nunca tuvimos la oportunidad de saborear.

* * *

La última cuenta pendiente de mi antigua vida se fijó dos semanas después.

Vanda me envió un mensaje con la fecha de la reunión con los socios. Llevaba de baja desde el nacimiento de las gemelas, dedicando mi tiempo libre solo a Murilo. Mi amigo estaba al frente de la consultoría, preparando propuestas y presentaciones, primero por respeto a DataLogic y segundo porque no quería salir de casa y dejar a Marina sola con las niñas demasiado tiempo.

Trabajaba desde el despacho de casa, pero eso no significaba que volviera a echar esas horas interminables dedicadas al trabajo. No mentí cuando dije que ella y las niñas eran mi prioridad.

—¿Qué pasa? —preguntó Marina cuando entré en el salón y me quedé mirándola con expectación, con el email de Vanda aún abierto.

Las niñas estaban en la alfombra, entretenidas la una con la otra, mientras Marina permanecía en el sofá, mirando el móvil y riéndose otra vez con vídeos de repostería de TikTok. Por fin había empezado a aventurarse de nuevo en la cocina y parecía que las cosas mejoraban después de aquellos primeros meses caóticos con las gemelas.

—Han convocado la reunión con los socios.

—¿Seguro que sabes lo que haces? —preguntó Marina por enésima vez. A veces tenía la sensación de que creía que no estaba preparado para salir de DataLogic, cuando en realidad lo estaba incluso antes de conocerla.

—Sabes que sí. No quería dar el brazo a torcer, pero la vida me ha traído hasta aquí —suspiré cansado y me senté a su lado, atrayéndola hacia mis brazos—. Murilo dice que Cibele ha llegado a un acuerdo con Hacienda y que lo van a hacer pasar por un error contable, no por un plan para echarme de la empresa.

—Que le ha salido bien.

—Ya veremos cómo les van las cosas a partir de ahora —comenté —. Tal como predijeron los chicos, me han llegado algunos comentarios y es probable que pierdan credibilidad. Murilo, Guillermo y Héctor van a liquidar las acciones porque también creen que los beneficios se van a reducir rápidamente y a los socios solo les quedarán pérdidas.

—Un capítulo que se cierra.

—Sí, pero se abre otro, y quería pedirte algo —dije, y Marina me miró con curiosidad.

—¿El qué?

—Sé que en cuanto puedas quieres volver a la pastelería y que eso te hace más feliz que la ingeniería, pero voy a necesitar gente. Algunos clientes han estado hablando conmigo, como te comenté, y

me gustaría tener mi equipo otra vez. Vanda viene conmigo, pero ¿y tú? Quizá necesite una gestora de proyectos.

—¿Yo? —exclamó sorprendida—. No tengo perfil de gestora ni experiencia para eso. Y además, el mercado igual me odia si Cibele ha esparcido ese rumor sobre mí.

—Circula uno sobre acoso laboral contra mí y no por eso me han descartado.

—Tú tienes experiencia, eres socio y, sobre todo, hombre.

—Piensa en ello con calma. He acordado con Murilo que los proyectos no pueden ser enormes ni largos. Quiero tiempo para ti y para las niñas. Y me gusta trabajar contigo. La versión profesional de Marina es muy, muy atractiva. Quiero tener a mi equipo reunido otra vez.

—¿Con dos becarias? —preguntó Marina con otra de sus bromas, pero no pude evitar responder con sinceridad:

—No cambiaría nada por vosotras, nada. Sois mi equipo, mi base, mi todo —seguí—. Pero entiendo si no quieres.

—No sé bien lo que quiero, y si son proyectos pequeños, igual viene bien para hacer algo más que cambiar pañales —comentó—. Y ya que aceptas a las pequeñas becarias… por lo menos así podrán jubilarse algún día.

—Estoy seguro de que existe una ley que regula el trabajo infantil —bromeé.

—Alguna ventaja tendrá trabajar con el padre, ¿no?

—Sí. Ser mis niñas. Son increíbles.

—Las encuentras increíbles solo por respirar —replicó.

—Nunca he negado que soy un padre coraje —confirmé con un beso antes de que nos distrajera el leve gorjeo de una de las gemelas, entretenidas en la alfombra con sus juguetes—. ¿Has pensado ya en una fecha?

—¿Fecha? —preguntó confusa.

—De la boda.

—Creía que podía tomarme el tiempo que quisiera.

—Puedes, pero no voy a dejar de preguntar. Todavía tengo que elegir las alianzas.

—¿Cuándo te has vuelto tan romántico, señor Varela?

—Cuando te conocí a ti. Solo a ti.

CAPÍTULO 38

Marina

Un año después

—¿Qué tal estoy? —pregunté a Fernanda y a mi madre en cuanto la peluquera terminó de colocar las flores en mi pelo.

Me lo había dejado crecer desde que nacieron las niñas, porque les encantaba cerrar sus manitas regordetas y tirar de mis mechones mientras exploraban. Mi peinado favorito era un moño alto que alejaba la tentación de Iris y Inés.

El resultado era que mi melena oscura y ondulada me llegaba casi a la mitad de la espalda. Ricardo me llamaba "sirena" y metía la mano entre mis cabellos siempre que podía. Estaba loca por teñírmelo y cortarlo, pero entre los compromisos de la maternidad, había aplazado la decisión hasta después de la boda.

Porque, bueno… era mi boda. Por fin.

Elegí la fecha unos meses después de que Ricardo empezara a preguntar, algo contagiada por el vino que por fin pude volver a tomar y por el anillo de compromiso de oro fino que me regaló en otra de nuestras citas. Joder, cómo amaba a ese hombre.

—Estás preciosa, hija… A Ricardo le va a encantar.

—Él no ha visto nada, no le he dejado —aseguré.

—Ay, pero es lo normal —dijo Fernanda con una sonrisa—. Los hombres no participan en nada, solo llegan el día de la boda y se quedan embobados.

—Mi hombre sí participa —me reí—. Es un obseso del control y quería una boda tal como la imaginó.

—¿Y un hombre se imagina una boda, prima?

—Te lo juro. Quería una boda en la playa, con flores blancas y las niñas con sus vestiditos monísimos —suspiré—. Le habría gustado que estuviera embarazada otra vez, pero yo ya tengo suficiente… Las gemelas me dan bastante trabajo.

Fernanda y mi madre soltaron una risa nerviosa y divertida.

—Todo lo demás lo puse yo —seguí—. O sea, yo lo decidí y la organizadora lo preparó… Ricardo sabe que con los cronogramas y los procesos soy mucho mejor que él.

—Fuera está precioso. El día ha salido bueno y las niñas están monísimas.

—Todavía no las he visto. Ricardo dijo que sería mi sorpresa —refunfuñé—. ¿Llevan vestiditos bonitos?

—Si él ha dicho que es una sorpresa, no te lo vamos a contar —replicó Nanda entre risas.

—¿Todo bien? —La organizadora llamó suavemente a la puerta antes de asomarse—. Estamos listos.

—Mi padre, ¿dónde está?

—Aquí fuera, esperándola —confirmó la mujer.

—Bueno… —Me levanté y me ajusté el vestido, observando mi reflejo en el espejo de la habitación del hotel. Había ganado curvas con el nacimiento de las niñas y aún no me había acostumbrado del todo al tamaño de mis pechos, así que el escote del vestido me sorprendió. A Ricardo le iba a encantar.

Salimos las tres de la habitación acompañadas de la organizadora y bajamos en el ascensor del hotel, frente al mar en Rio das Ostras. La ceremonia sería en la playa; después, la fiesta tendría lugar junto a la piscina, con una pista de baile montada especialmente para nosotros.

Ricardo no había escatimado en nada, y todos los huéspedes eran amigos cercanos. Tener dinero tenía sus ventajas, y poder cerrar un hotel entero para una celebración era una de ellas.

Todavía no había superado que el primer cumpleaños de las gemelas se redujera a una merienda con barbacoa en la terraza

grande del ático de Ipanema. Incluso cuando doña Claudia se ofreció a organizarlo, yo planté cara. Esta vez sería perfecto: gente querida a nuestro alrededor, sencilla y significativa.

—¡Hija, estás guapísima! —me saludó mi padre, besándome en la frente, con los ojos húmedos de emoción.

Don Osvaldo estaba elegante, con un traje gris claro y el pelo canoso peinado hacia atrás. Me llevaría por el pasillo preparado en la playa, donde Ricardo me esperaría con Iris y Inés. Intentaríamos que se quedaran en el altar, pero no sabíamos cómo reaccionarían aquellas dos terremotos de un año que acababan de aprender a correr. Fernanda y mi madre estaban listas para sujetarlas si hacía falta.

—Usted también está guapísimo. Gracias por llevarme, papá.

—Es mi obligación, hija —sonrió—. Vas a ser muy feliz.

—Ya soy muy feliz. Amo a Ricardo.

—Es un buen tío —confesó con una sonrisa torcida.

Mis padres habían empezado a aceptar a Ricardo con el tiempo. Siempre tendrían sus reparos por lo que pasó cuando me fui de Río, pero sabían que si algo les pasara a Iris y a Inés, yo también sería una madre leona.

Al pisar la arena, sentí mis pies descalzos hundirse mientras la música comenzaba a sonar. Llevaba un ramo de flores blancas y hojas, ligero, tal como pedía el paisaje. Nuestros invitados estaban repartidos alrededor del pasillo, llenando el entorno de vida y buenas vibras.

Habíamos invitado a poca gente, pero a quienes de verdad apostaban por nosotros: Murilo, Guillermo, Héctor con sus respectivas acompañantes, Vanessa, amigos de la universidad —aunque yo veté a Alessandra—, y nuestros padres. Incluso Vanda había aceptado la ayuda de Ricardo para asistir, contratando chófer y cuidadora para que estuviera presente.

No había nadie por negocios ni postureo. Era una celebración del amor.

Miré al frente para verlo. Ricardo llevaba un traje claro, el pelo peinado hacia atrás y la barba sin afeitar, con una sonrisa que marcaba sus hoyuelos. Las niñas vestían vestidos blancos llenos de volantes, idénticas a su padre con esos cabellos oscuros, distraídas la una con la otra mientras Ricardo sostenía sus manitas. Eran mi mundo entero.

Cuando llegué junto a ellas, Ricardo rompió el protocolo y me besó suavemente los labios, tendiéndome a Iris. Los cuatro permanecimos así durante el breve discurso del celebrante sobre el amor y el compromiso, nuestro camino hasta allí y los frutos de nuestro amor. Era hermoso y más de lo que jamás podría haber imaginado.

Cuando Ricardo me pidió que me casara con él, yo no sabía exactamente lo que quería… él, en cambio, tenía una imagen clara de cómo sería ese día.

Yo era feliz con la perfección que habíamos creado juntos.

—No era feliz. Pero no lo supe hasta que llegaste tú —dijo Ricardo en sus votos—. Vivía preocupado por el dinero, por el trabajo, por cuántas horas podía aguantar en la oficina… y de repente apareciste tú y me desarmaste con una sonrisa. Me hiciste bailar tu música, aceptar cosas que mi impaciencia jamás habría permitido, porque tú… bueno… eras tú. Me importabas y no quería hacerte daño ni alejarte… —Dudó, con la voz quebrada delante de todos, evitando un tema tan doloroso—. Y me culparé siempre por el tiempo que estuvimos separados, porque cuando encontramos la perfección, deberíamos aceptarla de buen grado. Pero yo… soy terco y cascarrabias, a veces insoportable, y todos esos adjetivos que tanto te gusta soltarme —se rió—. Y por eso te quiero.

—Ricardo —empecé, conteniendo las lágrimas—, yo era tan inexperta y, de repente, el amor me cayó en el regazo. No lo quería, necesitaba centrarme en mi carrera… y aun así… aquí estás tú. Cuando me quedé embarazada, tuve tantos miedos, pero poco a poco fuiste capaz de ayudarme a superarlos —sorberé—. Gracias por

ser mi amigo, mi amante, el hombre con el que quiero compartir mi vida, aunque seas un viejo cascarrabias. Te quiero.

Ricardo se acercó, me besó y al mismo tiempo me tapó los ojos con la mano, intentando contener mi llanto para no estropear el maquillaje. Nos miramos, sonrojados, mientras el celebrante seguía con su discurso, ignorando nuestra pequeña travesura.

Todos aplaudieron cuando por fin nos declararon marido y mujer. La coronación de una historia que empezó mucho antes: cuando Ricardo fue maleducado y yo no me mordí la lengua, cuando nos enamoramos en la oficina y nos separaron un plan de Cibele y el miedo de Ricardo a creer en lo que sentíamos. Del nacimiento de nuestras gemelas y la vida feliz que llevábamos desde entonces. No necesitábamos esas alianzas para ser un matrimonio… pero significaban el mundo para nosotros.

La fiesta continuó en el hotel, con una decoración floral preciosa. Bailamos, bebimos y celebramos hasta que la noche cayó. Intenté lanzar el ramo a Fernanda, pero ella huyó y se lo quedó otra compañera de facultad que no veía desde hacía años. Las niñas correteaban de un lado a otro, y Ricardo y yo bailábamos juntos, como habíamos hecho pocas veces. Era felicidad pura.

—¿Estás lista para irnos? —susurró Ricardo en mi oído.

Ingrid e Iasmin pasarían los próximos días con mis padres, en la habitación que decoramos para ellas. Con el paso de los meses, las cunas se habían convertido en camas bajitas, pero las niñas adoraban pasar tiempo con sus abuelos. Aunque al principio me daba reparo, íbamos a pasar cuatro días en París como luna de miel. Era bueno tener tiempo para nosotros dos.

—Sí. La fiesta ha sido preciosa, pero estoy lista para mi noche de bodas con mi viejo de la lancha.

—Yo no tengo lancha —me miró, confundido.

—¿Pero eres viejo?

—Bueno, ya he pasado de los cuarenta. Te has buscado un marido quince años mayor, cariño —bromeó.

Entrelazó nuestros dedos y atravesamos la sala entre los invitados, saludando con la mano a quienes se daban cuenta de lo que hacíamos. Era más fácil escabullirnos así que despedirnos uno por uno, que habría llevado siglos. Nos acercamos a las gemelas, las besamos en la cabeza y hablamos brevemente con mis padres antes de subir a la habitación del hotel. Nuestras maletas estaban listas y el vuelo salía a la mañana siguiente desde Galeão, así que tendríamos que madrugar para coger el helicóptero hasta Río.

—Estás preciosa, mi amor —dijo Ricardo cuando nos quedamos solos, deslizando el tirante por mi hombro mientras me besaba.

Me bajó el vestido, haciéndolo resbalar por mi cuerpo con cuidado, y se me erizó la piel con la suavidad de sus manos. Me giré hacia él, quedando frente a frente, e hice lo mismo, quitándole con cuidado la corbata y el chaqué que había llevado en la boda.

—Vales cada una de mis canas.

—Cada una tiene el nombre de las niñas desde que empezaron a gatear —respondí, pasando los dedos entre sus mechones. Desde que nos conocimos, a Ricardo le habían ido saliendo más canas, extendiéndose por el pelo y la barba.

—Tú también, mi amor… —bromeó, y juntó sus labios con los míos—. Sobre todo tan guapa así, con este sujetador y estas braguitas que estoy loco por quitarte.

Ricardo intentó empezar con calma, pero los dos estábamos demasiado desesperados el uno por el otro, por el tiempo que tendríamos esa noche y los días siguientes, después de un año entero buscando momentos entre las noches y las siestas de las gemelas.

Me apretó, levantándome el culo con las manos. Parecía que ardíamos, el calor entre nosotros avivándose rápido como brasas.

Llegamos a la cama a trompicones, quitándonos lo que quedaba de ropa, la erección de Ricardo marcada contra mí. La lencería blanca de encaje que tanto le gustaba voló por los aires junto con el resto de la ropa. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo parecía

gritar por él, queriéndolo más cerca, más intenso, poseyéndome entera.

Mi boca recorrió su pecho mientras me movía sobre su regazo, intentando domar el deseo explosivo entre mis piernas. La piel desnuda se erizaba al contacto, y gemía con cada caricia cuando me dio la vuelta, quedándose sobre mí con los ojos entornados de puro deseo. Lo atraje con las piernas, cerrándolas sobre sus caderas y sintiendo su polla en mi entrada.

Se hundió en mí sin avisar, arrancándome un gemido. Aquel vaivén era tan torturante que parecía que iba a estallar, a alcanzar el placer, más alto y más fuerte. La cama del hotel crujió, balanceándose a cada nueva embestida mientras Ricardo apretaba mis manos, más frenético, casi fuera de control.

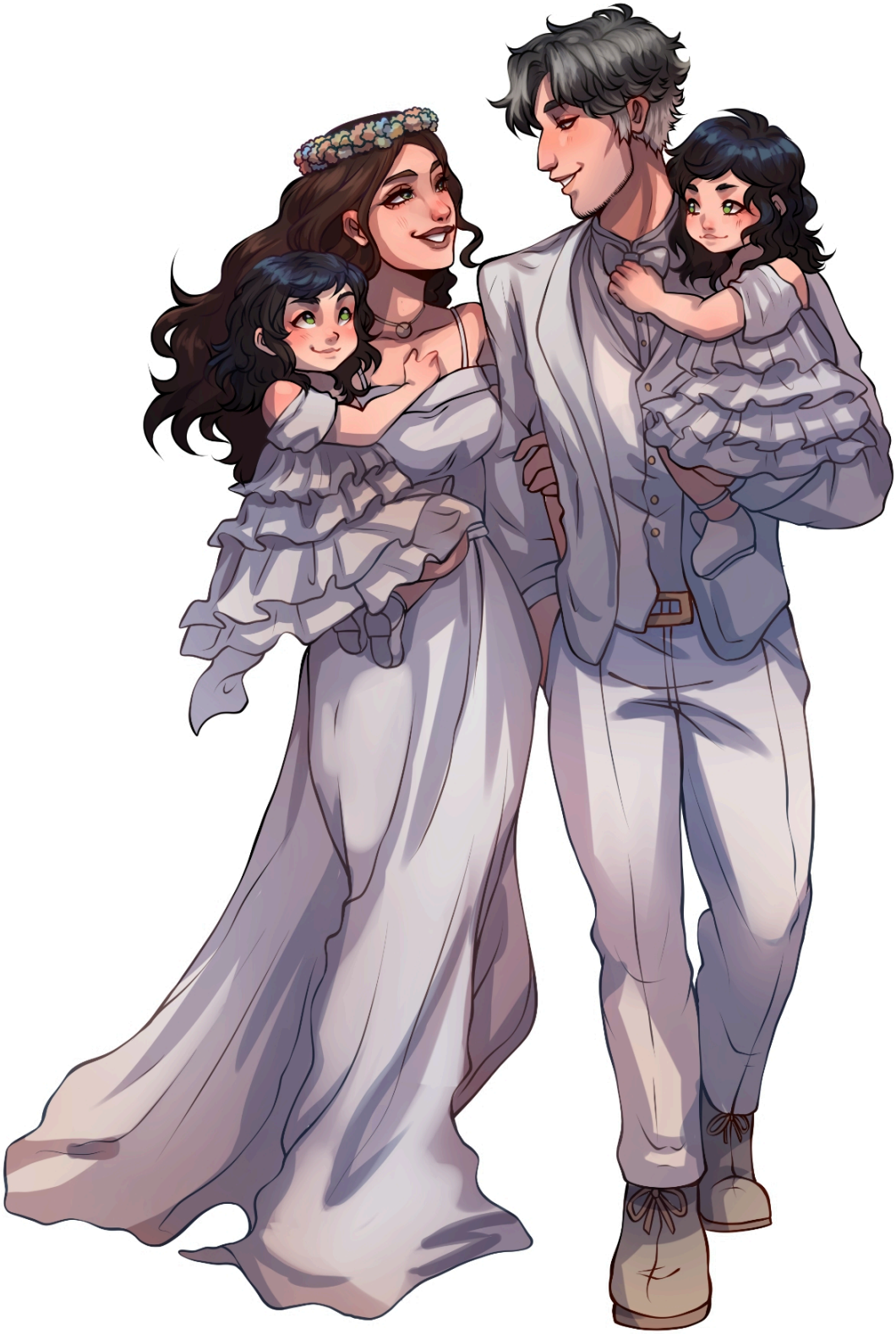
—¡Joder, Marina! —gimió mi nombre y lo apreté contra mí, sintiendo el orgasmo llegar de repente.

Ricardo se corrió conmigo, su gemido con mi nombre en los labios mientras caía sobre mí con el corazón desbocado.

Me atrajo hacia sus brazos, disfrutando del silencio después del clímax.

Cada músculo de mi cuerpo protestaba por el esfuerzo, sabiendo que vendrían muchos más en los días siguientes. Deslizó la mano por mi piel, en una caricia delicada y distraída. Aquello era paz. Aquello era un amor tranquilo.

Por fin había llegado lo mejor.



EPÍLOGO

Ricardo

Dos años después

—¡Buenos días, papá, buenos días!

—¡Despierta! —Dos manitas golpeaban mi pecho, sin piedad alguna por el sueño que acababan de interrumpir.

Me froté los ojos, bostezando teatralmente, porque sabía que eso esperaban. Iris y Inés me miraban con expectación, cada una a su manera, esos mismos ojos verdes de Marina, tan brillantes, con sus cabellos oscuros y rizados. Comenzaron a cantar «cumpleaños feliz» a pleno pulmón, comiéndose algunas palabras como hacen los niños de tres años y medio.

—¡Hemos hecho pastel! —declaró Inés, algo enredada en su pijama de Bella Durmiente rosa, capa incluida.

—¡Mamá nos ayudó! —completó Iris, mucho más tranquila, señalando la puerta, donde Marina nos sonreía.

Eran opuestas en personalidad y era divertido verlas crecer con sus individualidades. Los ojos verdes y el pelo ondulado de Marina, pero todo lo demás era mío: desde el color de cabello hasta la barbilla levantada, de quien siempre quiere llevar la razón.

Inés vivía en un mundo rosa de princesas Disney, mientras Iris parecía una instalación de Yayoi Kusama con lunares y estampados por todas partes. Ser padre era divertido… y agotador a la vez.

—Estaban impacientes porque te despertaras —comentó Marina, disculpándose por interrumpir mi sueño.

—Mamá no dejaba entrar a Han —se quejó Inés, con un mohín muy parecido al de su madre. Nuestro golden retriever había sido

adoptado después de un debate familiar que ella perdió.

—Intentaría comerse el pastel —se justificó Marina.

—¡Es tarde, papá! —sentenció Iris, solemne, aunque ni siquiera eran las nueve.

—Tranquilas, me han dado besos… ¡y pastel!

Bastó eso para que volvieran a cantar, emocionadas por mí y por la promesa de comer pastel a primera hora.

Cuarenta y dos. Cumplía cuarenta y dos años con mis niñas. A veces recordaba la «profecía» de aquella mujer del pub inglés y pensaba que, al final, había acertado mi futuro. Mi vida cambió en menos de un año, pero tardó otro más en encauzarse del todo.

Dejé DataLogic atrás y trabajaba menos. Marina abrió su pastelería boutique, un éxito en Instagram y TikTok, y pronto necesitó personal y un local más grande. Todo era bonito, como las recetas que hacía solo para mí. Para no perderse nada de las niñas, externalizó muchas tareas del día a día y nos llevaba a Iris y a Inés a la cocina cuando no estaban en la guardería.

—El pastel está precioso —alabé.

—¡Es de chocolate!

—Tu favorito —bromeó Marina, cruzando una mirada cómplice conmigo.

Se sentó en la cama y me besó suavemente, murmurando «felicidades».

—¿Podemos comerlo ya? —preguntó Inés.

—Después de comer, y solo una porción.

—Pero…

—Vamos a comer con la familia, cariño. Hay que guardar el pastel para todos —intervino Marina, diplomática. Las niñas asintieron, resignadas.

—¿Viene el tío Guillermo?

—Vienen todos —respondí.

Guillermo se había convertido en el favorito por sus regalos: cochecitos rosa princesa para las niñas. Había una especie de competición amistosa entre mis amigos por consentir a las pequeñas. Desde entonces, nuestras fiestas y cumpleaños eran una alegría total.

—¿Estarán bien? —pregunté, observando cómo bajaban corriendo las niñas.

—Mi madre está preparando pescado.

—Ah, sí…

—Le gustas… un poco —comentó Marina.

—Un poco —repetí, atrayéndola hacia la cama y abrazándola con cuidado de no tirar el pastel.

—Han trabajado duro en este pastel. Cascaron todos los huevos ellas mismas —contó Marina—. Algunos fueron al suelo.

—Ni se me ocurrirá decir que no está bueno.

—Porque está buenísimo… son mis hijas, al fin y al cabo —rió—. ¿Feliz?

—Lo estaría más si recibiera un regalo.

—¿Un regalo? —preguntó, curiosa.

—Tú, mi amor. ¿Qué tal si te presentas envuelta en un lazo y…?

—Nanda se va a quedar con las niñas —me interrumpió, sonrojada—. Estaba planeando algo para más tarde…

—Mmm… sí —le robé un beso, hundiendo los labios en los suyos antes de apartarme con aliento entrecortado—. Me encanta tu versión embarazada y caliente.

Mi mano descansó sobre su vientre, suave y redondeado. Habíamos estado en tratamiento para la endometriosis tras las gemelas. Nunca pensamos que otro embarazo fuera posible, pero aquí estaba, un pequeño milagro.

—¿Sabes que me haces muy feliz? —confesé, acariciando su rostro.

—Te quiero, Ricardo.

—Yo también te quiero. Un montón —la besé lentamente—. ¿Por qué no nos quedamos aquí ahora mismo?

—Porque las niñas saben abrir puertas y en nada empiezan a llegar tus invitados —rió—. No haber sido tan buen tío.

—Buen tío… —repetí—. Nunca imaginé que usarían esa palabra para mí.

—Tú nunca imaginaste muchas cosas sobre ti mismo —respondió, besándome otra vez—. Me alegro de no haberte resistido.

—Me alegro de que no te rindieras conmigo —dije, y la arrastré conmigo—. ¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

—Unos minutos, quizá. ¿Por qué?

—Saben abrir la puerta del cuarto, pero no el pestillo del baño —sonreí, y Marina respondió instantáneamente.

—¿Te has tomado la pastillita azul, viejo? ¡Estás revoltoso!

Marina corrió al baño, aprovechando cada segundo que podíamos robar. Yo la seguí con una sonrisa pícara, deseando devorarla como regalo perfecto de cumpleaños.

Joder… cómo quería a mi mujer.

FIM